Tres días de camino

Joseph Boyden

Lectulandia

1919. Niska, la última curandera de los
Oji-Cree
que queda por las tierras de Ontario, Canadá, ha hecho un largo viaje para recibir a uno de los dos muchachos de su tribu que se habían alistado en el ejército y que vuelve herido de la guerra en Europa. Pero el que baja del tren no es quien Niska esperaba, sino su único pariente, su sobrino Xavier, que todos daban por muerto. ¿Qué ha sucedido con su mejor amigo Elijah, con el que combatió en los campos de batalla de Francia y Bélgica? ¿Por qué ha llegado Xavier bajo la identidad de otro?

Gravemente herido y adicto a la morfina, Xavier deambula entre la vida y la muerte mientras recuerda los años vividos en el campo de batalla con Elijah y cómo su reputación como francotiradores que era el orgullo de su regimiento se convirtió en horror y vergüenza. Niska comprende que su cometido no es sólo llevar a Xavier a casa sino devolverle al mundo de los vivos, cueste lo que cueste.

Inspirada en parte en la vida del héroe de la primera guerra mundial Francis Pegahmagabow, *Tres días de camino* es una gran novela de verdadero aliento épico, en la tradición de las grandes historias de guerra, pero ante todo es una historia cautivante e iluminadora de amistad y esperanza.

Joseph Boyden

Tres días de camino

Familia Bird - 1

ePub r1.0
Titivillus 05.11.2025

Título original: *Three-Day Road*
Joseph Boyden, 2005
Traducción: Álex López Lobo, 2010
Fotografía de cubierta: Edward S. Curtis, *Evening on Puget Sound* (1899)
Colección Áncora & Delfín,
n.º
1169

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Caminamos por la nieve, siguiendo el sendero hacia las trampas entre los sauces. Yo voy delante, soñoliento. El aire es gélido y penetra en los pulmones. Elijah me sigue. Está amaneciendo.

Rompo la escarcha a cada paso. Anoche hizo demasiado frío. Elijah intenta ser silencioso, pero sus pies suenan pesados.

Elijah y yo tenemos la misma edad: los dos hemos vivido doce inviernos.

Los árboles gimen y crujen, suena como si se murieran.

—¿Crees que habremos cazado algo? —me pregunta Elijah.

Me detengo y vuelvo la cabeza para mirarlo.

—Tranquilízate —respondo.

Hay muchas huellas a nuestro alrededor. Pisadas superficiales. Cavidades de sombra en la blanca nieve.

La cuerda oscura pende en el aire frente a nosotros. Se me acelera el corazón.

—¿Hemos cogido algo, Xavier?

Una marta ha hecho saltar nuestra trampa en el sauce. Cuelga sobre la nieve como si flotara. Al acercarme veo la soga de cuero alrededor de su cuello. Tiene un pelaje tupido. Mi tía estará contenta.

Elijah me aparta de un empujón y agarra el largo cuerpo de la marta con sus manoplas. Se vuelve hacia mí sonriendo.

La marta empieza a retorcerse y a gruñir. Elijah la deja ir, horrorizado. No nos habíamos dado cuenta de que estaba viva.

Nos apartamos y nos quedamos mirándola fijamente mientras forcejea en el aire. Tiene sus negros ojos clavados en mí. No quiere morir.

—¿Qué hacemos, Xavier?

—Mátala a golpes.

Elijah encuentra un palo y se acerca al animal. Me inquiere con la mirada.

—Hazlo —le digo.

Vacila por un momento y la golpea con el palo. El animal chilla. Ese sonido me asusta.

—¡Más fuerte!

Elijah la golpea otra vez y la marta grita de nuevo. Se me revuelve el estómago. Agarro un trozo de madera más grande, me acerco y le asesto un fuerte golpe en la cabeza. La cuerda de cuero se parte y la marta cae al suelo. No se mueve. Golpeo su cabeza una vez más.

Elijah me mira fijamente.

—Teníamos que hacerlo —le digo.

—Teníamos que hacerlo —repite—. Nuestra primera noche fuera y ya hemos capturado un animal. Tu tía se quedará impresionada.

Asiento y sonrío.

Desato la cuerda del cuello de la marta, saco mi cuchillo y empiezo a despellejarla. Lo hago con cuidado para no dañar el pelaje y dejar el cuerpo intacto. Quiero que mi tía vea que no desperdicio nada.

Elijah me mira. Sus ojos no pierden detalle. Se quita una manopla y se agacha para tocar el cuerpo sin pelo de la marta.

—Somos buenos cazadores. ¿A que sí, Xavier?

—Sí, Elijah —contesto.

—Somos buenos cazadores y los mejores amigos, ¿eh?

—Sí.

Ekiiwaniwahk
El regreso

He pasado muchos días escondida en la maleza cerca de la ciudad, saliendo cuando oía la llamada, esperándolo pacientemente. Esta fea ciudad es incluso más grande que Moose Factory. Nunca había estado aquí, y jamás volveré. Se ven más *wemistikoshiw* de los que me gustaría, caminando por las polvorientas calles con sus ropas estrafalarias, con prendas de clima frío aunque el sol brille en lo alto y haga un calor veraniego.

Me escondo bien durante el día, pero cuando ese sonido llega a mis oídos me veo obligada a salir y a andar entre ellos. Se quedan mirándome y me señalan, y hablan de mí como si nunca hubieran visto a nadie como yo. Debo de parecerles una vieja flaca y salvaje, un animal indio salido del bosque. Pronto sólo me quedará comida suficiente para nuestro regreso a casa, por eso he puesto trampas alrededor de mi campamento. Los conejos, sin embargo, parecen tan asustados de este sitio como yo.

El lugar donde se detiene es apenas una plataforma de madera con un pequeño cobertizo. En él me escondo cuando cambia el tiempo. El camino que conduce hasta él es muy polvoriento. Los automóviles, parecidos al que conduce el viejo Ferguson por las calles de Moose Factory, pasan rápidamente por allí a la misma hora en días alternos. Veo que pierden algo que huele a aceite de farol por la carretera. El polvo se queda flotando en el aire y me entra en la nariz y en los ojos, pero al menos me oculta un poco y la mayoría de ellos no pueden verme.

Ese sitio está lleno de hollín, por eso necesito bañarme cada día que vuelvo sin él. Ya no duermo por las noches, desasosegada porque sus palabras pudieran ser falsas, dándole vueltas a la

posibilidad de que no regrese o de que yo muera aquí, esperándolo.

Hoy he oído de nuevo la llamada. He esperado a que llegaran los otros para salir de mi escondite y caminar entre ellos.

Los más ancianos lo denominan el tobogán de hierro. A medida que lo veo aproximarse, silbando y echando humo, no veo nada en él que recuerde a un tobogán. Más que la muchedumbre a mi alrededor, lo que me da miedo es el ojo brillante reluciendo a la luz del día y la nariz de hierro que olisquea las vías.

Hay mucha gente. Nunca he estado entre tantos *wemistikoshiw*. Caminan, se empujan, hablan y se gritan los unos a los otros. Yo voy con cuidado con los abetos de las vías que, ennegrecidos por el hollín, se inclinan derrotados.

Apartada, a la sombra del cobertizo, miro cómo, delante de mí, la gente se inquieta y se acerca a las vías a medida que va aproximándose. Se acercan más de lo que podría haber imaginado. Las mujeres no se parecen en nada a mí; llevan largos vestidos hechos con demasiada tela y grandes sombreros. Sostienen curvadas protecciones de tela por encima de la cabeza. Los hombres visten trajes negros, marrones o grises, y sus zapatos son tan relucientes que me pregunto de qué animal extraen esa piel. Ellos también lucen sombreros. El hecho de que lleven sombreros en verano es otra cosa que no entiendo de los *wemistikoshiw*.

El tobogán de hierro emite un silbido como el chillido de un águila gigante. Ahora está tan cerca que debo taparme los oídos.

He remado sola a contracorriente por el gran río durante varios días para llegar hasta aquí, y no me importa. Mi único pariente murió en un lugar lejano y yo he venido para recibir a su amigo Elijah. Elijah Whiskeyjack es lo más cercano a un pariente que tengo, y pienso llevarlo a casa remando.

Joseph Netmaker me trajo la carta a comienzos del invierno. Vino desde la ciudad con raquetas de nieve.

—Esto es para ti, Niska —dijo—. Es del jefe canadiense, su *hookimaw*.

En cuanto vi el sobre marrón con las palabras en inglés escritas encima, supe lo que contenía. Me senté al lado del fuego y empecé a avivarlo con un palo mientras Joseph leía, primero en voz alta en su inglés vacilante y luego para mí en nuestra lengua:

—«Número 6.711. Lamento informarle de que el soldado de

Primera Clase de Infantería Xavier Bird ha sido oficialmente declarado muerto por heridas en el campo de batalla el día tres de noviembre de 1918. Director de Registros».

Esperaba algo más, pero eso era todo. Cuando Joseph se fue, estaba sola.

Tras muchas lunas, cuando el hielo del invierno estaba desvaneciéndose y viajar era una ardua tarea, Joseph volvió con otra carta. Me dijo que hacía referencia a Elijah, y que el viejo Ferguson se la había dado para que me la entregara a mí, pues yo era lo más cercano a un pariente que tenía Elijah.

La carta decía que Elijah había resultado herido y había perdido una pierna, que había intentado rescatar a otro soldado y se le había otorgado la medalla al valor. También especificaba que, aunque débil, estaba lo bastante recuperado como para poder viajar, y que se esperaba su llegada en la misma ciudad desde la que habían partido él y Xavier hacía tanto tiempo.

Pedí a Joseph que me explicara cómo funcionaba el calendario *wemistikoshiw* y en qué mes tendría que estar allí, y preparé detenidamente el viaje en canoa hasta la ciudad adonde Elijah llegaría. Partí a principios de verano y remé río arriba. Fue difícil. Yo soy mayor, pero viajé ligera de peso. Joseph quería venir, pero me negué.

Fui sola.

Observo cómo la bestia se detiene y exhala un último suspiro, como si estuviera cansada del largo viaje. El humo mana de sus costados. La gente saluda desde las ventanas y los de tierra saludan a su vez, tal como he visto hacer durante días. Entonces, los hombres, las mujeres y los niños que han llegado bajan y abrazan a los demás. Veo a algunos soldados y busco entre ellos la cara de Elijah, su sonrisa traviesa. El gentío empieza a disiparse y esta vez tampoco diviso a ningún soldado indio con una sola pierna.

Cuando me doy la vuelta para irme, distingo a través de una ventana la silueta de un hombre en el interior. Camina lentamente por el pasillo, con muletas, en uniforme y con una pequeña bolsa colgada del hombro. Me alejo de la sombra que da la pared.

Lleva sombrero, como los *wemistikoshiw*, pero éste es de su ejército. Tiene la cabeza gacha y no puedo verle la cara. Baja despacio las escaleras con sus muletas. Parece un hombre mayor, y

muy delgado. No puede ser el Elijah que conozco. Una pernera de sus pantalones está prendida más arriba y le cuelga un poco, vacía.

Cuando ha bajado las escaleras empiezo a retroceder, pensando que no es él. Entonces mira hacia arriba y veo su cara, delgada y pálida, los pómulos marcados y las orejas sobresaliendo por detrás del sombrero. Doy un traspié, la sangre huye de mi cabeza. El fantasma de mi sobrino Xavier está mirándome.

En ese instante él me ve, pero sus ojos tardan largo rato en entender lo que están percibiendo. Cuando al fin lo hacen, comienza a oscilar en sus muletas y se cae al suelo. Me precipito hacia él, me agacho a su lado y tomo sus cálidas manos. No es un fantasma. Lo rodeo entre mis brazos. Su corazón es muy frágil. De pronto tomo conciencia de que está muy enfermo.

—Sobrino —le susurro—. Estás en casa. Estás en casa.

Lo abrazo y cuando abre los ojos, los miro fijamente. Son vidriosos. Incluso en la oscuridad de la estación sus pupilas son como agujeros de alfiler.

—Me dijeron que habías muerto, Tía —musita.

—Y a mí que tú habías muerto —replico.

Nos sentamos en el suelo durante un rato, ambos demasiado débiles para levantarnos. Nos miramos mientras las lágrimas recorren nuestras mejillas. Hay unos cuantos *wemistikoshiw* observándonos. Ayudo a Sobrino a incorporarse para irnos al río, a fin de que él pueda beber agua y yo protegerlo mejor.

No nos quedamos mucho tiempo en la ciudad. Me pone demasiado nerviosa. Hay automóviles por todas partes. Debemos cruzar la carretera polvorienta para llegar al río donde guardo mi canoa. Sobrino se desplaza lentamente con sus muletas, los ojos bajos. La gente nos mira, sobre todo a él. Antes de que se fuera, hubo un tiempo en que tanto él como Elijah les habrían devuelto la mirada, sin intimidarse.

¿Y Elijah? Si se equivocaron con la muerte de Sobrino, podrían haber cometido el mismo error con Elijah. Quisiera preguntárselo, pero esperaré hasta que esté preparado para hablar.

Intentamos cruzar la carretera, pero un automóvil pega un bocinazo y se desvía bruscamente. Observo prudentemente y aguardamos largo rato hasta que creo que podemos pasar con seguridad.

Guío a Sobrino hacia la orilla del río. Hemos de recorrer un largo trecho por la rocosa orilla para llegar hasta donde he dejado la canoa. Le digo que es mejor que se quede esperando mientras me adelanto y la alcanzo. No me responde, sólo se sienta pesadamente en la orilla. Avanzo lo más rápido que puedo. No debería preocuparme por dejarlo unos minutos a solas: en estos últimos años ha corrido más peligro que cualquier persona en cien vidas. Pero no puedo evitarlo.

Mientras me aproximo a Sobrino en mi canoa veo que se ha quitado la chaqueta y que se aguanta un escuálido brazo con una mano. Al acercarme más me doy cuenta de que lleva algo clavado en el brazo, que se quita al verme. Su cuerpo se ha relajado y sus ojos adoptan una expresión de culpabilidad por un momento, pero cuando llego hasta donde él está son como la oscuridad del río bajo el sol.

Me siento mejor una vez que estamos en la canoa y nos alejamos remando de la ciudad. Huele igual que en Moose Factory, ese olor a madera quemada que no enmascara del todo otro aroma más débil. Él rema durante un rato, pero está lánguido.

Le digo que se tumbe en su fardo y que descanse, que navegamos hacia el norte, con la corriente a favor. No parece que me escuche. No se vuelve hasta que le toco en el hombro con la punta de mi remo. Entonces se lo repito y él me lee los labios. Se tumba sin decir palabra, y yo remo acercándome a la maleza, mirando de vez en cuando su cara a la luz del día, un rostro que ha envejecido demasiado pronto. Duerme, pero su sueño no es relajado. Se mueve nerviosamente y le tiemblan las manos. Llama a alguien en sueños y se despierta. Se sienta, hunde una mano en el río y se la pasa por la cara. Su camisa está empapada en sudor. Está muy enfermo, la fiebre lo abrasa por dentro. Yo me abro paso por el río en silencio.

Me tomo mi tiempo, agradeciendo no tener que luchar contra la corriente constantemente. Hace sólo un par de días luchaba con cada golpe de remo hasta que dejaba de sentirme los brazos y mi espalda amenazaba con quebrarse. Ahora, remando hacia casa, tengo la suerte de que la corriente vaya como yo, en dirección norte, hacia la Gran Bahía de la Sal, hacia el lugar que los que se llevaron a mi sobrino denominan la bahía de Hudson. Me costó

una semana de duro trabajo remontar el río, pero con buen tiempo y el viento a mi favor es un viaje de tres días hasta casa. Tengo muchas preguntas para Xavier, y estoy ansiosa como una niña por hacérselas. Pero soy paciente. Se me da bien esperar.

No llegamos muy lejos antes de que el sol me haga saber que es hora de preparar un campamento. Quiero ir con cuidado con él, de todas maneras. Además, no hay prisa. Es verano.

Los insectos son más grandes justo antes y durante el anochecer, por eso busco una isla en el río que nos permita resguardarnos de ellos. Un poco más adelante encontramos una, con una orilla de arena y algo de leña dispersa para hacer fuego.

Después de varar la canoa, recojo algunos troncos. Sobrino intenta ayudarme, pero sus muletas se hunden en la arena, y se frustra. Me entran ganas de llorar al mirarlo de reojo mientras se agacha tratando de recoger leña. Finalmente se sienta, arrastra lentamente piedras hacia él y forma con ellas un círculo para el fuego.

Con mi hacha, corto pequeños árboles y se los acerco, junto varios por un extremo y formo el armazón de una pequeña tienda. Saco un trozo de lona de la canoa y lo ato al armazón. El cielo parece prometer una noche estrellada, pero el viento me dice otra cosa. No estamos tan lejos de la bahía como para descartar la posibilidad de que nos asalte una tormenta. Una vez que he metido nuestras cosas en la tienda, voy sacando comida de un paquete. Sobrino ha encendido un buen fuego.

En una roca he puesto pescado salado, en otra un poco de carne de alce y en una tercera algunos arándanos recién cogidos del bosque. Agarro un palo y afilo un extremo. Sobrino mira el río fijamente. Pincho en el palo un trozo de carne y lo caliento cerca de la llama. Él vuelve la cabeza con aprobación cuando empieza a calentarse y a despedir su aroma.

—No había olido eso en mucho tiempo —me dice, sonriendo tímidamente.

Ésas han sido sus primeras palabras desde que dejamos la ciudad.

Le doy algo de comida, pero no toma nada. Su piel es del color de la ceniza del cedro bajo el crepúsculo.

De noche me arrastro dentro de la tienda y le digo que duerma

cuando lo desee. Él mira el fuego fijamente.

Después de unas horas me despierto con el tamborileo de la lluvia en la lona. Abro los ojos y me quedo escuchándolo. El humo de los rescoldos bajo la lluvia huele bien. Advierto que estoy sola. Aun con este tiempo, Sobrino no ha entrado. Echo un vistazo afuera. El fuego crepita y chisporrotea, y mis temores vuelven cuando no lo veo sentado al lado.

No puedo dormir el resto de la noche. Me revuelvo en mi manta. El cuerpo me hierve por el sufrimiento de Sobrino y por darme cuenta de que ha venido a casa a morir.

Takoshininaaniwan
La llegada

La lluvia repiquetea en la arena a mi alrededor durante toda la noche, empapando lentamente la lana del uniforme que aún llevo puesto. El olor animal que despide me retrotrae al campo de batalla. No quiero volver allí jamás. Tía descansa en su pequeña tienda, pero yo no puedo. Cuando lo hago, los amigos muertos que no deseo ver vienen a visitarme. Me acusan de actos que no realicé. Y de algunos que sí. Sería mejor no hablar de cómo nos comportamos todos allí, sobre todo Elijah. Él es el auténtico experto. Durante un tiempo yo fui el mejor tirador, pero nadie se acuerda ya de eso. Elijah es el elegido.

¿Dónde estará él ahora? Pasamos la guerra juntos para terminar perdiéndonos en los últimos días. Un proyectil cayó muy cerca de mí. Me lanzó al aire de repente y por un instante fui como un pájaro. Cuando caí ya no tenía la pierna izquierda. Siempre he sabido que los hombres no están hechos para volar.

Me dieron una medicina para el dolor, y aprendí a volar de otra manera. El precio que he de pagar esta vez es que no puedo vivir sin la medicina, y en pocos días se me habrá agotado. La morfina devora a los hombres. Se ha alimentado de mí en los últimos meses, y cuando se haya acabado seré yo el que se consumirá hasta la muerte. No podré vivir sin ella.

Todo esto es demasiado para mí. Elijah ha desaparecido. Tía no está muerta, después de todo. Hace un año, en Francia, recibí una carta que decía que había fallecido. Nada tiene sentido. Me tumbo en la arena y dejo que la lluvia me haga cosquillas en la cara. El fuego emite un rumor sibilante. Debería sentarme más cerca de él, pero me duelen los ojos a causa de la luz.

Observo cómo mi cuerpo tiembla bajo la fría lluvia. La morfina es muy buena, a pesar de todo, una cálida manta que me envuelve como una piel de alce. Me quedaré aquí escuchando mi respiración, esperando a que anochezca, y lucharé contra el sueño que me invade. No quiero dormirme y tener que volver a pasar por ello.

Miro fijamente la lluvia que cae y los rayos que la cruzan cada pocos minutos. Siento mi cuerpo flotar. Oh, esta medicina es buena. Escucho mi respiración, el modo en que el aire me invade lentamente para escaparse de mí otra vez como las olas del mar. Me oigo respirar y cierro los ojos. Al cabo de un rato, oigo a otros respirando pesadamente a mi alrededor. Quisiera decirles que callen. Un relámpago, otra centella estalla en la oscuridad y proyecta su blanca luz sobre nosotros y la zanja en la que estamos. Tenemos los uniformes empapados de agua fría. Elijah no está conmigo. Ha estado cerca de mí durante tanto tiempo que es como una parte de mi cuerpo.

¿Dónde estará?

Los cañones retumban. Me hacen temblar.

Me arrastro junto con los otros hacia unos edificios destruidos en las afueras de la ciudad. Estoy tan cansado que me quedaría aquí dormido boca abajo, lejos de los edificios que atraen todos sus proyectiles. La oscuridad me hace sentir seguro.

Mañana iremos a las trincheras. Pero esta noche nos han mandado a esa ciudad. No tenemos opción. El chasquido de los rifles nos mantiene en la zanja, las bengalas ascienden y nadie sabe quién dispara en plena noche. Los tiros suenan a unos cincuenta metros, delante y a la izquierda.

—¿Son ésas nuestras jodidas bengalas? —susurra el sargento McCaan—. ¿Alguien lo sabe? ¿Son ésas?

El Gordo gimotea como un perro. Los de mi alrededor respiran demasiado fuerte. Un buen cazador nos oiría. Otro chasquido de rifle. Tengo la cabeza cubierta de polvo.

—Son rifles Ross —le susurro a McCaan, que me mira y blasfema cada vez más fuerte y furiosamente. Son rifles como los nuestros los que nos disparan.

De repente, McCaan se pone en cuclillas y comienza a gritar a todo pulmón:

—¡Dejad de disparar a los vuestros, cabrones!

Yo me acerco y tiro de él mientras las balas pasan zumbando muy cerca de su cabeza.

Oímos un grito que nos responde en la distancia. Luego dejan de disparar y la voz se oye claramente, gritando el alto el fuego.

Entonces subimos, listos para retroceder, con las manos en alto mientras ascendemos por la zanja. La cara de McCaan enrojece bajo las luces que nos apuntan. Menos mal que no soy yo el que afrontará su ira. Elijah camina a mi lado. Él se ríe de todo esto, pero a mí no me hace ninguna gracia.

Se trata de otra compañía canadiense que controla las afueras de esta ciudad. También han venido desde Inglaterra y, mientras nos ofrecen cigarrillos, nos explican que aquí la línea de combate no está clara y que Fritz[1] está por todas partes. McCaan ha ido resueltamente a cantarle las cuarenta a su oficial, pero es un teniente y debe controlar su frustración. Nos indican un sitio en el que podremos dormir y, mientras marcho con los otros en plena noche, me pregunto qué clase de señal puede ser que la primera vez que me han atacado haya sido alguien de mi bando.

Nos han enviado a una vieja granja. En el piso de arriba, a través de una ventana sin cristal, se puede disfrutar de una buena vista del horizonte; las constantes ráfagas de artillería hacen que resplandezca como un horno de leña con la puerta abierta. Hace tiempo que no hay camas en este sitio y la mayor parte de las paredes están agrietadas. Descansamos encima de la paja, somos tantos apretujados hombro con hombro que me pregunto si el suelo aguantará nuestro peso o caeremos al piso de abajo. Los piojos caminan por encima de mí y el picor me impide dormir, así que me incorporo y los busco entre las costuras del uniforme, cogiéndolos y aplastándolos con las uñas que me he dejado crecer con ese propósito.

Preferiría estar fuera sobre la hierba fresca, pero los oficiales no lo permiten. Llevamos tres semanas aquí, en este lugar que algunos llaman Flandes y otros, Bélgica. Me sentí estúpido e insignificante cuando Elijah tuvo que explicarme que Bélgica es un país, como Canadá, y que Flandes sólo es una pequeña parte de él, como Mushkegowuk. Aún no me he acostumbrado a la lengua de los *wemistikoshiw*. Hablan por la nariz, la boca me duele cuando intento imitar sus ridículos sonidos. He decidido estar lo más

callado posible, escuchando detenidamente para intentar descifrar las palabras, siempre alerta a la broma o al insulto dirigido a mí. Esta gente cree que soy inferior a ellos, pero espero la oportunidad de demostrarles de qué estoy hecho cuando llegue la hora de matar.

Esto es lo más cerca del frente que hemos estado. Tan cerca que olemos la pólvora quemada. Los cañones son más estruendosos de lo que nunca podría haber imaginado, más que un trueno o el ruido de las cataratas. Me acecha el deseo de admitir mis ganas de estar en casa y no en este horrendo lugar, pero debo apartar ese pensamiento de mi mente.

Al principio, todo era casi como lo había imaginado por las historias que se contaban. Verdes campos y bonitas muchachas saludándonos desde puertas y ventanas en las ciudades que atravesábamos marchando. Luego nos enviaron más al norte en viejos trenes y anduvimos por entre ciudades destruidas, como destrozadas por niños gigantes. En uno de esos lugares vi por primera vez una persona muerta, no el cuerpo de un soldado sino el de un niño pequeño, desnudo e hinchado por el sol, al que le faltaba un trozo de cabeza. Eso me desconcertó. ¿Qué teníamos que ver nosotros con esto? ¿Dónde estaba su madre?

Estoy confundido por muchas cosas, por todo este ir y venir, por la pérdida de mi sentido de la orientación en este sitio. Comenzó a llover poco después de haber visto al niño, y ahora la lluvia es tan frecuente que se ha vuelto parte de mi mundo.

Cada día hacemos instrucción bajo la lluvia. Ejercicios con bayoneta, con granadas, de tiro y de marcha. Mi piel está permanentemente húmeda, lo que me hace sentir como un sapo o un pez. Mantener el rifle limpio y a punto con toda esta lluvia resulta difícil.

Sigue lloviendo. Permanecemos en la granja, rascándonos. Oigo llover, y a Sean Patrick y Ojos Grises hablando en voz baja.

—Mi chica quería casarse conmigo —dice Sean Patrick.

Es el más joven de nuestra sección y viene de un lugar de Ontario que no está demasiado lejos de donde yo vivo. No sé cómo le dejaron alistarse. Parece un cachorro de alce que aún no hubiera sido destetado de su madre. Todo en él son rodillas y sus orejas son aún más grandes que las mías.

Sean Patrick sigue hablando. Le encanta hablar.

—Ésa era la única manera de verla desnuda. Pero le dije que no quería que mi mujer fuera una viuda de guerra. «Eres demasiado buena para eso —le dije—. Esperaré a mi regreso para casarme contigo». —Se rasca el cuello de su guerrera desabrochada—. Todos sabemos que esta guerra no puede durar mucho —dice volviéndose hacia Ojos Grises, porque necesita que otros confirmen que está en lo cierto—. La verdad es que no accedí porque estaba enfadado con ella por no querer hacerlo conmigo. Acabo de cumplir diecisiete, y eso es demasiado pronto para casarse.

Ojos Grises se ríe sin hacer ruido en la oscuridad.

—¿De verdad eres americano? —pregunta Sean Patrick.

—De Detroit —contesta Ojos Grises—. Yo también tengo una chica allí. Se llama Maggie y es una preciosidad.

—¿Ah, sí? —dice Sean Patrick.

—Pelirroja, con un cuerpo como Afrodita. Yo también le prometí que me casaría con ella cuando volviera.

Yo estaba presente cuando Ojos Grises le dijo a Elijah que su chica se llamaba Janice y era rubia como el trigo. Es amigo de Elijah, y no me inspira ninguna confianza.

Me quedo dormido con el sonido de sus voces y el de los cañones retumbando en la distancia a uno y otro lado, pensando en Sean Patrick, que ni siquiera tiene diecisiete inviernos, sino quince. Y en Ojos Grises, ese mentiroso.

Pasamos toda la mañana del día siguiente frente a la granja, en posición de firmes. No entiendo por qué tenemos que hacer esto. Algunas tardías nubes de abril se agrupan en la distancia. Elijah, a mi lado, mueve un pie, y el sargento McCaan le grita que se esté quieto. Me doy cuenta de que no es la intención del sargento gritarle y tampoco quiere que estemos allí parados. El que le dice a McCaan qué hacer se llama teniente Breech. La tropa lo llama Cabrón Breech. Se pasa toda la mañana a la sombra, mirándonos. Lleva una vara de fresno con una bala en la punta y la hace restallar contra su pierna cuando quiere llamar la atención de McCaan.

Las nubes continúan acumulándose. Nos mandan permanecer firmes incluso cuando la lluvia empieza a caer y nos empapa hasta dejarnos temblando. Cuando la lluvia es muy copiosa, Breech entra en la granja y los soldados empiezan a hablar entre ellos.

—Hoy nos mandan al frente —dice uno delante de mí.

—Ya era hora —contesta Sean Patrick.

McCaan le dice que se calle. Elijah se inclina hacia mí.

—Ahora podremos cazar —me dice.

No le contesto; me inquieta que Breech pueda estar observándonos.

La lluvia cae ahora con mayor violencia y pronto no puedo distinguir el sonido de los cañones del de los truenos. Los hombres se mueven y protestan. Nuestros fardos pesan más de la mitad de nuestro propio peso. Los hombres que me rodean son asustadizos, como los caballos que he visto por aquí. Detrás de mí, alguien comenta que hay oficiales que llevan a los soldados fuera de las líneas y les disparan a la menor desobediencia. Otro dice que los canadienses han sido derrotados en un lugar llamado Saint-Eloi y que nuestro batallón ha de ir como refuerzo. Los rumores continúan hasta que se convierten en ciertos. Hoy iremos al frente.

Entonces deja de llover. El sol aparece, y también Breech. Nos arqueamos bajo el peso de nuestros fardos. El Gordo gimotea. Lo llaman Gordo porque realmente lo es. Gordo como una beluga. Yo sigo inmóvil, aguantando, y veo el vapor que sale de nosotros como si ardiéramos, consumiéndonos lentamente bajo el peso de la mirada de Breech.

Estoy hambriento, pero nos obligan a permanecer aquí. Ha pasado la hora de comer nuestra ración diurna. Breech le da la orden a McCaan, hemos de emprender la marcha. Un gran hurra sale de las gargantas de los hombres, y entonces lo comprendo todo. Conseguir que los hombres vitoreen mientras marchan al frente no es tarea fácil. Este ejército está ordenado con gran precisión. Me quedo pensando en todo esto mientras marchamos por un sinuoso camino de barro y charcos. El ruido de los cañones se acrecienta a cada paso.

Mientras los demás cantan, el sol se pone por detrás de nosotros; al poco rato caminamos sobre nuestras sombras. Entonan una canción que desconozco, incluso McCaan, con su voz áspera y grave. Consigo entender algo sobre una chica y su olor, aunque no tiene mucho sentido. En lo que a mí respecta, no pienso cantar sus canciones. Ya tengo las mías.

Intento recordar una de ellas pero tantas palabras en inglés me lo impiden, así que la tarareo y me doy cuenta de que alguien más

está tarareándola, aunque desafinando y cada vez más alto y más fuerte, hasta que el zumbido es un grito y, de pronto, un trueno y una ola de calor me arrancan del suelo, y el río y los árboles reventados relampaguean en mi cabeza. Entonces aterrizo sobre un hombro y llueven rocas y pegotes de tierra roja, que tardo un momento en reconocer como carne y vísceras humanas. En el ruido sordo que llega a mis oídos, que noto como si estuvieran llenos de algodón, distingo el relincho de los caballos, gritos de hombres y el estruendo de otros proyectiles, esta vez delante de mí. Los soldados se arrastran escarbando el barro intentando llegar al margen del camino o más allá, a cualquier lugar que ofrezca refugio de la metralla. Yo también quiero arrastrarme, pero no puedo. Siento que alguien tira de mis hombros, me desliza por el fango y me deja debajo de un carro. Entonces veo la cara de Elijah, que me mira y me pregunta en cree:

—¿Estás bien?

Asiento; los ojos de Elijah brillan como si sonriera. Retrocede arrastrándose y poco después vuelve con Ojos Grises y Sean Patrick. Nos apretujamos todos debajo del carro mientras las explosiones y las sacudidas de los proyectiles se alejan cada vez más, como bestias que husmearan y aporrearan la tierra en busca de carne humana que desgarrar.

Cuando acaba el bombardeo, salimos y examinamos los daños. Me sorprende lo poco que ha cambiado todo. El mismo barro, los mismos charcos, los mismos carros rotos y las mismas pilas de ladrillos. La única diferencia es el olor amargo de la pólvora y el aroma dulzón de la sangre, que impregnan el aire como si hubiéramos descuartizado un alce. Hacemos todo lo posible para ayudar a los heridos. Al poco rato aparecen camilleros para llevarse a los muertos y a los vivos que no pueden caminar.

Al caer la noche aparece un oficial y le dice a McCaan que dirija el pelotón hacia el oeste por un tortuoso camino de tierra. Noto que a McCaan no le gusta nada la orden. El teniente Breech está fuera, en una reunión, y ha dejado a McCaan al mando, con la consigna de trasladar a la tropa a algún lugar en la oscuridad. Breech y los otros nos esperarán allí. McCaan es demasiado listo como para quejarse al oficial, pero la rigidez de su cuerpo delata cómo se siente mientras escucha a ese hombrecillo con bigote que, agitando su fina vara

hacia el lugar donde cayó la última luz, chilla con voz aguda lo que parecen complicadas indicaciones.

—¿Esta noche entonces, señor? —es todo lo que oigo decir a McCaan.

Elijah y yo intercambiamos miradas de complicidad. Tenemos por delante una larga marcha. Bélgica es mucho más confusa de lo que imaginaba, nadie parece saber dónde se halla Saint-Eloi.

—¿A cuántos kilómetros del frente crees que estamos? —me pregunta Elijah en cree.

—Quizá aún estemos a cinco o seis kilómetros —respondo—. Es difícil decirlo. Todavía no entiendo el ruido de los cañones.

Una vez, cuando éramos casi unos niños aún, estábamos rastreando huellas de alce en la nieve y nos perdimos el uno al otro. Cuando faltaba poco para que oscureciera y yo estaba empezando a preocuparme por tener que dormir solo y al raso toda la noche, apunté con el rifle a un árbol, a doscientos metros en la dirección en que me parecía que había ido Elijah. Disparé y escuché detenidamente durante un par de minutos hasta que llegó hasta mí el débil eco del disparo de un rifle contestándome a lo lejos. Así pudimos localizarnos y aprendimos cómo suena un rifle y cómo seguir la trayectoria de su disparo en la distancia y en el tiempo. Si uno se pierde en el bosque, apuntar al aire no sirve de nada. El sonido va hacia arriba y hacia los lados, por lo que parece provenir de todas partes. Lo que hay que hacer es enfocar el sonido. Yo intento escuchar con atención el sonido de los cañones y los rifles, intento aprendérmelos.

McCaan refunfuña y, una vez que el pequeño oficial se ha esfumado, nos ordena echarnos al hombro nuestros fardos.

—El enano cabrón quiere que vayamos de noche a un sitio peligroso sabiendo que no tenemos ni puta idea de dónde estamos. ¡Somos como jodidas vírgenes en la boca de un león! —grita.

Me gusta cuando McCaan dice palabrotas, suena casi como si estuviera cantando.

La noche nos engulle. El destello de los cañones parece provenir de todas partes. Estamos perdidos. La ruta por la que nos han mandado se ha hecho más y más angosta, hasta que se ha convertido en un simple camino de tierra que cruza charcos de agua hedionda. Seguimos al que va delante, intentando no perderlo de

vista. Eso significaría extraviarse en esta ciénaga por la que caminamos, con agua, ruidos de animales nocturnos por doquier y el barro que se pega a las botas y que amenaza con arrancarlas de los pies de los soldados a cada paso. Me pregunto si el calzado que llevo en la mochila sería mejor en estas circunstancias. Este barro no es tan diferente del que hay en el río Alce.

Ésta es una de esas noches para esperar sentado bajo el cielo hasta que amanezca. Pero no podemos hacer eso: las patrullas enemigas podrían estar en cualquier parte. Por lo que sé, el pelotón se ha escabullido por detrás del enemigo y estamos en su país. Siento pánico en el estómago cuando lo pienso, y el aletear de los enormes pájaros de la ciénaga, que picotean y se alimentan, se transforma en el sonido de los alemanes de piel verde deslizándose por el barro, sobre la barriga, acercándose, con las puntas afiladas de sus cascos listas para empalarme por la espalda.

—Nos hemos perdido —le susurro a Elijah en cree.

No me contesta. Súbitamente, alas negras baten a nuestro alrededor, rozando mi cabeza.

—¡Me he caído! ¡Ayudadme! —grita el Gordo.

Hay mucho barullo mientras los hombres van en la dirección de su voz y, con un tremendo estirón, lo liberan del agua que se lo tragaba, justo al lado del camino en el que nos encontramos. La mano del Gordo agarra un brazo humano, puedo verlo con la tenue claridad que nos ilumina. Cuando se da cuenta de lo que ha sacado del barro el Gordo empieza a gritar, hasta que McCaan se acerca y una fuerte bofetada resuena en la espesa niebla de la noche.

McCaan nos dice en voz baja que nos tranquilicemos, que ésta es nuestra auténtica primera prueba como soldados y que, a juzgar por lo que sabemos, debemos de estar en territorio enemigo y desde este momento nuestras vidas corren peligro.

—Os estáis comportando como conejos —nos dice—, y es hora de actuar como lobos.

Éstas son las palabras perfectas. Casi puedo oír cómo se tensan las espaldas de los soldados y se les eriza el vello de la nuca. De eso se trata, de ser el cazador y no la presa. Eso es lo que me permitirá sobrevivir. Es la misma ley que en el monte: convertir el miedo y el pánico en la afilada hoja de la supervivencia.

Ahora avanzamos más lentamente, escuchando los ruidos a

nuestro alrededor, aguardando el destello de los cañones en la distancia, intentando saber quién dispara y lo lejos que está. Mis ojos han ido acostumbrándose a la poca luz. El horizonte brilla como si fuese a amanecer, pero yo diría que el brillo está en el norte. La respiración del Gordo es lo único que resuena cuando nos paramos y escuchamos. Respira como un caballo, con unos pulmones grandes como los de un caballo, pero un caballo constipado. Tose, resopla y gimotea hasta que McCaan le dice que cierre su puta bocaza.

Al quedarnos muy quietos, oímos un tintineo metálico y voces a través de la espesa niebla, que ha descendido a la altura de nuestros pechos. Es tan densa que, si nos agachamos, desaparecemos completamente, como en el agua. McCaan susurra algo y el susurro pasa de hombre a hombre hasta que llega a nosotros. Quiere que Elijah y yo nos acerquemos a él. Cuando estamos a su lado nos dice:

—Dejad vuestros fardos aquí, chicos. Quiero que avancéis tan lenta y silenciosamente como sé que podéis hacer y averigüéis si lo que hay detrás de ese pequeño risco es amigo o enemigo.

Asentimos y dejamos caer las mochilas de nuestros hombros. Veo que Elijah tira también el abrigo, así que hago lo mismo. Cojo mi rifle y compruebo el mecanismo, quitándole el seguro con el pulgar. Elijah se escabulle entre la niebla y me apresuro a seguirlo para no perderlo. Escucho sus pasos silenciosos y desaparezco a ciegas en la bruma, incorporándome de vez en cuando para salir a la superficie y orientarme. He contado doscientos pasos cuando pierdo a Elijah, pero sé que habrá ido hacia la izquierda y que él esperará que yo vaya un poco hacia la derecha, como hacíamos cuando seguíamos a un alce. La cresta es un montículo en la distancia, tal vez a sólo ciento cincuenta pasos. De pronto oigo el gorjeo de Elijah y le contesto con el mío. Avanzamos lentamente. Me gustaría llevar mis mocasines y no estas pesadas botas.

Cuando estoy cerca del pie del risco me detengo y vuelvo a escuchar. No es un risco sino el borde de un gran cráter provocado por un mortero. Se oyen con claridad risas y también el tintineo de tazas de metal. Vislumbro el leve parpadeo de un pequeño fuego. Quienquiera que esté allí debe de pensar que no se le ve por estar dentro del agujero y con la niebla que hay, pero está muy equivocado.

Una voz se distingue entre las otras. No habla inglés. Me agazapo cerca del suelo y aguzo los oídos. Si tuvieran un centinela, podría estar viniendo hacia mí o apuntándome en este mismo instante. Me deslizo entre la espesa niebla y voy hacia la izquierda, donde sé que estará Elijah.

—No es inglés lo que hablan —le susurro en cree cuando estamos uno al lado del otro y hemos retrocedido una distancia prudencial en la bruma.

Elijah asiente.

—Creo que es la lengua de los belgas —me contesta—. ¿De qué color son los uniformes belgas?

—Ayer vi uno de un soldado muerto y era más claro que el de los franceses —respondo.

—Tendremos que ir al risco y comprobarlo.

Andamos a gatas en la bruma y, cuando llegamos al borde del cráter, le hago una seña a Elijah para que vaya primero mientras lo cubro. Elijah avanza arrastrándose y mira detenidamente por encima del borde; luego me hace una señal para que le siga. Me acerco a él y veo a cuatro hombres sentados alrededor de un pequeño fuego con cazos de metal en las manos, como si estuvieran a miles de kilómetros del campo de batalla. Dos de ellos lucen largos bigotes que les tapan la boca. Uno es un hombre mayor y el otro no parece tener más de doce inviernos. Llevan uniformes gris oscuro. Unos cascos redondos coronados con penachos descansan a sus pies.

Elijah se levanta de repente y camina hacia ellos, el rifle al costado pero preparado para disparar si fuese necesario.

—¡Hola! —dice en voz alta cuando llega a su encuentro.

Los hombres dan un respingo y dos de ellos se caen de sus asientos.

—¡Soy canadiense! ¡Hola!

Los otros, una vez superado el sobresalto, se relajan un poco. Uno de ellos profiere extrañas palabras guturales. Elijah sólo asiente con la cabeza, sonríe y repite:

—¡Sí! ¡Sí! ¡No entiendo! ¡Soy un cree canadiense!

Me levanto, quito el seguro del rifle y me uno a Elijah. Nuevamente, los hombres del cráter parecen sorprendidos. Yo solamente asiento y sonrío mientras cojo un cazo que me ofrecen.

La media taza de vino me deja un sabor amargo en la boca, pero disfruto del calor que me proporciona mientras oigo a Elijah preguntarles:

—¿Dónde están los canadienses?

Dos de los soldados señalan y responden, en un inglés peor que el mío, que están hacia el este, muy cerca. Mientras volvemos a reunirnos con nuestra compañía en plena niebla, Elijah me dice que cree que los canadienses están a sólo medio kilómetro.

Elijah informa a McCaan, que parece aliviado. Ordena a las tropas que carguen sus mochilas y nos dice a Elijah y a mí que los guiemos en la dirección correcta. Me siento muy orgulloso al pensar en nuestra primera prueba. Nos movemos en silencio y en línea recta a través del lodo, para encontrar nuestro batallón.

Después de una breve caminata, acampamos al resguardo del bosque. Me sorprende la magnitud del batallón y lo bien oculto que está. Hasta que no hemos estado justo encima de ellos no nos hemos percatado de que habíamos encontrado el grupo. Los centinelas han dado el alto, McCaan ha respondido y nos hemos unido a los otros. No se permite hacer fuego tan cerca del frente, pero en la oscuridad distingo formas de tiendas y de hombres con mantas tendidos en el suelo cuchicheando entre ellos. Nos ignoran como si fuéramos fantasmas. En la negrura, con las sombras cruzando sus rostros y sus miradas profundas a la luz de un cigarrillo, caigo en la cuenta de que éstos son los veteranos del cruento enfrentamiento del año pasado, los fantasmas andantes. Mi primera prueba se vuelve de repente fútil a sus ojos y a los míos.

McCaan pregunta dónde está la cantina y nos dirigen a un gran vagón-cocina.

Una vez dentro, el aroma de comida me recuerda que no he ingerido nada en mucho tiempo. Sacamos nuestros cuencos y los llenamos con un guiso quemado que, en estos momentos, nos sabe a carne fresca. Limpio mi cuenco con un mendrugo de pan duro que se ablanda un poco con la salsa; tan pronto como doy el último mordisco, el cansancio se apodera de mí y lo único que quiero es un lugar donde tumbarme y enrollarme en la manta.

Nuestro pelotón se mantiene a cierta distancia de los otros, de los que han sido relevados después de días en el frente. De espaldas sobre el duro suelo del bosque, caigo en la cuenta de que mi grupo

no forma parte de ellos. Observo el cielo nocturno y, justo antes de quedarme dormido, la conciencia de dónde estoy se me graba claramente en la oscuridad quebrada por las esqueléticas ramas de los árboles que hay encima de mí. La vida me ha traído hasta aquí. Está tan claro como si hubiera andado un camino bien marcado que fuera desde los ríos de mi tierra del norte, a través del país que llaman Canadá, con los océanos separándose delante de mí, como en esa historia bíblica que las monjas me inculcaron de pequeño, hasta aquí, este extraño lugar donde explotan todos los males del mundo.

A la mañana siguiente me despierto antes del alba y del toque de diana. Algunos hombres están sentados en círculo, con mantas sobre los hombros, hablando en voz baja, fumando y tomando café. Al cabo de un rato, uno de ellos me hace señas para que me acerque. Me siento con ellos, pero no hablan conmigo ni me preguntan quién soy. Puedo entender casi todo lo que dicen. Hablan de amigos que han perdido, de una batalla invernal en la que muchos murieron, de ataques victoriosos a trincheras alemanas. Hubo un duro combate en Saint-Eloi entre marzo y abril, pero por ahí ya está todo tranquilo. Ninguno de ellos habla de su casa o de lo que ha dejado atrás.

Finalmente, uno me pregunta de dónde vengo.

—De cerca de Moose Factory —respondo.

Él sabe dónde es.

—O sea que eres indio —me inquiere.

Asiento.

—Eres muy bajito para ser indio, ¿no? —me dice, mientras los demás se ríen—. Todos los indios de donde yo vengo son más altos que tú. Pero supongo que así es como crecen en esas praderas.

—Tu pelotón acaba de llegar, ¿verdad? —pregunta otro.

Yo asiento.

—Entonces os enviarán al frente hoy mismo, supongo.

—El mes pasado perdimos a muchos hombres —dice el anterior—. Fritz está mejorando mucho con los cañones. Con esa puntería no necesitan ofensiva. Nos mandarán al reino de los cielos y sanseacabó.

El otro habla de nuevo:

—Alguien como tú debe aprender rápidamente a mantener la

cabeza gacha. Los francotiradores alemanes son terriblemente certeros. Hay uno de ellos que siempre dispara al cuello. ¿A cuántos ha alcanzado hasta ahora, Smithy?

El tal Smithy aún no ha dicho una palabra.

—Por lo menos a una docena —contesta—. Bueno, que yo sepa.

—Smithy, aquí donde lo ves, es un francotirador. ¿Verdad, Smithy? —dice el primero de ellos.

Smithy no contesta, ni siquiera parece que haya oído el comentario. Yo miro su rifle, que está a su lado, y las muescas en la culata.

—Smithy tiene treinta y tres muertos confirmados, y muchos más sin confirmar —añade rápidamente el segundo de ellos—. A la mayoría los ha abatido cuando ya estaba en nuestro regimiento. Más que cualquier canadiense. O que cualquier británico, de hecho.

Smithy niega con la cabeza y mira a lo lejos. Es bajito y delgado. Está quedándose calvo. Se parece a un hombre que conozco de la Compañía de la Bahía de Hudson, en Moose Factory, que enseña en la escuela dominical a los niños que viven en la reserva.

—No es cierto —farfulla Smithy—. Hay uno de los tuyos, un indio, que responde al nombre de Peggy. Ojibwa, creo. —Dirige la mirada hacia mí y añade—: Debe de llevar casi cien, pero ningún oficial le da crédito porque le gusta trabajar solo.

Smithy se calla de repente; parece avergonzado de haber hablado tanto.

—Peggy es la sal de la tierra —añade, como una ocurrencia—. Cualquier soldado canadiense sabe que no miente.

Todos guardan silencio. Supongo que deben de estar pensando en lo que ha dicho Smithy. Me gustaría conocer a ese tal Peggy.

—La verdad es que no hablas mucho —me dice el primero de ellos después de un rato—. En eso te pareces mucho a Smithy. Hombre de pocas palabras, ¿eh?

El otro se ríe.

—No sé mucho inglés —afirmo sonriente.

—No se necesita saber mucho —dice Smithy, enojado— para hacer el trabajo por el que te han mandado aquí.

Asiento, pero sé lo suficiente como para no sonreír de nuevo.

Momentos después vuelvo a mi lugar de descanso y me tumbo boca arriba. Observo las ramas oscuras en el cielo, que empieza a

clarear. Cierro los ojos y, cuando los abro de nuevo, veo la cara de Niska encima de mí. Me zarandea un poco; ya es un nuevo día.

—Estás temblando —me dice, pidiéndome que me siente cerca del fuego.

Monahikewina
Trincheras

Estoy tumbado inmóvil junto al fuego y ni siquiera el cálido aroma del pan frito me despierta el apetito. Mis tripas están oprimidas, como atadas con cuerdas. Me escuecen los ojos a causa del sol, que sale por el otro lado del río, y la bruma que flota por encima del agua me recuerda a la niebla matinal de Francia. Esta mañana la bruma es muy densa, como si fuera niebla. Va a ser un día caluroso.

Niska me da un codazo, sus ojos me interrogan. Parece mayor que cuando me fui, ya tiene casi todo el pelo gris. También está más delgada, pero sigue siendo fuerte.

—He dicho que hoy nos lo tomaremos con calma —comenta.

Le miro los labios para entenderla. Lo único que consigo oír esta mañana es un rugido sordo, como el de los rápidos del río desde lejos.

—¿Tienes algún problema de oído?

Asiento. Mis oídos omiten más cosas de las que perciben.

Coger una jeringuilla de mi equipaje y prepararme el brazo me alivia tanto como la medicina en sí misma. Mientras Niska carga las cosas en la canoa, dándome la espalda, introduzco la punta en la vena de la parte interior de mi magullado codo y dejo caer la cabeza hacia atrás con un suspiro. La lucha por mantener a distancia los recuerdos pierde sentido y, minutos después, cuando Niska me ayuda a subir a la canoa y a acomodarme encima de mi mochila, dejo que mi mente vague a su antojo. Niska nos guía hacia la corriente.

La bruma no ha ascendido mucho aún. McCaan nos dice que eso es buena señal. Sean Patrick y el Gordo van delante de mí, y nos movemos agachados por una trinchera de enlace que nos conduce

hacia la primera línea del frente. El silbido de los proyectiles nos incita a mantener la cabeza gacha y, cuando alguien de la fila aminora el paso o se para, los de detrás chocan con él. Es difícil avanzar. El suelo de la trinchera está cubierto de tablas, así nuestros pies no andan sobre el fango y el agua que hay debajo de ellas. McCaan nos dijo que normalmente vendríamos aquí de noche, pero la niebla nos permite movernos de día. En la instrucción nos enseñaron que todo sucede de noche: cavar, reparar, atacar trincheras enemigas, explorar y extender alambradas.

—La oscuridad es vuestra mejor amiga —nos repite McCaan continuamente—. Si no aprendéis eso, no viviréis, chicos.

Cuando pasan los camilleros nos apretujamos a un lado de la trinchera. Yo intento no mirar a los que trasladan, pero de vez en cuando echo un vistazo y diviso una cara contraída de dolor o marcada con una *m* amarilla, que significa que le han dado la medicina y está soñando con el más allá. Pienso en Ojos Grises y también en Elijah, que se muestra retraído, reconcentrado y serio desde que vinimos aquí. Veo el brillo en sus ojos y cómo se alimenta del miedo y la locura de este lugar. Se ha convertido en un buen soldado. Creo que McCaan está muy contento con él.

Finalmente llegamos a la trinchera del frente. Al menos eso es lo que susurran los que van delante de mí. Esta trinchera es muy parecida a otras por las que hemos ido avanzando durante horas. Pero aquí los soldados están sentados en huecos en las paredes, en grupos de dos o tres, y sus caras están tan flacas y sucias que sus ojos parecen más blancos y más grandes. Otros apoyan altas cajas metálicas contra la pared y miran por ellas, observando lo que sucede al otro lado. Son los periscopios que nos enseñaron a usar recientemente. McCaan ordena que nos detengamos y va en busca de un oficial.

El que llaman Gilberto se enciende un cigarrillo. Sus gruesos brazos están cubiertos de pelo negro y reluciente como el de un oso. Me daría miedo si no fuera porque los bordes de sus ojos se arrugan con expresión bondadosa cuando sonríe.

Graves, el mayor de nosotros, le susurra:

—Tira eso, hombre. Fritz verá el humo y nos lanzará algo encima, o un oficial pasará por aquí y será aún peor.

Gilberto es grande y ancho de hombros. Cultivaba frutas allá en

su tierra. A mí me cae bien porque su inglés es tan malo como el mío. Tira el cigarro inmediatamente, y dos soldados sentados en un refugio subterráneo a nuestras espaldas se ríen de nosotros mientras encienden los suyos.

—Ya no hay acción en Saint-Eloi desde hace un tiempo —dice uno de ellos, encajando limpiamente la colilla de su cigarrillo en el lugar donde debería tener los dientes de delante—. Ahora el baile es en el Somme.

McCaan vuelve con un oficial alto y encorvado que parece tener ganas de llorar. Observo que habla tan bajito que McCaan debe inclinarse hacia él para oír lo que dice; por un momento, se me antojan dos abuelas contándose secretos. El oficial lleva un garrote con la punta gruesa, que golpea contra la puntera de su bota. McCaan nos hace señas y empezamos a andar con la cabeza gacha entre los hombres que siguen sentados, dormidos o hablando entre susurros. De vez en cuando pasamos junto a francotiradores que cargan sus rifles Ross detrás de planchas de hierro. Se abre una pequeña ventana corredera y el tirador dispara antes de que la ventana vuelva a cerrarse. A continuación oigo el ding de las balas alemanas golpeando la plancha. Es como un juego, me digo, pero un juego que nadie quiere perder.

Llegamos al trecho de tierra y barro que será nuestro nuevo hogar e inmediatamente empezamos a trabajar para convertirlo en algo habitable. Hay pequeñas cuevas excavadas a los lados para tumbarse y dormir. Cada uno se queda lo que puede. El Gordo comienza a quejarse porque no hay ninguna en la que quepa, así que agarro su pala y lo ayudo a excavar una cueva más grande. Cuando termino me encuentro a Elijah y, sin decir nada, acordamos compartir un sitio.

El resto del día estamos muy ocupados, y los hombres están nerviosos. Nos mantenemos a la escucha de los diferentes tipos de proyectiles y McCaan nos presenta a un cabo llamado Thompson. No es más alto que un niño crecido, pero su rostro es el de alguien mayor. Me resulta imposible adivinar su edad.

Thompson da muchas explicaciones, pero noto que no le gustan mucho los desconocidos.

—Si oís el zumbido de un mortero cerca de vosotros, sabed que podéis poner tierra de por medio si lo hacéis rápido. Es la única

bomba con la que podéis hacerlo. Podéis oír los grandes proyectiles acercarse desde lejos y rezar para que no se dirijan a vosotros. Ahora escuchadme bien, chicos: son los obuses pequeños, los que oís sólo un poco antes de que exploten, los que hacen más daño, los que suenan como un mosquito zumbando en la distancia. Si oís uno de ésos os tiráis al suelo y enterráis la nariz en el barro tanto como podáis.

Le escuchamos atentamente con los ojos como platos y, como si enfatizaran lo que explica Thompson, los proyectiles zumban y explotan no lejos de nosotros. Cuando alguien grita que todo está despejado por el momento, Thompson dice:

—Ésa es la versión alemana de nuestros cañones de proyectiles de dieciocho libras. Dejan un agujero en la tierra del tamaño de una zanja.

Otro obús sobrevuela nuestras cabezas, silbando como una tetera puesta a hervir, y desaparece.

—Ése es el zumbido que tenéis que aprender a temer. El proyectil sólo tiene un centímetro, pero es mortalmente preciso y muy eficaz.

Deja de hablar y se mete las manos en los bolsillos. Se vuelve y se aleja de nosotros silbando.

Nos miramos entre nosotros.

—Qué raro es —dice el Gordo.

Sé, sin embargo, que he de escuchar con atención todo lo que Thompson me enseñe.

Ya avanzada la tarde, cuando hemos terminado de reforzar nuestro tramo de trinchera, Elijah y yo nos tumbamos de espaldas y miramos cómo los aeroplanos vuelan por encima de nosotros, bajan en picado y luchan entre ellos. Vuelan tan cerca que pronto diferenciamos nuestros aeroplanos, grises y negros, de los de los alemanes. Descienden en picado como águilas echando nubecillas de humo negro. De vez en cuando un avión falla, se viene abajo haciendo círculos y desaparece detrás del montículo de la trinchera.

—Me gustaría ser capaz de volar así —me comenta Elijah en cree—. Me gustaría volar así, como un pájaro —repite, mirando a lo alto como un niño pequeño—. Tal vez un piloto me lleve algún día.

Cada noche, antes de ponerse el sol, nos ordenan formar con los rifles preparados y las cabezas justo por debajo de la cima de la

trinchera. Permanecemos en lo que McCaan llama posición de fuego, agachados, esperando el ataque alemán. Esto es un ritual que se lleva a cabo al alba y al anochecer, la hora preferida por los dos bandos para el ataque.

Esta noche, McCaan está arrodillado a mi lado; huele a sudor y a tabaco. Mira hacia las líneas alemanas por un periscopio y maldice mucho porque sólo dispone de la débil luz del sol, que se está poniendo por detrás de nosotros, y no ve gran cosa. Menea tanto el periscopio que atrae a un enjambre de balas alemanas. Deseo gritarle a McCaan que baje la cabeza, pero las palabras en inglés no me vienen a la mente tan rápido, sólo una sarta de palabras en cree, y ya es demasiado tarde.

McCaan sale despedido hacia el suelo de tablas. El periscopio está destrozado a su lado. Me figuro que le han disparado en la cabeza, porque no se mueve, pero entonces se incorpora aturdido, como si despertase de un profundo sueño. Tiene un ojo tan hinchado que está cerrado del todo, amoratándose por momentos. Recoge el periscopio y lo mira, murmurando algo entre dientes. Un agujero de bala se recorta limpiamente en la parte de delante; la parte de atrás está destrozada. Un médico se precipita hacia él, pero McCaan lo aparta. Veo un destello de confusión en sus ojos, algo que nunca había visto.

Nuestros primeros meses transcurren en Saint-Eloi y sus inmediaciones. Las noches allí son las mejores. Al caer la noche, las bengalas surcan el cielo. Las hay rojas y verdes, e iluminan todo el cielo a nuestro alrededor con extraños matices de color. Éstas son las bengalas que usan los dos bandos. Contemplo ese cielo pintado como en un sueño, mientras los proyectiles pasan silbando sobre mi cabeza y de vez en cuando alguno explota cerca de mí.

El cabo Thompson, el que conoce todos los sonidos, se ha responsabilizado de la mayor parte de nuestro entrenamiento. Ha estado en las trincheras casi desde el primer día. Esta noche se llevará consigo a cinco de los nuevos soldados para acostumbrarlos al trabajo nocturno en tierra de nadie[2]. Elijah, Sean Patrick, Gilberto, McCaan y yo estamos fumando y esperando sentados cuando aparece Thompson, que sale de la pared de la trinchera. Entonces me doy cuenta de que allí está el agujero en el que duerme.

—Cabo Thompson —dice McCaan.

Thompson asiente bruscamente; un cigarrillo le cuelga de la comisura de los labios. Es tan bajo que no necesita agacharse en esta trinchera.

—Sí, sargento —contesta.

—¿Qué le parece si nos lleva arriba para una pequeña muestra de la tierra de nadie?

—Muy bien, sargento —responde Thompson, antes de desaparecer por su agujero.

Aparece con un pequeño fardo al hombro. Veo que no lleva rifle.

Como si supiera lo que estoy pensando, dice:

—No os será útil un rifle cuando estéis allí arriba trabajando. Sólo será un estorbo.

Todos los demás nos los descolgamos del hombro y los dejamos apoyados en la pared de la trinchera.

—Quiero que dos de vosotros los llevéis y estéis de guardia mientras el resto trabajamos.

McCaan y Gilberto son los primeros en cogerlos de nuevo.

—Por aquí, caballeros —dice Thompson, andando sigilosamente por el suelo de tablones.

Nos conduce hasta una escalera, sube por ella y mira por encima antes de salir de la trinchera. Luego va Elijah, y yo voy detrás. Los otros nos siguen de cerca. Pienso que en cualquier momento oiré el silbido de las balas, pero veo que Thompson nos ha llevado a un lugar de montículos y cráteres en donde parece que estamos a cubierto del fuego directo.

Una bengala blanca asciende cerca de nosotros; Thompson se desplaza tan silenciosamente sobre el abdomen que me cuesta mucho verlo, aunque está a tan sólo unos metros. Le sigo, mirando sin mover los ojos el paisaje acribillado a mi alrededor. Bajo el brillo de la bengala todo está extrañamente tranquilo, repleto de rocas desparramadas y cubiertas de barro, y tan silencioso que no me sería difícil olvidar que estoy en medio de un lugar terrible. En la luz que se va debilitando distingo a mi lado una cara que sonríe burlona. Pertenece a un soldado que debió de morir hace tiempo, pero no puedo distinguir de qué bando. Su cara se ha helado en una risita perpetua, como si sonriera por todo lo que sabe.

Cuando la luz de la bengala se desvanece, a mis ojos les cuesta

readaptarse a la oscuridad. Thompson viene hacia mí arrastrándose. Más que verlo, lo oigo en esta negrura que ha descendido sobre nosotros.

—Estás ciego como un murciélago, ¿eh? —me susurra al oído—. La próxima vez mantén un ojo cerrado cuando ascienda una bengala. Eso hará que tus ojos puedan acostumbrarse con más rapidez.

Lo oigo escabullirse. Mi visión nocturna ya funciona cuando lo veo detenerse en un cráter especialmente grande. Nos hace una señal para que nos aproximemos.

—Dicen que un proyectil no cae dos veces en el mismo agujero, pero no lo creáis —susurra—. Yo lo he visto. Aunque en caso de apuro y, a falta de otro sitio, un cráter recién levantado es donde estaréis más seguros.

Se calla de pronto, escuchando algo. Yo también escucho, y llega a mis oídos el sonido de un arañazo. Escucho tan intensamente como puedo; suena como ratones royendo algo. Elijah también escucha, y miramos a Thompson en busca de alguna explicación.

—Son los ingenieros cavando debajo de nosotros —nos dice—. Cavan túneles hacia las líneas alemanas. Luego pondrán explosivos en esos túneles, debajo de los alemanes. Cuando llegue el momento…, ¡bum! —exclama levantando las manos al cielo con los dedos extendidos.

Elijah y yo nos miramos con incredulidad. Thompson parece un tipo serio, y además no tenemos otra opción que creerlo.

—A partir de este punto —dice—, no perdáis de vista a Fritz. Ha vuelto a estar muy ocupado por aquí. Mirad nuestra alambrada. Aseguraos de que no la hayan cortado y fijaos bien en donde parezca que alguien haya estado manoseando. Por allí es por donde Fritz se arrastra.

Nos deslizamos fuera del cráter uno por uno y avanzamos en paralelo a nuestro frente, parándonos frecuentemente para escuchar con atención. Es una noche tranquila, incluso parece que el constante bombardeo se haya alejado un poco de nosotros. Llegamos al tramo de alambrada que está enfrente de nuestra posición y Thompson lo examina detenidamente. Nos señala un lugar que ha sido cortado. No llevamos rollos de alambre, así que alguien tendrá que volver más tarde y arreglarlo.

Nos volvemos y regresamos por donde hemos venido. En otro cráter, Thompson nos susurra que no quiere avanzar más esta noche. Nuestro grupo está cerca de donde las nuevas compañías están acampadas, y los que hacen guardia estarán nerviosos y serán tan inexpertos como para confundirnos con alemanes y dispararnos.

Cuando estamos a pocos metros de donde hemos emergido inicialmente, me siento aliviado. Los otros bajan deslizándose hacia la seguridad de la trinchera y yo permanezco quieto, a punto de seguir a Elijah, que desciende por la escalera, cuando una bengala estalla de pronto y se cierne sobre mí. Permanezco inmóvil a la vista de todo el mundo y entonces vuelvo la cabeza y miro por primera vez al frente alemán. Está mucho más cerca de lo que había imaginado y me doy cuenta de cuán expuesto estoy, ahora que la bengala está cayendo justo encima de mí, iluminando el suelo como si fuera de día.

Pero aun así no me muevo. Miro fijamente al enemigo por primera vez. No veo caras; sólo una fila de montículos detrás de las alambradas. Oigo el restallar de una bala junto a la sien antes incluso de oír el chasquido de un rifle, y a mi alrededor el suelo escupe tierra y polvo. Siento un impacto en la mano, que se me entumece, y otras balas zumban muy cerca. Me zambullo como una nutria en la trinchera y, antes de que me dé cuenta, estoy rodando pared abajo y cayendo de lado sobre los tablones a los pies de los otros, aturdido de tanto girar.

—Será mejor que pierda esa costumbre rápidamente, soldado —dice Thompson, mirándome desde arriba.

Se va despreocupadamente mientras lucho por recuperar el aliento.

McCaan se agacha y me ayuda a sentarme. Mi pecho se relaja un poco y trago algo de aire. Me agarro el pecho con una mano. McCaan coge mi mano entumecida entre las suyas y se queda mirándola un momento.

—Nada grave en tu primera noche fuera —me dice—. Sólo has sido alcanzado por un terrón de tierra, desprendido por una bala. Te dolerá un tiempo nada más. Eso te enseñará una buena lección.

Ya de vuelta en nuestra sección de trinchera, me acuesto en mi pequeña cueva. Se me agolpan las ideas en la cabeza con todo lo que ha pasado, por haberme acercado a un sitio tan peligroso y

porque me han disparado por primera vez. Es real. Todo esto se vuelve de pronto muy real. El otro bando quiere matarme, y yo ni siquiera he visto sus caras.

Además, en la próxima ocasión no la veré. Aparecerá por sorpresa. La bala que me ha pasado rozando esta noche podría haber ido una pizca más hacia un lado. Es emocionante y horrible a la vez. Empieza a dolerme la mano. Oigo a Elijah hablando en inglés y riéndose con Sean Patrick, Gilberto, Ojos Grises y Graves. Ya está hablando de sus hazañas. Oigo cómo engrandece esta historia, la hace más peligrosa, y ni siquiera es a él al que han disparado.

Veo los fogonazos de un aluvión de artillería más allá de las líneas. El cielo nocturno está en llamas.

Noohtaawiy
Mi padre

Xavier gime y se mueve nerviosamente en sueños. Lo he preparado todo para que pueda tumbarse en la canoa, con su fardo bajo la cabeza. Lo he encontrado esta mañana en la playa, tiritando y medio inconsciente. Lo que pasó allí lo ha destrozado. Cree que no lo veo cuando se clava esas agujas en el brazo. Eso es en gran parte lo que lo está matando, pero algo aún peor lo consume por dentro y eso es lo que he de intentar extraerle. Desearía que fuera sólo cuestión de encontrar la raíz apropiada en el bosque. Ésta es una enfermedad a la que nunca me había enfrentado. Tengo que dar con una cura o lo perderé, y él es el último de mi familia.

El agua del río es negra a esta hora de la mañana, antes de que el sol la haya calentado y se haya vuelto de color té. Mi padre nos tomaba el pelo a mi madre, a mi hermana pequeña y a mí diciéndonos que en verano éramos del mismo color que el río, pero que en invierno nos poníamos tan pálidas como los buques de la bahía de Hudson y temía perdernos un día en la nieve. A mi hermana —a tu madre, Xavier— la llamábamos Conejo. Nos quedábamos mirando el rostro moreno de mi madre y cómo entornaba los ojos cuando sonreía, y luego observábamos a mi padre, que le devolvía la sonrisa. Él era el último gran narrador de historias de nuestro clan. Las contaba en voz baja, por lo que tenías que acercarte a él para oírlo, y desde tan cerca uno percibía el olor a ahumado de la tira de cuero que mi madre había entrelazado en su pelo, y el aroma de su cuello, como el del viento en la Gran Bahía de la Sal. Yo lo imaginaba tejiendo sus historias a lo largo de todo el verano, sus palabras conformando redes invisibles que luego lanzaba sobre nosotros en las largas noches de invierno,

cautivándonos y haciendo que nos apretujáramos para que compartiésemos el calor. Y a veces sus historias eran lo único que teníamos para mantenernos con vida.

Dirijo la canoa hacia la corriente más rápida y dejo que vayamos a la deriva, usando mi remo sólo como timón. La niebla se está disipando; puedo ver a lo lejos hacia la ribera y estar alerta para acechar el movimiento de animales a lo largo de la orilla. Sobrino grita, pero luego vuelve a quedarse callado. El sonido de ese grito y el miedo animal que subyace tras él me hacen pensar en algo en lo que no he pensado desde hace mucho tiempo. Es la historia de mi infancia. Ahora te la cuento, Xavier, para mantenerte con vida.

La nieve estaba tan profundamente asentada que el invierno formaba parte de nosotros. Eso era mucho antes de que tú nacieras, Xavier, cuando yo era aún una niña. Durante toda esa estación, treinta *anishnabe*, la mitad de los cuales éramos niños, vivimos en la ruta de las trampas. Todos los inviernos anteriores habíamos conseguido sobrevivir en grupos más pequeños, pero esta vez no tuvimos opción. El otoño anterior se habían llevado a tres cazadores de la familia: la Policía Montada de Northwest a dos de ellos y la Compañía de Ron de la Bahía de Hudson al otro.

De niña, tenía sueños reveladores sobre todos los problemas que sufriría en mi vida, acompañados de agudos dolores, como flechas de hielo en las sienes, que me tumbaban de espaldas y me causaban convulsiones. Excepto Conejo, todos los niños me evitaban. Para ellos yo estaba echada a perder, pero no se atrevían a decírmelo a la cara. Yo era delgada y huesuda, con un pelo negro lleno de nudos que no dejaba que mi madre peinara. Si ellos pensaban que estaba loca, no me importaba. Me reía de ellos.

El otoño había sido prometedor, habíamos capturado muchos gansos y patos, atrapado con lazo cuatro familias de castores, y también teníamos urogallos y esturiones. Pero no cazamos ningún alce, y las ancianas inmediatamente comenzaron a parlotear acerca de que ningún alce al empezar el invierno significaba hambre para más tarde. Yo creo que fueron sus vanas quejas y su cháchara codiciosa mientras mascaban sus cecinas y bebían su té lo que nos trajo la maldición. Y en la rigurosa Tierra del Norte, cerca de lo que los *wemistikoshiw* llaman bahía de Hudson, librarte de una maldición una vez que se ha apoderado de ti es como intentar

sacudirte una gorda sanguijuela de la mano.

El inicio del invierno, el tiempo de la luna creciente, descendió sobre nosotros. Nuestros cazadores volvieron congelados y asombrados, e informaron a mi padre de la ausencia de animales, incluso de huellas. Se los veía muy preocupados alrededor del fuego de mi familia. Sé todo esto porque los divisé desde un rincón de nuestro *askihkan*, escondida bajo el manto de alce de mi padre, silenciosa y observadora como un lince hambriento.

A finales de ese mismo mes, todos andábamos rapiñando comida. Las mujeres pelaban corteza de alerce para hacer té o escarbaban en la nieve profunda con la esperanza de encontrar algún helecho seco. Los hombres siguieron cazando y yendo a la zona de trampas, pero volvían silenciosos. A los niños nos asustaban sus miradas perdidas.

Se acercaba el momento de mi ceremonia de la fresa, cuando las mujeres más próximas a mí me retendrían todo el día dentro del *askihkan* para hablar conmigo, rezar, explicarme historias y prepararme para la llegada de la primera sangre de mi condición de mujer. Hasta la primavera se me permitiría pasear, pero yo no tenía ganas. Prefería estar cerca de mi padre y vigilarlo.

Cuando ya se hablaba de que pronto nos veríamos obligados a hervir nuestros mocasines, un grupo de cazadores volvió con un pequeño oso negro atado a un palo. Algunos de nuestros ancianos eran del clan de los osos y refunfuñaban con amargura. ¿Quién se atrevía a perturbar el sueño invernal de un hermano? Llevaron el oso directamente a mi padre. Me escondí en mi sitio habitual y lo observé mientras hablaba con ellos sobre dónde habían encontrado la guarida y cómo pudieron hallarla estando tan alta la nieve.

Marius, el cazador más anciano, habló primero:

—Seguimos sus huellas.

Mi padre parecía perplejo, pero no dijo nada. Marius continuó:

—Al principio pensé que estaba equivocado, pero allí estaban, a la vista de todos. Las seguimos.

Mi padre y los cuatro cazadores permanecieron callados largo rato, sus miradas fijas en el crepitante fuego.

—Las huellas se acababan cerca de un acantilado en el río —dijo Marius poco después.

Mi padre seguía expectante.

—Terminaban allí —espetó uno de los cazadores más jóvenes—. Caminamos junto a ellas, pero terminaban en pleno campo abierto, así, sin más.

Los otros se quedaron mirándolo.

—Nos habían conducido hasta una guarida —continuó Marius como si el más joven no hubiera dicho nada—. Veíamos sus marcas en el borde del acantilado, pero las huellas terminaban antes, a una distancia de, como mínimo, la longitud de un hombre alto. No había duda de que la guarida seguía intacta desde el otoño. Escarbamos, despertamos al oso y lo capturamos rápidamente. No queríamos molestarlo, pero estábamos hambrientos.

Mi padre asintió y, de nuevo, todos clavaron la vista en el fuego.

Miré al oso, que colgaba del palo, atado por las patas traseras, por lo que el hocico apuntaba al suelo y le colgaba la lengua. Normalmente hubiesen despellejado y descuartizado el animal en el sitio donde lo habían capturado, pero esta vez era diferente. El oso estaba descongelándose cerca del fuego. Percibía el olor almizcleño de su orín y veía, desde donde me encontraba, que sólo era un poquito más alto que yo.

El cazador más joven habló de nuevo.

—¡Esto no está bien!

Se llamaba Micah. Tenía una bonita mujer, con la que había tenido su primer hijo el verano anterior. Yo lo encontraba guapo y me sonrojaba cuando él estaba cerca.

—¿Seguimos muriéndonos de hambre o nos comemos el animal que nos ha sido concedido? —preguntó mi padre—. Si mañana no encontramos ninguna otra presa, la decisión será evidente.

Yo oía todo esto mientras el viento arremetía contra nuestro *askihkan*. Un fuerte viento de tormenta. Incluso yo sabía distinguirlo. Nadie iría a cazar al día siguiente, como mínimo.

La tarde siguiente, mi madre y mi padre prepararon el oso. Normalmente el descuartizamiento se realizaba fuera de casa, pero, como el oso era nuestro hermano, fue invitado adentro. Nada se hizo con prisas. Nada sería desperdiciado, por miedo a enfadarlo. El cuchillo utilizado no podía tocar ninguna otra cosa. Todo pelo que el oso iba soltando se recogía del suelo o de la ropa cuidadosamente y se quemaba en el fuego. Susurrábamos oraciones que ascendían al cielo con el humo apestoso. Mis padres colocaron cuidadosamente

al animal, panza arriba, sobre ramas de abeto, mientras le hablaban y musitaban rezos, durante lo que parecieron horas. Se mecían en cuclillas, mi padre espolvoreaba las llamas con unos polvillos que llenaron la habitación de un aroma que reconocí como cedro. Me alarmé cuando, en un momento dado, mi padre empezó a llorar. Nunca lo había visto así y estaba asustada, pero permanecí debajo de su grueso manto de alce.

Cuando hubieron finalizado las oraciones, ataron de nuevo el oso en el palo por las patas traseras y colocaron un gran caldero debajo. Mi padre agarró su cuchillo y rajó con él todo el estómago a lo largo. Después de un ruido desgarrador, el *askihkan* se inundó de un potente olor a entrañas. Las tripas llenaron la olla. Más tarde, él y mi madre seccionaron la parte interior de las patas del oso y, poco a poco, fueron retirando la piel, cortando cuidadosamente para separar la carne de la piel, hasta que el animal quedó completamente pelado. Parecía un hombrecillo delgado colgado de los pies; goteaba sangre de su cabeza. Entonces entendí por qué nos decían que el oso era nuestro hermano.

Después de ese episodio, me desperté muchas noches violentamente por pesadillas en los que este

oso-hombre

despertaba de su sueño de muerte, se encorvaba para desatarse las patas, saltaba al suelo y, con los ojos saltones en su carnosa calavera, marchaba sobre dos patas entre los cuerpos de mi familia dormida. Sus blancos tendones refulgían bajo la luz de la luna mientras buscaba su piel.

Cuando acabaron de despellejar y de limpiar, invitaron a los cazadores que lo habían capturado a fin de que prepararan la carne para asarla. Era un oso invernal, que había ido adelgazando en su hibernación y que, aunque todavía era joven, ya era bastante fuerte. Pero nosotros estábamos hambrientos, y los treinta nos apretujamos y comimos hasta que desapareció todo rastro del animal. Comimos su carne, cerebro, corazón, riñones, hígado, y rompimos sus huesos para acceder a la médula; luego los recogimos cuidadosamente para hervirlos más adelante. Comimos hasta que nuestros estómagos se tensaron como tambores, gotas de sudor resbalaron por nuestras frentes y nuestras mejillas se pusieron coloradas. Mi padre nos advirtió de que no debíamos desperdiciar ni el más mínimo resto.

Hasta el más pequeño trozo de cartílago que nadie quería se recogía en un cuenco y se añadía a los huesos o era arrojado al fuego, acompañado de rezos. Siempre cuidábamos de no desperdiciar nada por miedo a insultar a un animal, pero esta vez los cuidados me parecieron extraordinarios. No entendía la preocupación de mi padre. En sus ojos se notaba la ansiedad de tener que estar pendiente de todo. Con el tiempo lo comprendería.

Micah, el joven cazador, cogió a su pequeña niña del regazo de su madre, tomó un trocito de carne y lo puso en la boca de la criatura.

—Es la primera vez que pruebas la carne —le dijo a su hijita, la cual, al principio de manera indecisa y luego con avidez, empezó a masticar.

Todos nos reímos al ver la expresión de su rostro, pero entonces su cara enrojeció y comenzó a ahogarse. Micah la agitó cabeza abajo para intentar sacar la carne. Mi madre agarró a la niña como un rayo, introduciéndole un dedo en la garganta para que tuviera arcadas y expulsara la comida. Vi cómo la carne caía al suelo. Miré a Conejo, pero ella no la recogió para ponerla en el cuenco. Parecía que nadie más se había dado cuenta.

No volvimos a probar carne fresca durante mucho tiempo. Tanto tiempo que, cuando luego recordaba los duros trocitos de tendón que no había querido comer en el festín, mi estómago se quejaba.

El frío de verdad llegó junto a la luna que aparece cuando los árboles estallan. Ésta era la época del año en que dependíamos de las liebres para sobrevivir. Cosíamos varias pieles y nos vestíamos con ellas de los pies a la cabeza, con el pelaje para adentro. Su carne era tierna. Nos comíamos los estómagos, que estaban llenos de hierbas amargas para evitar la enfermedad de la tos y la enfermedad amarilla. Pero, como todo durante ese invierno, también las liebres empezaron a abandonarnos. Los cazadores volvían con muy poco o con nada en absoluto. Con martas medio comidas por lobos, extraños urogallos o castores escuálidos. Algunos hombres empezaron a quejarse de lo que todos ya sabíamos: que éramos demasiados para que esta parte del bosque pudiera sustentarnos a todos. Que algunos debían partir con sus familias con la esperanza de sobrevivir. Al final solamente el testarudo Micah, su mujer y su hija se adentraron solos en el

bosque.

El día siguiente fue soleado y frío como ningún otro que yo recuerde. Los niños que tenían fuerzas jugaban a dejar caer la baba y medir lo rápido que se helaba al tocar el aire. Micah arrastraba un trineo con sus pocas posesiones. Su mujer, cargando a su hija en el *tikonoggan*, caminaba detrás de él, siguiendo la senda que iba abriendo. Aunque su mujer no se despidió ni se volvió para mirarnos, todos sabíamos que no quería irse y que era Micah, y sólo él, quien había tomado la decisión.

Después nos enteramos de que caminaron durante todo el día por la nieve y que Micah se paraba de vez en cuando y exploraba los alrededores en busca de huellas de animales. Cuando empezó a anochecer sólo habían avanzado unos pocos kilómetros y acamparon junto a un arroyuelo en el que esperaba encontrar huellas a la mañana siguiente. Al no hallar nada, prosiguieron su marcha.

Los tres continuaron hacia el oeste. Fueron tierra adentro y la búsqueda de huellas de Micah fue alejándolos cada vez más kilómetros de la Gran Bahía de la Sal. Al cuarto día, mató de un difícil disparo a una liebre blanca que se acercaba brincando a una zona de árboles, y luego miró orgulloso a su mujer mientras ella la cocinaba. Le pareció que era una buena señal. Mientras comían la liebre, declaró que construirían su refugio invernal justo en ese lugar.

Al principio, todos pensamos que la decisión de Micah de partir en solitario pudo haber sido acertada. O eso, o estaba muerto. No los vimos en muchas semanas. Por lo que su mujer fue capaz de decirnos entre convulsiones y por lo que pudimos entender, había muchas huellas que cruzaban la zona: huellas de zorro, marta, lobo, lince y liebre. Parecía que Micah había descubierto el lugar del bosque adonde todos los animales iban a hibernar. Pero, a pesar de todas las huellas que siguió, no encontró ni un solo animal.

Por la noche, la *wawahtew*, la aurora boreal, brillaba con tanta intensidad que despertaba a la niña. En el bosque resonaban extraños gruñidos y chillidos. Micah decía que los árboles reventaban de frío o que los lobos estaban cazando conejos. Su mujer nos contó que, tras esas largas noches, a la mañana siguiente encontraban huellas muy cerca de su refugio. Huellas que parecían

humanas pero que eran más grandes, con hoyos que parecían cavados en la nieve por garras en lugar de dedos. Huellas del *windigo*. Sin embargo, cuando nos contaba todo esto la mujer de Micah ya no era de fiar, se había convertido en otra cosa. En ese momento sólo estaba tratando de salvarse.

En el bosque, la situación se volvió desesperada. Micah se culpabilizó de su incapacidad para hallar un animal con tantas huellas como había. De pronto, la niña dejó de llorar a causa del hambre y se quedó silenciosa, mirándolo todo desde su *tikonoggan*, con ojos de persona mayor. Micah se desesperó tanto que empezó a escarbar en la nieve, a agujerear el hielo e intentar pescar algo. Pasó largas horas ahí, con una cuerda de tendones y un anzuelo de hueso, agitando constantemente el agua del pequeño agujero con un palo, para evitar que se helase. El frío era atroz. Su mujer le rogó que dejara de pescar, pero él no hizo caso.

—No volveré a nuestro refugio hasta que pueda llevarte algo de comer —es lo único que decía.

No pescó nada. Se quedó toda la noche en el agujero, con un pequeño fuego para calentarse.

Al primer rayo de sol, la mujer cargó con su hija y salió a ver qué tal estaba Micah. Lo encontró sentado en la nieve; su fuego se había extinguido hacía horas. Una horrible mueca se dibujaba en su cara. La mujer, sentada, lloró la muerte de su marido; las lágrimas se helaban en sus mejillas. La niña miraba fijamente, lánguida.

Las dos consiguieron sobrevivir al frío ese día. Al anochecer, susurrando sólo lo suficientemente alto para que el bosque pudiera oírla, la mujer prometió que si la niña y ella resistían esa noche, alimentaría bien a la niña a la mañana siguiente. Cuando intentamos que siguiera con la explicación, lo único que hizo fue gruñir y gimotear. Pero aquella mañana salió el sol y ellas seguían vivas, y con sus últimas fuerzas recogió leña e hizo un fuego. Sacó un cuchillo de su mantón y se acercó a su marido. Estaba cumpliendo la promesa de Micah de alimentar a la niña y a ella misma.

Ninguno de nosotros sabía nada de esto en aquellos momentos. Subsistimos lo mejor que pudimos. Incluso la presa más pequeña y enfermiza era un cambio agradable comparado con las raíces y los trozos de pescado seco que nos quedaban. Los cazadores fueron a

ver a mi padre y le solicitaron que hiciera una adivinación. Él preparó un fuego. Cuando todo estuvo listo, les pidió a los cazadores que le trajeran el omóplato del último alce que habían matado, un macho joven. Yo miraba cómo los hombres se apiñaban alrededor del fuego y mi padre los incitaba a recordar el día en que lo habían capturado.

—¿Qué tiempo hacía? —preguntó mi padre mientras sostenía el omóplato entre sus manos llenas de cicatrices—. ¿Se estaba alimentando el alce de sauce rojo? Decidme exactamente dónde encontrasteis las huellas. Contádmelo todo. No os dejéis nada.

Los hombres describieron el día, las huellas, el lugar. Mi padre puso el omóplato en el fuego y los instó a seguir hablando, a contarlo todo.

Después de un rato, tomó una pequeña taza de agua y mojó los dedos en ella. Se acercó al fuego y tiró unas gotas sobre el omóplato. Lo examinó detenidamente y volvió a rociarlo un poco.

—Seguid hablando —les dijo a los cazadores—. Describidme el río, los movimientos del animal…, todo.

Los hombres continuaron hablando y mi padre siguió humedeciendo la ardiente superficie del hueso. El agua crepitaba y desaparecía al instante. Al rato, el hueso empezó a resquebrajarse. Los hombres continuaban hablando, recordando el día, el lugar, cómo se sentían mientras seguían silenciosamente al alce herido para no asustarlo, en lo más profundo del bosque. Así estuvieron hasta que el fuego se extinguió.

Mi padre sacó el hueso del fuego; aún estaba tan caliente que no sé cómo no se quemó las manos. Los otros se apretujaban a su alrededor mientras él descifraba el mapa de grietas y hendiduras.

—Esto es el río Albany —dijo, apuntando a una grieta larga y gruesa—. Aquí es donde desemboca el arroyo Wakina.

Ellos asentían y escuchaban atentamente.

—Ahí encontraréis un alce, cerca de ese riachuelo. Partid muy pronto por la mañana.

Ellos sonrieron y se fueron rápidamente.

La mujer de Micah volvió con su hija uno de los días en que los cazadores estuvieron fuera. Cuando apareció, la luz del sol la iluminaba por detrás, y avanzaba segura y con fuerza sobre sus raquetas de nieve. Al principio la confundimos con un hombre.

Tenía el rostro encendido y parecía saludable. Sus ojos brillaban.

Todos los niños nos arremolinamos a su alrededor para hablar con ella y hacerle preguntas. ¿Había cazado algo Micah, iba por buen camino, traía algo de comida en el gran fardo que llevaba a la espalda? Al principio no respondió, sólo se quedó mirándonos llena de curiosidad, como si no supiera quiénes éramos o qué estábamos diciéndole. Cuando empezábamos a pensar que algo iba mal, habló finalmente.

—Micah ha regresado al bosque —dijo sonriente—. Me ha proporcionado más carne de la que puedo comer.

Los niños empezamos a saltar de alegría al oír eso, animados por primera vez en muchas semanas.

—¡Danos algo! ¡Danos algo! —gritábamos.

—Cocinaré un poco para vosotros —dijo.

Mientras se alejaba caminando yo hubiera jurado que había crecido.

Mis padres sabían que algo iba mal. La madre de mi padre era una ojibwa y mi madre había visto antes algo parecido. También mi padre. Les dijo a algunos jóvenes que cogieran el fardo de la mujer de Micah y que no la perdieran de vista. Más tarde, soñando con carne asada, la oí gritar desde donde me escondía, debajo del manto de piel de alce de mi padre. Los hombres entraron en su *askihkan*; hicieron falta cuatro de ellos para contenerla.

Aun así, lo consiguieron a duras penas. Mi padre ordenó que la ataran y la vigilaran día y noche. Luego envió un grupo de búsqueda para averiguar qué había sido de Micah. De todas maneras, mis padres ya lo sabían. Habían visto el contenido de su fardo. Mi padre lo colgó de un árbol a gran altura para que los manitús lo divisaran.

En los días siguientes, la oímos caer en la locura. Suplicó y rogó con voz infantil, primero a Micah para que la ayudara y luego a su hija para que la llevaran con ella. Por las noches su voz se volvía más y más ronca, y entonces parecía un monstruo gruñendo en una lengua ininteligible. Ninguno de nosotros podía dormir. Cada vez estábamos más ansiosos e inquietos. Algunos días volvía a ser ella misma y hablaba con normalidad. Fue entonces cuando lo confesó todo y nos explicó lo que había sucedido. Dijo que la noche antes de despedazar a Micah, se le apareció un extraño

salido del bosque y la amenazó con llevarse a su hija y comérsela si ella no la alimentaba al día siguiente.

—No fue culpa mía. ¿No lo veis? —suplicaba—. Sólo intentaba proteger a mi hija.

Entonces se ponía a llorar otra vez; sus sollozos se convertían en furiosos gruñidos mientras empezaba a temblar y a retorcerse con tanta fiereza que pensábamos que iba a romper las cuerdas y atacarnos.

La niña lloraba todo el tiempo. Una de las mujeres que estaba amamantando aceptó cuidarla. Ya no podíamos confiar en la mujer de Micah. La criatura mamaba tan ávidamente del pecho de la otra mujer que ésta empezó a preocuparse por que la niña la dejara sin leche. Cuando intentaba apartarla del pecho, la niña mordía con fuerza y la mujer gritaba asustada. Mi padre tenía que liberar el pecho sangrante de la boca de la niña.

La mujer de Micah y su hija estaban convirtiéndose en unas *windigo*. Los niños del campamento no podían dormir, lloraban de miedo y ya no sentían hambre. Habíamos crecido con las historias sobre *windigo*, que nuestros padres nos habían contado a la luz de la lumbre durante muchos inviernos. Historias sobre personas que comían carne humana y se convertían en bestias salvajes de seis metros de altura, cuya hambre sólo podía satisfacerse con más carne humana, lo que acrecentaba aún más su avidez. Escuchaba a los adultos del campamento hablar nerviosamente entre ellos, sus voces interrumpidas por los gruñidos de la mujer y por su demencial lenguaje. Hablaban sobre la reputación de mi padre como exterminador de *windigo* y de cómo de joven se convirtió en nuestro *hookimaw* tras haber matado a una familia entera de ellos, que vagaban cerca de donde poníamos las trampas. Esa familia, que había formado parte del clan de los caribús, había aparecido un crudo invierno y había empezado a alimentarse de los confiados cree.

—Tiene que matar a los *windigo* una vez más —susurraban los adultos entre ellos—. Ya estamos demasiado débiles, y la locura de la mujer de Micah puede propagarse en estos tiempos difíciles.

Mi padre también lo sabía e hizo preparativos para actuar tal como le había enseñado a su vez su propio padre.

La mujer de Micah debió de percibir lo que estaba pasando. Rogó y suplicó, gritó y aulló, les susurró a los niños que la desataran. El día que mis padres pidieron que la llevaran a casa hicieron falta cinco hombres para transportarla. Yo me escondí de nuevo debajo del manto de piel de alce de mi padre. Pensé que tenía hambre, porque empezó a dolerme la barriga, pero el dolor se convirtió en un latido sordo cuando mi padre esparció cedro triturado sobre el fuego mientras mascullaba oraciones. La mujer de Micah lo observaba con los ojos brillantes y el cuerpo tembloroso; tenía la boca amordazada. La niña yacía dormida a su lado.

Mi padre no se tomó mucho tiempo. Sus ojos parecían tristes. Se agachó y le susurró al oído algo que no pude oír. Al instante, el cuerpo de ella se aflojó y sus ojos reflejaron miedo y luego expectación cuando él se sentó a horcajadas sobre su pecho. Mi padre le cubrió la cara con una sábana y puso las manos en su cuello. Miró hacia arriba y los músculos de su cuerpo se tensaron. Los pies de ella se estremecieron, luego quedaron inmóviles. Cuando, como una sombra, se hizo el silencio en la habitación, sentí calor entre las piernas. Mi padre se volvió hacia la pequeña. Esta vez tampoco perdió el tiempo. Cubrió la cabeza de la niña dormida con una esquina de la sábana, colocó una mano en su diminuto cuello y, de nuevo mirando hacia arriba, apretó hasta dejarla sin vida.

Después se quedó sentado en silencio durante largo rato, contemplando el fuego, de espaldas a mí.

—Te he dejado mirar, pequeña —dijo por fin—, porque algún día yo no estaré y podrías tener que hacer lo mismo.

Mi dolor de barriga había desaparecido. Cuando mi padre salió afuera, me puse una mano entre las piernas, me la llevé a la cara y me quedé mirando la manchita de sangre en mis dedos, con la esperanza de vislumbrar alguna señal de lo que me aguardaba en el futuro.

A los pocos días, los cazadores volvieron con tanta carne de alce como podían acarrear. Habían encontrado un gran macho donde mi padre les dijo que miraran. Nos habíamos librado de algo indeseable. El deshielo comenzó la misma mañana en que empezamos los preparativos para el gran festín. Lo peor del invierno había pasado y el color volvió a las caras de los niños. Los

adultos caminaban de nuevo con un objetivo.

Entonces más que nunca me retraje en mí misma: era demasiado mayor para jugar con los niños y demasiado joven para ser aceptada por los adultos. En ese momento (y me di cuenta mucho más tarde) empezaron los rumores sobre mí, habladurías de estómagos llenos, cuchicheos de medias verdades a las que les crecen alas nada más abandonar los labios del que las profiere y revolotean como gorriones para posarse donde les place. Había sido testigo de hechos brutales que ningún niño debería ver, el horror me había paralizado, y mi condición de mujer se había revelado como algo deshonroso, como un animal enfermo, en el momento equivocado. Yo oía todo eso, lo que me sumió aún más profundamente en mi temeroso silencio. Había llegado a mi año catorce, cuando empieza a revelarse la sabiduría del mundo, pero no se puede expresar con palabras infantiles. Así que opté por no hablar y decidí ser una espectadora. De lo que ningún chismoso pareció darse cuenta es de que yo no tenía miedo de lo que mi padre hacía, ni de sus aptitudes. Deseaba desesperadamente poseer esos dones.

Cuando las nieves retrocedieron, los clanes se agruparon en la desembocadura del río Albany, no muy lejos de donde los *wemistikoshiw*, los hombres blancos de la Compañía de la Bahía de Hudson, habían levantado un campamento. Había sido un mal invierno para los que se dedicaban a las pieles, el peor momento del ciclo de siete años, y los hombres de la compañía no estaban muy contentos. A los cree que tenían pieles los trataban bien: les daban harina y azúcar, y les servían ron para aflojar sus lenguas. Algunos empezaron a hablar.

Todos los clanes que se habían reunido hasta el momento parecían conocer las dificultades y los triunfos invernales de los otros. Una ley tácita promulgaba que los asuntos de los cree eran asuntos de los cree y que no se podían tratar con los *wemistikoshiw*. Pero el ron es un arma furtiva y poderosa. Toda mi vida he visto cómo el ron ha dominado a nuestro pueblo. El mes de la luna de la rana, cuando la pesca estaba en su máximo esplendor, el bebedor de ron George Netmaker, padre de Joseph, trajo un importante mensaje para mi padre. Lo que había hecho mi padre ese invierno había enfadado a los hombres de la Compañía de la Bahía de

Hudson, y exigían que fuera a verlos para discutir sus acciones con el fin de que pudieran decidir si debía ser considerado un asesino. Nos reímos al oírle. ¿No eran ellos los que estaban en nuestras tierras? ¿No eran ellos los que dependían de nosotros? Mi padre ignoraba las noticias más recientes.

A grandes rasgos, nuestras vidas continuaron igual que siempre. Cazar, pescar, poner trampas, charlar en las noches claras hasta tarde, abasteciéndonos de comida y de risas, preparándonos lo mejor que podíamos durante el corto verano para la llegada del invierno. Para mí fue un verano de amarga felicidad: mis cambios de ánimo me arrastraban como tormentas de verano. Odiaba los cambios, la sangre cada mes, el brotar de mis pechos. Estaba horrorizada y fascinada por aquello en lo que estaba convirtiéndome.

Aquel otoño, estábamos preparándonos para cuando se nos cruzara la ruta de los gansos cuando aparecieron los *wemistikoshiw* armados con rifles. Eran de la Policía Montada de Northwest; los botones de sus uniformes resplandecían al sol. Sus botas de piel rechinaban a cada paso, y con sus labios tensos y afilados escupían con rudeza palabras extrañas. George Netmaker nos las tradujo. Venían a por mi padre. Tenía que sentarse en su círculo para discutir si lo que había hecho en invierno violaba sus reglas. Debía irse con ellos inmediatamente y esperar en una de sus cárceles, porque nosotros éramos un pueblo que nunca estaba quieto. ¿Quién sabía si íbamos a huir para no volver?

Se llevaron a mi padre con sus grandes manos atadas a la espalda mientras las mujeres se lamentaban del futuro. Era inimaginable que se llevaran al *hookimaw* que debía conducirnos al bosque para pasar el largo invierno. Qué ignorancia, qué malicia. Los maldije de todas las maneras que sabía mientras se retiraban con mi padre hacia su mundo.

La mayoría de nosotros sobrevivimos al invierno y en primavera regresamos al río Albany, donde nos esperaban noticias de que mi padre había muerto. Pero yo ya lo sabía. Había vuelto a tener convulsiones en nuestro campamento invernal, pese a que creía haberme librado de ellas al dejar la infancia. Lo vi todo: la ínfima habitación sin ventanas en la que lo encerraron, sin luz natural ni aire fresco ni caza, cómo al cabo de una semana dejó de hablar, y al

cabo de un mes, de comer. Vi cómo enterraron su cuerpo bajo tierra, fuera de nuestro alcance, en un lugar en el que seguramente sería infeliz.

Mi madre continuó con mi educación, enseñándome qué raíces podían curar y cuáles mataban. Conejo nunca pareció interesada en ello. Lo que mi madre no podía enseñarme era algo que yo ya poseía: la capacidad de ver pequeños fragmentos del futuro, tanto el próximo como el lejano. Esos momentos del porvenir me arrastraban, me dejaban agotada y temblando, hasta el punto de no poder permanecer de pie. Siempre lo consideré un don, pero ya no estoy tan segura de eso.

Tenía ese poder y lo veía desvanecerse poco a poco. Soy la penúltima de un antiguo linaje de exterminadores de *windigo*. Todavía queda otro.

Cuando nací, los *wemistikoshiw* aún dependían de nosotros. Como niños pequeños, venían en busca de dádivas. Cuando el invierno se recrudecía, les proporcionábamos pieles para que se cubrieran y carne de alce seca para que llenaran sus estómagos vacíos. Cuando los mosquitos búfalo amenazaban con volverlos locos, les enseñamos a quemar las ramas verdes de los abetos. Les dijimos en qué lugares del río se escondían los peces cuando apretaba el calor en verano y cómo capturar abundantes castores sin ahuyentarlos para siempre. Los cree somos un pueblo generoso. Los *wemistikoshiw* se nos pegaron como garrapatas, engordando a cada estación, hasta que llegó el día en que fuimos nosotros los que tuvimos que obedecerlos a ellos.

Mucho después de la muerte de mi padre, recuerdo cómo se reían de mí, una mujer que vivía sola en el bosque cazando animales cuando todos mis parientes se habían ido a las reservas. Se burlaban cada vez menos, ya que, estación tras estación, mis pieles siguieron siendo las más tupidas y abundantes.

El mundo es un lugar diferente en este nuevo siglo, Sobrino. Y también nosotros somos diferentes. Mis visiones aún se manifiestan, pero ya nadie escucha lo que quieren decirnos, lo que nos advierten. Ya de joven sabía que estaba engendrándose la destrucción en el horizonte. En mis primeras visiones, gran cantidad de hombres, muchos más de los que cualquiera de nosotros podríamos contar, eran aniquilados. Vivían en el fango como ratas,

y vivían sólo para pensar en nuevas formas de matarse los unos a los otros. Nadie está seguro en esas épocas, ni siquiera los cree de Mushkegowuk. La guerra afecta a todo el mundo, y los *windigo* brotan de la tierra.

Pasitew
Fuego

Me despierta el golpeteo rítmico del remo de Tía en la borda. El dolor de mi cuerpo es como un largo gemido. Algo me dice que debería sentarme, así que me esfuerzo e intento hacerlo. Éste es el lugar.

—Aquí —le indico a mi tía.

La voz resuena en mi cabeza. Tía deja de remar.

En la orilla, los árboles altos han dejado sitio a los nuevos brotes. Esta extraña línea divisoria se prolonga más lejos de lo que abarca nuestra vista. Una línea de fuego. Aquí se agotó y se detuvo el gran incendio, la línea de su muerte es tan nítida que puedo imaginar el fuego simplemente cayendo al fondo de la tierra.

—Elijah y yo encontramos un alce muerto no lejos de aquí —le digo a Tía, que se inclina para oírme mejor—. Había sido pasto de las llamas. Nosotros estábamos hambrientos y nos comimos un trozo. —Se me hace muy extraño oír mi propia voz—. Cuando llegamos aquí, pensé que habíamos penetrado en su mundo —añado.

Me quedo sentado un rato, mirando cómo ha renacido el bosque. Pequeños abetos negros, que apenas me llegan al pecho, se extienden delante de mí. La tierra húmeda está salpicada de flores silvestres. El fuego suele ser beneficioso para el bosque, porque lo renueva y lo reaviva. Pero allí, en Ypres y en el Somme, la tierra está tan arruinada por los proyectiles y el gas tóxico que no creo que vuelva a crecer nada jamás.

Me acuesto otra vez, exhausto por el ínfimo esfuerzo de estar sentado. Por un momento me parece sentir un cosquilleo en la nariz, la acre fragancia de la madera chamuscada. En cuanto cierro

los ojos estoy en el río de nuevo, pero en un río de hace años, antes de la guerra, cuando Elijah y yo remábamos juntos.

Temprano por la mañana, sigo las huellas de un lince, muy cerca del río. Después de un corto trote por el bosque, giran de nuevo hacia el agua, hacia la orilla en dirección sur. Cerca de las cenizas del fuego de acampada de la noche anterior, vemos que el lince fue hacia la orilla y despreocupadamente se encaminó hacia el sur. Aquí, en la ribera, es fácil seguir sus huellas. Las grandes almohadillas de sus pezuñas se ven perfectamente. Elijah y yo las seguimos hasta una amplia llanura de lodo junto al río, donde el agua ha ido retirándose en los últimos meses. En pleno centro, las huellas se detienen. Los dos nos quedamos mirando para ver si el lince saltó, pero en todas las direcciones el lodo está intacto.

Elijah intenta entenderlo, pero veo en sus ojos su nerviosismo.

—Anoche subió el agua y las borró —me dice mientras cargamos la canoa y la desatracamos.

No me lo dice en cree. La lengua de ellos se presta más a las mentiras.

Nos mantenemos cerca de la orilla y nos dirigimos rápidamente hacia el sur; tenemos en contra la fuerte corriente del norte. En agosto los días son calurosos, con un simple fuego de campamento evitamos el frío nocturno. Nunca había ido tan al sur de Mushkegowuk. Cuando llegamos a los rápidos, hago palanca con un palo y Elijah estira con una cuerda desde la orilla. Los dos hemos dejado atrás la pereza y el peso de las comilonas de verano.

Este nuevo territorio no está nada mal. No es tan diferente de donde vivimos. Me gusta pensar que cada nuevo golpe de remo me lleva más allá hacia una nueva región. Esto está muy bien, me digo mientras hundo el remo. Estoy en una nueva tierra.

Días después de lo del lince, cuando el río está tranquilo y es fácil remar, aparecen grandes nubes grises en el horizonte. Pequeñas motas de ceniza espolvorean el agua. Pronto nos rodea el olor a humo.

Elijah es el primero en expresarlo con palabras:

—El mundo está en llamas —sentencia.

Nos quedamos mirando fijamente. Esta parte del río es larga y recta. Hacia el sur vemos grises columnas de humo, densas como si estuvieran llenas de agua.

—Rememos hacia allí —me dice.

Noto el viento caliente que sopla hacia el oeste. Digo algo obvio:

—El viento está a nuestro favor.

Vamos en la dirección del humo, que deposita cenizas encima de nuestras cabezas, ropas y pelo. Elijah conjetura en voz alta que el fuego se aleja de nosotros.

Quiero decirle que, aun así, me parece una locura intentar acercarse. Pero ¿serviría de algo? Elijah vive para lo que le depara el día.

Remontamos el río durante muchas más horas. Me duelen las manos, que tengo inflamadas de luchar contra la corriente. Me alegro cuando Elijah sugiere que es hora de acampar. Lejos, al oeste, el sol está completamente tapado por el humo, y una cortina de humo desciende sobre el río. Me parece oír el fuego gruñendo a lo lejos. Algo vivo.

—¿En qué dirección crees que se desplaza ahora? —le pregunto.

El viento ha cesado y, hacia el sur, el cielo nocturno es de color naranja.

—No lo sé —admite finalmente Elijah—. Tu tía es la maga: ¿qué haría ella? —Me da una palmada en el brazo y sonríe—. Tal vez deberías dormir con los ojos abiertos —añade.

El peligro de tener el fuego tan cerca parece afectar a Elijah de algún modo que no me gusta.

Nos sentamos en las mantas y miramos al cielo. Al norte yace la negrura de la noche, como un oso durmiendo. Pero aquí parece que la aurora boreal se haya agriado y trasladado al sur, y que sus suaves azules y verdes hayan enfermado hasta convertirse en este naranja chillón que baila delante de mí para mantenerme despierto. Empezamos a hablar. Elijah sacude los pies como un niño con ganas de orinar.

—Dices que no crees en señales —comento.

—Hummm —murmura Elijah, mirando hacia el sur—. ¿Y qué es lo que este fuego quiere decirnos?

No contesto.

Duermo profundamente durante un rato. Me sobrevienen sueños distorsionados. Un hondo fango gris cerca de la orilla intenta tragarme. Oigo murmurar y farfullar en una lengua extraña. Se levanta niebla a mi alrededor, y cuando tiene la altura de un

hombre empieza a caer en mi cara como una lluvia abrasadora. Oigo un retumbo a lo lejos, como el del tambor de los ancianos, que me hace temblar.

Elijah grita y me golpea.

—¡Levántate! —me dice, mientras brasas y cenizas ardientes revolotean a nuestro alrededor.

Estoy turbado, con la mirada fija en el brillante resplandor de unos árboles en llamas. Siento como si una mordaza me apretara el cuello.

Elijah intenta avanzar envuelto en su manta, agarrando nuestras pocas posesiones y nuestros rifles.

—¡Tenemos que llegar a la canoa! —me grita—. *¡Ashtum!* ¡Ven!

Algo me quema, como avispas picándome en la cabeza, y, cuando intento quitármelo con la mano, las ascuas que arden en mi cabeza me queman también los dedos. Corro hacia el río mientras recuerdo que nuestra comida —la harina, la manteca y la carne de alce— está atada a un árbol, a salvo de los animales. Es demasiado tarde para ir a buscarla.

Me agacho, sin poder respirar, y avanzo intentando oír la voz de Elijah. Habíamos acampado a sólo diez metros del río, pero no veo el agua. El humo me sofoca; a mi izquierda, un grupo de árboles estalla en llamas con un crujido que me hiere profundamente el oído. Me dejo caer de rodillas y gateo, gritándole a Elijah, pero no lo oigo contestar.

El lodo de entre las piedras me indica que estoy muy cerca del río. Sólo he de avanzar unos centímetros más. Cerca de la orilla, otra fila de árboles empieza a arder; iluminan la superficie del agua durante unos segundos y me queman la espalda. Me zambullo, convencido de que estoy ardiendo, pero cuando emerjo veo que estoy bien. Me quedo allí, con sólo la nariz, la boca y los ojos fuera del agua. Me asomo todo lo que puedo y grito «¡Elijah!», pero mi voz suena débilmente entre el humo. Me retumban los oídos sin cesar.

La suave corriente del río me ayuda a orientarme. Cada vez que logro inhalar una buena bocanada de aire, vuelvo a llamarlo. Me está entrando el pánico. Me preparo para irrumpir desesperadamente en la orilla en busca de Elijah cuando la canoa choca conmigo. Me agarro a la borda y me deslizo por ella hasta

que siento una mano que me hace saltar del susto.

Elijah brota del agua. También se ha refugiado en ella. Le grito:

—¡Soy yo! ¡Tenemos que irnos!

—¡Mira esto! —chilla Elijah—. ¡Es increíble!

Sus ojos brillan a la luz de las llamas.

—¿Por qué no me has seguido? —me pregunta.

—Te he perdido —le digo, no muy seguro de que me oiga, porque ni siquiera yo puedo oírme.

—¡Cubre la canoa con tu manta mojada! —me grita—. Las brasas van a agujerear la lona.

Me señala su propia manta, extendida a lo largo de la canoa. Le hago caso.

—¡No parecía que estuvieras muy preocupado por mí! —le grito, aunque da la sensación de que no me oye.

Un gran árbol se parte y se estrella muy cerca de nosotros, e inmediatamente después nos cae encima una lluvia de ascuas.

—Tenemos que seguir la corriente —señalo—. Será más fácil. Sujetémonos y dejémonos llevar.

—¡No! El fuego se dirige hacia el norte más rápido que nosotros.

Miramos a nuestro alrededor, al mundo que explota, a las llamas que iluminan la noche.

—Si fuéramos hacia el norte —añade—, sólo conseguiríamos ir hacia lo peor del incendio. Nos engulliría.

No estoy muy convencido. Le pregunto:

—¿Cuánto tendríamos que ir hacia el sur para librarnos del incendio?

—Ya ha ardido todo a lo largo del río, toda la maleza —responde.

Tengo la impresión de que Elijah sonríe, sus dientes destellan. ¿Cuál será el motivo?

—Estoy seguro de que estará despejado un par de kilómetros río arriba. Lleno de humo, pero despejado.

A nuestro alrededor hay fuego por todas partes, amplias columnas de fuego. Oigo desplomarse una construcción con gran estruendo y el silbido de las ascuas al tocar el agua. Tomo aire y empiezo a toser.

—¡Vayamos entonces! —le grito—. Sólo un rato. Si no nos da tregua, intentaremos dejarnos llevar.

Lo miro. Sí, Elijah está sonriendo.

Me agarro a la popa y empujo mientras Elijah tira de la proa. Cuando nos cogemos a los bordes, nos queman las ascuas, así que mantenemos las manos más cerca de la superficie del agua. Siento las ascuas caer y chisporrotear sobre la cabeza. Avanzamos con torpeza en la oscuridad, palpando las rocas y el lodo. Elijah intenta que el agua no nos cubra más que hasta el pecho, pero a veces pierde pie y entonces flota contra su voluntad, agarrándose a la canoa. En esos momentos, la corriente nos lleva a ambos hacia atrás.

—¡Vayamos por la parte menos profunda! —le grito a Elijah.

Cuando el agua ya nos llega a la cintura nos damos cuenta de que el humo es demasiado denso para respirar y el calor nos abrasa, incluso a través de las camisas mojadas.

A veces encontramos la profundidad adecuada en algún tramo llano y entonces sólo sacamos fuera del agua la nariz y los ojos.

Después de un largo rato, el mundo ardiente que nos rodea sigue sin darnos un respiro. En un trecho tranquilo golpeo un lado de la canoa para avisar a Elijah. Estamos en medio del río.

—No está siendo más fácil —le digo.

—Lo será —contesta él.

—Descansemos un poco aquí —le pido.

Elijah no contesta.

Nos quedamos allí esperando, sin hablar y dejando que nuestras cabezas se balanceen en la corriente. Justo cuando le hago un gesto a Elijah para que avancemos, él señala a lo alto y se zambulle en el agua. Miro arriba y veo un arco de fuego amarillo que cruza el río. Cabalgando a lomos del viento, el puente llameante se precipita sobre la gran extensión de agua y desaparece tan rápidamente como ha llegado.

El tiempo transcurre despacio. Empujamos la canoa contra la corriente, bajo la lluvia de fuego, parándonos a menudo para mojar las sábanas y nuestros cabellos. Una fina capa gris cubre la superficie del agua.

—¡Tal vez sea el momento de que volvamos por donde hemos venido! —le grito finalmente, pero, si me ha oído, no responde.

En la orilla estallan muchos fuegos a la vez, y me doy cuenta de que las mantas mojadas de la canoa están humeando.

Inmediatamente después, me llega el olor de lana quemada. Golpeo la canoa otra vez y grito:

—¡Creo que las mantas se están quemando, y puede que también la canoa!

Tiramos de la canoa para acercarla a la orilla todo lo posible y la llenamos de agua para que se hunda. Ponemos dentro todas las rocas que encontramos. Con los pies y el cuerpo encima de la canoa hundida, nos sentamos con la nariz y los ojos fuera del agua y esperamos un poco.

—Estaremos a sólo unos días de remo una vez que hayamos superado esto —me dice Elijah—. Piensa sólo en eso.

Mis ojos están cerrados cuando, después de un rato, Elijah me empuja con el pie.

—Está clareando —me avisa.

Miro a través de la densa neblina. Veo luz a mi izquierda, más intensa que el fuego. Este pequeño cambio me anima.

—Quizá el fuego también se esté disipando —le digo.

Aguardamos un poco. La cabeza se me cae dentro del agua, y la impresión al respirarla me despierta con una sacudida, haciéndome toser. Noto que Elijah también está cansado. Me deslizo en un duermevela y retrocedo a mi breve período en el internado, con la vieja hermana Magdalene y su apestoso aliento de lana quemada. Veo moverse sus labios mientras los niños, asustados, estamos sentados en nuestros pupitres. Sus palabras manan como el agua del río.

—Los cree son paganos y enfurecen a Dios —nos dice—. Los cree son un pueblo atrasado, y el desagrado de Dios se manifiesta en que hace que vuestros ríos vayan hacia atrás, hacia el norte, en vez de hacia el sur, como en el mundo civilizado.

Golpea mi pupitre con la regla y de ella saltan chispas, como una rama que fuera a prender.

—Cuando aceptéis a Dios, Él hará un gran milagro. Hará que, en este lugar estéril, los ríos fluyan en la dirección correcta.

Me despierto jadeando cuando la cabeza se me hunde en el agua llena de cenizas.

Veo un atisbo de sol a través del humo. Conseguimos montar en la canoa y empezamos a remar con la cabeza gacha. En una larga curva del río, un banco de arena penetra en el agua y deja

suficiente espacio para que nos resguardemos los dos. La arena está caliente a causa de los fuegos que aún arden río arriba y río abajo. Cerca del suelo podemos respirar un poco de aire puro.

—Uno de los dos debería quedarse despierto y vigilar —le digo a Elijah, pero él ya está adormeciéndose.

Antes de que pueda resistirme, el sueño me vence a mí también.

Perdemos toda noción del tiempo en este lugar invadido de hollín. No tenemos más opción que seguir remando, dar una palada tras otra y encontrar la salida. Los fuegos siguen retumbando, pero ya un poco más lejos. El humo es tan denso y está tan inmóvil encima de nosotros que no vemos el sol, y ya no sé en qué momento del día estamos.

Se cierne una sombra más oscura sobre nosotros, posiblemente la de la llegada de la noche. Elijah me señala unos restos en la orilla. No nos hubiéramos dado cuenta de no ser por el olor a piel chamuscada y el aroma de carne asada que hace que nuestros hambrientos estómagos gruñan. Varamos la canoa y vemos que es un gran alce macho, chamuscado y ennegrecido. Sale humo de lo que queda de él.

—Tampoco huele tan mal… —dice Elijah, esperando mi reacción.

Desenvaino el cuchillo y corto un anca del animal. El miedo habrá envenenado el resto de su cuerpo. Por la parte de atrás de un músculo ennegrecido, consigo separar una gran tira de carne tierna y caliente, que está un poco cruda pero no demasiado. La pruebo.

—Está buena —le digo, mientras sigo cortando más.

Elijah saca su cuchillo. Cortamos la pata del animal por todos lados, escogiendo las partes más cocidas.

Cuando ya me he saciado, aparto un poco de ceniza de la superficie del agua y bebo largamente. Observo cómo Elijah se sacia. También bebe agua; nos sentamos juntos, mirando la oscura neblina que se aproxima.

—¿Crees que estaríamos seguros si durmiéramos aquí unas horas? —me pregunta Elijah.

Nos quedamos mirando el ennegrecido tramo de suelo humeante y de troncos.

—Ya no queda nada que pueda quemarse —contesto.

Elijah empieza a tiritar. Me doy cuenta de que yo también estoy

helado. Al menos, el suelo está caliente.

—¿Te importa si hacemos un fuego? —me pide.

Le sonrío.

Los siguientes dos días transcurren sin cambios. Es como si el río nos hubiera llevado al centro de la Tierra. El humo se niega a disiparse del todo y la falta de viento nos hace sentir sofocados. No canta ni un pájaro. No hay árboles para que el viento silbe entre ellos. Los sonidos del río viajan de manera diferente ahora y resulta imposible estimar distancias, lo que empeora la sensación de sofoco. Aun así, es la total ausencia de sonidos de animales lo que hace que me sienta más triste que nunca.

A los dos nos parece que es mejor no hablar si no es necesario. Sólo se oyen los roces de los remos en las bordas cuando entran en el agua llena de ceniza. La tierra está ennegrecida en todas direcciones y continúa humeando con ferocidad.

Finalmente, Elijah rompe el silencio:

—¿Hasta dónde crees que ha llegado el fuego?

He estado haciéndome la misma pregunta.

—Habrá quemado muchos kilómetros —contesto—. Varios cientos de kilómetros, como mínimo.

—Espero que no haya llegado hasta casa.

De pronto se me ocurre que podría no recibir ninguna noticia de casa hasta que regrese, si es que regreso. Empiezo a tener remordimientos.

Me recuerdo a mí mismo que yo tomé la decisión de hacer esto. Lo protegeré. Es lo que yo hago, lo que siempre he intentado hacer.

Por la tarde, el humo se ha disipado un poco y a nuestro alrededor el mundo se nos revela algo más. Hasta donde alcanza la mirada, el suelo está negro, quemado. Lo que era una maleza demasiado tupida para atravesarla caminando es ahora una llanura muerta. Tocones carbonizados sobresalen del suelo.

—Conozco este sitio —susurro para mí.

Para mantener la mente clara, le pido a Elijah que me enseñe más inglés.

—Buenos días, señor —dice Elijah en inglés—. ¿Sabe usted qué hora es?

Yo repito, pero me siento la lengua pesada y estúpida.

—Eres el mejor tirador del mundo —prosigue Elijah.

—Eres el mejor tirador del mundo —repito yo, prestándole atención sólo a medias mientras busco pájaros, algo de color.

—Gracias —contesta Elijah—. Tú tampoco eres mal tirador. Si tuvieras padre, sería un salvaje como tu tía.

Seguimos remando. Al cabo de un rato comenta:

—Parece que va a llover.

—La lluvia acabará con el fuego —contesto en inglés.

—Bien —dice Elijah sonriendo—. Muy bien. Ni siquiera parecías demasiado un francés. Ahora di: «Soy un indio cree de Moose Factory, y he venido a matar alemanes». Eso les gustará.

—¿Crees que nos preguntarán cosas así? —inquiero en nuestra lengua.

—Tal vez —responde Elijah—. Mejor que crean que eres un guerrero enfadado que un jodido indio de campo.

Me quedo pensando en esto durante un rato.

Cuento con Elijah para que me ayude en aquel mundo. Desde que somos chicos, Elijah ha tenido un don para la lengua de los *wemistikoshiw*. Una vez que las monjas le hubieron enseñado a hablar inglés, no pudieron pararlo, y pronto empezaron a arrepentirse de haberlo hecho. En la escuela, Elijah aprendió a salirse con la suya por medio de largos discursos. Sus palabras se encadenaban como parras, aprisionando a las monjas hasta que no podían moverse y asentían desesperadamente ante el pequeño que podía hablar su lengua como uno de sus obispos.

—¿Y si nos confunden con crees de la llanura y nos hacen montar a caballo? —pregunto.

—Más les vale no hacerlo —responde. Se queda un momento callado y añade—: Quizá aprenderíamos y lo haríamos bien. Ya nos veo montando encima de los caballos y cayéndonos en cuanto empezaran a correr. Todos los *wemistikoshiw* se quedarían mirándonos y se preguntarían qué clase de indios somos.

Los dos nos reímos. Después de un largo silencio, vuelvo a decir algo:

—¿Nos enseñarán a luchar a su manera o se limitarán a enviarnos allí?

—No sé —dice Elijah.

Un agudo chillido me arranca de mis ensoñaciones. La oscuridad de la noche es total. A ciegas, intento alcanzar el rifle.

—Otro lince —me susurra Elijah cuando ya estamos boca abajo con los rifles preparados—. Y además está muy cerca. Intenta dispararle si puedes. Tal vez podríamos sacar algo de dinero vendiendo la piel en la ciudad.

Vuelve a chillar, pero ahora desde otro sitio. Deduzco por el tono que se trata del mismo animal. Parece herido. Puede que sea una madre que ha perdido a su camada.

El sonido no se repite. Finalmente, nos relajamos de nuevo, pero duermo inquieto, confundiendo sueño y realidad.

A la mañana siguiente, antes de partir, rastreamos las huellas del lince en el hollín, siguiéndolas nuevamente en su recorrido alrededor del campamento antes de que se dirijan hacia el agua. Su tamaño y forma son idénticos a los de las otras. También se detienen en una abierta planicie de lodo.

—Es el mismo lince —afirmo.

—Imposible —me contesta Elijah—. Y, además, esta vez no hay duda sobre hacia dónde van —dice señalándome el agua—. Un lince puede saltar esa distancia.

Yo lo dudo.

A media mañana vemos que el suelo ennegrecido se termina y empieza la verde y tupida maleza. El cambio no es gradual, sino repentino. Se puede andar sobre la línea irregular que delimita los estragos del fuego, hacia el oeste, con la exuberante vegetación del verano a la izquierda y el ennegrecimiento dejado por el fuego a la derecha. Inspiro profundamente, de cara a la vegetación.

Durante todo el día estamos muy pendientes de encontrar algo que cazar. Al atardecer, sacamos nuestros sedales, pero no pica ni un pez. El aire de la tarde huele a humo, humo de ciudad, de gente.

—Pronto será de noche —digo—. No quiero ir allí de noche.

—Acamparemos aquí e iremos por la mañana —señala él.

Encontramos un buen sitio en una pequeña isla y pronto tenemos listo un fuego. El sol está poniéndose y no hemos comido nada desde la mañana.

—Mi madre me contaba —dice Elijah— que su madre se había visto obligada alguna vez a hervir sus mocasines en invierno para hacer sopa.

Miro a Elijah mientras me habla: sus ojos se destacan en su rostro tiznado. Perdió a su madre muy joven y rara vez habla de

ella. Los dos estamos muy sucios.

—No podemos ir allí con este aspecto —le digo.

Camino hacia el río y me meto en el agua, me quito la ropa y la escurro. El agua no está tan fría como creía. Me restriego el pelo con arena. Elijah también se mete en el agua y hace lo mismo. Me zambullo y me dejo llevar por la corriente como si volara en un mundo de ensueño.

Después, nos sentamos desnudos en una roca y nos hacemos trenzas en el pelo, atándolas fuerte con tiras de cuero de alce. Los dos las llevamos al viejo estilo. Somos cazadores, no indios domesticados.

—¿Nos harán llevar el pelo corto? —le pregunto, mientras contemplo cómo el sol se oculta detrás de una extensión de abetos.

—No lo sé —dice Elijah—. Creo que a mí me quedaría bien, pero a ti se te verían mucho las orejas. Y tu gran cabezota calva sería un buen blanco para el enemigo.

Desenrollamos nuestras mantas y nos cubrimos con ellas. Una vez más nos acostamos hambrientos. Intento conciliar el sueño escuchando los ruidos nocturnos de la ciudad: los hombres gritando y riendo, el tintineo de los vasos rotos en el suelo. Pero me costará dormir: mañana iré a un lugar del que no se vuelve.

—¿Crees que los canadienses nos separarán, Elijah? —le pregunto, intentando parecer relajado, un poco aburrido incluso.

Elijah tarda mucho rato en contestarme, tanto que pienso que se ha quedado dormido.

Finalmente, se oye su voz en la oscuridad:

—Más les vale no hacerlo.

Ntawi nipahiwewak
Grupo de ataque

Me despierto de un sueño ligero. Oigo pisadas sobre los tablones. ¿Quién corretea por ahí a estas horas? La noche es muy oscura, justo antes del alba. Echo un vistazo por mi agujero y veo pasar a alguien. Elijah está despierto a mi lado, noto su respiración. Oigo un grito en la trinchera, seguido del disparo de un rifle y el chasquido de una pistola. Elijah sale rodando de su cueva y se agacha; yo le sigo. Avanzamos agachados con nuestros rifles, corriendo en dirección al ruido. El sargento McCaan aparece, con su pelo rojo de punta, y nos sigue.

Se oyen más gritos y la explosión de una granada cerca de nosotros, donde la trinchera tuerce a la derecha. Nos cae encima una lluvia de tierra. Nos detenemos y esperamos. Con un gesto, Elijah le indica a McCaan que le cubra, y luego mira a la vuelta de la esquina. Hace ademán para que le siga. Vemos la mitad de un soldado en el suelo. Con los ojos abiertos, mira a su alrededor con expresión de pánico. De la cintura para abajo no queda nada de él. En lugar de caderas sólo tiene cordones de tripa roja e intestinos. McCaan grita pidiendo un médico y aparecen otros soldados, desconcertados y confusos. Me imagino al instante lo que debe de haber pasado, y veo que Elijah cae en la cuenta a la vez que yo.

—Incursión de trinchera —dice Elijah—. Esos alemanes venían a por nosotros.

Yo asiento.

—Aún podrían estar aquí —le respondo en cree—. Deberíamos echar un vistazo.

McCaan grita la orden de formar destacamentos. La búsqueda sigue hasta el amanecer, pero los alemanes hace tiempo que se han

marchado. Han aparecido y desaparecido como fantasmas. Un soldado se queja, después de formar, de que le falta su casco y su rifle. Otro se lamenta de que se han esfumado sus raciones. Los médicos se llevan al soldado partido por la mitad, y su sangre y sus tripas se cubren con algunas paladas de tierra.

Hay rumores de que a Gerald, un joven de nuestra compañía, lo descubrieron durmiendo mientras estaba de guardia la noche anterior. Algunos dicen que se lo han llevado a unos cuantos metros de la línea y lo han fusilado. No sé si será verdad. Lo que sí sé es que nadie lo ha visto en las últimas horas. Después de desayunar, mientras limpiamos los rifles y los uniformes lo mejor posible, especulamos en voz alta. Luego aparece McCaan, con el rostro muy pálido. Nadie se atreve a preguntarle nada.

Durante los días siguientes, en nuestras líneas reina la calma, aunque parece que nadie duerme bien de noche. Se empieza a hablar cada vez más de ataques de represalia hasta que se da por hecho que una de estas noches, posiblemente hoy, los canadienses atacarán las líneas alemanas.

Elijah intenta tener la mejor relación posible con el cabo Thompson. Éste le explica muchas cosas útiles; una de ellas es matar ratas. Es simple pero efectivo. Se ata un trocito de queso o de pan en el cañón del rifle y las ratas más atrevidas aparecen a los pocos minutos para hincarle el diente al convite. Sólo es cuestión de apretar el gatillo. Los disparos de rifle son frecuentes durante el día y la víctima, la mayor parte de las veces, es una rata y no un alemán. Son audaces como perros y pasan por encima de tu cara mientras duermes para alcanzar tus raciones, llegando incluso a morderte la nariz o cualquier parte expuesta si están hambrientas. Elijah y yo hemos decidido dormir con la cabeza debajo de la manta.

Descubrimos que los rumores sobre Gerald eran ciertos. Le formaron un consejo de guerra y lo llevaron más allá de las líneas, una semana después del ataque. Se dio la orden de que lo acompañaran seis soldados y sólo en un rifle se puso una bala sin pólvora, para que ninguno de ellos pudiera estar seguro de haberlo matado. Se comenta que todos ellos eran malos tiradores y que Gerald no murió en el acto. El oficial, tropezando en la oscuridad, tuvo que sacar su revólver y dispararle en la cabeza como si fuera

una mula. Según contó alguien que habló con uno del pelotón de fusilamiento, Gerald lloró y suplicó durante todo el camino hasta el lugar en el que sería ejecutado. Intentó escapar, y gritaba tanto que tuvieron que atarlo y amordazarlo. Lo fusilaron bajo la lluvia mientras él lloraba como un niño.

Cuando termina nuestro servicio en primera línea, nos mandan de nuevo a la trinchera de apoyo. Pronto aprendo que aquí la máxima preocupación no es el fusil enemigo sino los proyectiles que aúllan y explotan cerca de nosotros. Thompson lo llama «fuego hostigador». Pasamos los días llenando sacos de arena y reparando secciones de las trincheras de conexión que llevan hasta la primera línea del frente, fortificándolas. El trabajo resultaría monótono de no ser por la constante preocupación de que un proyectil alemán nos coja por sorpresa.

Descubro que los rumores se extienden más que las verdades. Durante la primavera, ahora que ha terminado el combate en Saint-Eloi y sus inmediaciones, los hombres hablan sobre ser transferidos a otro lugar donde se está preparando una gran batalla para el verano. El otro tema de conversación es la nueva arma de los alemanes; proyectiles llenos de gas tóxico que caen del cielo como una plaga. Algo de eso tiene que ser cierto: nos suministran extrañas capuchas con agujeros para los ojos y un tubo para respirar.

Nos dicen que, si alguna vez oímos el grito de «¡Gas!», nos coloquemos inmediatamente estas capuchas en la cabeza y por debajo de las guerreras. McCaan nos hace practicar la maniobra. El teniente Breech nos mira de cerca, con una sonrisita en los labios.

Las capuchas dan mucho calor y es difícil respirar con ellas puestas. Siento que me asfixio cuando la llevo, pero Breech exige que las llevemos durante horas y que continuemos haciendo nuestro trabajo con ellas colocadas, para que nos habituemos. El producto químico con el que las bañan para neutralizar el gas me da dolor de cabeza. Además, nos van grandes y se mueven constantemente; al cabo de un rato no veo por los agujeros. Con ella puesta, oigo el eco de mi propia respiración. Es sofocante. En días como éstos es aún más fácil odiar al cabrón de Breech.

Finalmente, nos envían a la reserva, donde podemos descansar sin muchas preocupaciones ni mucho trabajo. Mi primera bala en el

frente parece haberse desvanecido como un recuerdo lejano. El cabo Thompson dice que las últimas semanas, desde que nos conoce, son las más tranquilas que recuerde en todo un año.

Sólo ha habido siete bajas en la compañía, cuatro por heridas de metralla y tres muertos, incluido el soldado despedazado por la explosión de la granada de mano, o triturador de patatas, como la llamamos, durante la invasión de la trinchera. Me pregunto si habrán contado a Gerald entre las bajas, pero me abstengo de comentarlo.

Detrás de las líneas, nos atiborramos de comida caliente y nos lavamos lo mejor que podemos. Para mantenernos ocupados, jugamos a fútbol en un campo de barbecho cerca de la granja a la que nos han trasladado. Pero no me gusta ese juego; no tiene sentido y es muy cansado. Paso el tiempo observándolo todo. Ojos Grises, el mentiroso, es prisionero de la medicina que llaman morfina. He visto cómo se la inyecta y su cuerpo se afloja y se calma. Me da miedo. Además, encontrar medicina aquí es más fácil de lo que hubiera imaginado. Los médicos disponen de ella en cantidad y no siempre vigilan con cuidado sus botiquines. Algunos hombres incluso la llevan en la mochila por si los hieren y no encuentran ayuda cerca.

A Elijah le fascina el uso que le da Ojos Grises. Incluso le gusta mirarlo cuando él está en ese otro lado. Le digo a Elijah que deje que algún oficial lo descubra y se lo lleven. No es un buen tipo y sus actos nos traerán problemas a todos. Pero Elijah se niega, todo esto es como un juego para él. Elijah puede abrumar incluso a los oficiales con su inglés de monjas y su brillante mente. Cautiva a los de nuestra sección con su personalidad y sus inagotables historias. Yo, con mi pobre inglés, me veo forzado a sentarme y observar cómo se los gana, mientras yo permanezco invisible como un fantasma pardo.

Cuando llega el momento de regresar a las trincheras del frente, los hombres se vuelven sombríos. En vez de dirigirnos hacia donde estábamos, marchamos un par de kilómetros hacia el sur. Los que saben, murmuran que estamos marchando directamente hacia los cráteres de Saint-Eloi, el lugar más feo de la Tierra. El cabo Thompson nos explica que en esta área hay siete cráteres grandes e innumerables cráteres pequeños. Cualquier noche pueden cambiar

de manos. Vamos hacia los cráteres cruzando lo que una vez fue la ciudad de Saint-Eloi, ahora sólo calles con escombros y vigas quemadas. Al caer la noche, desfilamos a lo largo de las trincheras de conexión, más silenciosamente a medida que vamos acercándonos al frente y las bengalas ascienden. Sólo unos pocos proyectiles pasan silbando en su trayecto hacia otro lugar.

La primera noche nos mandan hacer guardia a Elijah y a mí, y nos quedamos pasmados ante el estado de las trincheras. Más que trincheras son zanjas poco profundas, donde incluso Thompson tendría que encorvarse hasta la cintura. Todos los intentos de drenaje han sido inútiles y el agua nos llega hasta las rodillas, anegando nuestras botas y haciéndolas muy pesadas. Sería mucho mejor y más cómodo que llevásemos los mocasines que hice para los dos, pero no quiero estropearlos. Mientras andamos entre las tropas oímos débiles refunfuños. No hay ningún sitio seco para sentarse y dormir, y mucho menos para tumbarse.

Cuando rompe el alba y la oscuridad pasa del negro al grisáceo, entreveo por primera vez los cráteres. Es como la tundra a la que viajé en una ocasión, pero devastada y horadada, tan privada de vegetación que se hace imposible imaginar que algo creció aquí alguna vez. Frente a mí, el terreno está lleno de cráteres de diferentes tamaños, algunos demasiado pequeños para que un hombre se ponga a cubierto, y otros tan grandes que podrían ser pequeños valles. Éste es el lugar en el que ambos bandos se turnan para horadar túneles por debajo del enemigo y colocar grandes cantidades de explosivos, haciéndolos estallar justo antes de las ofensivas.

Una noche aparece Thompson delante de Elijah y de mí y nos dice:

—Vamos.

Nos conduce hasta donde duerme Sean Patrick y lo despierta.

—Vamos —repite.

Sean Patrick sale de entre su manta con cara de cansancio, como un niño alto y delgado. Luego nos dirigimos hacia la casa de Thompson, como él la llama y, una vez allí, nos dice que nos quitemos cualquier cosa que pueda hacer un ruido innecesario. McCaan y Graves se han unido a nosotros. Me pregunto por qué vendrá también Graves. Es mayor, probablemente demasiado mayor

para esta guerra. Participó en otra guerra, en un lugar llamado África. Tal vez por eso McCaan y Thompson lo han incluido.

Thompson saca un trozo de carbón y se tizna la cara, los brazos, las manos, todas las partes de su cuerpo que están a la vista. No nos dice nada, cuenta con que miremos y aprendamos. Me digo que, en ese sentido, Thompson es como un indio. Después me da el carbón, hago lo mismo que él y se lo paso a Sean Patrick. Cuando tiene toda la cara negra, el blanco de sus ojos brilla en la oscuridad y me hace pensar que tiene miedo. Le tiembla un poco la mano cuando le pasa el carbón a Elijah. Thompson nos entrega un gorro de lana negra a cada uno y nos enseña cómo se ata el cuchillo al pecho para poder cogerlo rápidamente. Como todos nosotros, ha afilado los puntiagudos dientes del contrafilo del cuchillo para que causen aún más estragos al clavarlo y al sacarlo. Los alemanes nos matarían inmediatamente si nos capturaran y vieran esos dientes en nuestros cuchillos. No les culpamos; nosotros haríamos lo mismo.

Sólo ahora me doy cuenta de con cuánta atención nos observa McCaan. Lo saludo con un movimiento de cabeza. Entonces me sonríe y a pesar de la oscuridad veo que aún tiene el ojo hinchado por el accidente del periscopio.

Todos hemos oído rumores sobre el equipo que fue enviado anoche y que no ha vuelto.

Thompson y McCaan llevan revólveres en el cinto; Graves, una ametralladora Lewis, y Elijah y yo cargamos con sus cartuchos de repuesto y la munición. Elijah, Sean Patrick y yo vamos armados con nuestros rifles Ross y todas las balas que podemos. McCaan nos da a cada uno un pequeño saco de granadas Mills, que me recuerdan a piñas pesadas.

—Son muy útiles en distancias cortas —afirma—. Iremos de dos en dos —añade—. Tened en cuenta la posición de los otros. Los globos de observación han localizado a Fritz en alguno de los grandes cráteres durante estos últimos días —dice, restregándose el carbón de la frente—. Francamente, ya no sabemos qué cráteres son de ellos y cuáles son nuestros. Nuestro trabajo de esta noche consiste en tener alguna idea de qué está pasando.

Elijah me da un codazo y me dice en cree:

—Vamos a salir ahí y a dar caza a Fritz en los cráteres.

—Tened cuidado —dice McCaan—. Salimos en cinco minutos.

Por encima de las trincheras parece que, de nuevo, el mundo se extienda ante nosotros. Elijah y yo vamos juntos, siguiendo a Thompson y Graves. McCaan y Sean Patrick van detrás. Aunque esta zona haya estado tranquila últimamente, Fritz no ha dejado de reforzar las líneas en esta zona. Han luchado demasiado como para permitirse perder cualquier tramo. Esta noche, nuestro grupo es responsable de reconocer el terreno en uno de los cráteres más grandes.

A lo que estamos haciendo lo llaman «saltar cráteres»: ir de uno a otro y echar una ojeada por encima antes de deslizarnos hacia dentro como serpientes. Todos tienen agua en el fondo, algunos están casi llenos.

Thompson nos da la señal de que el siguiente cráter es nuestro objetivo. Elijah y yo vamos por la izquierda, y McCaan y Sean Patrick por la derecha. Miramos todos a la vez por el borde para ver qué hay abajo. Éste es el cráter más grande que he visto, seis o siete metros de pared hasta llegar al agua. Algo se mueve a lo largo de la orilla. Una bengala asciende y entonces veo tres figuras. La misteriosa luz verde es suficiente para que pueda distinguir sus uniformes canadienses. Elijah es el primero que se deja caer dentro y está abajo con los tres hombres antes de que ellos puedan darse cuenta de nada. Desciendo hasta donde está él. Dos de los hombres están tumbados, inmóviles, y el otro está consciente pero aturdido. Elijah coge una cantimplora que está a su lado para dar de beber al soldado, pero está vacía.

McCaan se desliza hasta donde estamos.

—La próxima vez, espere mi orden, soldado Whiskeyjack —dice, mientras toma la cantimplora de su cinto, la desenrosca y echa un poco de agua en la boca del soldado—. Tenemos que sacar a éste de aquí.

Los otros se nos unen en el fondo del cráter. Noto que Elijah está a punto de preguntar qué deberíamos hacer con los dos soldados inconscientes justo en el momento en que todos vemos que sus rostros están endurecidos por la muerte.

—Whiskeyjack, Bird, Graves, trepad hasta el borde y vigilad —ordena McCaan—. Yo ayudaré al soldado a llevar a este hombre a nuestras líneas —dice, señalando a Sean Patrick—. No tardaremos mucho porque aún estamos cerca. Cuando vuelva, podremos

hacernos una idea de quién está en cada uno de los cráteres.

No tenemos más remedio que asentir.

—Vámonos —dice McCaan.

Cogemos entre todos al soldado herido y lo llevamos hasta el borde, donde McCaan y Sean Patrick lo sujetan por debajo de los brazos y comienzan a arrastrarlo hacia la oscuridad. Elijah, Graves y yo permanecemos con las armas apuntando hacia la oscuridad, y empiezo a preguntarme qué debería hacer si oigo ese silbido familiar, sin tiempo de reaccionar. A mi derecha, una explosión cercana ilumina por un momento la tierra de nadie y, después de que su resplandor se haya desvanecido, todavía persisten detrás de mis párpados algunos destellos de luz.

Otro proyectil explota y me tiro al suelo rápidamente para protegerme. Deduzco por su sonido que no era muy grande, ni tan terrible como un setenta y siete. Compruebo con cierta satisfacción que estoy empezando a reconocer la artillería enemiga.

Pero Fritz nos ha descubierto. El bombardeo se intensifica hasta que nos vemos forzados a bajar al fondo del cráter. Hecho un ovillo, con la cara en el fango y cubriéndome la cabeza con los brazos, pienso que una bomba de mortero podría caer en el fondo de este agujero y matarnos a todos de una vez.

—Nos tienen atrapados —dice Thompson en un momento de silencio—. Tenemos que salir de aquí.

Trepa por uno de los lados, y todos lo seguimos. Una vez arriba, me doy cuenta de que me he dejado abajo la munición de la ametralladora, pero es demasiado tarde.

Corremos hacia un cráter pequeño y nos dejamos caer rodando en él, esperamos un momento y luego corremos hacia otro con la esperanza de que sea más profundo. Los proyectiles ligeros hacen entonces su aparición, y sus esquirlas nos persiguen como grandes insectos enfadados. Este cráter es más profundo que el otro, pero el fondo también está lleno de agua. El hedor es horrible. Otra explosión ilumina la oscuridad. Se ven brazos que sobresalen del charco, algunos con los dedos rígidos como si sujetaran algo que no distingo. También se ven algunos pies descalzos fuera del agua; me pregunto qué habrá sido de sus botas.

El cielo centellea como en una tormenta eléctrica. Miro el agua, que parece una sopa. Hay varios miembros humanos dentro y, entre

ellos, rostros putrefactos que nos miran. Las cuencas de los ojos están vacías y los labios se han replegado alrededor de la boca, de forma que parece que estén gritando.

—Xavier, mira esas caras de allí —me dice Elijah en cree, señalando con el cañón de su rifle—. Parece que estén vivos.

Tiene razón. Con el destello de las explosiones, el agua tiembla y las caras parecen estar vivas. Me entran ganas de vomitar. El hedor es peor que el de un animal putrefacto. Miro a los otros. Graves también parece tener náuseas, pero el rostro de Thompson permanece imperturbable mientras escucha detenidamente los bombardeos, esperando que se detengan. Pero no lo hacen.

Caigo en una extraña somnolencia allí mismo, debajo de la superficie de la tierra, con los muertos. Sé que aquí estoy seguro y que hoy no es el día en que me uniré a ellos. Cuando abro los ojos nuevamente, hay bastante más claridad en el cielo. Me doy cuenta, justo antes de que lo susurre Thompson, de que no volveremos a nuestras líneas hasta la noche siguiente.

—La buena noticia, como veis, caballeros —dice—, es que se ha acabado el bombardeo, pero durante un rato habrá la suficiente luz detrás de Fritz como para que nuestras siluetas se destaquen si intentamos volver a nuestras líneas. —Señala con el rifle el horrible amasijo de debajo de nosotros—. Yo voto por que nos instalemos en un lugar más agradable antes de que sea demasiado tarde, y nos mantengamos escondidos el resto del día.

Vamos saliendo uno por uno. Me sorprende que Thompson nos conduzca más cerca de los alemanes que de nuestras propias líneas. Confío en él, a pesar de todo. Debe de tener sus razones. Brincamos por distintos cráteres, pero ninguno de los agujeros nos ofrece suficiente refugio.

Nos tumbamos los cuatro en uno de los agujeros, uno al lado del otro. Siento cómo el frío de la mañana me sube por la espalda. Me duelen los dientes, de mantenerlos apretados. He perdido el sentido de la orientación, pero me percato de que el cielo iluminado de delante de nosotros marca el lugar donde está Fritz. Estoy exhausto.

Distinguimos claramente ante nosotros lo que parece un parapeto alto. No sé si es la línea del frente de Fritz o uno de los grandes cráteres de los que nos ha hablado Thompson. Este paisaje es lo más extraño que he visto nunca. Es tierra herida y horadada,

con pequeños valles de fango llenos de agua y de cadáveres. Thompson va el primero hacia el parapeto, lo sigue Graves con su ametralladora, después va Elijah y yo voy en último lugar. Más vale que éste sea el sitio donde pasaremos el día. El sol está a punto de salir, y van a acabar viéndonos y disparándonos.

Trepamos los tres metros de fango que forman el lateral del hoyo y miramos con atención. Parece desierto. Hay un poco de agua en el fondo, pero muchos rincones parecen apropiados para esconderse. Bajamos con los rifles preparados por si sorprendemos a algún alemán. Al explorar el perímetro comprobamos que está abandonado. Hay tejas de metal y redes de alambre esparcidas por el suelo. Thompson dice que debió de servir como puesto de escucha de Fritz en algún momento. Todo indica que la artillería canadiense dio en el blanco.

Thompson señala una trinchera que va hacia el este desde el cráter.

—Esa de allí va directamente hasta Alemania —dice—. Tendremos que apostar a un soldado a quince o veinte metros para que vigile si se acerca algún visitante alemán.

Nos agrupamos alrededor de unas lonas viejas y contamos nuestras armas y municiones. Diez granadas Mills, dos rifles y muchas balas, el revólver de Thompson y la ametralladora de Graves con sólo un par de tambores de balas. Ahora me arrepiento de no haber vuelto anoche a recoger lo que me había dejado.

—Dos descansan mientras dos vigilan —dice Thompson—. Fritz no sabe que estamos aquí, pero lamentablemente tampoco lo sabe nuestro bando, así que intentad encontrar un sitio que os resguarde un poco de los proyectiles.

Decidimos que Graves y yo descansaremos primero mientras Thompson va hacia la trinchera como centinela y Elijah se mantiene alerta en el cráter. Coloco una red de alambre sobre un agujero en el cráter, para conseguir un nido relativamente confortable. Cubro la red con algunos tablones y una capa de lodo, y me arrastro hacia el interior con mi rifle. Al instante, me vence el agotamiento. Aquí no puedo ser visto y la tensión, lentamente, va abandonando mi mandíbula. Caigo rápidamente en un profundo sueño.

Cuando abro los ojos veo la luz del sol, jaspeada por motas de sombra. Por un instante, no estoy seguro de quién soy ni dónde

estoy; sólo existo.

La luz de la mañana atraviesa la red de alambre y me acaricia la cara. Me muevo un poco para sacar la cabeza del nido y poder contemplar el cielo. Ni una nube, sólo el azul de la mañana. Algunos pajarillos revolotean por el cráter, persiguiéndose mutuamente. Uno de ellos desciende en picado y se posa cerca de mi cabeza. No se da cuenta de que estoy aquí y empieza a acicalarse muy cerca de mí; sus plumas brillan a la luz del sol. Es de una especie que no he visto nunca. Sus ojos son negros como la noche. Soplo sobre él y, asustado, da un brinco y se va volando. Durante un rato todo permanece quieto. Puro silencio. Es algo a lo que ya no estaba acostumbrado.

Me escabullo fuera de mi nido de manera que mis movimientos pasen desapercibidos. Miro a mi alrededor, con el rifle a punto y a mi lado. Graves está cerca, dormitando y hecho un ovillo. Elijah está sentado al otro lado del cráter, con el rifle pegado al costado. Cada pocos segundos echa un vistazo al parapeto que hay encima de él. Le saludo con la mano, él me sonríe y me devuelve el saludo. Me acerco a él.

Me siento bien, pero un poco aturdido. Sentados uno al lado del otro, compartimos una cantimplora de agua.

—Duerme un poco —le digo—. Pareces cansado. Métete donde he dormido yo. Se está bien.

Elijah no protesta; se pone de pie, va hacia el nido y entra en él.

Encuentro una hendidura del cráter que protege un poco, y me acomodo allí con el rifle a mi lado. Escucho atentamente. A lo lejos se oyen algunos disparos de cañón, pero están a kilómetros de distancia. Es como si la guerra se hubiera trasladado a otro lugar. Después de haberle chupado la vida a Saint-Eloi y de haberlo dejado así, se ha movido en busca de otros cuerpos para saciar su hambre insoportable.

Imagino que no hay peligro si enciendo un cigarrillo. Nadie se dará cuenta a plena luz del día. Empecé a fumar para integrarme, pero ahora me gusta. A veces envío oraciones con el humo.

Saco un cigarrillo de mi mochila. La llama de la cerilla hace que sienta ganas de algo más, pero no sé de qué. Tal vez me recuerde la llamarada de los proyectiles y evoque el peligro de la noche. No lo sé. Sólo sé que ahora tengo un rato para mí solo. Me trago el humo,

que sabe como ciertas plantas amargas de primavera. Después de rebuscar en el bolsillo interior de la casaca, desato la pequeña bolsa de piel de alce donde guardo el tabaco, que me protege. Es la bolsa que Tía me dio antes de irme. Vuelvo a guardarla en su sitio. Siento su calidez contra mi piel, como si estuviera llena de sangre.

Oigo ruido de pisadas y apunto con el rifle a la trinchera que sale del cráter. Aparece Thompson, con cara de cansado. Se sienta a mi lado y enciende también un cigarrillo.

—Es como si Fritz hubiera retrocedido hasta el Rin —dice—. Me he internado unos buenos treinta metros en la trinchera, pero ni rastro. Luego he retrocedido la mitad de lo andado y me he quedado allí sentado toda la mañana. Es como si no hubiera guerra.

Tengo que escucharle con atención para entender lo que dice.

Un aeroplano, recortado contra el sol, zumba por encima de nuestras cabezas. No consigo identificarlo.

—Parece uno de los nuestros. Se los reconoce por el contorno de las alas —dice Thompson—. Es un avión de observación. No te muevas. Si nos localiza podría tomarnos por alemanes y bombardearnos.

Yo le escucho, tumbado al sol.

—¿Has enviado a Elijah a descansar? —pregunta Thompson.

Le digo que sí con la cabeza.

—Eres un tipo tranquilo —dice Thompson—. Creía que eso era un rasgo indio, hasta que conocí a Elijah.

Nos reímos.

—¿Por qué habla tan bien inglés? —me pregunta después de un rato.

—Bueno, estuvo mucho tiempo en un internado —le respondo—. Era huérfano, las monjas lo cuidaron.

Thompson se reclina y mira al cielo.

—Tu inglés está mejorando —dice.

Sonrío.

—Os miro cuando andáis por ahí —dice Thompson—. Creo que reconozco a los verdaderos cazadores cuando los veo.

Oímos sobrevolar a otro aeroplano, pero no lo vemos.

—Estaría bien tomar una taza de café y comer algo —dice Thompson—. Voy a descansar un poco y soñar con eso. Vete a la trinchera, pero no seas demasiado curioso y vayas demasiado lejos.

Quince o veinte metros son suficientes. Si Fritz decidiera venir, podrías volver y avisarnos.

Nos levantamos y Thompson despierta a Graves. Yo me interno en la trinchera. No hay más que paredes de fango. Encuentro un sitio para sentarme desde donde puedo ver el corredor sin que me vean. No me importa estar aquí sentado y esperar la llegada del anochecer, aunque todavía falten muchas horas. Mi cabeza flota por encima de esta gran herida de la tierra, con la franja azul del cielo encima de mí. Oigo la cadencia de los bombardeos en la distancia.

La tarde está llegando a su fin cuando vuelvo sobre mis pasos, de regreso al cráter. El sol ha empezado a reclinarse detrás de las líneas canadienses. Graves está sentado al lado del cráter, apuntando con la ametralladora hacia la trinchera de la que emerjo. Asiente cuando salgo de ella. Luego despertamos a Elijah y a Thompson.

Cuando ya es noche cerrada, Thompson nos reúne y empezamos a salir del cráter. Al subir, veo un antiguo casco alemán. Es uno de los más raros que he visto: está hecho de cuero y tela, con un pincho encima. Elijah lo coge y lo ata a su fardo.

En vez de guiarnos de vuelta a nuestras trincheras, Thompson nos mantiene a la espera en el borde del cráter. Nos da dos granadas Mills a cada uno.

—Tengo el presentimiento de que vendrán por aquí y tendremos tiempo de verlos —dice—. Si los oís corretear por abajo, estirad de la anilla y tiradlas. Entonces tendremos que volver a toda prisa.

Cuando han pasado veinte o treinta minutos y ya estoy pensando que Thompson está chalado, percibo un rumor de hombres moviéndose sigilosamente debajo de nosotros. Oigo sus susurros y sus botas cerca de donde he estado durmiendo esta mañana. Thompson nos hace una señal con la cabeza y entonces les quitamos las anillas a las granadas y las lanzamos dentro, todos a la vez. Los hombres gritan. Thompson coge la ametralladora de Graves, se agazapa en el borde y acribilla a todos los que están dentro del cráter hasta que no le quedan más balas. Me impresiona ver cómo actúa este hombre bajito y su forma expeditiva de matar.

—Vamos, chicos —dice Thompson.

Saltamos de un cráter a otro, pero ahora el territorio nos resulta un poco más familiar. Finalmente, volvemos a la seguridad de

nuestras líneas.

Revivo en mi cabeza lo ocurrido una y otra vez, y no logro dormir en toda la noche: estirar la anilla de la granada, tirarla, mirarla hasta que desaparece dentro del cráter, la explosión y los gritos. Ahora ya he matado a alguien.

A la mañana siguiente, después de formar, Thompson se acerca a Elijah y a mí. Nos habla a los dos, pero sus palabras van dirigidas a Elijah.

—¿Qué piensas de estos últimos días, Whiskeyjack? —pregunta, mientras enciende un cigarrillo, exhala el humo y mira al cielo.

Veo que Elijah sabe exactamente lo que Thompson está preguntándole: si le gusta matar. Elijah lo considera por un momento.

—Está en mi sangre —responde finalmente.

Thompson sonríe y se marcha. A mí no me lo ha preguntado. ¿Tiene alguna intuición? ¿En qué soy diferente? Una sensación extraña, que no logro entender, se arrastra por mi columna como una ola.

Kiskinohanaasowin
Aprendizaje

Me despierta un ataque de tos. En este tramo del río, los brotes de las plantas aún son recientes. Me sorprende que Elijah y yo sobreviviéramos al incendio sólo para acabar en las trincheras. A lo largo de toda la orilla, la maleza lucha para recuperar sus territorios. Me gustaría ser tan fuerte como ella. La tos no me abandona, y cada vez que toso siento como si se me rompiera una costilla. Me inclino por la borda en busca de un poco de agua; el dolor de mi descompuesto vientre me hace jadear.

—¿Estás bien, Sobrino? —me pregunta Tía—. ¿No sería mejor que parásemos para que puedas descansar?

Sus palabras me hacen enfadar, y no sé por qué.

—*Mo-na* —le digo, escupiendo en el agua—. Déjame en paz.

Me arrepiento inmediatamente. Miro mi pantalón, la pernera vacía y la tela sujeta con un alfiler, y por un instante vuelvo a sentir el pie y la pantorrilla ausentes. La medicina está abandonándome. Quiero más, pero me queda muy poca.

—¿Sabes qué, Tía? —le digo, bebiendo un poco de agua del río con la palma de la mano—. Hay tantos hombres enterrados allí que, si el bosque vuelve a crecer, colgarán calaveras de las ramas de los árboles. —Me río, y me siento aún peor—. Lo he visto. Una vez, nos fuimos de un sitio que estaba cubierto de muertos, y eran de los nuestros. Cuando regresamos, al cabo de pocos meses, habían crecido flores más rojas que la sangre por todas partes. Lo cubrían todo, incluso habían crecido en los cadáveres en descomposición.

El dolor me acuchilla el vientre. El lugar de mi brazo por donde penetró la bala se queja ferozmente. Los rayos del sol me provocan punzadas en la cabeza. Tía no responde, pero sé que está

escuchándome.

—Las flores volvieron a crecer, eso fue todo.

Tengo muchísimo dolor.

—Son cosas inútiles.

—Duerme, Xavier —me dice finalmente.

Quisiera decirle que me arrepiento de haberme enfadado, pero, en vez de eso, cierro los ojos.

Thompson, Graves, Elijah y yo volvemos del gran cráter. No puedo dormir, pensando en si he matado a alguien. Todos tiramos las granadas Mills al hoyo y oímos los gritos. Todos somos culpables.

Llueve la noche de nuestra llegada, y sigue lloviendo durante cinco días. Me pregunto si los manitús estarán enfadados conmigo. Los alemanes bombardean esta sección más de lo habitual, y nosotros, los canadienses, miserables, ateridos de frío, empapados y llenos de fango, tememos morir pronto. Algunos dicen que es una venganza de Fritz por el ataque al cráter.

Mi única motivación es que pronto nos mandarán unos días detrás de las líneas.

Sin embargo, Elijah está contento. Marcha por la trinchera, bajo la lluvia, con el casco que se llevó del cráter. Se le ve ridículo con esa cosa podrida en la cabeza, y ésa debe de ser una de las razones por las que lo hace.

Para empeorar las cosas, a Elijah últimamente le ha dado por hablar con acento británico. Esto hace reír a los otros soldados, pero me pregunto cuál será el auténtico motivo. Parece que quiera ser algo que no es. Explica chistes y hace reír a los demás, jactándose de haber matado a soldados a tan corta distancia que podía oírlos morir. Pero ¿es eso verdad? No creo. Yo estaba allí y sé que Elijah también estaba asustado, sé que cuando todos tiramos las granadas al cráter no había manera de saber cuántos hombres habían caído. Pero ¿qué es la verdad en un sitio como éste? Podría ser perfectamente la versión de Elijah. Al fin y al cabo, pone contentos a los demás y los mantiene animados, y eso vale tanto como una buena comida y una cama cálida y seca.

Para ellos, Elijah ya es un héroe. Lo noto. Por otro lado, siento los ojos de la sección fijos en mí, intentando entender qué me hace diferente de ellos, diferente de Elijah. Sé que soy mejor tirador que

Elijah y que fui yo el que le enseñó los trucos del bosque. Pero Elijah y su sonrisa fácil los conquistan. Yo no cederé fácilmente a las costumbres de este ejército. Aprendo su inglés, pero finjo no saber. Cuando un oficial me habla, lo miro y contesto en cree.

Al teniente Breech —Cabrón Breech— no le gusta nada que hable en mi lengua. No le gusté desde el primer momento. Elijah tiene parte de culpa. Recuerdo una mañana, poco después de que nos alistáramos: Elijah y yo veníamos del norte, y habíamos viajado juntos en tren durante varios días. Nos enviaron a un lugar inmenso hecho de piedra y cristal llamado Toronto, y allí nos tuvieron en una zona llamada los Jardines de la Exposición, al lado del gran lago. Yo era el primero en levantarme cada día, antes del toque de diana, y me encargaba de los caballos. No me acostumbraba a dormir en un catre con todos esos desconocidos a mi alrededor, con el eco de la gran sala. Quería dormir fuera y le pedí a Elijah que se lo pidiera al teniente Breech, porque mi inglés no era bueno. Elijah, sin embargo, se limitó a enseñarme lo que debía decir y me dijo que tenía que empezar a valerme por mí mismo en su lengua. Habíamos terminado de comer y los hombres fumaban sentados. Breech estaba sentado con otros, riéndose. Parecía de buen humor.

Cuando finalmente entendió lo que estaba pidiéndole, esbozó una amplia sonrisa que me hizo sentir bien.

—Así que el indio quiere dormir bajo las estrellas —dijo Breech tan alto que todos los de alrededor dejaron lo que estaban haciendo para oír qué pasaba.

Me hubiera gustado que Elijah hubiera venido conmigo para traducirme. En vez de eso, me enseñó a formular la pregunta por mí mismo.

—Si no te importa —me dijo Breech—, ¿serías tan amable de repetir la pregunta para que los otros puedan oírla?

Su sonrisa ya no era tan simpática.

—¿Sería mucho atrevimiento solicitar otro cuartel de pernocta? —balbuceé—. ¿Tal vez fuera, lejos de los atroces ronquidos de mis compañeros?

Había tardado todo un día en aprenderme eso. Incluso habiendo practicado, no me salió como quería.

—¿Hay alguna otra manera de que pudiéramos complacerlo? —preguntó Breech—. ¿Una sala de oficiales privada? ¿Una

sirvienta, quizá?

No estaba muy seguro de qué estaba diciéndome Breech, y tuve que preguntarle después a Elijah.

Breech dejó de sonreír de pronto y su cara enrojeció.

—¡Esto no es un campamento de verano! —vociferó—. ¡No habrá ningún trato especial! Allá adonde os preparo para ir sólo hay miedo, sufrimiento y muerte.

Entonces miré a Elijah. Estaba tapándose la sonrisa con la mano.

—¡Pienso presentar cargos contra usted, soldado! —me gritó Breech a la cara—. Ni siquiera se me ocurre qué cargo podría ser ése, a no ser el de payasada. ¡Fuera de mi vista!

Entonces me envió a limpiar los establos, sin saber que eso me gustaba y que ya lo hacía cada día por mi cuenta. Desde aquello, mi relación con Breech nunca fue buena.

El cabo Thompson asegura que los alemanes están reforzando sus líneas en otro sitio y que ahora tienen poca mano de obra destinada aquí. Le ha dicho a McCaan que quiere volver allí, conmigo y con Elijah. Admira nuestra serenidad en combate.

—No tengo nada contra Graves, señor —dice—. Actuó como un soldado, pero sus dos indios están bendecidos. Tienen hechizo, y a mí me iría bien un poco de eso ahora.

Thompson me cae bien, pero no sé si merezco todo lo que quiere darme.

Por las noches, cuando no estoy de guardia, me tumbo en mi agujero de la trinchera y acaricio el pequeño fardo con las medicinas que llevo colgado al cuello. Aún noto el débil aroma del humo del incendio al acercármelo a la nariz. A veces estoy tentado de abrirlo, pero he decidido no hacerlo más, por miedo a perder algo importante, algo de ti, Niska.

Sueño con mi tierra. Aquí no se duerme bien, pero me he obligado a soñar incluso con los ojos abiertos. Donde yo vivo, el río es tan ancho como un lago y en primavera, en esta época del año, es cuando más se pesca. También es la época en la que dejamos nuestros campamentos de invierno y nos reunimos, para relacionarnos y vivir bien durante un tiempo. Construimos cabañas de camuflaje para cazar en la bahía y ponemos señuelos. De noche, desplumamos y asamos aves hasta muy tarde, y comemos hasta reventar, tanto como queremos. Sería interesante llevar allí a

Gilberto y a Ojos Grises, a Sean Patrick y a Graves. Me pregunto qué pensarían de un lugar así. Tanto bosque, tanta agua y no tanta gente como en todos estos sitios en los que hemos estado. A los niños les impresionaría el cuerpo peludo y el extraño acento de Gilberto. Las chicas probablemente encontrarían guapo a Sean Patrick. Graves dejaría huella en los mayores con sus historias de la guerra y Ojos Grises tal vez robaría algo.

Ojos Grises intentó persuadir anoche a Elijah de que viajara con él al mundo de la medicina. Habían ido arriba a reparar un tramo de alambrada, y aún faltaban muchas horas hasta el anochecer y la hora de formar. Se apretujaron en mi agujero. Ojos Grises me pidió que vigilara por si pasaban oficiales, y luego se dedicó a su ritual con la aguja. Se volvió hacia Elijah y, mientras se introducía la punta en el brazo, le preguntó si quería probarlo. Le sonrió como a un amante. Elijah se apartó de él asqueado, pero yo pude ver algo gracias al resplandor del cigarrillo que encendió Ojos Grises antes de echarse. Los ojos de Elijah me dijeron todo lo que necesitaba saber.

Cuando Ojos Grises se inyecta mucho, se queda quieto como si estuviera muerto. Incluso me preocupa que se haya ido con los muertos. Entonces exhala un gemido y respira profundamente, como si estuviera durmiendo; creo que es lo que realmente hace, dormir un rato con los muertos. Me pregunto qué haría Ojos Grises si la trinchera fuera invadida.

No siempre toma tanto como para perder la conciencia. Lo he visto calmado, con los ojos vidriosos, respirando profundamente y con la mirada fija, como si estuviera concentrándose. Entonces habla con mucho cuidado, preocupado, o eso creo yo, por si arrastra las palabras. Dudo que pueda disimular su adicción para siempre. Si McCaan y los otros saben lo que hace Ojos Grises, no dicen nada, pero creo que sólo lo sabemos Elijah y yo. Por ahora, somos los guardianes del secreto.

No pasan demasiados días hasta que la rutina de las trincheras ya forma parte de mí. Al amanecer y al anochecer todos los soldados debemos formar encima de los tablones, con los rifles montados y cargados, preparados para una ofensiva alemana. Después de formar, nos juntamos y abrimos nuestras latas de carne de vaca, fumamos y limpiamos los equipos. Intentamos

mantenernos a salvo de la lluvia desplegando lonas sobre nosotros, a modo de pequeñas tiendas, pero resulta casi imposible no mojarse. Reparamos las trincheras destrozadas por los bombardeos de la noche anterior y agrupamos los cadáveres para que los camilleros los recojan cuando puedan. Los que no son recogidos empiezan a hincharse y a apestar, y entonces los enterramos lo mejor posible a los lados de la trinchera. Siempre me aseguro de darles las gracias por ayudarnos a reforzar la trinchera y de decirles que, incluso muertos, están siendo útiles.

Por la tarde, a nuestra sección se le permite una especie de práctica de tiro con rifle. Con los francotiradores delante de nosotros, nos ponemos detrás de la plancha de acero. Luego, por turnos, alineamos el rifle y escuchamos lo que el observador que mira por el periscopio nos va diciendo. Cuando es avistado un posible objetivo, se nos dice más o menos dónde está. En el mismo momento en que se da la señal, la placa de acero desciende y el tirador dispone de unos cortísimos segundos de pánico para disparar antes de que suban la placa de nuevo. La mayor parte de las veces no hay tiempo para apuntar y acertar en el blanco, pero el observador ya nos ha dicho un par de veces a Elijah y a mí: «Buen disparo, habéis dado en la plancha».

También muy a menudo un alemán alcanza nuestra plancha en el momento de cerrarse, y el estruendo de la bala aplastándose en la barrera de metal resuena en nuestros oídos. Movemos constantemente nuestra posición de disparo para que los alemanes no puedan prever de dónde vienen los tiros. Asimismo intentamos tener varios tiradores a la vez disparando al azar. Cualquier atisbo de pauta significaría la muerte de alguno de nosotros.

Sean Patrick está revelándose como un excelente tirador nato. A veces, a los alemanes les gusta jugar a poner un casco viejo o una lata vacía en un palo y ver si los canadienses pueden acertar. Hasta ahora, ha sido Sean Patrick el que más ha dado en el blanco. Esto irrita a Elijah. Sean Patrick mantiene los dos ojos abiertos cuando dispara y esto le permite ver y apuntar a su objetivo con más rapidez. A mí me enseñaron a hacerlo así, de niño. Hablo con Sean Patrick del sitio donde creció, un lugar llamado Puerto Ahmic, y le explico que, tanto en cree como en ojibwa, *ahmic* significa «castor». Es raro que un *wemistikoshiw* como él haya tenido amigos ojibwa,

que le enseñaron a cazar y disparar.

A Gilberto no le gusta hacer nada arriesgado. Cada día habla de cuánto le gustaría que lo enviaran a la retaguardia, donde siempre hay comida y podría convertirse en cocinero, que es algo mucho más seguro. Escribe una carta cada día, independientemente de que llueva o estemos ocupados. Se asegura de entregárselas a soldados que vuelven a casa a descansar o a camilleros que se ocuparán de mandarlas. Elijah le pregunta a quién escribe y Gilberto responde que a su mujer y su joven familia, que se han quedado en sus escasas hectáreas de tierra en Ontario del Sur. Escribe en italiano y me ha dejado ver sus cartas, incluso me ha leído un par de ellas. Su caligrafía es grande e infantil, como la mía, pero él sabe muchas más palabras de las que yo sabré nunca. Gilberto lleva el pelo muy corto, pero su bigote es largo y poblado.

Después de diez días en el frente, somos finalmente relevados. Me siento bien al embalar mis pocas posesiones y meterlas en el fardo. Nos marchamos por la trinchera de conexión mientras los proyectiles continúan cayendo cerca de nosotros.

—Nos hacen retroceder de buenas maneras, ¿eh? —dice McCaan.

—No podíais haber deseado un sitio mejor para perder la virginidad, tíos —comenta Thompson a toda la sección, mientras nosotros nos agachamos para dejar paso a una nueva compañía y los proyectiles silban encima de nuestras cabezas.

No le entiendo del todo.

—Nunca he visto un tramo con tan pocas bajas —añade.

Pienso en todos los proyectiles que no nos han alcanzado y en todas las noches sin dormir, e intento imaginar qué puede ser peor que eso.

—Oh, será mucho peor que lo que habéis visto, chicos —dice Thompson como si me hubiera leído la mente—. Esto es la calma antes de la tormenta.

Un proyectil explota a cincuenta metros y húmedos terrones llueven sobre nosotros. Seguimos avanzando hasta la última trinchera de conexión y, por primera vez en mucho tiempo, puedo caminar de nuevo erecto. Me siento muy bien, pero un poco raro. La luna amenaza con salir por detrás de la capa de nubes y todos empezamos a soñar con dormir la noche entera sobre paja, comer

caliente y tomar el sol durante unos días, sin nada más que hacer que contemplar los aeroplanos girar, caer en picado y combatir. Llegamos a la carretera, sembrada de agujeros de proyectil, y serpenteamos por entre los cráteres como una fila de hormigas, con los rifles colgando del hombro, los fardos repletos de ropa húmeda y de un revoltijo de herramientas, y los cráneos y los uniformes llenos de unos piojos que ya forman parte de nosotros.

Hacemos una pausa de diez minutos a un lado de la carretera. Vemos que de frente se acerca una columna de soldados, con los uniformes limpios y las botas brillando a la luz de la luna, marchando con pasos largos y precisos, con rostros sinceros y ojos abiertos. Miran nuestro pelotón mientras van pasando. Nosotros hacemos como si no los viéramos, descansando sobre los rifles o sentados en el fango, con los cigarrillos colgando de los labios y los ojos entornados. Fingimos que los nuevos ni siquiera están allí, pero todos somos conscientes de ellos. Son lo que nuestro pelotón era unas semanas atrás, unos años atrás, unas vidas atrás. Observo algunas caras y me pregunto cuáles no volverán a pasar por aquí. Elijah está sentado a mi lado, silbando una melodía que últimamente ha oído silbar mucho a los otros.

Le miro y le digo en cree:

—Estaremos bien durante unos días.

Él sonríe y me contesta:

—Echaré en falta la excitación. Pero sí, estará bien relajarse un poco.

Nos levantamos y reemprendemos la marcha, arrastrando los pies, de vuelta a un lugar que está más allá del Bosque Santuario.

De nuevo nos destinan a una granja, que tiene el techo lleno de agujeros tras alguna batalla, pero a nadie le importa, porque ha dejado de llover.

Fuera hay una fila de soldados desnudos; sus espaldas brillan al sol. Llevan su ropa en las manos y, cuando llegan al principio de la fila, se la dan a uno que la tira en una gran máquina humeante que se supone que mata todos los piojos. Los hombres charlan, fuman y se rascan alrededor de la máquina, desnudos como el día que vinieron al mundo. Elijah y yo nos reímos ante todo ello, es algo que merece la pena recordar y contar cuando los mayores nos pregunten qué hemos visto. Ya me imagino contando la historia de

cuando me descubrí rodeado de *wemistikoshiw* desnudos con sus barrigas peludas, hablando entre ellos a plena luz del día y con todas sus ropas en una máquina que las limpiaba.

Contaré a los ancianos las numerosas cosas extrañas que he visto: los aviones que vuelan alto en el cielo y se disparan entre ellos con ametralladoras, los cadáveres que, como están por todas partes, uno se acostumbra a verlos hincharse bajo la lluvia, la tan pregonada amenaza de las pequeñas bombas que liberan un gas tóxico que quema la garganta y los pulmones provocando una muerte atroz, los desplazamientos sigilosos como los de un zorro en la noche, las reparaciones de alambradas y los ataques a los cráteres del enemigo, los proyectiles que, una mañana tranquila, llegan silbando de no se sabe dónde, volándole la cabeza, los brazos y las piernas al hombre con quien estuviste hablando el día anterior. Pero, sobre todo, les contaré a los mayores cómo después de un ataque de proyectil la vida vuelve rápidamente a la normalidad, cómo la propia mente no se permite ahondar en el horror de la muerte violenta, porque enloquecería si lo hiciera. Por eso no les importa estar desnudos hablando entre ellos, mientras las jóvenes granjeras belgas les dedican risitas desde la distancia, o pueden encenderse un cigarrillo con los dedos llenos de la sangre del soldado al que acaban de enterrar, o pueden alegrarse por un hombre que, en su avión, se precipita hacia la muerte después de haber sido acribillado por balas de ametralladora, o pueden aceptar sin pestañear la ejecución de uno de los suyos por haberse dormido estando de guardia. Yo conservo la cabeza en su sitio haciendo que haga sólo las cosas sencillas que sabe hacer.

El día es cálido y soleado, y el único recordatorio de que estamos en guerra es el estruendo de los proyectiles en el horizonte, como truenos amenazando lluvia. Miro cómo los otros juegan a fútbol y me uno a ellos cuando me lo piden, corriendo detrás de la pelota sin entender las reglas, pero corriendo como un niño al fin y al cabo, hasta que me queman los pulmones y el sudor me escuece en los ojos. Luego hacemos la cola del furgón de la comida y llenamos nuestros platos de guiso poco hecho. Mojamos el pan duro en él para poder tragárnoslo. Me gustaría estar comiendo ganso en estos momentos, sé que los que cuidan esta granja tienen algunos. Los he visto.

Nuestros días de descanso pasan volando. Elijah y yo discutimos la idea de capturar y desplumar un ganso para la comida, pero al final decidimos no hacerlo. Obviamente, los indios seríamos los culpables.

Llueve de nuevo el día en que nos ordenan formar de nuevo para emprender los quince kilómetros de marcha hacia el frente.

La cálida primavera se transforma en el principio del verano. Trabajamos en la línea del frente de Saint-Eloi. Pasamos el tiempo cavando e intentando evitar los proyectiles alemanes, mientras esperamos que nos releven de nuevo para volver a un sitio seguro. Ha descendido casi toda la actividad nocturna, y en mayo casi es nula. Pero hay algo en el ambiente, y no puedo olvidar las palabras de Thompson respecto a que están por llegar días mucho peores.

Thompson obtiene permiso para llevarnos a Elijah y a mí a aprender el arte de los francotiradores. Hay una larga ladera natural que se alza a cien metros por detrás de nuestras propias líneas y que permite ver los cráteres ocupados por los alemanes. Allí es donde fijamos nuestra posición. Thompson llama a este lugar el Saliente de Ypres. Aquí nos topamos con viejos refugios en medio de la hierba, que nos llega a la cintura. Son buenos lugares para esconderse, pero me parecen demasiado lejanos para disparar hasta que Thompson monta un visor telescópico en el rifle de Elijah, por el que se mira con un ojo. Permite ver el objetivo más de cerca: lo que era sólo un bache en el campo a setecientos metros se percibe de pronto como del tamaño del tocón de un árbol. Aún mejor: han puesto una cruz con finos cabellos en el cristal de forma que puedes situar el punto donde las dos líneas se cruzan. Estos *wemistikoshiw* a veces me asombran.

Practicamos cada día durante horas con el rifle y el visor telescópico. Thompson nos enseña cómo mirar por él y para qué sirven las ruedecillas que tiene. Practicamos con diferentes distancias, turnándonos con el rifle Ross de Elijah hasta que nos sentimos cómodos con él y lo usamos con precisión. Thompson nos explica también que a esta distancia debemos tener en cuenta todo tipo de cosas, sobre todo la velocidad y la trayectoria del viento, y cuánto hay que apuntar por encima del objetivo a esas largas distancias para acertar. Es un maestro excelente, tranquilo y paciente.

Nos enseña la importancia de fundirnos con el entorno, quedarnos quietos y disparar sólo cuando es un buen tiro. También nos muestra por qué es necesario que uno mire por otro visor mientras el compañero dispara. Nos indica que, cuando el sol está alto, los rifles y en especial los cristales graduados de los visores pueden destellar y revelar nuestra posición. Así que envolvemos los rifles con trapos. Nos señala que la voluta de humo que sale del cañón después de disparar es suficiente para delatarnos en días muy soleados, y que la única manera de evitarlo es moverse inmediatamente después de disparar y buscar otro lugar para esconderse. Me parece que es como cazar. De hecho, es cazar.

Thompson llama «nidos nocturnos» a los pequeños montículos de tierra con un toldo encima que construimos. Encuentra muy gracioso el hecho de poder decir: «Pájaro, ve a tu nido» [3].

Me digo a mí mismo que estoy hecho para esto.

Elijah y yo pasamos muchas noches construyendo nuestro nido, prestando atención al más mínimo detalle, al color de la tierra, los baches y las piezas de metal dobladas y oxidadas a nuestro alrededor, y a los sitios que ofrecen protección y a los que podríamos escapar si nos descubren. Es exactamente igual que construir trampas para gansos, allá en casa. Si no están bien construidas, los gansos escapan del cazador. Permanecemos todo el día tumbados, yo vigilo y Elijah apunta con el rifle, sin mover un músculo y respirando profunda y lentamente hasta que los dos nos acoplamos a un mismo ritmo. Un hechizo desciende hasta nosotros y nos sentimos parte de la Tierra.

Cuando mayo deja paso a junio, disfrutamos de un poco de calor. Se sigue rumoreando que, más al sur, los canadienses se han unido a los ingleses, pero aquí todo sigue igual. Elijah y yo hemos construido un nido tan bien cubierto que ni siquiera es visible desde nuestra propia línea de cráteres, a cincuenta metros frente a nosotros. Bajé allí e intenté divisarlo sin éxito, y eso que lo había construido yo mismo. El nido está al lado de un montón de árboles aplastados y hechos astillas por un proyectil al principio del invierno. Hemos apuntalado firmemente nuestro rifle en un grueso tocón, con una amplia perspectiva de los alemanes. Observo a través del visor mientras Elijah descansa. Nos hemos dado cuenta de que es fácil que se canse la vista después de horas y horas de

otear el horizonte.

Ya hemos estado tumbados aquí largo tiempo, sin ver gran cosa en esta tarde gris. Estamos tan quietos que me pregunto si luego mi cuerpo recordará cómo moverse. Le doy la orden de agitarse a mi pie, y lo hace. Todo está en orden. Creo que hasta los piojos se han ido a dormir. A veces, cuando trepan por las costuras de la ropa hasta llegar a la piel, el picor hace casi imposible que me quede quieto.

Estamos cansados de mojarnos por las noches, por eso he puesto un pedazo de lona encima de nosotros y lo he cubierto todo con madera, para no alterar mucho el aspecto exterior de nuestro nido. Fritz tiene observadores por ahí, que prestan mucha atención a cualquier cambio en el entorno. Gracias a esos cambios pueden saber que alguien como nosotros está operando en la zona.

Aun con la lona, la llovizna se las arregla para penetrar por todas partes y empaparlo todo. Debo cubrir con una mano el visor telescópico para protegerlo de las gotas de lluvia, agarrándolo firmemente con la otra. La línea alemana está formada por trincheras y cambiantes montículos de tierra, a poco más de cuatrocientos metros de nosotros. Los alemanes construyen con inteligencia sus líneas, formando ángulos insólitos. Incluso cubren sus parapetos con brillantes trozos de tela, sin ninguna pauta reconocible. Eso hace que la línea de sus trincheras casi tenga buen aspecto, pero también nos dificulta mucho detectar irregularidades que revelarían la posición de algún soldado o de otros francotiradores. Las líneas canadienses son precisas y ordenadas como las de los ingleses, e imagino que le será más fácil a un alemán darse cuenta de cuándo algo está donde no debería. Sé que ésta es la razón por la cual sus francotiradores tienen una cifra de aciertos tan elevada, e imagino que, si yo sé esto, los oficiales que están por encima de mí deben de saberlo también. ¿Por qué no hacen nada, entonces?

Mi estómago ruge de hambre, quiero un cigarrillo y necesito descansar un poco. Estoy a punto de despertar de un codazo a Elijah cuando detecto que algo se mueve justo detrás de un montículo distante, sólo un destello en mi cristal de aumento. Dirijo la mirada hacia allí y espero, aguantando la respiración. Podría ser sólo una gran rata correteando. Entonces lo veo. De pronto, la coronilla de

un soldado sobresale un instante por encima de la cubierta de su trinchera secundaria y desaparece. Veo paladas de tierra en otro lado. Está trabajando de firme, arreglando su sección de trinchera, y no se le ocurre que resulta perfectamente visible. Le doy un codazo a Elijah y él abre los ojos lentamente.

—Allí —le digo en cree.

Elijah observa por su visor, apuntando con el rifle hacia donde le señalo. Yo también miro, ambos vemos que el soldado está de pie sobre los tablones de su trinchera. Hace una pausa y se seca el sudor de la frente con un pañuelo. Su cabeza está en nuestro punto de mira. Realmente no tiene ni idea de que pueden verlo y, mientras contemplo su rostro joven y lleno de granos, con el ceño fruncido de concentración, le susurro a Elijah que tiene un buen disparo si quiere. En ese momento, el súbito chasquido del rifle provoca que mi cuerpo salte involuntariamente, y de inmediato oigo el familiar zumbido en el oído izquierdo, tan cerca de su arma. La cara del joven soldado es ahora una explosión roja que expulsa la parte de atrás de su cabeza y la pulveriza antes de que el soldado se contraiga y desaparezca de nuestra vista.

Elijah expulsa suavemente el cartucho, que sale volando con un tintineo metálico, y carga otra bala. La imagen de la cabeza del soldado explotando me revuelve el estómago. Me dan arcadas y escupo un poco de bilis de mi estómago vacío. Me arde la garganta y el olor acre de mis propias entrañas me provoca arcadas de nuevo. Miro a Elijah.

Elijah, sonriente y sin moverse, apunta por su visor.

—Le he dado, ¿eh? —susurra.

—Le has dado —contesto.

Kipwahakan
Prisionero

Sé que Xavier quiere hablar conmigo. Incluso cuando duerme deja escapar palabras de su boca. Pero cuando está despierto no dice casi nada. Sólo sé descifrar la extraña frase que pronuncia en sueños. A veces habla en inglés en voz alta. No puedo evitar esbozar una sonrisa cuando hace eso. De niño era tan orgulloso que en más de una ocasión afirmó que nunca hablaría la lengua de los *wemistikoshiw*. Y ahora lo hace incluso durmiendo. Aún no es capaz de hablar conmigo y por eso he decidido, aquí en el río, que seré yo la que hable con él. Así, quizá se le suelte un poco la lengua. Quién sabe si algo del veneno que fluye por su interior se puede liberar de esta forma. Las palabras son lo único que me queda. He vivido sola tanto tiempo que ahora me doy cuenta de que necesito hablar. Por eso, mientras lo llevo remando suavemente por el río, le hablo, le cuento cosas sobre mi vida.

Después de la muerte de mi padre, de tu abuelo, Xavier, nuestra gente perdió el rumbo. Como copos de nieve arremolinados por el viento. Algunos regresaron a Moose Factory y se quedaron para siempre, volviéndose indios domesticados, aprendiendo a tolerar la comida y las costumbres *wemistikoshiw*. Cuando navegabas por el río podías darte cuenta de que te ibas acercando a Moose Factory por el olor de las aguas residuales y la basura apilada en la orilla. ¡Y ellos se preguntaban de dónde venían las enfermedades!

Algunos de nosotros, en cambio, decidimos ir al bosque, arriesgándonos a morir de hambre. Éramos grupos nómadas que, como pequeñas familias, volvimos a nuestras antiguas costumbres de hace un siglo, retrocediendo a los pantanos y cazando con arcos

y lazos de parra cuando se nos acabaron las balas. Mi madre me hizo ver la magia que esconde el bosque, tan viva y tan real como el brillante destello de la *wawahtew*, la aurora boreal. Dedicó los años siguientes a enseñarme esa magia.

El hecho de que ellos mataran a mi padre me plantó una semilla dura y amarga en la boca del estómago, que fue floreciendo a lo largo de los años hasta convertirse en una oscura flor de ira. Mi madre reconoció lo que crecía en mí. A su manera, intentó enseñarme a no usarla de forma negativa, pues hubiera significado entrar en una espiral de la cual resultaría casi imposible escapar. Yo la escuchaba, pero en las noches en las que temblaba de frío y el estómago me dolía insistentemente de hambre, las negras llamas de ese fuego eran reconfortantes. Me imaginaba persiguiendo a esos policías con mi cuchillo de desollar, siguiendo las huellas de cada uno de ellos, para destriparlos como haría con una mofeta y escupir mi odio dentro de su panza abierta.

La Compañía de la Bahía de Hudson había infundido en los cree una codicia por las pieles que casi extermina todos los animales, y por eso llegó finalmente el momento en que incluso los hombres de bosque más experimentados tuvieron que afrontar el dilema de irse a la reserva o morir de hambre.

Recuerdo el primer día que caminé por Moose Factory, con un miedo que me aflojaba las tripas y la confusión del prisionero al que llevan a la cárcel por primera vez. Éramos ocho: mi madre, Conejo, un hombre mayor y su familia, amigos de mis padres, y yo. El anciano se había roto la pierna muchos años atrás y nunca se la curaron bien, así que arrastraba la pierna inútil al caminar. Su mujer lo ayudaba, con el apoyo de sus tres nietos, más jóvenes que yo, con mis quince inviernos. Era pleno invierno y hacía mucho frío, el cielo era de un azul angustioso. Incluso los perros que tiraban del trineo con nuestras pocas posesiones estaban nerviosos y asustados, a causa de todos esos extraños olores. Éramos un enemigo heterogéneo y vencido, y un agente gordo anunció nuestra rendición con arrogancia.

—¡Ahora todos venís a por limosna, ¿eh?! —vociferó, dirigiéndose a los blancos e indios que se encontraban en la tienda de la compañía—. ¿Traéis pieles para canjear o sois como el resto de esos diablos, que esperan vivir de rentas?

Mi tío envió a su sobrino a cobrar las pocas pieles de marta y de castor que habíamos conseguido ese invierno. El agente negó con la cabeza cuando vio el estado en que estaban. Nos dio un poco de comida y nos dispersamos por la reserva, buscando a parientes que tuvieran sitio para nosotros.

Observé que los otros niños iban al internado, al otro lado del río. Un día, Conejo le pidió a mi madre que le permitiera ir allí con sus amigos. Mi madre aceptó. Tu madre, Xavier, sólo quería una vida mejor que la que nosotros podíamos ofrecerle.

Las monjas les cortaban el pelo a los niños de una forma muy curiosa: las chicas llevaban la melena por encima de los hombros, lo que les redondeaba las caras como manzanas, y los chicos iban casi al rape, lo que destacaba sus orejas. Aunque estaban a muy poca distancia a pie, a los padres no se les permitía visitar a los niños. Mi madre me contó que lo prohibían para que las monjas pudieran trabajar en sus hechizos sin interrupciones. Cuando los niños volvían, eran diferentes. Hablaban la lengua de los *wemistikoshiw*, se peleaban y se pegaban entre ellos, replicaban a sus padres y lloraban en plena noche por causas que no sabían explicar. Me preguntaba qué les habría pasado en ese lugar y daba gracias porque no me hubieran enviado allí.

De repente, eso cambió. Se había filtrado entre los hombres de la compañía el rumor de que por Moose Factory había una chica india que no era lo suficientemente mayor para casarse, pero que era salvaje como un animal. Un día en que se podían ver las primeras señales de la llegada de la primavera, un sacerdote apareció en nuestra cabaña. La nieve estaba resbaladiza y el viento repelía cualquier atisbo de calor. El sacerdote vino acompañado de un soldado del fuerte, por si no conseguía hacerse entender con el extraño cree que salía de su barbuda boca. Mi madre se tambaleó ligeramente cuando el hombre le dijo que tenía que irme con él, para aprender acerca de Dios.

—Ella es lo único que tengo —repuso mi madre en inglés.

Me asombró que fuera capaz de hablarlo.

—Ella debe acompañarme para mayor gloria de Dios —respondió el sacerdote—. La vestiremos y alimentaremos, y no pasará frío.

Nada de lo que mi madre pudiera haber dicho hubiera cambiado

lo que estaba a punto de pasar, y ella lo sabía tan bien como yo. En ese momento hice lo único que podía hacer: salí corriendo. Pero me sorprendió la rapidez del soldado, que me alcanzó a menos de cien metros de nuestra cabaña, me tiró al suelo bruscamente e intentó agarrarme por los brazos. Me puse a luchar como un lince, le arañé los ojos con las uñas y lo mordía a través de su abrigo, lo que le hizo gritar de la impresión y del dolor. Le pegué y le di patadas hasta que no pude más, hasta que el soldado me alejó de mi madre a rastras.

El edificio era blanco y grande, mayor que la tienda de la compañía y que ninguna otra estructura que hubiera visto. Nos hacían dormir en enormes salas llenas de cunas alineadas y, como era mayor y casi no conocía su lengua, las monjas estaban muy pendientes de mí. Me mantuvieron separada de mi hermana. No querían que cambiara nada de lo que le habían enseñado a Conejo, a la que ahora llamaban Anne.

Las monjas me despertaban en plena noche y me arrastraban a una habitación con mucha luz, donde me hacían repetir palabras una y otra vez hasta que las pronunciaba correctamente. Cuando me sorprendían hablando en mi lengua, me pasaban jabón de lejía por la boca y no me daban comida durante días. Veía cómo propinaban latigazos a niños más pequeños que yo y los obligaban a comer en el suelo como perros, pero algo en mis ojos debió de disuadir a las monjas, porque nunca lo hicieron conmigo. Todo el tiempo que estaba despierta lo dedicaba a planear mi fuga, escondiendo trocitos de comida en el áspero bolsillo de mi vestido cuando nadie me veía y fijándome en dónde guardaban la ropa de más abrigo y las herramientas que podrían serme útiles en el bosque.

Ya desde las primeras semanas le caí mal a la hermana Agnes, la que estaba a cargo de todo. Ella misma me cortó el pelo, más corto que al resto de las chicas. Me costó horrores no arremeter contra ella para impedírselo, pero sabía escoger mis batallas cuidadosamente. Iban a cortarme mi negra cabellera, que me llegaba hasta la cintura, como un símbolo de su autoridad, de nuestra derrota. Me sentó en una silla: las otras monjas revoloteaban esperando una pelea, pero yo permanecí sentada y sonriendo serenamente mientras ella me daba fuertes estirones en el

pelo, buscando una reacción por mi parte que no se iba a producir. Cuando acabó me dolía el cuero cabelludo, y me negué a mirarme en el espejo que insistían en ponerme delante. No quería ofrecerles la reacción de conmoción y de tristeza que tanto deseaban. Ya había planeado mi respuesta a sus acciones.

En plena noche, cuando incluso las monjas que más vigilaban estaban dormidas, bajé sigilosamente hasta el sótano, a la habitación donde nos esquilaban como ovejas, y encontré las tijeras que usaban para los chicos. Me corté a ras el pelo que me quedaba, dejándome la cabeza como un campo de rastrojos.

Me quedé despierta en la cama el resto de la noche, frotándome la cabeza con la mano y pensando en el amanecer que se aproximaba. Por la mañana, las monjas recorrían las filas de arriba abajo, levantándonos las mantas y gritando para despertarnos. Cuando por fin llegó el momento y estuve expuesta, se hizo el silencio en la habitación, y tanto las niñas como las adultas se quedaron mirándome. Una monja susurró el nombre del diablo y, sabiendo que no debía, pero sin poder evitarlo, sonreí.

Me sacaron de la cama, me arrastraron hasta el sótano y me encerraron en un cuarto con una ventana en el techo. Allí fue donde comencé a pensar en mi padre y en sus últimos días. No dejaría que la misma nube me cubriese.

Después de una semana sin hablar con nadie y alimentándome sólo con un cuenco de gachas al día, empecé a tener visiones extrañas. La hermana Agnes me había dicho que no saldría de allí hasta que me creciera el pelo. El hambre, junto con la sensación de estar encerrada en esa diminuta habitación con esa única ventana en lo alto, provocó que me volvieran los temblores, que no había tenido desde la muerte de mi padre. Sentí una corriente de calor que me ascendía por la espalda y me inundaba la cabeza hasta marearme. Luego se me tensaron las mandíbulas y los temblores me recorrieron las piernas y el abdomen, intensificándose hasta que todo mi cuerpo se tensó en un espasmo y me desplomé al suelo. Entonces lo vi todo rojo, y ése fue el último instante de conciencia. La habitación se había esfumado, sólo atisbaba fugaces visiones del otro lado y también del futuro, aunque tardé mucho en darme cuenta de qué eran.

Volví a ver el bosque, en verano o tal vez en otoño, con el sol en

lo alto. El dique de un castor que aún no había sido abandonado, una madriguera de ramas recién trenzadas. Yo estaba sentada en una canoa con un joven remando delante de mí. No sabía quién era. Había llevado el pelo tan corto como el mío, pero ya estaba creciendo. En una curva del río, un gran alce macho se alzaba en la orilla. La emoción que siempre se tiene cuando se avista uno, sobre todo si es tan grande, se acrecentaba en mi interior. Pero no lo capturamos. Nos dejamos llevar por la corriente, en silencio.

Sentada a solas en la habitación, me di cuenta de que no podía escapar de allí. La ventana estaba demasiado alta y la puerta era maciza. Mi pelo era ahora suave y cortito, pero aún no me arrepentía de mis acciones. Me dediqué a esperar, soñar y hacer planes.

Una noche, me despertó un leve arañazo en la ventana. Miré hacia arriba y divisé una sombra que rondaba por ahí. Antes de que el pánico se apoderase de mí, la ventana crujió con un tintineo de cristales. Me agaché junto a la cama y vi que alguien rompía el resto de la ventana. Mi madre, con su larga melena, metió la cabeza por el hueco de la ventana y, en la lengua que hacía semanas que no oía, me dijo que le lanzara las sábanas. Me puse de pie y, completamente despabilada, hice lo que me decía. Retorció las sábanas, me lanzó uno de los extremos y me indicó que lo agarrara bien. Luego me izó a pulso y me sacó por la ventana. Pude respirar aire fresco por primera vez en mucho tiempo. La primavera había llegado mientras yo estaba sentada en esa habitación.

—*Ashtum* —me dijo—. Probablemente nos hayan oído. Debemos irnos ya.

Me preguntaba adónde iríamos, pero la respuesta no tardó en ser evidente cuando me condujo hasta nuestros dos perros, atados a un trineo con todas nuestras posesiones.

—¿Has visto a Conejo? —me preguntó—. ¿Vendrá con nosotras?

—Ahora la llaman Anne —respondí.

Mi madre puso cara de comprender. Condujimos a los perros fuera de Moose Factory en la noche cerrada. No volví a ver ese lugar hasta dos años después. Mi madre y yo salimos de allí para regresar a la época de nuestros antepasados, viviendo de lo que nos daba la tierra y deviniendo salvajes poco a poco, como los animales que nos rodeaban.

Kakwapaskinaatowin
Rivalidad

A finales de junio, nuestro batallón es trasladado cerca de un lugar llamado Bodegas del Caballo Blanco, donde las ruinas de la ciudad se amontonan entre las dos líneas del frente. Esta vez, el lodo ya no es un gran problema, porque nos hemos apostado casi encima de la carretera de Ypres, que conduce hasta allí. Toda la tierra de nadie está salpicada de escombros desparramados y de esqueletos de animales de granja. Elijah dice que éste es un buen sitio para cazar a Fritz.

Me gusta el nombre de este lugar. Cuando consigo dormir, sueño con grandes caballos blancos galopando libres en verdes campos y con frescos sótanos llenos de comida.

A Elijah y a mí nos permiten ir cada vez más por nuestra cuenta, porque siempre volvemos habiendo matado a algunos. Yo escruto el terreno y Elijah dispara. Hay muchos sitios para esconderse por aquí: montones de ladrillos viejos, carros reventados, paredes derrumbadas. Esta parte de la línea del frente es confusa y provisional. En algunos tramos, la línea alemana está a sólo cien metros. Esta zona se ha cobrado ya muchas vidas de los dos bandos.

Thompson ha salido afuera y nos ha visto trabajar. Dice que le impresiona que podamos estar inmóviles sin dormirnos durante tanto tiempo, a pesar de los piojos, y que podamos percibir movimientos que él es incapaz de ver. Elijah le explica que esto es como cazar, y cazar es lo que hemos hecho toda la vida. Yo no le contradigo, no tiene sentido que le diga a Thompson que soy el único que proviene del bosque y que verdaderamente ha cazado toda la vida. No hay ningún motivo para hacerlo.

A principios de verano, que según Thompson es una temporada

tranquila y de calma antes de la matanza, las cifras de Elijah crecen: tres, cinco, diez. He mejorado mucho avistando movimientos, descubriendo hombres en el amasijo de ladrillos y fango. Mi trabajo consiste en encontrar a los desafortunados que, por sólo un instante, se olvidan del peligro. Pero es trabajo de Elijah dar cuenta de ellos.

Estoy empezando a aceptar lo que hace y el hecho de ser su cómplice.

Ahora, cuando Elijah y yo volvemos a las trincheras después de estar fuera un día o dos, los otros nos miran de un modo diferente. Dice Thompson que somos la comidilla del batallón. También comenzamos a captar la atención de los grandes cañones alemanes. Cuando cazamos en una zona más de dos días, los proyectiles empiezan a caer cerca de nosotros. A ojos de nuestros propios hombres, esto nos convierte en indeseables, por lo que pasamos períodos cada vez más largos fuera de las trincheras, disparando desde nuestros diferentes nidos. Intentamos conservar lo máximo posible los nidos que son realmente buenos, usándolos erráticamente. De todos modos, prefiero estar aquí fuera que en las trincheras. No hay que formar, ni oficiales a los que dar cuentas, ni lugar para el aburrimiento.

Una noche, cuando Elijah y yo nos escabullimos hacia nuestras líneas para comer caliente y descansar un poco, oigo por casualidad a Sean Patrick y Ojos Grises hablando de nosotros. Mencionan mi apodo y seguidamente el de Elijah, y noto que no han advertido que estoy justo a su lado. Me estoy convirtiendo en un fantasma.

—¿Qué hacen allí fuera? —pregunta Sean Patrick.

—Intentar pasar desapercibidos y matar alemanes —contesta Ojos Grises.

—¿Acaso no se dan cuenta —dice Sean Patrick— de que cuanto más disparan, más proyectiles caen en nuestro sector? Preferiría que fueran a hacer su trabajo sucio a otro lado.

Los dos se quedan un rato callados.

—Es Elijah el que los mata —dice de pronto Ojos Grises—. X sólo avista para él. Elijah me contó que X vomitó la primera vez que lo vio matar.

—¿Cuántos llevan ya?

—Supongo que Elijah llevará docenas, contando el ataque al cráter de hace un par de meses.

Me alejo silenciosamente para que no me descubran; me arden las orejas.

Al sur estalla una terrible ofensiva, como un enorme incendio. El continuo estruendo de los cañones de sesenta libras que machacan a los alemanes no remite, sino que martillea durante días como inmensos tambores. El suelo vibra y tiembla bajo nuestros pies, y eso que los bombardeos son a muchos kilómetros de distancia. Elijah y yo permanecemos en nuestro nido por las noches, o nos presentamos voluntarios para misiones de escucha en tierra de nadie.

—Ésos son nuestros cañones —me susurra Elijah esa noche.

Sus ojos reflejan la poca luz que hay y una sonrisa misteriosa se dibuja en sus labios. Me doy cuenta de que últimamente duerme menos y habla todo el rato de cazar. Dice que vislumbra cosas en el horizonte. Estamos sentados en un emplazamiento para escuchar, un pequeño cráter a veinte metros de nuestras líneas. Pasamos la noche alertas a lo que esté tramando Fritz, pero lo único que oímos es un soldado alemán farfullando y gimiendo, malherido pero aún vivo en medio de la tierra de nadie.

—El sargento McCaan dice que está al caer un gran ataque —susurro— y que los ingleses están preparando una gran ofensiva.

Es el momento más tranquilo de la noche: sólo falta una hora para que salga el sol, que aún está hundido en algún lugar. El soldado herido continúa gimiendo y mascullando. Debe de hablar en una especie de lenguaje secreto con el espíritu que se lo llevará al camino de tres días.

—Fritz se ha atrincherado demasiado bien en Francia —dice Elijah—. Tommy fracasará [4].

El soldado herido ríe de pronto, como si estuviera de acuerdo con lo que ha dicho Elijah. Tal vez perciban lo mismo.

Elijah ya ha matado a más hombres de los que puedo contar con las manos. No parece afectarle. Yo no he matado a nadie, que yo sepa, pero he ayudado a Elijah. No es que me preocupe, pero tampoco me permito pensar en ello, lo aparto cuando me viene a la mente.

Elijah sonríe y se queda con la mirada fija en la oscuridad. Más al sur, el cielo resplandece y palpita a causa de los cañones. De nuevo, es como la aurora boreal, aunque en el lado opuesto del

cielo, y me recuerda a mi hogar. Las líneas de enfrente están en calma. Los únicos sonidos, aparte del de los cañonazos en la distancia, son los del soldado herido, que sigue llorando y refunfuñando.

—Ahora vuelvo —me susurra Elijah, antes de arrastrarse rápida y silenciosamente fuera de nuestro lugar de escucha.

Sé que es inútil intentar pararlo. Veo que se ha dejado el rifle.

Me quedo quieto, escuchando y luchando contra la rabia que siento siempre que Elijah hace estas estupideces. No es justo: yo me quedo aquí como una esposa preocupada, pensando en si esta vez regresará o le verán y le dispararán. De pronto, el soldado herido grita algo que me suena como «Nain, nain, nain…» y luego habla más bajito, como si mantuviera una conversación con alguien. Finalmente, deja de hablar. Me quedo sentado, escuchando durante mucho rato. El vacío de la noche me intimida, ahora que ha callado la voz del herido.

El sol amenaza con salir y yo empiezo a estar preocupadísimo porque Elijah no pueda llegar a tiempo o ni siquiera llegar, lo que me obligaría a acurrucarme en este agujero durante todo el día hasta que pudiera volver a nuestras líneas al anochecer. Justo entonces, Elijah se desliza dentro del cráter y se reclina, respirando con dificultad.

—¿Dónde estabas? —le pregunto en cree, intentando no sonar enfadado, pero sin conseguirlo.

—He ayudado a ese soldado a encontrar el camino hacia el mundo de los espíritus —susurra Elijah.

—Debemos volver antes de que salga el sol —le digo.

—He sido bueno con él —continúa Elijah, mirando al cielo—. Ya había sufrido bastante, y yo no quería que se fuera violentamente, así que le tapé la nariz y la boca con la mano y estuve susurrándole cosas agradables hasta que se fue.

—Basta —le espeto, más bruscamente de lo que pretendía, y me arrastro fuera del cráter, hacia nuestras líneas.

El resto del batallón ha empezado a tratar a Elijah como si fuera superior a ellos. Yo paso casi totalmente desapercibido cuando camino a su lado o detrás de él por las trincheras, antes de salir de caza de nuevo. Cuando nos dan nuestra ración diaria de ron, lo único que quiere Elijah es sentarse y contar a quien quiera oírle

todas sus hazañas. Y son muchas. ¡Qué pronto olvidan quién es el mejor tirador! Ninguno de ellos sabe que fui yo el que enseñó a Elijah todo lo que sabe de cazar. Mi inglés no es lo bastante bueno como para corregirle, pero, aunque lo fuera, eso sólo haría que yo les pareciera una vieja amargada. Al fin y al cabo, aún no he disparado a ningún hombre. Ése es el trabajo de Elijah.

Cuando puedo, busco un lugar alejado de su charla y caigo en un sueño ligero, que penetra en mi interior como si fuera humo. Voy a la deriva hasta el lugar de adiestramiento adonde nos enviaron después de nuestra estancia en Toronto, ese frío otoño en el que aprendimos lo que significaba el agotamiento. Examino este recuerdo con los ojos fuertemente cerrados, como una bella piedrecita que palpara entre los dedos.

Nuestros días de instrucción en estas granjas son todos iguales: la compañía dormita por turnos, cava trincheras y vuelve a tapar, aprende varias maneras de zapar, cómo hacer escalones de apoyo, parapetos, parapetos traseros, qué se debe hacer durante la alerta al amanecer y al anochecer…, en fin, aprendiendo parte de lo que tendremos que hacer cuando estemos en Francia.

Desde el otro lado del océano han llegado unos oficiales para entrenar a los soldados. Los demás hombres rumorean que estos oficiales han visto mucha acción. Tienen algo especial, cierta mirada ausente. El mayor de ellos es inglés, los otros dos son canadienses. A uno de los canadienses le falta el brazo izquierdo hasta el hombro. El inglés siempre tiene los ojos llorosos, pero el otro canadiense parece estar bien. Los tres pasan largas horas sentados junto al fuego, hablando con el teniente Breech y a veces con el sargento McCaan.

Por la noche aprendemos a colocar alambradas sin desgarrarnos las manos y a quedarnos quietos para pasar desapercibidos cuando estallan las bengalas encima de nosotros. También nos enseñan a hacer la ronda silenciosamente y a acercarnos a los demás con sigilo. Elijah y yo somos los mejores en esto, y es lo que más nos gusta. McCaan se ha dado cuenta de lo buenos que somos y eso me hace sentir un poco importante. En estos juegos nocturnos, se envía a los hombres al bosque o al prado y se les pide que encuentren a un grupo que ha sido enviado anteriormente, o que vuelvan al campamento antes que los otros. Pero a Elijah y a mí no pueden

seguirnos. Siento que, en la oscuridad de la noche, Elijah y yo somos búhos o lobos. Hemos cazado muchas veces de noche a lo largo de los años. McCaan informa al teniente Breech acerca de nuestro talento. Elijah me cuenta que Breech dice que se debe a nuestra sangre india, que nuestra sangre es más parecida a la de un animal que a la de un hombre.

Sé que los oficiales visitantes se sientan alrededor del fuego y hablan con Breech mientras los soldados están fuera, de instrucción. Hablan de Francia, de sitios con nombres extraños como Popperinghe, Flandes, Festubert, Loos. Comentan que los alemanes usan un gas que, al ser inhalado, convierte los pulmones en un líquido ardiente, de forma que uno se ahoga en las llamas de sus propias entrañas. El oficial lloroso estuvo en donde ese gas fue usado por primera vez contra los canadienses. Consiguió salvarse orinando en un pañuelo y respirando a través de él, con la cabeza metida en el fango. Pero, aun así, el gas le dañó un poco los ojos.

Dicen, mirando al fuego, que la guerra se decidirá el próximo verano en uno o dos sitios de Francia. Y que los soldados que están a su alrededor serán los que ayuden a decantar la balanza. Me entero de todo esto gracias a Elijah. Él vuelve de madrugada a la tienda donde dormimos, me zarandea para que me despierte, y me susurra en cree todo lo que les ha oído contar mientras estaba tumbado en la oscuridad, espiándolos. Se acerca sigilosamente y se queda en silencio entre las sombras durante horas mientras ellos hablan, y luego imita sus voces, sus poses, sus miradas. Está impaciente por llegar allí. Me dice que teme que la guerra termine antes de que lleguemos.

Elijah tiene un don. Se ha convertido en un acechador tan bueno como yo, y tal vez más paciente. Puede ser como una sombra si se lo propone: se tumba muy plano en el suelo y respira sin hacer ruido; se vuelve parte de la tierra. Yo sé que me escondo muy bien, que soy un buen tirador y que trabajo de firme. Los dos seremos muy buenos allá. Elijah sólo desea estar allí. Esta guerra lo convertirá en alguien.

Una noche estamos los dos hablando en nuestra tienda. Una tarde tranquila como ésta, sin nada que hacer, es algo poco frecuente. El otoño se ha asentado por completo. El viento es cortante. Los árboles brillan a la luz del sol mientras van secándose

paulatinamente.

Corren rumores de que el batallón podría trasladarse de nuevo, esta vez puede que a los barcos que nos lleven al otro lado del mar, a la guerra. Elijah me cuenta todo esto en nuestra lengua, sentados en la tienda al calor de la estufa.

—Era sólo cuestión de tiempo que esto pasara —dice Elijah, mientras yo me incorporo un poco para oírle mejor—, que nos separaran.

—¿Qué? —le pregunto—. ¿Quién lo dice?

—Es lo que dicen por ahí.

—Eso es una gilipollez —contesto—. ¿Van a separarnos? ¿A nosotros dos?

Elijah guarda silencio un rato.

—Es bastante probable. Tienes que mentalizarte para eso, para estar solo, Xavier. Tu inglés está mejorando, y eso es bueno, pero al ejército no le importan nada las amistades.

Por primera vez desde que llegamos aquí, el pánico empieza a apoderarse de mí.

—Seguro que nos mantienen juntos si lo pedimos —le digo.

—No les importamos una mierda, Xavier.

Nos quedamos sentados sin hablar un rato.

—Tal vez sería mejor que nos separaran —dice Elijah en la oscuridad—. Te enseñaría algo de independencia. Te daría la oportunidad de hacerte un nombre por ti mismo, madurar un poco.

Sus palabras me enfurecen. Me pregunto por qué Elijah dice todo eso. Al día siguiente, dos batallones enteros formamos en la gran explanada donde los hombres practican con sus rifles. Enfrente de nosotros, los Fusileros de Ontario del Sur, está el 48.º Regimiento de Montañeros. Todos, lo más erguidos posible, especialmente nosotros, los Fusileros, más altos ahora que hace unos meses. Distingo caras de desprecio en los Montañeros. Ninguno de esos hombres piensa ni remotamente en que los del 48.º puedan perder. Son mercenarios que han visto muchas batallas. Nuestro batallón es un atajo de granjeros y trabajadores, con un par de indios de bosque incluidos. Por lo que a mí respecta, quisiera borrarles esa expresión de la cara.

El oficial británico que han enviado aquí para entrenarnos, el de los ojos llorosos, camina resuelto hasta el centro de la explanada, y

otro oficial grita a los hombres que presten atención. Todos lo hacemos, algo agitados, y entonces el oficial británico carraspea, preparándose para hablar. Sostiene su rifle delante de él y empieza a vociferar; he de escuchar con atención para entender lo que dice.

—¡El mejor amigo de un soldado es su rifle Ross! —exclama—. Si cuidáis de todas sus piezas, oiréis el cerrojo empujado rápidamente, el clic, una bala saliendo del cañón y…, ahí lo tenéis, ¡un Boche [5] muerto!

Hace una pausa y mira a los hombres que tiene a ambos lados. Sus ojos lagrimean y tiene la cara roja de tanto gritar. Me pregunto si estará loco. Oigo un bufido junto a mí y miro a Elijah con disimulo. Le ha entrado la risa tonta y no puede controlarla. El oficial sigue gritando:

—¡Tenéis que cultivar seriamente el hábito de tratar esta arma con el mayor cuidado, y tendría que haber entre vosotros una sana rivalidad!

Tiembla por el esfuerzo de gritar. Es raro ver las lágrimas que caen por sus mejillas y le mojan el cuello de la camisa. Hace otra pausa mientras recorre con la mirada las tropas; no estoy seguro de si ha acabado ya su corto discurso. Justo cuando creo que debe de haber terminado, empieza a chillar de nuevo:

—Ha de ser una cuestión de auténtico orgullo. ¡Casaos con él! ¡Casaos con él! ¡Quered a vuestro rifle, porque es parte de vosotros!

Ahora parece un poco confundido, como si hubiera olvidado lo que iba a decir, y entonces Elijah estalla en una gran carcajada. Todos se vuelven simultáneamente hacia él, con expresión de horror, preguntándose qué harán ahora el sargento McCaan y el teniente Breech.

Miro a McCaan, que está delante de mí, y que se ha vuelto hacia Elijah rojo de ira, justo en el momento en que el 48.º estalla en hurras. Los Fusileros nos unimos a ellos. Es la primera vez que el 48.º salva a Elijah, y no creo que sea la última.

Cuando los vítores se apagan, se pide a los mejores tiradores de cada compañía que den un paso al frente. McCaan no sabe escoger entre Elijah y yo, así que nos lo pide a los dos, lo que me hace sentir inseguro. Noto un peso en el estómago, con tantas miradas fijas en todo el grupo de tiradores y en mí. Estamos en posición de firmes, con los rifles a un lado, mirando a la explanada donde, a cincuenta

metros de nosotros, flotan globos verdes atados a hilos. Desde donde estoy se ven muy pequeños. Es difícil acertarles a esta distancia, ya que se mueven y ondean con el frío viento.

El oficial gritón vocifera las reglas. Debemos disparar en grupos de a diez, y al primer fallo quedamos eliminados. Veo que a Elijah le ha tocado en el primer grupo. Yo estoy en el último. Sopla una ráfaga de viento cuando el primer grupo se pone en posición. Los globos se mueven como si tuvieran vida y supieran lo que les espera. Los tiradores, a la orden de preparados, cogen los rifles sin demasiada fuerza. Cuando el oficial grita, los elevan, apuntan y disparan. Después del estrépito, sólo han desaparecido los globos de Elijah y de otro tirador. Brota una aclamación de los del 48.º El otro, bajito y con el pelo color arena, es de los suyos.

Al segundo, tercer y cuarto grupos les va mejor, porque les toca disparar cuando ha amainado un poco el viento. Cuando me alineo con mi grupo, el viento azota de nuevo. Nos dan la orden de preparados y seguidamente la de fuego. Elevo el rifle, imaginándome que el globo es un ganso planeando en las corrientes de aire. El viento fustiga el globo, y vacilo para poder apuntar mejor. Aprieto el gatillo y el globo desaparece. Cuando bajo el rifle, el único globo que ha desaparecido es el mío. Mi compañía me aclama. El oficial me advierte de que no titubee otra vez o seré descalificado.

Quedan menos de la mitad de tiradores y vuelven a dividirnos, esta vez en grupos de cuatro. A Elijah y a mí nos ponen en el mismo grupo. Nos sonreímos. Es como en los viejos tiempos, cuando competíamos a tirar hasta que se nos acababan las balas. El oficial británico nos ordena a todos que retrocedamos muchos metros, de forma que los globos, desde donde estamos, se ven como monedas ondeando al viento. Es el turno del primer grupo y, cuando dan la orden, todos apuntan con sus cañones. Los disparos resuenan, y sólo un globo desaparece. El pequeño tirador del 48.º esboza una amplia sonrisa mientras su batallón le vitorea.

Mi grupo es el segundo, y tengo suerte. El viento amaina lo suficiente cuando nos ordenan disparar, y Elijah y yo acertamos en nuestros globos. Los nuestros, los Fusileros, responden con aclamaciones. Me río y me siento en cuclillas para ver al resto de los tiradores. Dos hombres de cada uno de los otros dos grupos

logran acertar en sus globos con el viento calmo. Sólo quedan siete después de dos rondas.

Observo con mucha atención mientras algunos soldados preparan la siguiente competición. Colocan siete latas de carne de vaca a lo largo de una cresta de tierra, a unos 140 metros. Los siete formamos un círculo alrededor del oficial y cada uno saca una paja de su puño cerrado. De nuevo va primero el pequeño soldado del 48.º, el del cabello de color arena. El oficial le grita la orden de comenzar y aprieta un botón de su cronómetro. El soldado abandona la posición de firmes y se descuelga hábilmente el rifle del hombro. Cuando se tiende boca abajo ya ha abierto la recámara y una bala se desliza dentro de ella cuando apunta a la primera lata. Es rápido y hábil. Se oye el disparo de su rifle, seguido del ruido metálico de la bala destrozando la lata y el del cerrojo que se abre, deslizándose y chasqueando. Veo cómo coge otra bala, el cerrojo se desliza y chasquea al cerrarse y, ¡crac!, otra lata derribada. Al final ha dado a las siete en muy poco tiempo, y no sólo le aclama su batallón, sino todos los soldados.

Los siguientes cuatro tiradores no son tan buenos como el primero; dos de ellos les dan a cuatro latas, los otros dos a cinco. Cuando anuncian mi nombre, hablo conmigo mismo y me obligo a ir hacia allí. En posición de firmes, reproduzco los movimientos en mi cabeza. Cuando el oficial me grita, me dejo caer al suelo y me golpeo bruscamente una rodilla con una piedra. Con una mueca de dolor, abro el mecanismo de mi rifle y cojo una bala del suelo, a mi lado. La introduzco, cierro el cerrojo de golpe, y con los ojos abiertos miro hacia adelante, buscando la primera lata de carne. Inspiro y espiro, inspiro y espiro la mitad del aire, apunto a la primera lata, oigo el agudo ¡bang!, siento el culatazo y veo la primera lata destrozada. Llevo un ritmo constante, deslizando la recámara para abrirla y dejando que salga volando el cartucho usado, para reemplazarlo con otra fría bala. Lo repito una y otra vez, inmerso en mi mundo. Los ruidos del rifle resuenan en mis oídos. Cuando tumbo la quinta lata veo que voy bien de tiempo, pero dejo caer torpemente una bala porque me he permitido pensar en lugar de limitarme a actuar. Me fuerzo a ir más lento. Siete impactos me darán ventaja. Derribo las últimas tres latas y recibo los vítores de los batallones, amortiguados por el zumbido de mis

oídos.

Elijah es el último en disparar, y lo hace muy bien. Me doy cuenta de que no siente ninguna presión. Creo que Elijah es como el viento en el campo, tan libre y seguro. Cuando las siete brillantes latitas están ya agujereadas, se pone firme y saluda a la multitud que lo aclama. Siempre ha sido el que no teme a los demás. Pero hubo un tiempo en que no sabía nada del bosque o de cazar. Fui yo quien le enseñó.

El oficial está discutiendo con algunos de los otros. Oigo que hablan de más globos, o más latas de carne, o blancos de papel. Con cuidado de que no lo note, miro de reojo al pequeño Montañero. Bajito y delgado, tiene unos ojos vivos que no pierden detalle. Se apoya en el cañón de su rifle, con la culata firmemente anclada en el suelo. Con la otra mano juega con un trozo de cuerda, anudándola hábilmente con los dedos. Advierto su fuerza en su confianza en sí mismo y en su mirada. Observo a mi batallón y distingo entre la muchedumbre a Gilberto, el Gordo y Sean Patrick, que me saluda con la mano. Yo les sonrío.

Oigo un carraspeo de Elijah, y le miro. Se ha aproximado a los oficiales y empieza a hablarles. Todos sabemos que habrá problemas.

—Señores —arranca—, coloquen cerillas en el suelo a una distancia de veinte pasos. El que pueda encender una con una bala, gana.

Breech se vuelve con furia hacia él, pero la voz del oficial británico le impide actuar.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—Es fácil —dice Elijah—. Ustedes ponen cerillas en el suelo, y cada uno de nosotros tenemos una oportunidad. El que logre encender una rozando la punta con una bala, gana.

Es un juego que inventamos Elijah y yo cuando éramos muy jóvenes. Un juego imposible de ganar. El oficial se lleva la mano al mentón y asiente, sonriendo. Un rumor de voces recorre los hombres de la tropa, que están sentados o de pie en posición de descanso. Empiezan a hablar y a buscar dinero en los bolsillos. Miro a Elijah, que me sonríe. Es la misma sonrisa burlona de estafador que tenía ya de niño. Soy el único que sabe, con todo, que no siempre se ha desenvuelto tan fácilmente en la vida. Mientras los

oficiales continúan debatiendo y los soldados más próximos a nosotros intercambian dinero, rememoro el invierno en que Elijah salió del internado y vino a vivir conmigo al bosque.

Cazábamos conejos para aprovechar su piel y comer su carne y sus estómagos llenos de hierba. Enseñé a Elijah a seguir sus huellas y le mostré que los conejos, como las personas, son animales de costumbres. Una mañana, mientras comprobábamos las trampas, nos dimos cuenta de que un zorro había seguido nuestras huellas y se había comido un conejo que había quedado atrapado en una de nuestras trampas. Sus huellas eran recientes, así que las seguimos. Por las pisadas, parecía un zorro bastante grande.

Yo caminaba al lado de las huellas y Elijah me seguía ruidosamente, haciendo chasquear ramas y respirando con pesadez.

—En esa escuela no te han enseñado nada útil —le susurré.

Aquello no le gustó nada. Yo sabía que estábamos cerca del zorro. Subimos una cuesta y, entonces, a través de un tupido alerce, capté un destello rojo. El zorro percibió nuestra presencia y se quedó quieto. Me quité la manopla, levanté el rifle y apunté. Era un tiro fácil.

—¿Qué ves? —preguntó Elijah, y en cuanto las palabras salieron de su boca, el zorro salió disparado.

No volví a hablarle en todo el día. Cuando regresamos a nuestro lugar de acampada invernal, se internó en el bosque y luego apareció arrastrando ramas secas de abeto. Creí que estaba intentando compensar su error cogiendo suficiente madera para calentarnos toda la noche. Después empezó a diseminar las ramas secas alrededor de nuestro *askihkan*. Quería preguntarle por qué lo hacía, pero aún estaba demasiado enfadado para hablarle. La suave piel del zorro hubiera quedado muy bien en el cuello de mi anorak.

Ya entrada la noche, me desperté a causa del frío, y cuando comencé a preparar el fuego me di cuenta de que Elijah no estaba en el *askihkan*. Aún no se me había pasado el enfado y me acosté de nuevo. Justo antes del alba, me despertó el súbito chasquido de una rama. Me escurrí de mi manta y miré afuera. Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz de la madrugada, vi huellas por doquier. Eran inconfundibles: las pisadas de Elijah. Daba vueltas cuidadosamente alrededor del *askihkan*, paso a paso, vigilando atentamente dónde ponía el pie para no mover las ramas que había

colocado. Me vio y sonrió; parecía exhausto.

—He estado dando vueltas a tu alrededor toda la noche y no te he despertado hasta ahora —dijo—. Intentaré no cometer más errores, Xavier.

Cuando disponen las cerillas en el suelo, Elijah, el Montañero y yo nos situamos uno al lado del otro. A veinte pasos de nosotros, las cerillas sobresalen de la tierra. Las cabezas son minúsculas, resulta imposible verlas claramente. Elijah tira primero, y su cerilla desaparece. Los hombres gritan de alegría pero se callan rápidamente al darse cuenta de que no lo ha conseguido. Yo soy el segundo en tirar; siento muchos ojos fijos en mí. No consigo concentrarme, tiro bruscamente del gatillo y mi bala cae a tierra inútilmente, con un ruido sordo, a quince centímetros de la cerilla. El Montañero se toma su tiempo y, cuando al final dispara, su cerilla también desaparece completamente.

En el segundo turno de Elijah, su bala pasa justo por encima de la cabeza de la cerilla. Veo que ha estado a punto de lograrlo, a juzgar por el lugar donde la bala ha entrado en el suelo, por detrás de la cerilla. Es mi turno y levanto el rifle. Esta vez estoy más firme, incluso le doy a la cerilla, que desaparece. Empiezo a pensar que, incluso siendo adultos, este juego va a resultarnos imposible. Es el turno del Montañero, que también falla y refunfuña.

El oficial anuncia que el tercer disparo será el último. No habrá ganador si no se enciende ninguna cerilla. Elijah se toma mucho rato para apuntar, alardeando ante los espectadores, hasta que empuja suavemente el gatillo y falla. Los Fusileros rezongan ruidosamente. Yo inspiro, espiro, vuelvo a inspirar y levanto el rifle hasta el hombro. Si lo consigo, ya no seré el marginado, me ganaré su respeto. Exhalo la mitad del aire y apunto con el visor al lugar donde creo que está la punta de la cerilla. Reina el silencio. Siento mi cuerpo tan firme como antes. Aprieto el gatillo y, como por arte de magia, la cerilla se enciende y se ilumina. La llama ondea al viento. Los hombres estallan en un clamor. Me siento un poco mareado y bajo el rifle.

Estoy algo aturdido. El día ha terminado bien para mí. El Montañero eleva su rifle y apunta mucho rato. Aguanto la respiración. Dispara y la cerilla tiembla y se cae. Los hombres gritan de nuevo y empiezan a correr. Una multitud de brazos me rodean y

se tienden hacia mí, y varios hombres me hablan pegados a la cara. Los de mi sección, Gilberto, Graves, Ojos Grises, Sean Patrick y Elijah, me agarran y me elevan por encima de sus cabezas. Miro hacia abajo, al mar de hombres que me rodea, y veo a los oficiales, que me señalan y hablan entre ellos.

McCaan se me acerca sonriente y me grita:

—¡A partir de ahora no te llamaremos Xavier! Ahora tienes un nuevo nombre. ¡Tu nombre será simplemente X, y cuando te pregunten por qué, tú contesta sólo que la X señala el centro de cualquier blanco en el que desees acertar!

Los otros se ríen y aplauden, mientras gritan:

—¡X señala el blanco!

Entonces lo entiendo. Ninguno de ellos podrá volver a llamarme inútil indio de los bosques. Puede que no lo digan en voz alta, pero ahora saben que tengo algo especial.

Onahaashiwew
Francotirador

La vegetación de la ribera que divisamos, verde y salvaje, es aún muy joven, y todavía no hay nada más alto que un hombre. Me quedo observándola durante un rato después de despertarme, oyendo el remo de Niska entrar suavemente en el agua, palada tras palada. En algunos lugares sobresalen, como dedos quemados, negros tocones de árboles. Se parecen a los árboles muertos de Ypres, y me pregunto si en los campos de batalla ya habrán empezado a crecer flores rojas.

—Quizá Elijah aún esté allí, Tía. Puede que el ejército lo haya retenido más tiempo —digo en voz alta, sin querer.

Me vuelvo hacia ella, que me sonríe y me pasa un cuenco de agua que ha llenado en el río para refrescar mi áspera garganta.

—Quizá —contesta.

Tengo que leerle los labios.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste, Xavier? —pregunta.

No está acostumbrada a hacer preguntas. Noto que le da miedo formularme ésta. Miro hacia la orilla.

—Muy cerca de aquí fue donde el fuego nos alcanzó —le digo, señalando hacia la ribera—. Habíamos acampado y nos habíamos quedado dormidos. El viento impulsaba el fuego hacia el lado contrario a nosotros. Pero, en algún momento de la noche, el viento cambió de dirección y el fuego fue acercándose sigilosamente.

Vuelvo a apoyar la cabeza en mi fardo, demasiado cansado para continuar hablando. Me gustaría poder contarle esa historia, pero no encuentro la energía necesaria en mi interior.

Sean Patrick está en su puesto de tiro. Ojos Grises lleva la plancha de acero, abriéndola cuando Sean Patrick se lo dice y

cerrándola en cuanto éste dispara. Les he visto practicar al empezar el día y me sorprende que aún sigan disparando por la tarde. Quisiera advertirles de que no estén tanto rato en el mismo sitio, porque podrían revelar su posición, pero supongo que ya lo saben. No deseo ofenderlos. También veo que Ojos Grises tiene esa mirada vidriosa de cuando la medicina corre por sus venas y no está prestando suficiente atención, pero McCaan me ha dado una pala y me ha ordenado que llene sacos de arena.

—No quiero que los francotiradores penséis que estáis por encima de todo esto —me ha dicho.

Me fijo en que a Elijah no le han dado una pala.

Un aeroplano zumba por encima de nuestras cabezas y miro hacia arriba para comprobar si es uno de los nuestros o es Fritz, que viene a bombardearnos. Cuando me encorvo de nuevo para llenar sacos, oigo a Gilberto, que grita pidiendo ayuda. Al levantar la cabeza, veo a Sean Patrick en el suelo, a diez metros de mí. Se retuerce como una serpiente y se agarra el cuello, del que le chorrea sangre copiosamente. Tiene los ojos completamente abiertos, aterrorizado por lo que le espera. Todos corremos hacia él: McCaan, Elijah y yo, Graves y el Gordo, que se han unido mucho en los últimos meses, como un padre flaco y su hijo rechoncho. Nos quedamos mirando a Sean Patrick, sin saber qué hacer, impresionados por la brillante sangre que brota de entre sus dedos. Se aprieta tanto el cuello que parece que esté estrangulándose. McCaan se pone de rodillas e intenta ayudar.

—Le han disparado en el cuello —farfulla Graves, sin dirigirse a nadie en concreto.

De inmediato pienso en los francotiradores que, según se rumorea, están por aquí, pero sobre todo en uno en concreto que dicen que acecha nuestras líneas. Sus cifras son exorbitantes. Elijah afirma que en realidad no existe.

McCaan saca una gasa de un paquete que tiene cerca e intenta que Sean Patrick aparte las manos.

—¡Ayudadme! —grita, y el tono de su voz nos pone a todos en acción.

Elijah y yo conseguimos agarrar las manos de Sean Patrick y mantenerlas por encima de su cabeza, mientras Graves y un atónito Ojos Grises le inmovilizan las largas y delgadas piernas. McCaan

aplica la gasa en su cuello, pero todos sabemos que es inútil. Miro a los ojos a Sean Patrick, tan cerca de mí. Me devuelve la mirada, que trasluce puro miedo. Le sonrío para intentar transmitirle la confianza de que pronto estará en el largo camino, donde nunca más sentirá miedo, dolor ni frío. Veo cómo su terror palidece un poco, a la vez que el brillo de sus ojos se desvanece. Se vuelven vidriosos, como los de Ojos Grises. McCaan se detiene. Suelto los brazos de Sean Patrick y veo cómo sus músculos se relajan con el lento alivio de la muerte.

Ojos Grises se aparta de nosotros.

—Le dije que se tomara un descanso —farfulla—, que era demasiado alto para tirar aquí.

La estatura de Sean Patrick no tiene nada que ver con lo que ha pasado.

Esa noche, McCaan nos da permiso a Elijah, a otros dos y a mí para llevar a Sean Patrick detrás de las líneas y enterrarlo en uno de nuestros nidos. Cavamos en silencio, resueltamente. El cuerpo reposa a nuestro lado, envuelto en su manta. Cuando el agujero es lo suficientemente profundo, lo tiramos adentro. Yo prefiero la antigua costumbre de colocar el cuerpo en un árbol, a mucha altura, para que el alma ascienda sin obstáculos, pero no hay ningún árbol en kilómetros a la redonda. Rezo mis oraciones a Gitchi Manitú mientras Graves y el Gordo se tocan la frente, el pecho y los hombros con los dedos. Me sorprende que Elijah también susurre sus propios rezos en cree. Quemamos una ramita de hierba de vainilla que me traje de Canadá en mi bolsa, junto con un sobrante de piel de alce, y rezamos algunas oraciones más para que asciendan junto con el humo. Cubrimos el cuerpo de Sean Patrick con unas paladas de tierra. Nos sentamos y miramos el destello de los grandes cañones, notando su retumbar en la tierra mientras empieza a anochecer.

—Es un francotirador alemán —dice Elijah.

Yo asiento.

—Ha sido un buen tiro —continúa—. No es fácil darle a un hombre en el cuello a través de esa ventanita y en tan poco tiempo.

Quiero decirle que Ojos Grises ha tenido parte de culpa por manejar la ventana tan lentamente, pero luego me doy cuenta de que yo también tengo parte de culpa por no haberles dicho nada de

los errores que estaban cometiendo.

Sean Patrick no ha sido la única baja que han causado sus francotiradores. Los alemanes están cobrándose vidas a lo largo de todas nuestras líneas. Aunque los proyectiles matan a más hombres, los francotiradores minan la moral como una enfermedad contagiosa. Thompson dice que Fritz está usando esta zona como campo de instrucción. McCaan nos ordena a Thompson, a Elijah y a mí que hagamos todo lo posible por obstaculizarlos, para vengarnos un poco por lo de Sean Patrick.

Los días siguientes estamos fuera de las trincheras todo lo posible, buscando lugares donde escondernos y localizar francotiradores. Me alegro de no estar en las trincheras. McCaan está enfadado por la muerte inútil de Sean Patrick, y no aparta la vista de Ojos Grises. No es tan bueno disimulando lo que se inyecta como él cree. Debo recordar lo que le ha hecho a Sean Patrick la próxima vez que Ojos Grises pida algo.

La mente de Elijah está en otro lugar cuando caza. Se olvida de su acento británico y de fanfarronear, y es paciente. Su atención se agudiza, y se desplaza con los movimientos justos, como un lobo tras la pista de algún animal más pequeño.

A veces, de noche, cuando estamos en un puesto a la escucha o en alguno de nuestros nidos, Elijah me comenta lo que Fritz está haciendo en sus líneas y qué hará en los próximos días. Es como si abandonara su cuerpo y viajara al otro lado, flotando a voluntad. Sus ojos miran como si pudieran ver muy lejos. Algunos ancianos hablaban de experiencias así, pero la mayor parte de las veces un hombre adopta la forma de un animal cuando deja su cuerpo: un pájaro, un zorro, incluso un oso. En ocasiones me pregunto si estará tomando la medicina de Ojos Grises, pero sé que no. No podría ocultármelo. Hay noches, cuando estoy tumbado escuchando, en las que me siento tentado de probar esta medicina *wemistikoshiw*. Abunda a nuestro alrededor. Muchos de los soldados la llevan en sus fardos, en forma de pastillas. Si les hieren, se las ponen bajo la lengua. Algunos incluso llevan siempre una jeringuilla llena, como las de los médicos. Casi todos tienen pánico al dolor, al sufrimiento prolongado, más que a la misma muerte.

Empiezo a adoptar las costumbres de Elijah. Intento pensar como los alemanes, sobre todo como ése tan bueno que mató a Sean

Patrick, que ya lleva tiempo trabajando en esta zona. Muchas de sus balas han atravesado cuellos. Sus cifras continúan aumentando. La prueba de que se trata del mismo francotirador es que dispara un modelo inusual de bala, que no se deforma al impactar como la mayor parte de balas baratas, sino que es de cobre y tan dura que atraviesa cualquier cosa, como un pequeño y mortífero cuchillo.

Pasamos cada vez más días en nuestros diferentes emplazamientos, al acecho de cualquier indicio de los otros, que sin duda también están vigilándonos. Tanto Elijah como Thompson y yo vamos sólo de vez en cuando a nuestras líneas, para proveernos de un poco de comida y agua. El teniente Breech nos deja ir y venir siempre que lo necesitamos, a cambio de obtener resultados. El verano es apacible en este tramo de nuestras líneas, pero hace un calor como pocas veces he visto. Tengo sed todo el rato. A lo largo de nuestras líneas, oímos el estruendo constante de la gran batalla. A Tommy no le está yendo bien. Graves nos mantiene informados cuando vamos a la trinchera. Cada vez es más urgente encontrar a los francotiradores enemigos: se rumorea que la Segunda División, incluida mi compañía, será enviada pronto a tomar parte en esa batalla.

—Los bombardeamos sin descanso durante días y días —dice Graves—. Dejamos caer sobre ellos toneladas de proyectiles, para hacerlos papilla antes del asalto.

Graves habla más desde que tiene al Gordo a su lado, que le escucha.

—Creíamos que iba a ser un paseo por tierra de nadie después del daño que les habíamos hecho. Pero resultó que tenían trincheras muy profundas donde esconderse. En cuanto dejamos de bombardear y sonó el silbato dando la orden de ataque, Fritz salió de sus profundos agujeros y colocó ametralladoras. Por lo que he oído, no se podía avanzar de tantos Tommies muertos como había, desperdigados como haces de leña.

McCaan le dice a Graves que se calle y que deje de provocar.

—Si hubiéramos tenido esas ametralladoras en la guerra de los bóers —continúa Graves, ahora susurrando—, te digo yo que las cosas hubieran ido diferente.

Aquí, donde la carretera de Ypres corta la línea del frente y la sensación de caos se acrecienta por los montones de ladrillos,

maderas y escombros, parece que todo y nada destaca. Miro durante horas a través del visor de aumento. He empezado a avistar a través de mi rifle con la esperanza de tener también la oportunidad de disparar. Quiero comprobar si soy capaz de hacer lo que hace Elijah. Pero sólo logro entrever a veces un casco o una pala. Le digo a Elijah que prefiero imaginarme a los soldados con cornamentas en la cabeza, que así será mucho más fácil dispararle a uno cuando llegue el momento. Elijah se ríe.

Aunque me lo tomo a la ligera, paso las horas preguntándome qué haré cuando me llegue el turno de disparar a un hombre.

—Cuernos —dice Elijah—. ¿Te acuerdas de cuando tenías cuernos?

Me pregunto de qué estará hablando, e intento rememorar Mushkegowuk, un lugar en el que procuro no pensar por miedo a que me invada la añoranza.

—¿Cuando estábamos cazando caribús? —pregunto.

Asiente. Yo sonrío.

—En esa época éramos muy jóvenes ¿verdad? —digo yo.

Teníamos sólo dieciséis inviernos y nunca nos habíamos alejado tanto de Tía. Habíamos subido siguiendo la costa, acercándonos hacia donde vivían los *ayashkimew*, los que comían carne cruda. Había prometido a Tía que volveríamos con suficiente carne de caribú para alimentar a todo un pueblo, pero ya estábamos en pleno invierno y aún no habíamos encontrado ninguno. Como veíamos huellas por todas partes, decidimos continuar.

Una mañana soleada, tan fría que nos vimos obligados a continuar la marcha, entramos en una llanura rodeada de abetos negros y vimos una manada al otro lado. Teníamos el viento en contra, pero sabía que si percibían nuestra presencia y huían, no habría manera de atraparlos. Elijah quería dispararles, pero estábamos demasiado lejos.

—Tengo una idea mejor —dije, recordando lo que tú me habías contado una vez, Tía—. Tú escóndete aquí —le dije a Elijah.

Nos sentamos y observamos la manada desde un lugar que formaba un pasadizo natural. Tenía que conseguir que vinieran por ahí. Excavé en la nieve hasta que encontré hierba, amarilla y seca, y arranqué tanta como pude. Golpeé mi pedernal con el cuchillo encima de la hierba que había recogido, hasta que empezó a

prender y un fino hilo de humo ascendió en el aire helado. Tomé la hierba encendida y comencé a soplar en ella de vez en cuando, para mantenerla humeante.

—Vendrán pronto —susurré—. Espera a que estén cerca para empezar a disparar.

Con la hierba humeante en la mano, me deslicé por donde habíamos venido y me interné en una zona de árboles. Avancé tan cuidadosamente como pude hacia donde estaba la manada. Si en algún sitio los árboles se abrían a la llanura, me paraba y colocaba un poco de hierba en el agujero de un árbol, soplando encima para que humeara. Así seguí mucho rato hasta que llegué a la manada. Tú me dijiste, Tía, que a los caribús les asusta el olor a humo y huyen de él.

Cuando llegué al punto más alejado de la manada, cogí una rama gruesa. Sosteniéndola sobre la cabeza, me agaché y salí de entre los árboles. Fui directamente hacia la nerviosa manada, gateando y balanceándome, curvando la rama para que pareciera una cornamenta. Los animales volvieron las cabezas hacia mí, no muy seguros de lo que veían. Seguí avanzando hacia ellos, cortándoles la escapatoria hacia el norte y el este. Los animales dejaron que me acercara tanto que su almizcle me cosquilleaba la nariz.

Entonces echaron a correr. Me puse de pie y corrí detrás de ellos, mirando cómo se acercaban a los lugares en los que había dejado la hierba humeante y cómo torcían hacia donde Elijah los esperaba. Cuando vi que ya no podían escapar, empecé a chillar. Mi voz brotaba entre grandes jadeos y sentía punzadas de frío en los pulmones. Corría, gritando de alegría, y no paré ni siquiera cuando el rifle de Elijah comenzó a detonar, y los animales empezaron a caer al pasar a su lado.

—Ese día nos quedamos sin balas —le susurro a Elijah, mientras miramos hacia la carretera de Ypres—. ¿Cuántos matamos? ¿Una docena?

—Sí —responde Elijah—. Fue un buen día. Y también fue buena la carnicería del día siguiente.

Fritz sigue un sistema de tiro muy similar al nuestro. Se esconde en sus nidos, pero cambia de sitio frecuentemente, y también usa el método de la plancha de acero en sus líneas. Elijah y yo ya tenemos

cuatro planchas localizadas. La que está en el extremo izquierdo de su territorio parece ser la más utilizada. Pero dudamos de que el francotirador de talento esté usando alguna de ellas. A los verdaderos francotiradores les gusta trabajar solos o en pareja, y no en las trincheras, sino al aire libre. Así están más expuestos, pero también hay muchos más objetivos que están expuestos a él.

Para Elijah se ha vuelto una obsesión acabar con alguno de los francotiradores de detrás de las planchas, como un mensaje para el que mató a Sean Patrick. Mientras avisto posibles posiciones detrás de sus líneas, Elijah busca metódicamente algún patrón en la manera en que usan las planchas. Hasta ahora el tirador ha sido muy cuidadoso, imprevisible. No dispara a menos que sean blancos seguros. No revela su posición. Pero ambos sentimos que la presión aumenta cada día que no matamos a nadie. El teniente Breech nos hará volver a las líneas, junto con los otros, y nos veremos obligados a vivir otra vez como ratas. Ya lo ha hecho con Thompson, al que ha ordenado regresar para entrenar a novatos.

Una noche, cuando ya lo creía dormido, de pronto, tranquilamente, Elijah dice que ha reconocido una pauta. Me tumbo y le escucho, cerrando los ojos para que descansen.

—Lo veo al amanecer —dice Elijah, como si hablara con alguien más que conmigo—. En las mañanas en las que no hay nubes, oigo una sucesión de tiros cuando sale el sol sobre su línea. Justo en ese momento, tienen bastantes posibilidades de darle en la cabeza a alguno de los nuestros, cuando estamos en guardia. Usan la luz del sol para avistarnos, sabiendo que su posición, para nosotros, está en penumbra.

Me quedo pensando sobre esto durante un rato.

—¿Cómo podríamos verlos para dispararles? —pregunto.

—De aquí a un rato, dejaremos apuntados nuestros rifles hacia dos de sus planchas y esperaremos hasta mañana.

—Pero ¿cómo sabremos cuál es el momento justo de disparar? —inquiero.

—Los dos últimos días han disparado exactamente en el momento en el que el sol ascendía por detrás de ellos. Nos pondremos de cara a ellos y, en cuanto veas el primer rayo lo bastante brillante como para deslumbrarte, abriremos fuego.

Elijah respira profundamente y suelta el aire.

—Se han habituado a pensar que no podemos verlos en ese momento. Saben que estamos en guardia y que tienen muchos blancos delante de ellos. Dejan las planchas abiertas el tiempo suficiente como para poder disparar dos veces. Oirás el primer tiro, e inmediatamente responderemos nosotros.

Apuntamos nuestros rifles cuidadosamente hacia dos planchas, apuntalándolos con sacos de arena para que no se muevan accidentalmente. Elijah vuelve a abstraerse en su mundo y yo me tumbo las horas siguientes y escucho los sonidos del atardecer.

La noche es relativamente tranquila y muy despejada. El cielo está perlado de estrellas. Caigo en un sueño ligero y agitado, y me despierto bruscamente cuando estoy soñando que sin querer golpeo mi rifle y lo muevo de sitio.

Cuando falta poco para el amanecer, nos tumbamos hacia la dirección por la que sale el sol, y respiro profundamente para prepararme. El cielo, justo antes del alba, es de color negro azulado y está despejado. El sol avisa de su cercanía aclarando el cielo lentamente hasta volverlo púrpura. Cuando me toca el primer rayo de sol, le susurro a Elijah en cree:

—Prepárate.

Agarro el rifle ligeramente, sin moverlo lo más mínimo. No tiene sentido usar el visor, no se ve nada. A los pocos segundos, el sol asoma por su línea. Se oye el débil estallido de un fusil alemán y Elijah le responde incluso antes de que el eco se haya desvanecido de mis oídos. Aunque estoy preparado, la súbita detonación me sobresalta. El familiar sonido resuena en mi cabeza. Yo también disparo, pero me preocupa haber esperado demasiado.

—¿Crees que le has dado al tuyo? —le susurro a Elijah.

Él asiente con la cabeza y, en el silencio que nos invade, estoy completamente seguro de que Elijah lo ha conseguido. En lo que a mí respecta, lo dudo.

Naatamaasowin
Venganza

La frecuencia de los disparos alemanes desde detrás de sus planchas disminuye hasta casi desaparecer completamente en los días siguientes, y esto es prueba suficiente para McCaan y el teniente Breech de que Elijah y yo estamos haciéndolo bien. Cuando volvemos a por un poco de comida y descanso, los demás nos preguntan si le hemos dado al que mató a Sean Patrick. Negamos con la cabeza y les explicamos que no trabaja desde las trincheras, sino desde más lejos, desde donde tiene mucha mejor perspectiva de los canadienses. Elijah aconseja a todos que mantengan la cabeza gacha.

—Recordad, tíos —dice—, ¡Xavier también está disparando desde detrás de nuestra línea y podría confundir a alguno de vosotros con un maldito Fritz!

Todos se ríen, y también Elijah, que continúa hablando con ellos.

Yo no me río tanto.

Sé que la fama de Elijah está creciendo y que le encanta alimentar su vanidad. Pero aún no hemos cumplido con nuestra verdadera misión. Si Elijah pudiese matar al alemán cuya fama crece en este lugar como una leyenda, todavía más que la suya, su buena reputación y la mía estarían aseguradas, nos ascenderían, nos darían más dinero y tendríamos mayor libertad. Eso dice Thompson. Pero yo, cuando estoy tumbado de noche, empiezo a pensar en el francotirador alemán.

Cuando vuelve a tocarnos descansar durante unos días detrás de la línea, descubro sorprendido que no quiero ir. Hasta hace bien poco, la promesa de reposar en un lugar seguro era lo único que me

hacía seguir, pero ahora estoy tan obsesionado como Elijah. Me siento tentado de pedir permiso para quedarme en nuestra línea, a la caza del francotirador, y así se lo digo a Elijah.

—Nos irá bien tomarnos unos días de descanso —dice él—. Tendremos una perspectiva renovada de las cosas y volveremos con los nervios más templados y los ojos más descansados.

Marchamos los ocho kilómetros de la carretera de Ypres con los demás. Ahora no es tan fácil tratar con ellos. Me doy cuenta de que Sean Patrick era como un puente entre Graves, el Gordo, los otros y yo. Siempre era el primero en saludarme o invitarme a que me sentara a comer con ellos, o en ofrecerme un cigarrillo. No son imaginaciones mías: ahora, cuando Elijah y yo pasamos junto a un grupo de soldados, éstos se callan y se quedan mirándonos hasta que nos hemos alejado.

De todas formas, veo que Elijah y Ojos Grises, cuando están juntos, se comportan como antes. Se sientan juntos, comen juntos y desaparecen durante largo rato, cuando saben que no habrá oficiales cerca. Una noche, sentado a solas al lado de un arroyo que corre por la granja, oigo a los otros conversar alrededor del fuego y caigo en la cuenta de que estoy enfadado con Elijah. De hecho, ni siquiera es realmente amigo de ese tipejo, que es directamente responsable de la muerte de Sean Patrick. Sé que Elijah pasa tiempo con Ojos Grises porque le gusta la medicina. Le encantan los retos, y la prueba para demostrarse hasta qué punto es capaz de luchar. ¿No hay aquí suficiente tensión para él? Me entran ganas de ir a buscar a McCaan y decirle todo lo que sé sobre Ojos Grises.

Intento ignorar todo el resentimiento que crece dentro de mí. En este sitio hay tanto rencor como para llenar mil vidas. Disfruto de este poco tiempo de ocio, duermo, como bien, y sobre todo estoy a solas, sin pensar en lo más mínimo en mi trabajo en la línea. Tal vez por eso me despierto súbitamente del sueño más profundo que he tenido en meses con una certeza total. De pronto lo veo con absoluta claridad y, sin pensarlo, me quito la manta de encima, en ese rincón de la granja donde duermo, sobre un poco de paja, y voy a buscar a Elijah.

Últimamente, Elijah y Ojos Grises suelen ir a una tienda muy bien escondida que Elijah levantó cerca del arroyo. Me recuerda a las tiendas que los ancianos erigían en Moose Factory, a las que

llevaban piedras calientes y rezaban, sudaban y aguardaban visiones o sabiduría. Elijah ha construido ésa a la manera antigua, con árboles jóvenes y robustos formando la estructura circular, que luego ha cubierto con lonas, dejando un faldón como puerta. El interior de la tienda es tan oscuro como el útero materno y el aire está cargado y caliente. Produce una sensación de universo infinito, incluso cuando uno alarga la mano y toca el techo.

Voy hacia el arroyo y me pongo en cuclillas fuera de la tienda, para escuchar si Elijah está despierto. Como no oigo nada, me arrastro hacia el interior, donde la oscuridad es tan cerrada que mis ojos no se acostumbran. Voy a tientas, esperando encontrarme primero a Elijah y no a Ojos Grises. Conozco lo suficiente a mi amigo como para estar seguro de que no levantó esta tienda para buscar visiones, sino para protegerse de los ojos curiosos de los oficiales. Le sería muy fácil afirmar que lleva a cabo misteriosas ceremonias indias en ella. Eso bastaría para mantener alejados a la mayoría.

—Elijah, despierta —le digo, agitando la silueta que tengo delante y que duerme profundamente—. Despierta. Es importante.

A Elijah le cuesta abrir los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Un oficial? —pregunta en cree, con palabras inconexas y voz infantil.

—No. Me he dado cuenta de algo importante.

—¿No puede esperar a mañana?

—Es sobre el francotirador alemán —le digo.

Oigo el roce de su manta. La débil luz de la luna nos da la bienvenida cuando salimos arrastrándonos de la tienda.

Elijah se tumba en el suelo y contempla las estrellas. Sus ojos brillan, húmedos, a la luz de la luna.

—Dime.

—Piensa en la bala que mató a Sean Patrick —le digo.

Él asiente.

—Su ángulo no era normal.

Elijah me mira perplejo.

—Sean Patrick no fue alcanzado por alguien que estuviera a la misma altura o por encima de él, como pensábamos. La bala le entró en el cuello desde abajo.

—¿Por qué no dijiste nada entonces? —pregunta.

—No era un ángulo muy pronunciado. En aquel momento creí que había rebotado en su columna y por eso el orificio de salida estaba más alto que el de entrada. Tú también lo viste.

—Había demasiada sangre para poder ver nada.

—Había mucha sangre —contesto—, pero era obvio por dónde había entrado la bala. Justo por debajo de la nuez. Y luego, cuando le dimos la vuelta una vez muerto, también era evidente que la bala lo había atravesado limpiamente y había salido muy cerca de la base del cráneo.

—¿Cómo podemos estar seguros de que no rebotó, simplemente?

—Sabes tan bien como yo que el francotirador alemán usa balas de cobre. La posibilidad de que una de esas balas rebote en algo más blando que ellas es muy remota.

Guardamos silencio durante un rato. El aire es fresco a estas horas, sobre la hierba húmeda.

—Eso sólo puede significar una cosa, entonces —dice Elijah poco después—. Se esconde en un lugar desde el que ve nuestras trincheras desde abajo, no desde arriba como habíamos supuesto.

—Y el único lugar desde el que puede hacer eso es la tierra de nadie —concluyo por él.

Nos miramos. Elijah ya no parece adormilado.

Comunicamos a McCaan que estamos cerca de algo importante y nos da permiso para volver a donde tenemos los nidos escondidos. Pasan tres días y seguimos examinando la tierra de nadie en busca de cualquier indicio. Miro las imágenes ampliadas que me proporciona el visor del rifle: los cráteres con el fondo lleno de agua, las astillas de árboles ennegrecidos, un carro hecho trizas o un caballo hinchado cociéndose al sol. Su estómago se va llenando de gas cada día que pasa hasta volverlo de un tamaño grotesco. Hay viejos rifles desperdigados por el suelo, cascos alemanes gastados, y las camisetas de lana de los soldados se desintegran en el fango mientras los cuerpos de los soldados se descomponen bajo ellas. También hay cadáveres recientes. Más de una vez me he asustado al ver un soldado en el suelo que me hace una mueca con sus enormes dientes y los labios y encías hacia atrás, y por un momento pienso que está vivo y que me apunta con el rifle. Pero están muertos, todos ellos. Todo está muerto ahí fuera.

Cuando nos aburrimos, empezamos a hablar entre susurros.

Estamos bien escondidos. Nunca hablamos de nuestro hogar. Está demasiado lejos.

Hoy, en uno de nuestros nidos, le comento lo del caballo muerto cuya tripa se ha hinchado desmesuradamente. Eso me recuerda a otros caballos, como los que me quedaba mirando en la bodega del gran barco en el que cruzamos el océano. No me había vuelto a acordar de ellos, hacía mucho tiempo que no pensaba en nada del pasado. Ya es bastante que pueda concentrarme en lo que me rodea: en si el proyectil que zumba encima de mí me caerá cerca, si he escogido un sitio lo bastante oculto, si alguna pieza de metal de mi rifle brilla a la luz del sol, o si podré encontrar al francotirador.

Es la hora de la tarde que se hace más lenta. Elijah se ríe.

—¿Recuerdas el alce macho que resucitó? —me pregunta.

Asiento ligeramente, sonriendo.

—Pensabas que estaba muerto —susurro—. Y cuando te montaste encima de él para cogerle la cabeza por los cuernos, se puso de pie contigo encima.

—La primera y la única vez que he montado a caballo —contesta Elijah.

Nos quedamos mirando hacia la tierra de nadie. Elijah rompe el silencio con un susurro.

—¿Por qué te importaban tanto esos caballos que había en el barco?

No sé qué responder. Al rato, cuando se da cuenta de que no voy a contestar, pregunta:

—¿Sabes que probé la medicina, la morfina, en ese barco que nos llevaba a Inglaterra?

Me quedo mirándolo con incredulidad.

—La culpa fue de Ojos Grises —me dice, y sé que va a contarme la historia.

Elijah no puede ocultarme nada. Nunca ha podido. Oyendo su voz, me resulta muy fácil meterme en sus historias como si las viviera yo mismo. Por eso, antes de oír la historia de la medicina y Ojos Grises, éste ya me cae aún peor que antes.

Cuando zarpamos de Canadá, con la marea baja, y salimos del rompeolas, el cielo se nubló y descendió sobre nosotros. Las olas aumentaron y, al principio, el balanceo del barco era tan agradable como ser mecido por una madre. Pero aún no había pasado una

hora de marejada cuando Elijah dijo que se notaba muy frío al palparse y que transpiraba mucho por la frente. Tenía el estómago revuelto y arcadas, por lo que fue tambaleándose hasta la barandilla y vomitó en el negro océano. Tuvo arcadas hasta que no le quedó nada dentro y siguió teniéndolas hasta dolerle tanto el estómago como si le hubieran golpeado. Se tumbó de lado en la cubierta de metal y empezó a soñar intermitentemente con caballos de fuego, con el río por el que habíamos viajado.

Recuerda haber notado que una mano lo zarandeaba. Se vuelve y ve que el cielo está oscuro. El barco cabecea terriblemente. La mano pertenece a Henry Ojos Grises.

—Estás enfermo —le dice Ojos Grises—. Y te estás helando, aquí fuera.

Elijah se queda mirándolo.

—Necesitas medicina —le dice Ojos Grises, sonriendo—. Fúmate uno de mis cigarrillos conmigo. Te calmará el estómago.

Sólo imaginar el humo dulzón y denso hace que a Elijah se le revuelva el estómago otra vez.

—Tengo otra medicina —dice Ojos Grises—. Te ayudaré a bajar.

Avanzan por la cubierta, que se balancea, y penetran en el interior. Ahora es cuando Elijah se da cuenta del frío que tiene, al sentirse arrollado por el calor y el olor de los hombres apiñados. Avanza con Ojos Grises por los pasillos, que están llenos de hamacas que se balancean y de lamentos y gemidos que salen de las sombras. Continúan bajando por el barco, hasta donde ya no hay personas, sino sólo el denso olor de los caballos.

Los animales están nerviosos, porque el ruido sordo de las olas que golpean el barco resuena por encima de ellos. Elijah acerca una mano hacia uno de ellos, pero éste se aparta. Ojos Grises se arrodilla en un rincón del establo y empieza a buscar detrás de una caja, hasta que saca algo de la arpillera. Elijah tiene fuertes temblores. Piensa que ha sido una suerte que lo haya encontrado Ojos Grises. Podría haberse muerto de frío allí arriba. Tiene los dedos tan entumecidos que no los siente, como tampoco nota la botellita que Ojos Grises le entrega y que brilla bajo la escasa luz. Éste arquea las cejas cuando ve cómo se ha quedado mirándola Elijah.

Ojos Grises se sienta en la arpillera justo al lado de Elijah.

—Tengo toda esta medicina, pero no tengo forma de tomármela —dice sonriendo—. Hazme un corte en el brazo —le pide.

Elijah lo mira.

—Córtame —le ruega—. Hazme un corte profundo.

Elijah saca su cuchillo de despellejar. Está mareado. Desliza el filo con fuerza de uno a otro lado del hueso del antebrazo. Contempla con fascinación la piel que se separa y el rojo que brota sobre la plateada hoja de la cuchilla.

Ojos Grises se saca un pañuelo del bolsillo y se envuelve la herida.

—Vuelvo ahora mismo —dice, mientras Elijah se limpia la hoja del cuchillo en los pantalones.

Ojos Grises desaparece entre las sombras del barco.

Tumbado allí, con dolor de estómago, Elijah escucha el golpeteo de las máquinas del barco, el batir de las olas y los cascos de los caballos arrastrándose y pateando nerviosamente.

Pasan un par de horas, durante las que Elijah intenta reunir la energía necesaria para ponerse de pie y volver a su refugio, debajo de la barca de salvamento de la cubierta. Se está mejor al aire libre, en la cubierta, que aquí, por debajo del nivel del agua. Nota la llegada de Ojos Grises, antes de verlo, por el sonido que hacen sus tacones al caminar. No sería buen cazador. Su pálida cara emerge de entre las sombras, las oscuras bolsas de sus ojos le hacen parecer enfermo. Sonríe, se sienta al lado de Elijah y se sube la manga, dejando al descubierto una venda. Cuando se la quita, Elijah ve una fila de puntadas negras en los pliegues de la piel de Ojos Grises, justo por donde Elijah había pasado el cuchillo.

Con la otra mano, Ojos Grises saca un pequeño objeto afilado de su bolsillo.

—Quítate la chaqueta y levántate la manga —dice—. Dame una de esas ampollas.

Saca el pañuelo ensangrentado del bolsillo y rodea con él el bíceps de Elijah, apretándolo tan fuerte que su brazo y su mano palpitan ligeramente.

Ojos Grises rompe la punta de la ampolla de cristal y mete la jeringuilla dentro de ella.

—La he pillado en la enfermería —dice, mirando la aguja.

Con cuidado, echa para atrás el émbolo y Elijah ve un líquido

dorado entrando en el tubo de cristal. Es del mismo color que los anillos que hay a cada lado de la jeringuilla, donde Ojos Grises mete los dedos.

—No sé si es muy fuerte —le dice, poniéndose el brazo de Elijah entre las rodillas—, así que no te daré mucho.

Le da un rápido golpe a la jeringuilla con la uña y empuja el émbolo. Unas gotas de líquido dorado brotan de la punta de la aguja.

—No te muevas —dice, colocando la aguja en la vena del brazo de Elijah e introduciéndola lentamente; Elijah siente un tirón y que algo arde bajo su piel. Ojos Grises hace descender el émbolo cuidadosamente y Elijah siente que el brazo se le llena de aire caliente.

Ojos Grises saca la aguja de la vena de Elijah y desata el pañuelo. Elijah se mira el brazo, preguntándose si eso es todo, cuando de repente su respiración se traba en su garganta y todo se inunda de luz. Su cabeza flota más allá de su cuerpo y permanece inmóvil en el aire, y ve a Ojos Grises quitarse la chaqueta, arremangarse, atarse el pañuelo, meter la aguja en la ampolla, golpearla con la uña e introducirla en su vena. Luego se queda tumbado en la arpillera, apartado de Elijah, y tiembla. Elijah alza la vista hacia la oscuridad, percibe el olor de los caballos y flota por encima del suelo sobre agua cálida y dorada, que también oye golpear contra el casco del barco. Los resoplidos de los animales son como susurros, que lo llaman desde treinta pasos de distancia.

Se esfuerza por sujetar su cabeza, que flota por encima de él, dando pequeños tirones, queriendo volar y dejarse ir para ver lo que hay más allá. Cuando se decide a soltarla, a liberarla para que explore, el pánico se apodera de él hasta el punto de que el aire sale despedido de sus pulmones y un grave gemido se escapa de su boca.

—No luches, Whiskeyjack —susurra Ojos Grises—. Déjate ir.

—No —murmura Elijah—. No va a volver, mi cabeza no va a volver.

Ojos Grises esboza una sonrisa. Elijah lucha contra el miedo y luego decide dejar que su cabeza se vaya flotando.

Elijah recuerda haber visto los establos desde arriba y, en uno de ellos, a mí, dando de comer a un caballo con la mano. Pero sigue flotando, mirando en rincones oscuros, leyendo los nombres de las

cajas de madera que llevan cargamento. MUNICIONES. COMIDA. ROPA. Todo lo que vamos a necesitar. Sube hasta el siguiente nivel, en la línea de flotación. Hay hombres durmiendo en hamacas. Algunos dan vueltas en la cama, otros están enfermos. Hay filas y filas de carne, son como grandes pedazos de carne envueltos en mantas de lana. Dos de ellos están hablando de las novias que han dejado en su hogar, de hijos a los que tal vez no vuelvan a ver. Elijah se deja llevar y sube flotando las escaleras, hasta la cubierta inferior. Es noche cerrada, sin estrellas. El mar es aún más negro que el cielo, y hace frío. Dos centinelas nocturnos hacen la ronda; sólo se ven los extremos de sus cigarrillos. ¿Irán a comprobar la bodega de carga? Espera. Que no cunda el pánico. Respira. Ahora, la cubierta superior y la residencia de oficiales. Más hombres durmiendo. Dos de ellos no duermen, se tocan las bocas cariñosamente, las juntan, se muerden.

Se oyen muchos susurros y risas al final de las escaleras. Elijah oye que se acercan. Salen del cuarto del timón. ¿Una fiesta? Las voces suenan emocionadas. No es una fiesta. Se oyen ruidos, interferencias, furia. Voces de mujeres hablando en cree. Elijah es arrastrado de nuevo a su cuerpo. Desaparece en su interior, sobre la arpillera que le pica en la espalda.

—Ésa fue mi única experiencia con la morfina —me dice Elijah, con la artillería atronando en la distancia—. Me permitió dejar mi cuerpo y ver lo que había a mi alrededor. Podría serme de mucha utilidad en un sitio como éste.

—No vas a volver a tomarla.

Él asiente con la cabeza y sonríe.

Echados boca abajo, escrutamos cientos de metros enfrente de nosotros. El sol llega a su apogeo y empieza a descender de nuevo, a nuestra espalda. Su calor me provoca somnolencia y me doy cuenta de que estoy dando cabezadas sobre mi rifle. Un pájaro canta una aguda melodía detrás de mí; es el primero que oigo en muchos días.

Me despierto sobresaltado por la voz de Elijah:

—Voy a comprobar la precisión de mi rifle.

Abro los ojos de par en par. El sol se ha movido desde que me dormí.

—¿Crees que es prudente? —le pregunto—. ¿Y si el humo revela nuestra posición?

—El sol está casi totalmente detrás de nosotros —dice—. Lo único que vería un francotirador que mirase hacia aquí serían manchas solares. —Prepara su rifle—. Estoy empezando a pensar que ese francotirador es un fantasma —añade.

—¿A qué le vas a disparar? —susurro.

—A la tripa hinchada de ese caballo —responde.

Enfoco el visor hasta ver todo el cuerpo del caballo a la vez.

—Vas a dejarlo todo hecho un asco —le digo.

—Debería explotar de una forma interesante —dice—. No lo pierdas de vista.

Observo, tenso por la inminente explosión en mi oreja. En cuanto se produce el sonido, la panza del animal se desintegra en una nube roja y marrón, y la cabeza da una sacudida, como si estuviera vivo. Continúo mirando por el cristal, escudriñando el terreno cercano, siguiendo el rastro de los intestinos y el pellejo marrón desperdigados alrededor del animal.

En ese momento algo capta mi atención. A menos de cinco metros, un cuerpo se mueve ligeramente y una nubecilla de humo sale de él. Casi simultáneamente, vuelan astillas de madera y saltan terrones de barro entre mi cabeza y la de Elijah. Elijah grita de dolor, y el sonido que hace al tratar desesperadamente de volver a cargar el rifle me pone en acción.

—¡Ese cadáver acaba de dispararnos! —exclamo, mientras enfoco hacia allí y veo de pronto el cañón de un fusil que nos apunta desde debajo de un cuerpo.

—No veo nada —dice Elijah—. Mis ojos.

Sé que el francotirador está cargando de nuevo y es cuestión de segundos que vuelva a dispararnos. Mi rifle apunta justo por encima del fusil que se asoma y, sin pensarlo más, aprieto el gatillo. Se oye la explosión y el tiro. Cuando el humo se desvanece, veo que el fusil al que apuntaba está tumbado en el suelo. Empiezo a comprender lo ocurrido. Busco algo que se mueva a través del visor, sabiendo que no encontraré nada.

—Dispara otra vez —me dice Elijah—. Pon otra bala y dispara al mismo lugar. —Su tono de voz es tenso por el dolor.

Cargo el rifle con suavidad, vuelvo a apuntar al espacio que hay debajo del cuerpo y disparo.

Luego bajamos a la parte cubierta de nuestro nido.

—Dame una cantimplora —dice Elijah.

Cojo una que está entre nosotros dos y se la paso. Él se tumba de espaldas y se tira agua en los ojos.

—¿Ves algo? —le pregunto.

—Sí, pero borroso —me dice—. Le has dado, ¿a que sí?

No contesto.

—Ése era su francotirador fantasma —dice Elijah, sobrecogido—. El que mató a Sean Patrick. También iba a por nosotros.

A Elijah no le sale el acento británico cuando habla en cree.

—¿Te imaginas? —pregunta, y empieza a reírse—. Qué determinación, la de ese hombre. Podía estar horas entre los muertos y los putrefactos. Se quedaba ahí quieto, con ese olor a muerte, como si fuera la muerte misma. Pero le hemos dado.

Me quedo un rato pensando.

—Iremos allí esta noche y aprenderemos sus trucos —dice Elijah—. Y conseguirás un recuerdo de tu primera pieza importante.

Shakocihew
Seducción

Ya es de noche cuando encuentro un buen sitio para acampar. El primer día ha sido muy extraño para mí. He rodeado dos veces las mismas curvas del río, esperando reconocer el terreno por donde pasé no hace tanto, cuando viajé por este lugar quemado hacia la ciudad. Dos veces me he sorprendido sintiéndome perdida, como si nunca hubiera estado en este río. Me siento inquieta, como si Sobrino y yo estuviéramos en un viaje muy diferente del que empezamos.

Intento alimentar a Xavier, pero aún no quiere comer. Está desapareciendo ante mis ojos; se sienta al lado del fuego con una manta sobre los hombros y el humo lo ilumina con luz trémula. Así que lo alimento con mis historias. Creo que me escucha, aunque sus ojos estén fijos en el agua.

No siempre estuvimos solos en el bosque, Xavier. Aunque hasta mucho después de la muerte de mi padre mi madre no dejó que se le acercara ningún hombre, a veces le gustaba su compañía, su conversación tranquila y su fácil trato. Al igual que nosotros, eran grupos de cazadores nómadas que intentaban vivir como antaño en la medida de lo posible. Cambiaban pieles por balas y harina cuando podían. Nuestro nombre indio era *awawatuk*, y teníamos una injusta reputación de ladrones y asesinos, todo porque rechazábamos a los *wemistikoshiw*. Los *awawatuk* no solíamos viajar en grupos de más de cinco o seis, pero en verano, cuando la tierra podía abastecernos, nos reuníamos en grupos mayores, como en los viejos tiempos.

Durante esos años en los que me convertí en una mujer, mi madre me explicó todo lo que pudo sobre las tiendas que se

agitan[6] y el *matatosowin*, el refugio para sudar. Me enseñó el poder de curar y de matar que se esconde en las raíces y hierbas que nos rodean, qué partes de la mofeta remedian la ceguera temporal causada por el reflejo de la nieve y qué partes del búho proporcionan visión nocturna. Pensaba lo mismo que yo sobre mis ataques: que eran un don no deseado, pero un don que, en cualquier caso, debía ser fomentado.

Los *awawatuk* me veían como una prolongación de mi padre, el miembro por el que se propagaba el poder de mi familia. Cuando tenía diecisiete inviernos, los hombres no acudían a mí por lo que normalmente buscan en las mujeres, sino para preguntarme cosas y pedirme consejo. La mayor parte de las veces querían saber dónde encontrar caza, y yo lo adivinaba, poniendo el omóplato de un animal sobre brasas y dejando caer gotas de agua encima, como había visto hacer a mi padre. En alguna ocasión acudía algún cazador para comprender el significado de un sueño o para saber algo de su futuro. Si no había tenido una visión recientemente, construía una tienda que se agita y entraba de rodillas en ella. Allí convocaba a los espíritus de los animales del bosque para que se unieran a mí, y a veces había tantos que mi tienda se hinchaba y se deshinchaba con sus respiraciones, como si tuviera vida. Sin embargo, casi siempre era el espíritu del lince el que venía primero y se quedaba toda la noche, revelando con sus ojos penetrantes los secretos del bosque.

Cuando tenía tiempo libre, caminaba por el bosque, cazando y al acecho de presas. Llevaba el pelo largo, salvaje y enmarañado. Me quedaba fuera cada vez más, lo que preocupaba a mi madre, que ya estaba haciéndose mayor. Pero estaba inquieta. Necesitaba llenar de alguna forma ese doloroso vacío en mi interior.

Fue entonces cuando lo encontré.

Estaba tendiendo una hilera de trampas, más lejos de lo que solían colocarlas los *wemistikoshiw*, y no parecía temer el bosque y sus peligros. Sabía que era un trampero *wemistikoshiw* por la manera ordenada en que colocaba las trampas y por cómo les ponía el cebo. Al principio su descaro me encolerizaba, por eso le seguía y hacía saltar todos los cepos antes de que cualquier animal cayera en ellos. Pero él persistía. Así que empecé a hacerle jugarretas, como coger la pata de un zorro o de una marta y ponerla en una de sus

trampas, para que pensara que el animal había escapado mordiéndosela. Tapaba mis huellas barriendo la nieve con una rama de abeto, o ataba ramas afiladas a mis mocasines para que dejaran huellas de pies con grandes garras. También dejaba pisadas donde sabía que él las vería, para asustarlo y confundirlo. Entonces fue cuando tuve la idea.

Al principio no fue tanto una idea como una imagen que me vino de noche mientras estaba sentada a solas en mi pequeño *askihkan*, al lado del fuego. Me imaginé cazándolo a él y cuidándolo como a una mascota. Esto me reconfortaba e incluso, por unos instantes, apaciguaba el dolor en mi interior, mientras me imaginaba acariciándolo, dándole bayas de las que manchan los dedos y lamiendo el jugo que rezumaría de su boca. Al llegar lo más profundo del invierno, cuando el hambre se había aposentado en el fondo de mi estómago haciéndome ver el mundo más como un sueño que como algo real, actué con desesperación y frustración.

Seguí abiertamente su hilera de trampas con mis raquetas de nieve, sabiendo que él me seguiría. Lo conduje hasta una arboleda de cedros, donde había colocado una cuerda en un árbol, a bastante altura, con la que podría cambiar de dirección bruscamente y hacer que mis huellas se interrumpieran. Esto lo sorprendería. Me senté en un escondite que me había construido y esperé a que cayera en la trampa. No tardó mucho en aparecer.

Podría haber sido un indio, por sus pieles y su gorro de castor atado al cuello, que le cubría casi toda la cara. Cuando llegó al sitio en el que mis huellas desaparecían, se quitó el gorro y se rascó la cabeza con una mano. Con la otra se sostenía su barbudo mentón, mientras estudiaba el lugar atentamente, tan a conciencia que dudé por un momento de si había sido lo suficientemente astuta con mi trampa. Luego miró a su alrededor; sus ojos cobrizos brillaban. Mi corazón latía tan fuerte que pensé que iba a oírlo, pero si había algo que yo sabía hacer era pasar desapercibida. Al rato, siguió caminando. Estuve tentada de seguirle, pero sabía que volvería. Estaba tan intrigado como yo.

Seguí con ese juego durante el resto del invierno, hasta que estuve segura de que él se había aburrido, aunque no dejara de seguirme. Cada vez que aparecía, sentía ese doloroso tirón en el fondo del estómago que me hacía pensar que estaba volviéndome

loca.

Al acercarse el deshielo primaveral, supe que los peligrosos pantanos le impedirían continuar avanzando por el bosque. Por eso decidí atraparlo. Intenté tramar algún plan durante semanas, pero no se me ocurría nada. Podía cavar un foso y hacer que cayera dentro para capturarlo. Pero podía hacerse daño al caer y enfadarse mucho. O pasarle una soga de parra alrededor del cuello, aunque así podría matarlo. Y entonces se me ocurrió. Era de una sencillez perfecta. Yo era el cebo, y mi *askihkan* era la trampa. Ya no podía aplazarlo más. Pronto el agua volvería a fluir, la savia volvería a gotear y el oso despertaría.

Preparé mi *askihkan*, prestando mucha atención a lo que iba a necesitar. La hierba que lo haría dormir profundamente, la soga para atarlo, bayas secas y carne de alce para alimentarlo, y mi cuchillo cuidadosamente oculto en mi ropa de dormir, por si no iba todo según lo planeado. Pensar en quitarle las ropas mientras dormía, en explorar su pálido cuerpo, hacía que me sintiera impaciente.

Un día de viento cálido como no soplaba en meses, no escondí mis huellas sino que anduve con cuidado cerca de sus trampas y luego hacia mi *askihkan*. Me agaché y esperé dentro, preocupada porque el tiempo empeorara y no viniera. Entonces lo oí acercarse, silbando una canción que ya había oído cantar a los niños del internado. Miré hacia la entrada de mi tienda, él abrió la puerta y vi su silueta a contraluz, pero aún no sus rasgos. No dijo nada, y yo tampoco.

Entró, cerrando el faldón detrás de él. Mientras mis ojos aún se iban acostumbrando a la oscuridad, vi que se quitaba el abrigo, las botas y los pantalones de piel de conejo. Llevaba pantalones de algodón debajo de los de piel. No podía moverme. Entonces me di cuenta de que quizá ya no era yo la que cazaba.

Miro a Xavier, tumbado al lado del fuego. Tiene los ojos cerrados, pero no sé si duerme. El resto de esta historia me pertenece sólo a mí, por eso dejo que mi voz descanse lo que queda de noche y me dejo llevar por los recuerdos de cuando era joven. Rememoro aquella primera vez que el trampero entró en mi tienda y empezó a hablar en francés, con palabras que yo no entendía. Hablaba bajito, mirándome descaradamente con sus ojos dorados.

Aunque no entendía sus palabras, entendía el tono de su voz. Estaba pidiéndomelo amablemente. Permanecí largo rato de pie, delante de él. En su cara se dibujaba una leve sonrisa. Yo notaba que estaba ruborizándome.

Como en un trance, le miré a los ojos y me quité el camisón. Me desaté lentamente los pantalones de cazador y me los quité. Seguía de pie delante de él, ahora completamente desnuda. Sentía mi propio olor.

Él se quitó el resto de la ropa hasta quedarse desnudo delante de mí, tan cerca que podíamos tocarnos. En su pecho había un poco de pelo, lo que me hizo pensar en un lobo largo y nervudo. Y hambriento. Su pene se levantaba justo delante de mí y rebotaba ligeramente, como si tuviera vida propia. Parecía muy grande para un hombre de constitución tan delgada. Había visto muchos penes. Los cree no somos gente tímida. Pero nunca había visto uno así de duro, deseándome a mí. Me apretó contra él y rozó con los labios los míos, y luego me besó las mejillas y el cuello. Sus leves besos me daban escalofríos. Me apartó el pelo de la cara y me miró a los ojos, sonriendo. Entonces le miré y tomé su pene entre las manos, lo que lo hizo estremecerse. Exhaló un gemido y entonces empecé a frotarlo ligeramente de arriba abajo hasta que gimió de nuevo, más fuerte. Me arrodillé y empecé a lamerlo con suavidad.

Me agarró, me puso de pie y me echó la cabeza hacia atrás, soportando mi peso con los brazos. Se inclinó y empezó a lamerme y a morderme, hasta que un ligero rayo recorrió mi vientre, desde los pechos hasta la entrepierna. Continuó besándome, descendiendo cada vez más, y entonces me encontré boca abajo, por lo que tuve que aguantarme con los brazos. La sangre me bajaba a la cabeza. Le rodeé el cuello con las piernas y me besó allí; grité cuando metió su lengua dentro. Me rascaba con su escasa barba. Detrás de mis párpados, el mundo era azul, rojo, naranja. Me sentía fuego en el agua, una llama en el agua. Algo dentro de mí se encendió y se fundió, y una gran sacudida hizo que me viniera abajo y que los brazos se me relajaran, cayendo juntos sobre mi suave camisón de dormir. Entonces me dormí.

Cuando desperté, él estaba detrás de mí, sus brazos me envolvían. Me había separado las piernas con suavidad y apretaba con delicadeza el pene duro contra mí. Me susurraba al oído y yo

me relajé, y de pronto me llené de él. Empecé a jadear, cada vez más. Me cogió los pechos con las manos y penetró aún más adentro; yo creía que iba a gritar. Me susurró de nuevo y, aunque no entendía su lengua, comprendí. Arqueé la espalda y me apreté contra él, que volvió a llenarme de nuevo. Me agarré a él y empecé a menearme con suavidad, para que no saliera de mí. Su respiración se hizo más entrecortada. Gritó y sentí que me inundaba por dentro. Un súbito miedo se mezclaba con el placer, por la magnitud de lo que había dejado que sucediera. Me dormí de nuevo.

Cuando al poco rato desperté, se había ido.

Moosasiniwi Paskisikan
Rifle

Tía entra de rodillas en su tipi. Abro los ojos y me quedo mirando el fuego. Mientras contemplo la llama me acuerdo del sargento McCaan. Recuerdo cuánto le gustaba hacerse el jefe con Elijah, porque había advertido que no le gustaba que le dieran órdenes. No era tan cabrón como el teniente Breech, que nos mandaba con desdén. McCaan le daba órdenes a Elijah con una leve sonrisa, y disfrutaba de lograr enfurecerlo incluso más que los piojos.

Recuerdo el día en que matamos al francotirador. Esa noche, todos los demás hablaban de ello con excitación.

McCaan le dice a Elijah que, cuando vayamos a la tierra de nadie a registrar el cadáver del francotirador, el cabo Thompson tendrá que acompañarnos.

Esa novedad enfurece a Elijah, pero no deja que se le note.

—Sí, sargento —dice—. Sí, sargento.

Me doy cuenta de que preferiría ir solo. Si por él fuese, dejaría a Thompson en la trinchera y, de hecho, a mí también. A Elijah le gusta salir de la trinchera por las noches y hacer sus propias rondas de reconocimiento. Sólo él y el fango. Le harían un consejo de guerra si Breech se enterase. Pero esta noche tiene que llevarme con él. De hecho, fui yo el que lo mató. Mi primera pieza como tirador. Elijah no acaba de creerse que no consiguiera disparar. Él mismo me dijo que estaba más sorprendido que nadie.

—De todas formas, nuestros chicos están contentos con la noticia —dice Elijah—. ¡Era un tirador jodidamente bueno, pero ya ha dejado de serlo!

Elijah se queja de que tiene la visión un poco borrosa desde que, al pasarle la bala tan cerca de la cabeza, la tierra salió disparada

hacia sus ojos. De todas maneras, fuera está oscuro, y también le gusta valerse por la noche de sus otros sentidos. Elijah afirma que puede oler a Fritz a gran distancia, y jura que huele diferente que un inglés, un francés o un canadiense. Dice que nota un olor a vinagre cuando un alemán está cerca. Siempre acierta.

Thompson viene a nuestro refugio subterráneo sobre las dos de la mañana y nos susurra, a través de la manta que nos sirve de puerta, que es hora de irnos. Elijah coge el garrote de madera que está al lado de la puerta. Lo hizo él mismo. Thompson, que también tiene uno, le enseñó a Elijah cómo tallarlo. Es de madera dura, perforada en clavos. Se muere de ganas de estrenarlo en la cabeza de un alemán.

—Muy bien —dice Elijah, y sale por la puerta mientras se encasqueta la gorra de lana negra hasta los ojos.

Es su gorra de la suerte. McCaan nos dio una a cada uno cuando empezamos a hacer nuestro trabajo especializado.

—No podría llevar esas latas brillantes —dice Elijah. El ejército nos dio cascos hace unos meses. Son terribles, incomodísimos—. ¡También podríamos llevar un faro en la cabeza!

Thompson, Elijah y yo nos sentamos juntos, apartados de los demás, y nos embadurnamos la cara con carbón. Es nuestro ritual. Lo que yo llamo la ceremonia de mancharse *wemistikoshiw*. Elijah se ríe de mí. Él no cree en religiones indias. Elijah sólo quiere ser indio para saber esconderse y cazar.

—Bonita noche para ir a fisgar, ¿eh, Thompson? —dice Elijah.

Thompson asiente al oír eso; sus dientes son tan blancos que casi deslumbran.

—Tu acento británico es mejor que el de un inglés —dice.

—¡Sí! —contesta Elijah, imitando a un inglés.

Empezó a hablar así para hacer reír a los demás, pero ahora le gusta. Le hace sentir respetable. Me dijo que hay cierta magia en ese acento que lo protege y que le vino en un profundo sueño.

—Me desperté hablando como un lord —me contó una vez.

Yo tengo los manitús de los animales. Elijah tiene sus voces. Asegura que ya no podría hablar como antes aunque quisiera. Que perdió su antigua voz en algún momento.

Se hace correr la voz en nuestra línea de que va a salir una patrulla; no queremos que nos disparen los nuestros. Subimos hasta

el lugar fijado, donde una pendiente del terreno nos esconde de las líneas enemigas. Thompson me hace una seña para que tome la delantera. Yo maté al alemán, soy el que mejor sabe dónde encontrarlo. Sé que esto debe de fastidiarle un poco a Elijah.

Según los demás, él es el experto, aunque yo también sea un buen tirador, tan bueno como Elijah. Pero no tengo el instinto de matar. Creo que Elijah reparó en que vacilé al disparar al francotirador a pesar de que nuestras vidas estaban en juego.

Corremos agachados, con los rifles en la mano. A unos veinte metros, vemos un gran cráter. Se oye el estruendo lejano de los enormes cañones del Somme. Ese sonido ha formado parte de mi vida tanto tiempo que ya casi no lo noto. Para mí se ha convertido en el sonido de Bélgica y Francia.

Desde las líneas de Fritz empiezan a ascender bengalas. Nos tiramos al fango y nos tumbamos lo más planos posible mientras las luces relampaguean encima de nosotros. Es demasiado pronto para saber si Fritz sabe que estamos aquí o si es simple coincidencia. Elijah sabe tan bien como yo que los tres formamos un buen equipo. Nos tiramos al suelo a la vez y nos levantamos simultáneamente, y siempre sabemos en qué dirección irá el que está guiando. Cuando se desvanece la blanca luz de las bengalas, me incorporo y corro agachado hasta el siguiente cráter. El fondo está lleno de agua hedionda, por lo que nos tumbamos en una de las paredes. Ese olor del agua, al que me es imposible acostumbrarme, se debe a que, casi con toda seguridad, hay cuerpos pudriéndose en el fondo. Salimos de allí cuando nos parece seguro y avanzamos escalonadamente, como lo llama Thompson, hasta que Elijah y yo vemos el lomo del caballo al que disparó. Elijah nos hace una señal, como si un olor de vinagre le hubiera llegado a la nariz. Nos estira de las guerreras para decirnos que deberíamos quedarnos un rato más en este cráter. Confiamos en su instinto.

En efecto, de pronto veo tres sombras. Estamos en tierra de nadie, en el lado de Fritz. Nunca había visto a un francotirador trabajar tan lejos de su línea. Eso explica sus excelentes resultados. Más tarde, Elijah me comenta que el valor de este francotirador le ha dado algunas ideas. Las tres sombras entran en un cráter; obviamente, están escrutando la zona a conciencia. A Fritz debía de importarle mucho su francotirador muerto si envía a un grupo a

investigar su mal fin. El deseo de dispararles y acabar con todo esto es difícil de reprimir, pero revelaríamos nuestra posición y lo único que conseguiríamos es que nos volaran en pedazos. Los alemanes se arrastran fuera del cráter y se van en otra dirección. Thompson deja que se marchen. No tienen ni idea de dónde está su hombre.

Se huele al caballo desde aquí. El hedor de su carne podrida es diferente del de las personas; es más intenso. Elijah me susurra que el desafortunado Fritz era alguien especial, que debían de gustarle los muertos. Podía estar tumbado entre los cadáveres durante largos períodos de tiempo, tan inmóvil como ellos.

Mientras Thompson y Elijah me cubren, voy hacia donde yace el muerto. Sé que la oscuridad engulle mi cuerpo delgado.

Elijah me explicó luego que, cuando me fui, él cerró los ojos porque los tenía irritados, pero que sus fosas nasales estaban a la expectativa de cualquier olor sospechoso. Me dijo que estuve mucho rato fuera y que quería salir a buscarme y ver al francotirador muerto de cerca. Esperaba que pudiera llevarle un buen recuerdo.

Eso hago. Cuando por fin encuentro al francotirador en la oscuridad, veo que su rostro es una mancha negra. Le di en plena nariz. Rebusco en sus bolsillos. Sólo encuentro cigarrillos y un bonito mechero metálico. Le corto los galones del uniforme y me llevo su fusil y su bayoneta.

Vuelvo al cráter, sonriente. Elijah me explica más tarde que entendió muy bien por qué sonreía. Llevo un Máuser en los brazos. Elijah ve en plena oscuridad que es un fusil muy bueno, con visor telescópico. Está envuelto en una tela, tal como llevamos los nuestros cuando trabajamos. Elijah percibe el olor de aceite de fusil en la tela y, en menor grado, el hedor de animales muertos. Lleva mucho tiempo deseando un fusil como éste, y está enfadado consigo mismo por no haber cogido uno en aquel cráter inmenso. Sólo cogió el casco viejo. Noto que ya está pensando en cosas que podría cambiar por el fusil.

Thompson se pone tenso y me da un golpecito en un costado, señalándome hacia la línea alemana. Debe de haber visto u oído algo, incluso antes que Elijah. Por debajo del ruido de los cañones de 5,9 pulgadas percibimos otro sonido, débil pero constante, de alguien con una pala. ¿Cómo se le ha podido escapar a Elijah? Mis oídos están cada vez peor en este lugar donde impera el ruido, pero

sé que Elijah no se permite relajarse. Sin duda, se trata de un grupo de trabajo de Fritz. Thompson le hace una señal a Elijah para que vaya a investigar, mientras nosotros le cubrimos.

Elijah deja su rifle y coge su garrote de guerra. McCaan estaba especialmente impresionado por su diseño perverso. Él lo llama tranca. Elijah comprueba las granadas Mills que lleva en un saco sujeto al cinto y escucha el viento para saber su dirección. Sin duda habrá dos o tres trabajando y un centinela. Elijah se acercará directamente a ellos y podrá hacerse una idea de lo que se proponen.

Sale deslizándose hacia el ruido de palas. Lo veo pararse y quedarse quieto cada pocos metros. Imagino que veo lo que él ve.

Cuando está muy cerca de su alambrada, se detiene, cambia de dirección y sigue avanzando. Es infalible y se siente invencible. Hace una marca para saber lo lejos que ha llegado. Perfecto. Su respiración es regular. Está tan centrado en lo que hace como un ave rapaz. No tienen ni idea de lo cerca que está de ellos. Están justo al otro lado de la alambrada. Elijah cierra los ojos y se aproxima un poco más. Ve a tres trabajadores y a un centinela. El centinela mira hacia la oscuridad pero no ve nada. Les susurra algo a los otros. Elijah no entiende lo que dice. Están excavando un emplazamiento para una ametralladora; será muy peligroso cuando esté terminado. Elijah imagina a los canadienses cortados como juncos, sus cabezas cayendo pesadamente al suelo. Le entra la risa tonta, pero tiene que tragársela. Siente la tentación de acercarse a ellos sigilosamente y golpearlos con el garrote, como a las martas que caen en las trampas. Elijah memoriza el punto más débil de su alambrada y retrocede. No queda mucha noche por delante.

Volvemos con precaución a nuestras líneas, aunque no tan concentrados como deberíamos. Empieza a bajarnos la adrenalina y nos invade la fatiga.

En el refugio subterráneo de los oficiales, enseño el fusil del francotirador y los galones del sargento muerto. Nos fumamos los cigarrillos alemanes y Elijah informa de sus descubrimientos al teniente Breech. Me palpita la cabeza, pensando en el día siguiente. Habrá formación de combate a primera hora y debo dormir un poco antes. Finalmente, Breech nos da permiso para retirarnos, después de premiarnos con doble ración de ron por el trabajo bien hecho.

Elijah y yo nos dirigimos a nuestro refugio. Ha empezado a caer una llovizna constante y cálida. Dormiremos bien, con su sonido tamborileando en la trinchera.

Más tarde, cuando consigo dormirme, envuelto en mi húmeda manta de lana, los piojos salen de las costuras de mi uniforme y se arrastran sobre mi piel caliente. Debe de ser por mi asquerosa ropa por lo que sueño con el día que llegamos a la ciudad *wemistikoshiw*, después de haber atravesado el incendio. Elijah había vendido nuestra canoa a un trampero, por suficiente dinero para comprar billetes de tren y que aún nos sobrara. Luego se le ocurrió que fuéramos a comprar ropa.

Recuerdo al propietario de la tienda, que nos miraba detenidamente.

—De prisa —nos dice—. Voy a cerrar.

Me pregunto si teme que el fuego esté acercándose.

Elijah sonríe cuando me ve salir de la pequeña habitación con una camisa roja de manga larga y pantalones negros. Tengo buen aspecto, la camisa contrasta con mi brillante pelo oscuro. Elijah me dice que los mocasines sucios son el único problema de mi vestuario, pero no pienso deshacerme de ellos.

Cuando Elijah aparece luciendo su ropa, soy yo el que se ríe. Ha escogido un traje negro, con el cuello blanco alto y rígido. Frente al espejo parece un predicador, y eso es algo que lo atrae.

—¿Vas a llevar eso para ir a alistarte en el ejército? —le pregunto.

Elijah me ignora, saca el dinero del bolsillo y se lo da al dueño de la tienda, que parece sorprendido. Elijah cuenta el dinero que le devuelve. Nos quedan diez dólares, pero Elijah no me dice que nos falta un dólar para los billetes de tren. El dinero *wemistikoshiw* es algo curioso. Siempre se encuentra más en algún sitio.

Vamos andando por la calle, mirando los escaparates de las tiendas. La mayor parte de ellas están desiertas. Cuando pasa un coche por la polvorienta calle, nos paramos y nos quedamos mirándolo, y luego discutimos sobre cómo funciona.

—El conductor hace algo con los pies —digo yo—. Debe de estar pedaleando.

—No —contesta Elijah—. Ponen aceite de lámpara dentro del motor y le prenden fuego. Tú has tirado aceite al fuego alguna vez

—dice, abriendo los brazos e imitando una explosión—. Esas pequeñas explosiones lo hacen funcionar. El Viejo Ferguson me lo contó.

Yo solamente miro el coche pasar, cubriéndolo todo de polvo.

—Vayamos a aquella taberna que está al lado del hotel —sugiere—. Tengo la garganta seca.

Yo también.

—Tal vez haya mujeres —dice.

—¿Y el tren? —pregunto—. No debe de faltar mucho para que salga.

—El tren no sale hasta mañana —repone Elijah.

—¿Y qué pasa con el fuego? —le pregunto—. ¿Y si viene en esta dirección y quema la ciudad mientras estamos sentados bebiendo?

—¿Puedes imaginar algo más glorioso? —dice Elijah.

El teniente Breech escoge a seis de nosotros para llevar a cabo una incursión esta noche. Seis son demasiados. Thompson irá al frente de Elijah y yo, Ojos Grises, Gilberto y uno nuevo que no conozco. Esto no puede ser bueno. También podría haber invitado al Gordo y así, si nos atacaran, todo el equipo de ataque podría refugiarse detrás de él.

Breech le ordena a Thompson que nos lleve detrás de la línea y nos haga practicar el ataque todo el día. Con el frío, la humedad y lo abatido que me siento, no tengo la cabeza para eso. Elijah tampoco. Gilberto es torpe y nervioso. Ojos Grises tiene los ojos vidriosos y la mente en otro sitio. Thompson marca nuestras líneas y el emplazamiento de la ametralladora de Fritz con cuerdas blancas. Nos arrastramos por el fango durante horas bajo la llovizna, avanzando escalonadamente uno después del otro, intentando imaginar quién estará dónde en la oscuridad de esta noche, mientras Breech nos mira a cierta distancia, con una extraña sonrisa en la cara. Thompson, Elijah y yo preferiríamos volver allí sin nadie más, pero Breech ha recibido informes de creciente actividad por parte de Fritz y quiere poder reclamar un poco de gloria para sí mismo. Desea demostrar a sus superiores que es un guerrero de primer orden. Elijah dice que Breech debería acompañarnos también, y él se aseguraría de que no regresara.

Estamos inquietos cuando la noche cae sobre el frente. La lluvia no ha cesado, y este tipo de llovizna puede durar mucho tiempo.

Estoy con Elijah y Ojos Grises en nuestro refugio, bajo tierra. La manta colgada a la entrada de la cueva que nos hace de puerta retiene la peste a queroseno de la lámpara. Elijah columpia las piernas, arriba y abajo, arriba y abajo, hasta que finalmente Ojos Grises le espeta:

—Deja de moverte. Estás poniéndome nervioso.

Elijah saca su cuchillo y empieza a afilarlo con una piedra.

Bastante más al sur de nuestra posición, en el Somme, los grandes cañones siguen atronando. Hay rumores de que nos trasladarán desde este tranquilo lugar en Saint-Eloi para ir allí como refuerzos. Habladurías. Aquí, los rumores caen como la lluvia.

¿Cuándo nos marcharemos? Ha habido ya muchos muertos en el Somme. Incontables. Unos mineros británicos cavaron túneles por debajo de sus líneas hasta las de Fritz, y luego los llenaron con explosivos. La idea era atacar a los alemanes desde abajo y enviarlos al infierno del hombre blanco. No funcionó como pensaban, pero la explosión fue tan terrible que la tierra tembló a kilómetros de distancia y se estremeció en ondas bajo nuestros pies, hasta tal punto que me sentí de nuevo a bordo del barco de transporte de tropas. A Ojos Grises le afectó mucho, y juró que eran las puertas del infierno, que se abrían a nuestros pies. No ha vuelto a ser el mismo desde aquello y está tomando más morfina de lo que debería. Elijah dice que pronto hablará con él sobre eso.

Sé que Elijah no puede esconderme nada, nunca ha podido. El hecho de decirme lo que piensa y hace libera mucha presión en su interior. Ahora cree que no estoy despierto justo antes del ataque. Estoy tumbado con los ojos cerrados, como si durmiera. Ya hemos empezado a bombardear a Fritz, como preparación para nuestro ataque. Estamos lanzando bombas de mortero a su alambrada. Oigo que Elijah le dice a Ojos Grises que Breech intenta debilitar la alambrada de Fritz en la zona cercana al nido de ametralladora.

—Le dije que ya había un sitio lo bastante debilitado como para poder pasar sin ser vistos —dice—. Lo único que Breech está consiguiendo con este bombardeo es hacerle saber a Fritz que vamos hacia allá.

Incluso con los ojos cerrados, noto que Elijah está poniéndose de mal humor.

—Querido Henry —dice Elijah, usando su código—, ¿podrías ser

tan amable de prepararme una taza de té?

—Lamento decirte que se me ha acabado, Elijah —contesta Ojos Grises.

El té del que hablan es un tabaco que fuman a veces, cuando lo consiguen. Elijah se calma y se ríe cuando lo fuma.

—Pero ayer mismo te quedaba mucho —dice Elijah.

Percibo que intenta contener su enfado lo mejor que puede.

—No era tanto, de hecho —se lamenta Ojos Grises. Es un hombre débil—. ¿Por qué no buscas un médico y le dices que te has torcido un tobillo? —le propone—. Tal vez te dé una ración extra de ron o incluso una pastilla.

Entreabro un poco los ojos y miro a Elijah. Lo veo borroso. Noto que Elijah está considerando seriamente hacer lo que le ha sugerido Ojos Grises. Y también que está tentado de ponerle el cuchillo en la garganta. Siento su furia ascendiendo desde sus tripas y llenando su cabeza hasta el punto de que su visión se debilita. Yo ya no finjo dormir. Abro los ojos. Es como si una explosión silenciosa hubiera estallado en la habitación y la hubiera vaciado totalmente de aire. Elijah se pone de pie y sale fuera, bajo la lluvia, en busca de algo para su martilleante cabeza. Lo conozco tan bien que sólo necesito cerrar los ojos para seguirle.

La lluvia es fría y no amaina. Elijah camina chapoteando por los tablones de la trinchera y mira dentro de los refugios, buscando al médico. Seguro que cuando lleguemos allí Breech dará la orden de bloquear la salida de Fritz con una barrera de fuego, para separar el nido de ametralladora del resto de su línea y que podamos entrar y destruirlo totalmente. ¡Es tan ruidoso y desproporcionado! Como ir a pescar con granadas. McCaan no ha querido hacerle caso a Elijah cuando hoy mismo le he dicho que Thompson, él y yo podíamos acercarnos sigilosamente y hacer el trabajo en silencio, minando la zona una vez que hubiéramos acabado para destruir, no sólo el nido, sino también a la mayor cantidad de enemigos posible. El problema es que McCaan se vería obligado a sugerirle a Breech un plan mejor que el suyo, y eso no va a pasar.

Tengo un mal presentimiento sobre la incursión de esta noche. Un buen cazador sabe confiar en sus intuiciones. Sólo haría falta que Elijah dijera que se encuentra muy mal y no puede ir, pero probablemente alguno de ellos se lo tomaría como un acto de

cobardía, y no podría soportar que ellos pensaran eso de él.

Finalmente, encuentra al médico acurrucado en un refugio, resguardándose de la lluvia. El agua baja por las paredes de fango, desmoronándolas lentamente. Driscoll, que así se llama, es bajito y regordete, y lleva unas gafas pequeñas y redondas. Ojos Grises dice que es generoso con la medicina. Siempre hace alguna broma y se ríe mientras busca una ampolla en su estuche, pero sus ojos permanecen serios mientras escudriñan en busca de cualquier síntoma de adicción. Intentó dársela a Ojos Grises en forma de pastillas, pero los efectos no son los mismos, y Ojos Grises dice que le resulta mucho más difícil llegar al estado que desea de esa manera.

Elijah está considerando verdaderamente probar la morfina de nuevo esta noche. Se convence a sí mismo diciéndose que es por el mal presentimiento que tiene sobre este ataque. Lo que aún no puede afrontar es que quiere la morfina para liberarse de un miedo que siente aquí por primera vez.

Elijah se agacha frente a Driscoll y le ofrece un cigarrillo.

—¡Qué asco de tiempo! —dice Elijah—. No es para personas, ni siquiera para ratas.

Driscoll sonríe y coge el cigarrillo. Elijah enciende el de Driscoll y luego el suyo.

—Ese dedo del pie del que le he hablado, el que me rompí cuando se me cayó el cañón de dieciocho pulgadas encima, me duele con este tiempo —le dice Elijah, sonriéndole—. ¿No tendrá un poquito de morfina de sobra? He de hacer un trabajo importante esta noche y presiento que no voy a poder cumplir muy bien con este dolor.

—Lo siento, soldado Whiskeyjack —le responde, devolviéndole la sonrisa—. Los suministros son escasos. El envío que debía llegar ayer fue destruido a menos de un kilómetro de nuestras líneas. No puedo hacerlo, son órdenes.

—¿Sólo un poquito? ¿Un empujoncito para esta noche difícil?

—Si no supiera lo que sé, le diría a McCaan que estás mostrando síntomas —dice Driscoll, sonriendo—. Pero yo sé de eso, ¿no, soldado?

Elijah esboza una sonrisa mientras se pone de pie.

—Sí, cabo, sabe de eso.

De vuelta al refugio, su ira va diluyéndose en su miedo.

Kimociwinikewin
Incursión

La lluvia no amaina, pero Thompson decide que servirá para encubrirnos. Nuestro grupo de ataque va saliendo de la trinchera de dos en dos, en la hora más oscura. Elijah me dice que tiene tantas náuseas que vomitaría si tuviera algo en el estómago. Los grandes cañones retumban en su cabeza. Ahora está conmigo, en el cráter más cercano a la parte más débil de la alambrada alemana. Estamos en la posición más avanzada, y los otros nos flanquean.

El plan es sencillo. En cuanto empiece la barrera de fuego que aislará el nido de ametralladora, Elijah y yo nos acercaremos. Cuando la barrera cese, tiraremos granadas Mills dentro del nido y mataremos a los que estén trabajando allí. Entonces colocaremos cargas con mecha de seguridad dentro del nido, prenderemos las mechas y retrocederemos a nuestra línea.

Thompson dispara una bengala de aviso, lo que provoca que Fritz empiece a dispararle. Los cañones canadienses empiezan a lanzar proyectiles al otro lado de la alambrada de Fritz, pero Elijah y yo vemos que caen demasiado lejos para ser eficaces. Fritz sabe con bastante exactitud la posición de los que le atacan. Elijah y yo debemos avanzar y llevar a cabo el trabajo inmediatamente, para volver a nuestra línea lo antes posible.

Elijah se arrastra fuera del cráter y va cortando la alambrada, mientras yo miro atentamente para captar cualquier posible movimiento delante de él. El nido está a unos veinte metros de la alambrada, un poco a la izquierda. Cuando ha superado la alambrada, se desliza boca abajo hacia un hoyo provocado por un mortero y se aposta allí. Está tenso, a la escucha de cualquier chasquido de fusil y de la bala que podría destrozarle la cabeza.

Comprueba con cuidado si los constructores del nido han podido verlo, pero la lluvia lo oculta. Me hace una señal para que atraviese la alambrada y me una a él. Siento un gran nudo en el estómago y tengo tantas ganas de orinar que intento hacerlo aquí mismo, tumbado en el fango; me siento insignificante y ridículo porque no puedo hacer ni siquiera esto.

Fritz ha concentrado gran parte del fuego en las posiciones de Thompson y de Ojos Grises. Me sorprendería que siguieran vivos. Por ahora, nadie parece habernos detectado a Elijah y a mí. Avanzamos aún más y Elijah coge una granada Mills de su cinturón. Le quita el resorte de seguridad para que esté lista. Nos acercamos al borde del nido. Ahora estamos bien camuflados en el fango y vemos a través de la lluvia. No advertimos ningún movimiento. Elijah dice que está a punto de estallarle la cabeza. No puede soportarlo más.

—Yo me largo —susurra en cree, y antes de que pueda detenerlo se pone de pie y empieza a correr.

Lo pierdo de vista rápidamente, a causa de la lluvia y la oscuridad. Esto no va bien. Un grito sale del nido y veo el fogonazo de un rifle a la vez que oigo un disparo. Se oyen ruidos de lucha y disparos de rifle bajo la lluvia. Y entonces se crea un extraño silencio, antes del relampagueo brillante y la explosión sorda de una granada Mills. Minúsculos fragmentos de carne y fango llueven sobre mí.

Espero, pero Elijah no vuelve. Después de lo que parece un largo rato, puede que minutos o segundos, corro hacia donde lo he visto por última vez. No está muy lejos, a unos treinta pasos. Está tumbado boca abajo, y no se mueve. Me tiro encima de él. Está muy tenso, una bayoneta le ha perforado un costado. Aún no se ha dado cuenta de que soy yo. Cojo una granada Mills del saco de su cinto y la lanzo. Vuelve a surgir una explosión de dentro del nido, mientras entierro la cabeza entre los brazos e intento proteger a Elijah con el resto de mi cuerpo.

Le doy la vuelta. Los dos estamos cubiertos de lodo rojo. Parece que no ve nada, pero está consciente. Me agacho y busco en mi fardo la carga explosiva.

La prendo y la lanzo dentro del nido. Luego arrastro a Elijah hacia el sitio del que venimos; las balas salpican fango a nuestro

alrededor como si fuera granizo, y las bombas de mortero se elevan y explotan. Justo cuando estoy arrastrando a Elijah hacia el interior del cráter, la carga estalla y durante un segundo notamos la onda expansiva, que inmediatamente retrocede como una ola llena de tierra. Estamos cercados en el cráter, con los morteros y las bombas de explosión rápida reventando a nuestro alrededor, bajo la lluvia. Me pregunto dónde estará el resto del equipo, y si aún siguen vivos. Quiero levantarme y correr con Elijah de vuelta a la seguridad de nuestra línea, pero me doy cuenta de que él no puede. Está herido.

Los morteros de Fritz van alejándose de nosotros y le digo a Elijah mientras lo zarandeo:

—*Ashtum*, tenemos que irnos.

Cojo a Elijah por el cuello y lo arrastro con cuidado hacia nuestra línea. La lluvia cae con fuerza y las explosiones de los proyectiles amenazan con volarnos la cabeza. Busco con la mirada a los demás miembros del equipo. Cuando finalmente Elijah y yo bajamos rodando a nuestra trinchera, nos encontramos con Driscoll y McCaan. Driscoll examina el cuerpo de Elijah por si tiene heridas, y le sonríe al terminar.

—Son sólo unos rasguños, tal vez un brazo roto —dice Driscoll—. Y supongo que un dolor de cabeza martilleante.

Elijah se agarra el brazo y gime de dolor. Driscoll rebusca en su botiquín y saca una reluciente jeringuilla llena de líquido ámbar.

Veo cómo la introduce en el brazo de Elijah y la vacía dentro. Elijah asiente, y lo veo dejarse coger por manos que le agarran y le llevan a un lugar diferente, más apacible.

Las heridas de Elijah sólo le merecen unos pocos días de descanso en los alrededores de una pequeña ciudad medio destrozada. La unidad al completo se nos une aquí, después de haber estado en el frente los días planeados.

—Sólo un brazo torcido —se burla McCaan de Elijah mientras se sienta a mi lado—. Eso y una pequeña conmoción no es suficiente para que te manden a Blighty.

—Me alegro —dice Elijah, que lleva el brazo en cabestrillo—. Me volvería loco encerrado en un hospital, lejos de todo esto.

—Te fue mejor que a Thompson y a ese chico nuevo —dice McCaan.

Aunque intenta disimularlo, Elijah y yo sabemos que se siente

culpable de que el ataque fuera mal. Pero no fue culpa suya, sino de Breech. Elijah me dice que sólo desea llevar a Breech a tierra de nadie y enseñarle al joven soldado, que no llevaba aquí más de una semana. El chico tuvo la mala suerte de que le alcanzara una bomba de mortero, por lo que hay pedacitos de su cuerpo desperdigados delante de la alambrada de Fritz. A Thompson le dio una bala en una pierna y metralla en casi todo el cuerpo. Está muy grave, en algún sitio lejos de aquí. Es una gran pérdida para nuestra sección. Los hombres están muy callados, a pesar de que ahora hay días en que nuestras vidas no corren peligro. Veo cómo Elijah va por ahí contando chistes y algún compañero se ríe con él, pero el ambiente es más bien el de un funeral.

—Thompson volverá —les dice Elijah a los otros—. Echará demasiado en falta todo esto.

Una bala atravesó la camisa de lana de Elijah y le hizo un rasguño en un brazo, dejando una pequeña quemadura. Elijah les enseña a los demás el agujero de su uniforme. Otra bala le pasó rozándole la mejilla, y él dice que aún le escuece. Tuvo suerte otra vez. Yo escapé sin nada. Se comenta que le van a dar una medalla a Elijah por el ataque al nido de ametralladora. A mí no se me menciona, aunque soy el que remata sus acciones ahí fuera.

Recluidos en tiendas, entre un bosquecillo y un campo, nos resguardamos lo mejor que podemos de la lluvia de finales de verano. Para los oficiales se han habilitado un granero y una granja destruida. No hay restricción de medicina para Elijah, en caso de que quisiera tomarla, pero no lo hace, porque no lo veo deleitarse con su cálido abrazo. Creo que quiere guardarla para cuando realmente la necesite ahí fuera.

Elijah dice que ha decidido perdonar a Ojos Grises por su bajeza, aunque no está seguro de por qué. Ojos Grises y Gilberto regresaron del ataque sin problemas. Ojos Grises volvió mucho antes de que Gilberto apareciera en nuestra trinchera cargando a Thompson sobre sus anchos y peludos hombros. También se habla de una medalla para Gilberto.

Elijah ayuda a Gilberto a escribir una carta para su mujer e hijos, relatándoles sus últimos logros. Elijah utiliza su mejor inglés de monjas para describir las heroicidades de Gilberto y la manera en que le salvó la vida al cabo. Sentados en una tienda y con la

lluvia cayendo sobre la lona, Elijah dicta y Gilberto escribe con su grande y extraña letra.

—«Mi dulce granito de uva —empieza Elijah—, hace unas pocas noches me enfrenté con la muerte y salí victorioso».

—Pero no quiero que se preocupe por mí —dice Gilberto, levantando la vista de la carta para mirar a Elijah—. Quiero que piense que estoy en un lugar seguro detrás de la línea, cocinando para los soldados hambrientos.

Elijah ignora la inquietud de Gilberto de preocupar a su mujer.

—«Con balas enemigas cayendo como la lluvia —le continúa dictando Elijah al italiano—, ataqué al enemigo y le hice huir. Desafortunadamente, mi cabo fue herido en la lucha. Estaba moribundo, y por eso lo cargué en mis anchos hombros y atravesé la peligrosa tierra de nadie hacia un lugar seguro. Dicen que van a concederme una medalla. Cuéntaselo a nuestros hijos, para que puedan estar orgullosos de su padre».

—¡Oh, esto es demasiado! —dice Gilberto, sonriendo—. ¡Mi mujer pensará que fanfarroneo y que miento!

—Te verá como el héroe que eres —le dice Elijah, dándole palmaditas en el hombro—. Sabrá que estás aquí, lejos de tus queridos viñedos, por el bien del imperio.

Los dos se ríen.

La inocencia en la mirada de Elijah y su deseo de emplear sus palabras para ayudar me recuerdan el poco tiempo que pasé en el internado de niño. Casi no me acuerdo de mi madre, la que Tía llama Conejo. Me entregó a las monjas justo cuando empezaba a poder tener recuerdos. Elijah fue el primer niño al que conocí. Se convirtió en mi único amigo. Recuerdo estar sentado en esas sillas duras, con pequeñas mesas delante. Elijah siempre se sentaba a mi lado; estaba fascinado por el niño que no sabía nada de inglés. Nos enseñaron las letras de su lengua y cómo encadenarlas para formar palabras. Nada de eso tenía sentido para mí. Elijah siempre intentaba ayudarme, susurrándome, aunque eso pudiera provocar que nos cambiaran de sitio.

Me acuerdo de una mañana en que estaba sentado a mi lado en clase, y la hermana Magdalene observaba nuestros esfuerzos por formar palabras en su lengua. Era uno de los pocos momentos en que nos dejaba decirnos algo entre susurros.

—Coges esta letra de aquí —me dijo Elijah, mientras dibujaba una *d* en un papel—, y pones esta letra detrás.

Trazó una *i*.

—Luego pones ésta —dijo, mientras dibujaba una *o*—. Entonces, si pones esta letra detrás, tienes una palabra.

Dibujó una *s*, y yo miré los extraños signos y le pregunté qué significaban.

—¡Pone «Dios», estúpido! —dijo riéndose.

La hermana Magdalene nos miraba con el ceño fruncido, en señal de aviso.

—¿Y qué es «Dios»? —le pregunté.

—Gitchi Manitú —respondió Elijah.

Eso me impresionó mucho. *Dios* es la única palabra que aún sé escribir.

—Enséñame otra —le pedí, mirando el papel delante de mí.

Elijah dibujó otra palabra. De nuevo me quedé mirándola; esta vez eran seis letras sobre el papel.

—¿Y qué significa eso? —le pregunté.

Entonces se le iluminaron los ojos, y una sonrisa se dibujó en su cara.

—Es lo que sale del culo de la hermana Magdalene —dijo con una risita.

Miré a Elijah, empezando a entender el poder de las letras y las palabras. Elijah me contagió su risa tonta, y los dos intentamos aguantárnosla, lo que sólo provocó que empezáramos a reír más fuerte. La hermana Magdalene vino hacia nosotros hecha una furia. Elijah intentó arrugar el papel, pero ella se lo arrancó de las manos.

Se quedó un rato mirándolo; sus labios eran una pequeña línea tensa. Dejamos de reír. Empezó a temblar, nos cogió de las orejas y nos sacó de la clase. Yo pensaba que me había roto la oreja. Fuera del aula, pero donde los niños pudieran verlo, partió una fina rama de un alerce y nos bajó los pantalones. Se nos veía todo. Después de obligarme a inclinarme, me pegó hasta que lloré de dolor. Siguió azotándome hasta que me desplomé hecho un ovillo y mis lágrimas caían al suelo.

Entonces le hizo lo mismo a Elijah. Le miré a la cara desde abajo, y me guiñó un ojo cuando ella empezó a pegarle. Luego me sonreía y gritaba, fingiendo dolor. Cuando realmente comenzó a

dolerle, se puso a gritar de verdad, hasta que también cayó al suelo, a mi lado.

Por si acaso, la hermana Magdalene nos pegó unas cuantas veces más mientras nos protegíamos la cabeza con los brazos en el suelo.

—¡Os quitaré el salvajismo a palos! —gritaba una y otra vez.

Nunca más, en el poco tiempo que estuve en ese lugar, se me permitió volver a usar un lápiz o un trozo de papel.

Miro a Elijah y a Gilberto reírse juntos, y siento un tirón en las tripas. Me doy cuenta de que Elijah está en otra parte, y que siente de nuevo el fuerte impulso de probar la morfina de nuevo. Ahora ya sé que es algo más que medicina. Mucho más.

Los de nuestra sección nos sentamos juntos y nos quitamos los calcetines y las botas. Nos examinamos los pies cuidadosamente, para detectar cualquier rastro de hongos. Dentro de un par de días estaremos de vuelta en nuestra línea, pero por ahora disfrutamos del clima cálido y el descanso aquí en el campo. Graves habla en voz baja con el Gordo. Me pregunto qué estará diciéndole.

Todos sabemos que Graves es el que ha visto más batallas. Es el mayor y nos saca varios años, aunque no estoy seguro de cuántos. Cuando yo era sólo un niño, él ya estaba en África luchando contra los bóers. No entiendo cómo no ha llegado a oficial, después de tantos años en el ejército, hasta que me explica que lo dejó y que volvió cuando estalló esta guerra.

—No tenía nada —dice Graves—. Mi mujer me dejó. Nunca tuvimos hijos. El salario del ejército era mejor que el de mi trabajo en la fábrica. Todos decían que en Navidad ya estaríamos de vuelta. Me acordé de cuando era joven, y de las colinas y los valles de África, de las hermosas mujeres de piel negra, de los caballos, los cañones y nuestros uniformes de color caqui. Y entonces me dije que seguro que sería mejor que lo que tenía allí en Toronto. Así que, igual que Sean Patrick, mentí sobre mi edad y cerré el trato. Este infierno —añade, mirando a nuestro alrededor— no es lo que yo firmé.

El Gordo, que es como la mascota de Graves, casi su hijo, pregunta:

—Y tú, X. Xavier Bird. ¿Cómo es que te llamas así?

He aprendido un poco de inglés en este último año, pero aún me cuesta entender al Gordo. Ya les he contado de dónde vengo y que

soy un cree de la bahía James. ¿Qué más necesitan saber? Le cuento una vez más mi historia al Gordo, la historia de mi nombre.

La próxima vez, pienso, si quieren charlar, les diré que hablen con Elijah. Hemos estado en las trincheras lo que para ellos son cinco meses, y Elijah ha matado un promedio de cinco hombres al mes. Él es Whiskeyjack *el Indio* y Whiskeyjack *el Ejecutor*.

Los otros soldados también le preguntan a veces por su nombre, y a él le gusta contarlo. Su nombre cree es Weesageechak, pero no comparte eso con los *wemistikoshiw*. Para ellos, él es Whiskeyjack. Elijah me ha dicho que la manera en que pronuncian su nombre es muy parecida a nuestra palabra larga para *bastardo*, convirtiendo su nombre en un nombre sin familia.

Weesageechak es el timador, el camaleón. Los comerciantes de la Compañía de la Bahía de Hudson no podían pronunciarlo con sus torpes lenguas. Pero percibieron al embaucador en Whiskeyjack, el arrendajo gris [7] al que le gusta escuchar su propia voz y que es lo bastante atrevido como para robar comida de sus propias manos cuando no están mirando.

Pero en este lugar, Elijah es algo más que un simple pájaro; es algo más que el resto. Más grande y, aun así, más ligero. Invisible.

Las últimas semanas en Saint-Eloi vuelven a ser tranquilas. Ya estamos a finales de agosto. Soy consciente de que no falta mucho para que nos envíen al Somme. A Elijah le encantaría que lo trasladaran ya mismo. Yo puedo esperar. Nos llegan rumores de cruentas luchas de trincheras en lugares con nombres como Trinchera Azúcar, Trinchera Caramelo e incluso Factoría Azucarera. Y a nosotros nos mantienen aquí, dice Elijah, mientras la recientemente formada Cuarta División es movilizada para hacerse cargo de Saint-Eloi.

A los de las trincheras se nos da permiso para ir al pueblo, a unos ocho kilómetros detrás de las líneas. Allí, una casita hace las veces de bar; además de tomar cerveza francesa, vino y coñac, nos gritamos entre nosotros, por encima del bullicio de los demás hombres. Los soldados llaman *estaminet* a sitios como éste. A veces vienen mujeres y los hombres hacen cola para estar con ellas, en pequeños cuartos en la parte de atrás. El propietario se da cuenta, pero parece ignorarlo. Yo lo observo todo, lo absorbo todo, pero soy demasiado tímido.

Elijah me lleva al *estaminet* siempre que puede, las semanas que estamos en esta zona. Aprendo a beber como los otros soldados y, de vez en cuando, me emborracho lo suficiente como para poder hablar libremente con ellos. He visto un par de veces a una chica por aquí, pero no es como las demás. Es tímida como yo, delgada y con el pelo largo, que lleva recogido en lo alto de la cabeza. Elijah también se fija en ella. Siento una punzada en mi interior cuando él me ve mirándola y se acerca a ella con desparpajo. Hablan durante un rato, pero no me entero de nada, con el alboroto de este lugar. Ella le sonríe y yo empiezo a sentirme muy triste.

Al cabo de un rato, Elijah vuelve a nuestra mesa.

—¿Ves a aquella de allí? —me pregunta en cree, para que los demás no lo entiendan.

Yo asiento sin mirarle.

—Es la hija del propietario. Es bonita, pero no quiero esforzarme tanto cuando me basta con pagar a una de las otras para lo que quiero.

—Cierto —respondo yo, un poco menos triste.

Miro a la chica, al otro lado de la sala, y me da la impresión de que me sonríe antes de darme la espalda e irse.

—Olvídate de ella —me dice Elijah, apartando su silla y poniéndose de pie—. Tengo algo especial para ti. Hoy invito yo.

Niego con la cabeza, pero él esboza una sonrisilla y se va a una habitación del fondo a hacer cola con los otros.

Cuando volvemos al frente, no puedo sacarme a la chica de la cabeza. Me sonrió, estoy seguro. Fumo en mi tramo de trinchera, y envío rezos con el humo para que podamos quedarnos más tiempo en este lugar.

Y nos quedamos, a pesar de los rumores de que nos llevarán más al sur. Cuando vuelven a darnos permiso, soy yo el que lleva a Elijah al *estaminet*. Camino rápido por la carretera oscura y cuando llegamos ya ha anochecido, pero el sitio aún está concurrido. Alguna vez he estado aquí con Elijah hasta el amanecer, y el hombre mayor de detrás de la barra no ha cerrado sus puertas.

Mis ojos la buscan, pero la hija del propietario no está. Mi corazón se hunde. Pido una botella de vino y me la bebo casi toda con avidez. Elijah observa y bebe conmigo. Cuando se acaba la botella, pide otra. Y luego otra. Cuando temo no ser capaz de

ponerme de pie, veo a la chica, que entra por una puerta lateral. Lleva una caja grande, que sin duda pesa mucho. Sin pensármelo dos veces, me pongo de pie, pero casi me caigo y tengo que agarrarme a una mesa. Cuando recupero el equilibrio, camino hacia ella, con más atrevimiento del que nunca pensé que tendría.

—Soy Xavier Bird —le digo cuando llego hasta ella, mientras cojo torpemente la caja, que casi se me cae.

Ella me mira con ojos asustados.

—No quiero hacerte daño —le suelto bruscamente en inglés. Me cuesta pronunciar bien—. A mí ni siquiera me gusta hacerles daño a los alemanes.

Eso suena estúpido, pero ella sonríe y asiente como si se acordara de mí.

—Entonces ¿me ayudarás? —pregunta, y yo asiento exageradamente—. Aún he de cargar muchas cajas.

Su acento no es de los que conozco, pero es hermoso. Ella es hermosa. Pongo la caja en la barra y veo que el padre me ignora por completo.

—Ven conmigo —dice.

Yo la sigo, lo más recto que puedo.

Me lleva afuera. Mantengo la mirada baja para no tener que cruzarla con las de los soldados que me observan fijamente.

La noche es fría y me ayuda a centrarme.

—¿Dónde están las otras cajas? —pregunto.

Ella se mira los pies.

—No hay más. Hay mucho ruido ahí, y quería hablar contigo.

Estoy sorprendido.

—¿Conmigo? —pregunto.

Empieza a andar, y no sé si debería seguirla. Lo hago, de todas formas. Andamos por un camino que se aleja de nuestra línea. No digo nada durante lo que parece un kilómetro.

—Tu amigo dice que te gusto —comienza.

Me sorprendo de nuevo.

—A mí no me gusta él, pero tú sí me gustas.

Me mira y luego aparta la vista. Yo no digo nada; no sé qué decir.

Empezamos a caminar otra vez y noto que me coge la mano. Mi corazón empieza a latir como si hubiera corrido mucho.

—Tengo que volver. Mi padre estará preocupado.

La miro y siento deseos de besarla.

—¿Nos vemos mañana? —pregunta.

—Sí —contesto, sin ni siquiera pensar en que tal vez deba quedarme en la línea.

Caminamos cogidos de la mano y recuerdo, entre los efluvios de la bebida y el perfume de la chica, que aún me queda otro día antes de que nos vayamos.

Cuando empezamos a oír el barullo del *estaminet* al final del camino, se para y me mira. Yo me acerco a ella y la beso. Ella me besa. Nos besamos hasta que me noto los labios secos y no sé cuánto tiempo ha pasado. Cuando la beso en el cuello deja escapar ligeros gemidos.

—¿Ya es mañana? —le pregunto.

Ella sonríe y me besa otra vez. No pretendía ser gracioso.

—He de irme —me dice—. Ven aquí mismo mañana, después de la cena.

No sé cuándo cena ella, pero no me importa esperar. Vendré a primera hora de la tarde.

—¡Tu nombre! —exclamo mientras se va.

Ella se detiene y se queda mirándome.

—No sé tu nombre —añado.

Se ríe.

—Lisette —responde, antes de darse la vuelta y seguir caminando.

Me preocupa su seguridad, con la cantidad de hombres borrachos que hay por aquí, y la sigo hasta el *estaminet*. La veo entrar por la puerta del pequeño edificio que hay al lado, sintiendo mi pecho inundado de luz. Ésa debe de ser su casa.

Por miedo a perder esa imagen suya, no entro en el *estaminet*. Paso de largo y regreso a nuestro campamento. Me alegro de que Elijah aún no haya vuelto. Me tumbo hasta que me vence el sueño, acordándome de sus ojos, de su boca, de sus manos en mi cara. Bajo el olor a barro de mi guerrera me parece percibir mínimamente su aroma.

Me despierto pronto, y la cabeza me da vueltas a causa del vino. Voy a un arroyo cerca del campamento; después de quitarme la ropa y entrar en el agua helada, me baño a conciencia para

quitarme los piojos y el barro del pelo. Me froto cuidadosamente con arena y luego, con piedras, restriego mi uniforme bajo el agua, hundiéndolo bien para intentar ahogar a los piojos. Una vez me lo puse cuando aún estaba húmedo y sentí cómo los piojos saltaban sobre mi piel en busca de calor. Me quité la guerrera y acerqué una llama a las costuras para matar a todos los que pudiese.

Cuando acabo ya es mediodía. Evito las zonas más concurridas. No tengo hambre, y ahora no me apetece estar con los otros. Debo estar con ellos cuando pasan lista, pero evito hablar. Veo que a Elijah también le duele la cabeza, y por eso no tiene ganas de preguntarme nada. Cuando nos dan permiso para irnos, salgo andando del campamento hasta que me pierden de vista. Entonces corro hacia el camino que hay detrás del *estaminet* y me siento donde me dijo Lisette.

Me quedo ahí esperando mucho rato, tanto que empieza a preocuparme que no venga. Encuentro algunas florecillas un poco mustias entre los arbustos y las cojo para ella. Me gustaría tener algo más para darle.

La noche se aproxima cuando la oigo llegar. Me pongo de pie para que me vea. Lisette camina hacia mí. Lisette. Hoy he repetido ese nombre muchas veces, me sale con facilidad.

Ella sonríe al verme y me coge de la mano. Quiero abrazarla y besarla, pero echamos a andar por el mismo sitio que anoche. Nos desviamos del camino y me lleva hasta un pequeño estanque. Entonces se detiene y se quita la ropa. Hay suficiente luz para que pueda ver lo delgada que está. Ahora pienso que debería haberle traído la comida que me ha sobrado hoy. Se tumba de espaldas en la hierba y empieza a temblar un poco. Yo también me quito la ropa y le pongo mi guerrera encima, preocupado porque algún piojo pueda trepar por ella.

Lisette sonríe, nos abrazamos y sentimos nuestro calor. Estoy erecto contra su barriga. Me la coge con la mano, y no puedo evitar el sonido que sale de mi garganta. Yo le pongo la mano entre las piernas. Nos besamos profundamente; antes de que me dé cuenta, ella está encima de mí, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta.

Empieza a gritar, y a mí me preocupa que puedan oírla. Le pongo la mano en la boca y me muerde entre el índice y el pulgar. Deja caer la cabeza hacia adelante, su pelo se interpone entre

nosotros y me hace cosquillas en el pecho. No puedo aguantar así mucho rato, de manera que le doy la vuelta cariñosamente y me pongo encima. Empujo más hacia dentro y los dos gemimos. Quiero estar así mucho tiempo y no tener que volver al frente, pero Lisette me coge por la cintura y me atrae hacia sí tan ávidamente que siento que resbalo y me deslizo como una canoa por rápidos, hasta que los dos nos precipitamos, los árboles y las rocas vuelan a nuestro alrededor, y nos alcanza una ola cálida y blanca que nos engulle a los dos, hundiéndome en una bella oscuridad de la que he de emerger. Salgo a la superficie para coger aire, y entonces la miro. Los dos estamos húmedos. Lisette brilla bajo la luna creciente.

Durante un rato permanecemos abrazados, sin decir nada. Cuando notamos el frío de la noche, la tapo con nuestras ropas y nos besamos otra vez, más lentamente. Me quedo mirando a esta chica preciosa, y ella toma mi cabeza entre las manos. Cuando la siento tan cerca, me inclino hacia ella y beso sus pequeños pechos, los chupo hasta que empieza a temblar y, sin darme cuenta de que soy yo el que lo provoca, me muevo más rápido hasta que los dos juntos temblamos de nuevo.

—Ahora he de volver —dice Lisette poco después, vistiéndose apresuradamente—. Tengo mucho trabajo que hacer para mi padre.

—¿Puedo acompañarte? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—Tendría problemas si alguien nos viera.

Quiero pedirle que volvamos a vernos, pero ella se agacha y me besa. Luego se va. Yo me quedo tumbado bajo la luz de la luna, pensando en qué podría hacer para verla de nuevo.

Dos días después nos movilizan. Marchamos hacia los trenes, donde nos apiñan como si fuéramos ganado y avanzamos lentamente hacia ese lugar donde se libra una batalla brutal. Estoy callado y triste durante todo el viaje. La razón es obvia, pero Elijah sabe que debe dejarme sufrir.

—El tiempo lo cura todo —me dice, pero yo no le contesto.

Detrás de las líneas nos dan ropa nueva y abrigos de invierno. Vuelven a despiojarnos, aunque a la mañana siguiente ya estamos infestados de nuevo. A los canadienses, la comandancia nos envía rifles nuevos, los Lee-Entfield británicos.

Los rifles Ross se encasquillan en el peor momento y causan la

muerte de muchos canadienses en el fragor de la batalla. Eso también es culpa de los comandantes: abastecen a las tropas canadienses de munición británica y, como es un poquito más grande que la nuestra, se encasquilla en los rifles cuando disparamos repetidamente. Yo me quedo con el Máuser del tirador alemán y Elijah prefiere quedarse con su Ross, que es mucho mejor para un francotirador que un Entfield.

Las tropas se abalanzan sobre su nuevo equipamiento, en especial sobre los rifles, y también sobre las municiones. Ojos Grises ha encontrado una caja llena de jeringuillas de morfina. Yo desmonto cuidadosamente mi nuevo Máuser y vuelvo a montarlo, y vamos con Elijah a un campo de tiro improvisado para recalibrar nuestros respectivos rifles. No es fácil hacerse con munición para el Máuser, por lo que procuro no malgastarla, pero Elijah me promete hacer una incursión con el único objetivo de conseguir más. Es un arma excelente y muy precisa, más ligera que el rifle de Elijah. Tiene un magnífico visor telescópico, se puede examinar una hoja a cincuenta metros. Rechazo educadamente todo lo que me ofrece Elijah a cambio del fusil.

Establecemos nuestro campamento en un lugar llamado The Brickfields, en la parte de atrás del Somme. Es un paraje deprimente y lleno de escombros en el que cavamos como ratas agujeros donde dormir. Nos mezclamos con varios que, como nosotros, aguardan su turno para avanzar y hacerse un hueco en las trincheras de delante. En la cola hay británicos, canadienses, franceses con largos mostachos y uniformes azules, e incluso australianos con sombreros de camuflaje y escoceses con sus típicos *kilts*. Algunos se acercan y hablan con nosotros, y sólo entonces empiezo a darme cuenta de que nos estamos forjando una gran reputación como tiradores y rastreadores. Elijah se presenta voluntario para la mayoría de equipos de ataque y es lógico que aquí su fama le preceda. Gilberto, Ojos Grises, el Gordo, Graves e incluso McCaan resoplan un poco cuando perfectos desconocidos se acercan a nuestra sección para darnos la mano y ofrecernos cigarrillos.

La única vista que no es deprimente en The Brickfields es el cielo. Aunque bajo él todo esté destrozado, los pájaros continúan volando como si nada hubiera cambiado. Elijah y yo nos tumbamos

a contemplarlos cuando tenemos un rato libre después de hacer guardia o de practicar. Bandadas de gorriones descienden en picado y se persiguen interminablemente.

Hace poco más de un año, Elijah y yo éramos soldados muy diferentes de los que somos ahora. Pero Elijah aún es atrevido y locuaz. Aún quiere volar.

Me habla de cuando cogimos el tren en esa ciudad en la que nos habíamos comprado la ropa. Era la primera vez que íbamos en tren. Yo tenía el estómago revuelto con el balanceo, y estaba sorprendido y asustado de lo rápido que pasaban los árboles y los riachuelos por nuestro lado. Íbamos al sur. Nada más subir, un hombre con uniforme nos dijo:

—Nada de indios en este vagón.

Entonces nos señaló el pasillo y añadió:

—Vuestro sitio es cuatro vagones más atrás.

Recuerdo que Elijah se volvió hacia mí para explicármelo en cree, aunque yo lo había entendido. Agarramos nuestros fardos y anduvimos a través de la riada de gente que nos ignoraba. Fuimos abriéndonos camino, vagón tras vagón.

En el vagón que nos corresponde, la cosa cambia. Hay algunos indios sentados, mirando por las ventanas, y ni siquiera nos miran cuando andamos por el pasillo. Los asientos son de madera, incomodísimos, y llega el fuerte olor de los animales que hay en el siguiente vagón.

Nos decidimos por un banco, nos sentamos y dejamos los fardos a nuestros pies. Elijah no está pensando en que nos han echado del vagón bueno. Para él, viajar en tren es como volar. Pero se da cuenta de que estoy enfadado.

—¿No hemos pagado lo mismo por nuestros billetes que los *wemistikoshiw*? —pregunto, furioso—. ¿No llevamos ropa tan buena como la de ellos?

En otra situación, Elijah se hubiera metido conmigo más de lo que lo hace a continuación.

—¡Mira tus mocasines! —me dice, señalándolos—. ¡No sólo están rotos, sino que apestan! Por eso nos han enviado aquí junto con los indios de los bosques.

A nuestro alrededor, algunos de los mayores se ríen al oír sus palabras.

Al poco rato, Elijah me dice que no piensa que esto sea nada parecido a volar. El tren cruje y da bandazos. Es más parecido a ir montado sobre una vaca enferma que sobre un águila. Creo que debo de estar un poco más pálido a causa del vaivén. Los demás lo están. Algunos miran al suelo, con los brazos cruzados sobre el vientre. Otros tienen un sueño agitado. Elijah está impresionado por lo que ve pasar por la ventanilla: los árboles son como manchas verdes y los arroyos centellean súbitamente antes de desaparecer de su vista. Se pone de pie para sentir cómo se desplaza sin mover los pies. Eso ya es más parecido a volar. Camina a lo largo del vagón con los brazos abiertos, mirando por la ventana. Sé que se imagina ingrávido.

—¡Xavier! —grita Elijah—. ¡Haz esto!

Se abalanza sobre mí graznando, girando al llegar a la puerta para hacerlo de nuevo.

—Idiota —le digo—. Me estás avergonzando.

Elijah pasa volando a mi lado y caga una boñiga imaginaria. Se da cuenta de que los otros indios tienen los ojos clavados en él.

—¿Qué? —exclama—. ¿Nunca habéis visto a un águila pescadora?

Dos niñas y un niño se ríen de él. Elijah les guiña un ojo. Su madre es una bonita joven. Elijah gana altitud con unos pocos aleteos. El tren gira bruscamente en una curva y Elijah se precipita contra un banco en el que hay un anciano durmiendo. El hombre abre los ojos.

—Los *whiskeyjack* deberían volar mejor —dice. Elijah se queda mirándolo.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—No lo sé —responde el hombre—. Estaba soñando con una bandada de *whisheyjack* **[8]**.

Parece confundido.

—Estaban picoteando algo muerto.

Elijah se pone de pie y viene hacia mí.

—¿Qué te ha dicho? —pregunto.

—Sabía mi nombre. Dice que estaba soñando con urracas.

—Es una señal —le digo.

—Todo es una señal para ti —me responde, mirando por la ventana—. Mira, allí sí hay una señal —me dice, apuntando al

exterior—. Pone «Río Abitibi», pero tú no sabrías lo que pone porque eres un salvaje.

Lo miro, y luego aparto la vista.

Pasamos a unos treinta metros por encima de un ancho río. Nuestros estómagos se agitan como si estuviéramos cayendo. Contemplamos el río que corre hacia el norte, hacia nuestro hogar, y por un momento sé que Elijah se siente tan triste como yo.

—Mira esa isla —me dice Elijah, señalando un banco de arena en el río, donde crecen unos pocos árboles—. Es como la isla en la que pasamos la noche cuando conseguimos escapar del incendio aquella vez.

Se queda mirando el agua oscura, y luego la franja más clara de arena y barro. Sé que echará de menos este sitio; él se da cuenta ahora. Pero no se permitirá pensar en eso. Con la misma rapidez con la que nos topamos con el río, lo dejamos atrás.

Mamishihiwewin
Traición

El segundo día de nuestro viaje en canoa me levanto muy temprano y descubro que Sobrino ha dormido al raso otra vez, al lado del fuego. La mañana es fría, así que pongo más leña en el fuego. Preparo un poco de té de alerce y me siento junto a Sobrino. Empiezo a hablarle aunque tenga los ojos cerrados y tal vez no me oiga. Mis palabras llegarán hasta él de alguna manera.

Escucha con atención, Sobrino. Mi francés volvió a visitarme con frecuencia en aquellos primeros meses de nuestra relación. Yo me trasladé a mi morada de verano cuando llegó la estación, después de hacerle saber dónde podría encontrarme. También me visitó allí y, como los ríos cuando se deshielan, algo se rompió en mi interior y me desbordó. A partir de entonces, yo sólo deseaba tenerlo a él.

Has de saber, Sobrino, que en este mundo de penurias debemos aprovechar lo que se nos ofrece. Mi francés y yo éramos voraces y nos consumíamos mutuamente, tanto que siempre estábamos doloridos de la forma más placentera. Hablábamos poco, pero a lo largo del verano aprendimos algo de la lengua del otro. Nuestra comunicación era física. Nos amábamos apoyados en los árboles, en la orilla del río, y en el agua si estaba tibia. Fue un buen verano. Yo solía visitar a mi madre y ella notaba la diferencia, sabía lo que yo estaba descubriendo. Me hacía beber té amargo para que no me quedara embarazada y me advertía con una mirada de que tuviera cuidado con ése, porque no podíamos fiarnos de los *wemistikoshiw*. Yo la ignoraba, rebosante de él, desbordada por él.

El otoño nos obligó a alejarnos el uno del otro. Él iba a cazar alces para venderlos en su ciudad en invierno; yo tenía otras razones. Tuve de nuevo el presentimiento que me advertía de

dificultades futuras. Fui sola al bosque para descifrarlo y para volver a poner de pie la tienda que se agita, que se había caído y llenado de musgo.

Durante días, intenté convocar a las almas de los animales a mi tienda, pero parecía que los hubiera ofendido. Estuve allí sentada durante horas, rezando y meciéndome, quemando hierba aromática y escudriñando la oscuridad, con la esperanza de que algo me fuera mostrado. Lo primero que pensé fue que, al haber perdido mi infancia, de alguna forma había perdido también el poder de ver el futuro. O tal vez era porque había escogido a un *wemistikoshiw* como pareja. Me di cuenta de que así era como le veía, como mi pareja.

Llegué a la conclusión de que no podía tener la mente en dos sitios. Y lo escogí a él. Yo era joven, y las emociones tiran de los jóvenes como las mareas árticas arrastran las canoas de los pescadores de la bahía hacia mar abierto, donde se pierden para siempre. Salí de mi tienda que se agita sin ninguna respuesta sobre el porvenir, y esa ignorancia era una extraña liberación. El hecho de no ser la que adivinaba las respuestas era como quitarme un peso de encima. Podía ser simplemente una chica normal, y pasar por los dulces sufrimientos que correspondían a mi edad. Aún me turbaba la desagradable sensación de peligro, pero la aparté a un lado, pensando en él.

El invierno cayó sobre nosotros de nuevo. Yo ya tenía mi propia morada, tras haberme asegurado de que mi madre estaba en buenas manos, viviendo con otro *awawatuk*. El francés venía a menudo y nos manteníamos calientes incluso en las noches más frías, pero, a medida que la primavera iba acercándose, su humor iba cambiando. Ya no sonreía tanto y me visitaba menos. Y cuando venía no me amaba tanto como antes. Me parecía percibir en él el olor de otra mujer, pero el aroma nunca era el mismo, por lo que aparté de mí esos pensamientos.

En la época en que la nieve empezaba a fundirse durante el día y formaba una dura capa de hielo por la noche, un *awawatuk* del clan de las martas vino a mí para pedirme un favor. Cuando oí al hombre acercarse con sus raquetas de nieve supe que venía a pedirme algo y que eso iniciaría una cadena de sucesos que no podría detener.

El francés estaba conmigo; habíamos preparado té en mi refugio. Cuando oímos el ruido de las raquetas de nieve, nos quedamos en silencio. Un visitante en invierno es algo raro, y no siempre bienvenido. Una visita invernal a menudo significa infortunio. Le hice una seña a mi hombre para que se sentara y esperara, mientras yo salía a ver quién había venido. Ya en el exterior, reconocí su cara. Era un viejo cazador, popular por ser uno de los últimos grandes tramperos. Su mirada confirmaba lo que yo ya intuía, y supe que lo que había tratado de alejar de mí había vuelto como una tempestad de nieve.

Después de un saludo formal, me dijo que había conocido a mi padre y que lo respetaba mucho, que sabía que era su hija y que había heredado su don. Me explicó que los de su clan pasaban hambre y no tenían suerte a la hora de encontrar comida. Quería que le hiciera una adivinación, y había traído con él un omóplato de alce.

No tenía elección. Me di la vuelta, entré en mi refugio y le dije al francés que debía irse. No discutió, sino que empezó a hacer su equipaje. Aunque no podía entender qué era lo que el anciano estaba pidiéndome, comprendió de pronto que yo no era simplemente una chica joven que vivía sola en el bosque. Vivía sola por una razón. Tenía un don que otros querían y necesitaban. Me dio miedo lo arisco que se volvió de pronto, el modo en que dejó de hablarme.

Antes de que se fuera, le susurré que no era culpa suya, sino que necesitaba estar sola para hacer lo que debía. Le pedí que regresara pronto, pero no dijo nada. Salió del refugio, dejando sólo el olor de su ira en el ambiente.

Salí del refugio después de él, y vi la cara de sorpresa del trampero ante el *wemistikoshiw*, una expresión que disimuló rápidamente, aparentando indiferencia. Cuando el francés desapareció entre la maleza, le abrí la puerta al viejo *awawatuk* y comencé a preparar el fuego.

Con la llegada de la primavera y de las moscas, la vida volvió a ser más fácil. Pero mi francés no aparecía. A principios de verano empecé a preguntarme qué habría pasado, y pasaba largas noches inventando historias. Se habría lastimado y estaba tumbado boca abajo en una cama de aquella ciudad, pensando en mí. O estaba

bien, pero esperaba tozuda y pacientemente a que yo fuera a verle y le pidiera perdón por haberlo tratado tan bruscamente aquella mañana de finales de invierno. En mis peores días, lo imaginaba con otras mujeres.

Iba a visitar a mi madre y pasábamos muchas horas pescando, sin hablar mucho. Era un silencio cómodo. Sabía que ella estaba al corriente de que un *awawatuk* me había visitado en tiempos de crisis y que había hecho lo que tenía que hacer. También notaba que yo estaba sola de nuevo y que mi sufrimiento por el francés no se desvanecía. Finalmente, mi madre rompió el silencio.

—Yo nunca me hubiera casado con tu padre si no hubiera ido a buscarlo —dijo—. Fui a cazarlo como se caza un oso. Me enteré de dónde vivía y fui a visitarle.

Esa historia me hizo esbozar lo que me pareció mi primera sonrisa en meses. Por primera vez desde hacía mucho tiempo me sentía segura sobre cuál debía ser mi siguiente paso.

Hacia finales de verano, empaqueté algo de ropa y raciones para unos pocos días y me fui de mi hogar en el río. Empecé a remar hacia ese lugar al que me había prometido no volver. Pasé dos noches sola en el río. Hacía fuego en la orilla y me quedaba contemplando el cielo, que tardaba horas en oscurecerse del todo.

Algo en mi interior protestaba por lo que estaba haciendo. Conté estrellas fugaces como si volviera a ser una niña. Cada vez que predecía la aparición de una estela de luz que cruzaba el cielo justo antes de verla, me decía que debía regresar antes de que fuera demasiado tarde. Pero no lo hice. Cuando volví a notar el hedor a basura podrida de esa ciudad, me sentí transportada a ese día de muchos años atrás en que había tenido que ir allí con mi madre y mi hermana pequeña.

Hacia mediodía, dejé la canoa varada cerca de la ciudad. Para cuando pude reunir el coraje necesario para volver a ese sitio y ponerme a buscarlo, ya estaba poniéndose el sol. Fui primero a la zona india de Moose Factory, esperando ver caras conocidas. Reconocí muchas de cuando era niña y de cuando estuve en el internado, pero sentí inmediatamente que había un muro invisible, imposible de traspasar, entre los indios domesticados de esta ciudad de blancos y yo. Vestía a la vieja usanza, con un estilo que sólo algunos de los más ancianos conocían, ropa hecha en su mayor

parte con pieles de animales.

Pero ésa era sólo la diferencia más evidente. Aquí los indios parecían satisfechos, colmados de comida y bebida, satisfechos como los hombres blancos. Casi sentía envidia mientras caminaba entre ellos, con todas las miradas clavadas en mí. Me parecía haber pasado hambre durante años. Era más menuda que ellos, porque raramente había podido comer hasta llenarme. Pero, al ver las familias que charlaban, los amigos que se reían y los niños que corrían y gritaban, comprendí que de lo que había estado hambrienta era de la compañía de otros, de otros como yo. Entonces me di cuenta de que ya no había otros como yo, y las piernas empezaron a temblarme tan violentamente en medio de la carretera de polvo, rodeada de gente como estaba, que pensé que iba a caerme allí mismo.

Los padres llamaban a sus hijos cuando me acercaba, y los viejos indios conversos se santiguaban y cerraban sus puertas cuando pasaba. Los más jóvenes me señalaban y se quedaban mirándome cuando creían que no los veía. El talento de los cree que rivaliza con su habilidad para la caza es su capacidad de chismorreo.

Cuando el peso de sus miradas se me hizo insoportable, busqué el camino más rápido para salir de esa parte de la ciudad. Ya cerca de las afueras, una mujer con la cara redonda y arrugada como una manzana seca me hizo una seña con un dedo largo y huesudo.

—*Ashtum* —susurró—. Ven aquí.

Me acerqué y ella me abrió la puerta.

—Eres tú —me dijo al entrar, sonriéndome con su boca desdentada.

Su pequeña cabaña olía a piel curtida y a buena comida. Me hizo sentar a la mesa y me trajo un cuenco de estofado.

—Ahora come, ya hablaremos luego.

Mientras yo comía, ella me miraba fijamente; no mostraba ni un ápice de la cortés convención de apartar la mirada.

—Tienes que ir con cuidado por aquí —me dijo—, o te pasará lo mismo que a tu padre.

La miré fijamente, sorprendida por sus atrevidas palabras.

—Los indios de por aquí lo saben, no puedes impedir que se corra la voz. A algunos de ellos les parece bien que las antiguas tradiciones sigan vivas en el bosque. Pero a muchos de esos indios

cristianos no les gusta.

Le agradecí con un gesto la advertencia.

—¿Lo sabe algún *wemistikoshiw*? ¿Debería irme?

—No lo sé —contestó ella—. No creo. Pero comprobarás lo que saben en cuanto los veas. No se les da bien disimular lo que piensan.

Entonces se rió, y yo también. Me sentí bien.

—Cuéntame más, *kookum* [9] —le dije después de un rato.

Me trajo té y empecé a sorberlo, esperando que hablara.

—Se dice que un trampero *wemistikoshiw* se te estaba follando —me dijo con una sonrisa—. Pero no es un rumor del que esté segura, porque proviene de ellos.

Inmediatamente, se me borró la sonrisa de la cara.

—¿Eso dicen? —pregunté.

Me miró.

—Entonces, ¡es verdad! —exclamó.

No respondí; no hacía falta.

—Ten cuidado con ése, dicen que tiene una afición por la piel roja que no puede satisfacer. Por aquí hay unos cuantos niños, medio indios y medio franceses, que se niega a reconocer.

Asentí otra vez en señal de agradecimiento.

—Éste no es lugar para ti, pequeña. Tú eres una *hookimaw*, de una familia importante. No puedes atrapar la felicidad. Eres una cazadora de *windigos* —dijo, como si estuviera transmitiendo una tradición.

Se levantó y fue hacia un baúl, al lado de su cama. Revolvió en él un rato y regresó con un puñado de prendas. Las sostuvo una por una para que las viera bien. Era ropa de mujer *wemistikoshiw*: una falda larga de algodón, una blusa blanca también de algodón y un pañuelo de colores vivos para la cabeza.

—Ponte esto —me dijo.

Negué con la cabeza.

—Tienes que ponértelo para integrarte. Esas ropas te convierten en un objetivo. Pareces un animal del bosque que se ha acercado demasiado.

Cogí la ropa y le di las gracias, antes de dirigirme hacia la puerta. Sentía su mirada en la espalda mientras caminaba de regreso a mi canoa.

Esa noche acampé cerca de allí, desconcertada porque mi mundo no fuera tan secreto como creía o, más bien, como hubiera querido que fuese. ¡Lo sabían todo! Cada hora que pasaba crecía mi enfado y, al amanecer, un plan había tomado forma en mi mente. Estuve mucho rato bañándome en el río, restregándome el pelo para que brillara y frotándome con la fina arena del fondo, hasta que mi piel adquirió un tono rosado. Me puse la ropa que la abuela me había dado y me recogí el pelo cuidadosamente en dos coletas. Hacia el mediodía, volví caminando a la ciudad, sonriendo. Parecía una mujer diferente, una india tímida y hogareña.

Fui en dirección al campanario de la iglesia, hacia el internado, impávido y blanco como la cara de un niño tonto. No entraba en mis planes ir allí, pero de pronto me asaltó la idea de ver a Conejo —tu madre, Xavier—. Me quedé a cierta distancia y esperé a que las monjas dejaran salir a los niños por la tarde para jugar. Miraba con atención el grupo de las chicas mayores, porque mi hermana tendría ahora quince inviernos, pero no la vi. Me quedé allí, observándolas, hasta que las monjas las hicieron entrar.

Nadie me miró mientras caminaba por la zona *wemistikoshiw* de Moose Factory. Los consejos de la anciana sobre mi vestimenta habían sido acertados. Toda esta gente parecía estar demasiado ocupada hablando o yendo de un lado para otro. La mayoría de ellos parecían tener mucha prisa y caminaban rápidamente con la cabeza gacha. Nadie se fijó en mí, lo que me infundió cierta confianza. Seguí andando por la polvorienta calle principal, contemplando los pequeños comercios, los establos, la carnicería y la taberna.

Fue en la taberna donde finalmente lo vi, comiendo con otro hombre en una mesa cerca de la ventana. Había sido un día muy largo, y de pronto tomé conciencia del hambre que tenía. Me aparté un poco de la ventana, deseando que se marchara el individuo que estaba con él. Ver a mi trampero de nuevo me devolvió esa emoción en el estómago, ese dolor de barriga. Para mi regocijo, el hombre que estaba sentado a su lado cogió su sombrero, se puso de pie y se fue. Después de esperar fuera cuanto pude, entré.

Cuando me vio, no pareció reconocerme. Creyó que sólo era otra mujer cree, y en ese instante me di cuenta de que todo lo que la anciana me había dicho de él era cierto. Pero cuando me sonrió con

sus blancos dientes y sus colmillos puntiagudos como los de un lobo, dejó de importarme. Lo hubiera cogido, me lo hubiera llevado al bosque y lo hubiera retenido allí, hasta que nunca más hubiera deseado volver a este lugar de humanos.

—Niska —me susurró, sonriéndome.

Se puso de pie, se acercó y me abrazó.

Sentí todos los ojos clavados en mí y me aparté de él. Durante un segundo, sus ojos se encendieron con una chispa de ira y luego me miraron de una forma que no supe interpretar.

Me hizo una seña para que me sentara con él, llamó a alguien que trabajaba allí y le dijo algo en francés que no entendí. Después me miró, con las manos cruzadas encima de la mesa. Empezó a hablar lentamente en su lengua, clavando sus ojos en los míos.

—Te he echado de menos —dijo, acercando una mano a las mías.

Yo me limité a sostenerle la mirada.

—Te he echado de menos aquí —dijo, mientras se llevaba la mano al pecho—, y aquí. —Fue moviendo la mano hasta llegar a la entrepierna, justo por debajo del borde de la mesa. Sonrió, y yo hice todo lo posible por no devolverle la sonrisa. El hombre con el que había hablado antes volvió, puso dos vasos llenos de líquido amarillo delante de nosotros y se fue.

Él levantó su vaso hacia mí y volvió a sonreír, esperando que yo también alzara el vaso. Sabía lo que estaba ofreciéndome, pero no me importó. Ya no podía soportar el peso de los últimos días, y al tomar el primer sorbo me di cuenta de que podría ser una manera de alejarlos de mí durante un rato. La bebida tenía un regusto amargo, como el del pan de cebada viejo, y el sabor permaneció en mi boca un buen rato. Yo lo miraba mientras se llevaba el vaso a los labios y bebía tan ávidamente que el bulto de su garganta rebotaba. Puso su vaso casi vacío sobre la mesa y, mirándome, se restregó el dorso de la mano por la boca. Lo interpreté como un reto y cogí mi vaso, bebiendo de él tan rápido como pude. Casi me dan arcadas, pero me sobrepuse y le sonreí. Él le hizo una seña con el brazo al hombre para que trajera más.

Por la ventana se veía cómo iba oscureciendo. Al principio, miraba los colores cambiantes del cielo como una niña embelesada, pero a medida que bebíamos iba invadiéndome la tristeza, hasta

que desapareció el último rayo de luz y el camarero empezó a poner velas en todas las mesas.

—Se acabó —le dije.

Me puse de pie y eché a andar torpemente. Me sentía las piernas como las de un ternero recién nacido, flojas y largas, por lo que tuve que agarrarme al marco de la puerta para cruzar el umbral. Comencé a caminar por el camino de tierra, intentando averiguar si iba en la dirección correcta. El cielo nocturno empezó a rozar sobre mí. No sabía si él me estaba siguiendo. De hecho, no me importaba. Notar el aire frío en la cara me hizo sentir mejor.

Ignoro si fui yo misma o alguna otra fuerza lo que me condujo de nuevo a la escuela, al lado del puntiagudo extremo de la iglesia; sólo sé que de repente me encontraba en el mismo sitio en el que había buscado a Conejo por la mañana. Empecé a decir su nombre, al principio en voz baja, y cuando la única respuesta que recibí fue el canto de los grillos, comencé a gritar. La llamé una y otra vez. Quería que viniera a mi encuentro, que me reconfortara, que me llevara de vuelta con nuestra madre. Con nuestro padre. Sentí unas manos en los hombros y me di la vuelta, pero no era mi hermana, sino él. Me hizo un gesto para que me callara, susurrando advertencias mientras miraba a su alrededor frenéticamente.

—*Ashtum* —dijo en mi lengua—. Ven conmigo.

Me cogió de la mano y me llevó hacia la iglesia. Cuando comprendí que pretendía hacerme entrar, me resistí.

—*Mo-na* —le dije—. No me lleves allí.

—Aquí estamos a salvo —dijo—. Es un lugar sagrado. Un lugar para hablar con el Padre.

Abrió la gran puerta, lo seguí, y él la cerró detrás de él. Un olor colmaba el aire; como de cedro, pero más fuerte. Él enfiló la nave central, yo iba detrás pasando la mano por la fila de bancos, en los que podía apoyarme un poco. Se paró junto a la mesa que había enfrente de los bancos, sobre una tarima de madera.

—Aquí es donde un hombre posee a una mujer para que sea suya para siempre —me dijo, mientras me cogía y me besaba.

Empecé a preguntarme si me sentía bien cuando me besaba, pero aparté ese pensamiento y dejé que mi lengua tocara la suya.

—Éste es un lugar bueno, un lugar sagrado —me susurró mientras me mordía ligeramente la oreja—. Tú eres una india

sagrada, ¿no? —murmuró—. Los otros indios dicen que eres sagrada, y muy poderosa.

Se apoyó con fuerza contra mi cuerpo. Sentía su dureza. En vez de contestarle, apreté mis labios contra los suyos.

—¿Quieres que sea tuya? —le pregunté lo mejor que pude en su lengua.

Él sonrió y asintió.

—¿Éste es el lugar? —pregunté, mirándolo fijamente.

Él volvió a sonreír y a asentir. Le besé.

—¿Nosotros? —le pregunté.

Se rió, me cogió en brazos y me sentó sobre la mesa. Me subió el vestido de algodón, metió la cabeza entre mis piernas y me besó allí, con la lengua. Yo le tocaba el pelo y, cuando no pude más, tomé su cabeza entre las manos, acerqué su boca a la mía y le besé profundamente. Forcejeó con su cinturón, y a continuación sentí que me penetraba. Grité. Empezó a jadear y nos balanceamos, y lo sentí tenso en mi interior demasiado rápido, demasiado pronto. Lo estreché entre las piernas para que siguiera dentro de mí, pero me apartó. Me tumbé en la mesa y le miré; la cabeza me daba vueltas. Él se reía.

—Te he follado en la iglesia —dijo, sonriendo.

Yo le devolví la sonrisa.

—Me he follado a la india salvaje que hay dentro de ti, en esta iglesia —dijo, y esta vez su sonrisa no era de alegría—. Te he quitado tu *ahcahk* —me dijo, serio—. ¿Entiendes? Te he jodido el *ahcahk*, tu espíritu. ¿Puedes entender eso?

Se quedó mirándome, con los ojos tan abiertos que empezó a dolerme el estómago. Lo aparté de mí con las piernas y me cubrí.

—Demasiado tarde —dijo—. Ya no eres nada especial, sólo una india puta. Te he robado tu poder en este lugar y lo he mandado al infierno, donde debe estar.

De pronto sentí que se me revolvían las tripas y supe que tenía que salir de allí. El intenso olor a cedro me mareaba y me entraron ganas de vomitar. Me puse de pie y, aunque me temblaban las piernas, corrí hacia la puerta. Ese momento se me hizo eterno, pero finalmente llegué y la abrí; el contenido de mi estómago se precipitó sobre los escalones. Caí de rodillas, y oí sus botas aproximándose. Llevé la mano hacia el cuchillo de mi cinturón,

pero me percaté de que no lo había cogido al vestirme con esas ropas blancas. Luché por incorporarme y corrí lo más rápido que pude hacia el río, con la sensación de que me atraparía en cualquier momento.

Pude llegar hasta el río; la cabeza me martilleaba y tenía los labios secos y cortados. Todo daba vueltas a mi alrededor. Miré hacia atrás para ver si me seguía, pero lo único que vi en la oscuridad fue el edificio de la escuela sobre la colina que daba al río y la torre elevada de la iglesia, que se elevaba hacia el cielo nocturno. Me agaché y empecé a llorar, temiendo que su magia hubiera matado el fuego de mi familia en mi interior, y fue entonces cuando comprendí que era una especie de brujo que me había robado mi poder.

Mi ropa apestaba a tabaco, a bebida y especialmente a él. Sentía la cabeza a punto de estallar. Me puse de pie, me arranqué toda la ropa y la tiré al río. Me quedé completamente desnuda, bajo la luna, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta. Un aullido como de animal herido me oprimía la garganta.

Me puse a cuatro patas y bebí ávidamente del río, para calmar mi ardiente garganta y mi cabeza. Luego me puse de pie, temblando, y eché a correr por la orilla, sin importarme los arbustos que me arañaban las caderas, las rocas afiladas en las plantas de los pies o las ramas bajas de los árboles. Corrí hasta que llegué a mi campamento y a mi canoa, todo lo rápido que pude, como si al hacerlo pudiera recuperar lo que había perdido.

No esperé a que amaneciera; subí a la canoa y empecé a remar inmediatamente, y no paré hasta llegar a casa, después de haber jurado mil veces que nunca volvería a aquel lugar. El temor a que realmente me hubiera quitado mi poder me persiguió durante todo el viaje por el río.

En cuanto apoyé la cabeza sobre el suelo de mi refugio, caí en un profundo sueño. Cuando desperté, supe lo que debía hacer. Escogí con cuidado algunas piedras del lecho del río y las puse a calentar en un fuego durante un día entero, mientras levantaba con esmero una tienda, según las instrucciones que me había dado mi padre. Una y otra vez abría el faldón de la tienda, me arrastraba adentro y echaba más agua sobre las rocas hasta que sentí que iban a empezar a arderme los pulmones. Recé con todas mis fuerzas

pidiendo purificación hasta que el dolor se volvió éxtasis, y cuando acabé la última ronda me arrastré fuera de la tienda y me derrumbé en el frío suelo. El mundo a mi alrededor volvía a ser un lugar limpio y puro.

Cuando oía en mi mente la voz del francés, volvía a tener miedo y rabia, lo que significaba que debía demostrarme a mí misma que aún tenía poder. Construí una tienda que se agita y me puse a rezar dentro. Al poco rato acudieron los espíritus. Mi tienda se llenó de luz, como si hubieran entrado mil luciérnagas. Empezaron a llegar los espíritus de los animales: el del oso, el alce, el zorro, el lobo, el esturión…, todos rodeando mi dolor como insectos nocturnos sobrevolando un fuego. Fue el lince el que vino a mí con más intensidad; su gruñido hinchaba las paredes de mi tienda como un fuerte viento intentando escapar. Le pedí al lince un favor que me haría cambiar para siempre. Le rogué que se fuera, que encontrara la causa de mi dolor y que acabara con ella. En el mismo instante en que susurré mi petición, se hizo el silencio en mi tienda y la luz de los espíritus de los animales se desvaneció. Me quedé tumbada, sola y tiritando bajo la oscuridad.

Intenté no pensar más en esa noche. Una sensación de paz me sobrevino cuando empecé a prepararme para otro invierno a solas en el bosque.

Justo después de la primera helada, mi madre vino a verme. Su visita me sorprendió, porque creía que sus épocas viajeras habían acabado, pero me alegré mucho de verla. Puse a hervir agua para el té y calenté un poco de carne de alce. Nos quedamos sentadas un rato, cómodas la una con la otra. Comimos y hablamos de nimiedades, y cuando empezó a oscurecer me contó que había oído que el francés se había vuelto loco en la ciudad y que corría de un lado a otro intentando librarse de demonios que lo perseguían. Me miró esperando alguna reacción, pero no hubo ninguna por mi parte. Retomó la historia y me dijo que, como no encontraba manera de librarse de ellos, fue corriendo hasta la última planta del hotel de la calle principal y se tiró por una ventana. El mismo sacerdote que me había llevado al internado años atrás consideró que la muerte del francés era un suicidio y se negó a darle cristiana sepultura.

Después de esa historia, me quedé contemplando el fuego

durante largo rato, incapaz de mirarla.

Mistatimwak
Caballos

Si he de inyectarme de una vez toda la medicina que me queda para acabar con mi dolor para siempre, tendré que hacerlo pronto. Sólo me queda para unas pocas jeringuillas y no sé qué voy a hacer cuando se me acabe. Tía ha estado remando hacia el norte toda la mañana, paleando rítmicamente, a ratos tarareando canciones, a ratos contando historias de su juventud. Mi cuerpo reclama la medicina con tanta intensidad que he decidido dejar de disimular.

Allí mismo, en la canoa, saco la aguja y la tira de cuero de mi fardo, preparo mi amoratado brazo y me inyecto un poco directamente en la vena, lo suficiente para eliminar lo peor del dolor. Noto los ojos de Tía clavados en mí y su mirada me hace sentir como un criminal patético, aun sabiendo que no me juzga. Quiero hablar con ella sobre todo esto y sé que pronto tendré que hacerlo, pero por ahora me dejo llevar por el bienestar que me proporciona mi vieja amiga.

El día antes de que nos trasladen de nuevo hacia las trincheras, el sargento McCaan se acerca a Elijah y le dice que Thompson no podrá volver hasta dentro de dos meses como mínimo, y que le gustaría que Elijah hiciera de cabo hasta entonces.

Elijah exclama:

—¡Será un placer, sargento!

Mientras se aleja caminando, con las noticias revoloteando en su interior, empieza a enumerar los privilegios que van asociados al rango. Entre esos privilegios no está el de colocarse, me dice. No ha vuelto a estar bien desde que Driscoll le dio la morfina. Al menos ya no lleva el brazo en cabestrillo.

Yo soy totalmente invisible para los oficiales. ¿Por qué se niega

Breech a reconocer que no es sólo Elijah el que está ahí fuera matando a Fritz? Somos un equipo. Si nadie reconoce eso, puede que los fuerce a hacerlo.

Nuestro batallón es trasladado a un pueblo llamado Albert, tan cercano al frente que el fuego de artillería alemán llega hasta él constantemente y con facilidad. El pueblo, que tiene una amplia vista sobre toda la campiña de alrededor, está tomado por los aliados, pero me doy cuenta de que es un trofeo codiciado por Fritz. Del pueblo queda poco más que ruinas. No obstante, la mañana en que pasamos frente a la entrada del pueblo, Elijah y yo vemos la cosa más asombrosa desde que llegamos a Francia. Una Virgen María dorada, de unos nueve metros, se eleva por encima de las ruinas de una iglesia. Está tan inclinada que nos maravillamos de que aún no haya caído. Sostiene entre los brazos, elevándolo hacia lo alto, a un Niño Jesús angelical, tan regordete que amenaza con hacerla caer aún más. Elijah cree ver una mirada de serena desaprobación en su cara, mientras contempla la batalla a sus pies.

Parece que esta virgen inclinada se ha convertido en un símbolo para las tropas de los alrededores. Circula el rumor de que es un milagro y de que, mientras no caiga, los aliados no perderán el pueblo. Algunos van más lejos y dicen que, mientras se tenga en pie, los aliados no perderán la guerra. Pero si cae, también lo harán ellos a manos de los alemanes. Tiene que haber algo mágico en ella, dice Elijah. Fritz ha estado bombardeándola durante meses, pero hasta ahora no ha conseguido derribarla.

—Su corona sería perfecta para un emplazamiento de francotirador —bromea Elijah, y su broma se convierte en una idea que no puede quitarse de la cabeza. ¡Si como mínimo algún alemán estuviera al alcance!

Nuestra compañía continúa su camino y, al abrigo de la oscuridad, tomamos la carretera Albert-Bapaume. Todos estamos tensos. Nos adentramos en el lugar en el que ha sido aplastado el ejército inglés durante todo el verano, el sitio del que provenía todo el estruendo de artillería que ha resonado en nuestros oídos durante meses. Pero esta noche está siniestramente tranquila. Nos ocultamos cerca de Courcelette, al lado de la carretera, y esperamos ansiosos a que amanezca. Courcelette está tomado por Fritz, y los canadienses debemos intentar quitárselo. Mientras los demás

cierran los ojos y fingen dormir, yo observo a Elijah, que se sienta y agita las rodillas, a la espera de que haya la suficiente luz para poder echar un vistazo a este lugar. Breech nos ha ordenado que nos situemos en una posición avanzada y hagamos todo el daño que podamos cuando los canadienses suban la colina y ataquen la Trinchera Caramelo, una de las que custodian Courcelette. Nos han dicho que aquí había una fábrica de caramelos, pero no sé si será cierto.

McCaan ya nos ha advertido de que no vayamos justo por delante de la línea canadiense. Los canadienses usarán una nueva estrategia, algo llamado «barrera progresiva». Nuestra artillería atravesará la tierra de nadie, seguida por nuestra infantería.

—Tú y X no querréis veros atrapados delante cuando eso suceda —dice McCaan.

Enseña a Elijah en un mapa la anchura aproximada que tendrá la «barrera progresiva». Elijah ya ha pensado un plan. Los dos iremos lo más a la derecha posible del batallón, lo que nos situará directamente en el flanco sur de Courcelette. Así podremos entrar en tierra de nadie, encontrar un buen escondite y disparar a tantos Fritz como podamos cuando los canadienses vayan hacia allí.

Al día siguiente, Elijah y yo dejamos atrás nuestra línea y subimos a hurtadillas la colina, buscando buenos sitios para agazaparnos en el campo con nuestros visores. Parece haber muchos: hay varios graneros destruidos y casas en ruinas. Varias carreteras hundidas atraviesan el lugar, que además ha sido horadado por zapadores. Lo que debemos hacer ahora es encontrar un buen lugar desde el que disparar a los alemanes sin ser aplastados por nuestra artillería.

Soy yo el que da con el sitio perfecto. Es una pequeña loma, al lado de una granja en ruinas, a medio camino de la tierra de nadie, a unos quinientos metros. Eso significa una distancia de entre quinientos y seiscientos metros hasta las tropas alemanas de apoyo que están en el pueblo, y no más de doscientos o trescientos hasta las trincheras del frente. Está a una distancia perfecta, parece ofrecer la protección adecuada y hay una vía de escape natural por si somos avistados. Se nos antoja demasiado bueno para ser cierto.

Aprovechamos las horas de luz que nos quedan para examinar el lugar con nuestros visores. Elijah se imagina todas las situaciones

posibles. Ese lugar nos cubriría bien del fuego de artillería y del de ametralladora. Dispone de una buena perspectiva de las líneas alemanas, aunque esto también podría dejarnos a la vista de posibles tiradores. Las trincheras alemanas trazan una ligera curva alrededor de la granja, por lo que están bastante expuestos. Eso es una ventaja para nosotros, pero también nos expone al fuego enemigo. Y siempre queda la posibilidad de que la granja esté tomada por Fritz. Ni Elijah ni yo hemos visto el más mínimo movimiento en todo el día, pero eso no significa nada.

Cuando oscurece, nos tumbamos uno al lado del otro y contemplamos el cielo nocturno, surcado por trazos color violeta. Se va ennegreciendo poco a poco, y por el este van apareciendo multitud de estrellas.

—¿Qué te parece ese sitio? —le pregunto en cree.

—Tengo un buen presentimiento —responde Elijah.

—Yo también.

—Entonces queda decidido.

Regresamos con mucho cuidado a nuestra línea e informamos a Breech. McCaan ha querido estar presente, para saber dónde estaremos situados. Elijah y yo nos damos cuenta de lo poco que confía McCaan en Breech. Elijah les explica lo de la granja destruida y la loma, la buena línea de tiro que tendremos y la ruta de escape por si es necesario. Breech se sujeta el mentón y tarda en contestar. Me pregunto si será capaz de oponerse, teniéndonos allí esperando su decisión, como los niños esperan el permiso de un padre. Aparentemente, Breech está reconsiderando el hecho de mandarnos allí. Elijah me comentará más tarde que ya había decidido que iría al puesto de tiro de todas formas, aunque Breech nos hubiera ordenado unirnos al resto del batallón.

—Muy bien, caballeros —dice finalmente—. Pero quiero resultados.

Elijah y yo hacemos el saludo y nos vamos, seguidos por McCaan. Caminamos los tres juntos por la trinchera, mientras McCaan va dándonos órdenes:

—Llevaos suficiente comida y agua para un par de días, y mucha munición. No os olvidéis de nada. No podréis volver hasta mañana por la noche, como mínimo.

—Es como un padre preocupado —digo yo en cree.

Elijah se ríe.

Nos quitamos las botas, nos ponemos nuestros mocasines y salimos de la trinchera. Ninguna bengala ilumina el cielo. Cargamos con más equipaje del que llevaríamos normalmente, con nuestras raciones y municiones bien sujetas en sacos muy bien atados a la espalda, para que no se muevan o se escape su contenido. Elijah lleva su Ross y su visor cuidadosamente envueltos en trapos. Yo llevo un fusil en cada mano, mi apreciado Máuser y otro Ross. No tenemos suficiente munición para el Máuser, así que cuando se me acabe, tendré que usar el otro. Estoy tan seguro de que sucederá que lo llevo bien calibrado.

Andamos despacio, poniéndonos a cubierto detrás de todo lo que encontramos. Previamente habíamos planeado con cuidado nuestra ruta, buscando el camino que ofrecía más protección, y nos habíamos ennegrecido las caras con carbón. Nos comprobamos el equipo mutuamente. Elijah revisó su bolsa de piel de alce. En ese momento yo no sabía lo que guardaba dentro.

Ahora estamos a sólo doscientos metros de la granja en ruinas. El deseo de agacharse y correr hacia los escombros es muy fuerte, pero sé cómo mantenerlo bajo control.

Nos acercamos, deslizándonos como serpientes, hasta que estamos a tiro de piedra. Nos detenemos y escuchamos quietos, pendientes del más mínimo movimiento. Las vigas del granero se han desplomado; aparte de la bodega, no queda mucho en pie. Nos quedamos mirando el perfil del granero con la débil luz que hay y vemos el mejor sitio para acceder, justo donde está la loma. Elijah me hace una señal para indicarme que va a entrar, que lo siga y que lo cubra.

La bodega está completamente a oscuras. Si hay alguien aquí, sabe esconderse muy bien. Me resulta fácil verlo, imaginarme a Elijah con los ojos entornados, pensando en lo bien que le vendría ahora la medicina, esa sensación de bienestar bajo los párpados. Ya no es capaz de percibir el olor avinagrado de un alemán. Se desliza hacia el interior, intentando no hacer ruido, pero da una patada a una piedra, que golpetea en el suelo. Algo al otro lado corretea y se detiene. Tal vez una rata. Elijah se agacha y se quita el fardo, deja el rifle al lado, saca su cuchillo y desenfunda su pistola. Mira hacia arriba y, más que verme, siente mi presencia, con el rifle a punto y

casi todo el cuerpo fuera de la bodega. He de cubrirlo.

Elijah camina sigilosamente por entre los escombros del suelo. Las vigas y los ladrillos entorpecen su avance, pero hay un pequeño camino que serpentea hasta el otro lado. Da algunos pasos con sus mocasines, se para y escucha. Luego unos pasos más. El débil resplandor de la luna entre las vigas, ilumina el sitio desde el que Elijah quiere disparar a las líneas alemanas. Hay algo en el suelo. Parece un cuerpo, envuelto en una sábana. Elijah mira detenidamente a su alrededor, pero no ve nada más. Se acerca con sigilo al bulto del suelo y se prepara para clavarle bien el cuchillo, pero sólo es un fardo de lona enrollada. El corazón de Elijah late con tanta fuerza que siente en la piel el calor de la sangre corriendo velozmente por sus venas.

Mira de nuevo a su alrededor con atención para que sus nervios se calmen un poco y me silba suavemente. Me acerco a él con todo el equipo, sin hacer ruido. Abrimos nuestros fardos y nos preparamos para la mañana siguiente.

Oímos la primera andanada de *howitzer* **[10]** en nuestra línea y detrás de nosotros, lo que hace vibrar las vigas desplomadas a mi alrededor. Dormiría, si mis nervios me lo permitiesen. Elijah está inquieto, de vez en cuando se pone de pie para echar un vistazo a las líneas alemanas. Se oyen disparos de rifle esporádicos, pero, aparte de eso, la noche es relativamente tranquila.

Elijah se sienta y se recuesta.

—Cuéntame alguna historia, X —dice—. Aún faltan muchas horas para que amanezca.

Por un instante no me vienen las palabras; luego le pregunto:

—¿Qué quieres que te cuente?

—Si lo supiera, sería yo el que te explicaría una historia —me dice—. Cuéntame algo que evada mi mente de todo esto. Tú nunca hablas mucho, y puede ser bueno para ti.

Veo el brillo de sus dientes en la oscuridad.

Pasa un rato antes de que algún recuerdo acuda a mí. No es un recuerdo feliz ni agradable, pero Elijah me ruega que hable, y yo cedo. Él ya lo conoce, pero sé que le gusta, y empiezo a contárselo mientras esperamos que amanezca.

Elijah recuerda el barco que nos llevó a Inglaterra. Yo nunca habría creído que un barco pudiera ser tan grande si no hubiera

viajado en uno. Tampoco sabía que las olas pudieran ser tan altas como las que vimos ese invierno en el océano.

Uno de los primeros días después de zarpar, al anochecer, había olas de hasta nueve metros. Los hombres se agarraban donde podían. Todos estábamos muy mareados. El barco no se deja llevar por las olas, como las canoas, sino que choca contra ellas, lucha con cada una de ellas. El metal del casco cruje. Yo he decidido responsabilizarme de los caballos. Pero allí abajo es aún peor, porque el estruendo de las olas provoca el pánico entre los caballos, que empiezan a dar coces en los establos. Elijah baja a verme y observa que estoy tan mareado que apenas me tengo en pie, pero aun así me quedo con los desgraciados animales, intentando calmarlos. Elijah me conoce. Sabe que me gusta la compañía de los animales. Me hacen sentir más cerca de mi hogar.

Elijah me cuenta cómo van las cosas en la parte de arriba. Con el fuerte viento y la sal que se hiela en la cubierta resulta imposible andar por ella. Él intenta ponerse al abrigo del viento como puede, y agazapado contra una pared, detrás de un poste, se queda mirando las montañas de agua con sus feroces y blancas crestas mientras imagina que resbala cuando el barco remonta una ola, que se desliza por la capa de hielo de la cubierta hasta el agua helada. Tanta agua le asusta, pero ya no le queda nada que vomitar. No han dado nada de comer debido al tiempo que hace, pero tampoco podría comer nada.

Debajo de la cubierta, los hombres hablan de submarinos alemanes que patrullan el Atlántico Norte como si fueran grandes peces de hierro. Si encuentran un barco como el nuestro le disparan torpedos hasta que lo parten en dos, y luego suben a la superficie para ver a los hombres debatiéndose en el agua helada antes de morir. No toman prisioneros. Eso es lo que me comenta Elijah cuando ya se siente mejor y nos encontramos en la parte de abajo del barco. El temporal no amaina. De hecho, ha empeorado. Los animales parecen asustados, pero están acostumbrándose a estar en el barco y van aprendiendo a distender su cuerpo en la medida de lo posible.

Elijah y yo estamos apoyados en un establo. El hecho de estar tan abajo en el barco confunde un poco nuestros sentidos. Nos cuesta distinguir si estamos remontando una ola o si caemos, y el

fragor del acero al estrellarse contra el agua resuena como el inmenso vientre de un alce herido. El crujido del casco del barco aquí abajo es horrible, y el olor de los excrementos de los caballos, de su miedo, es insoportable.

—¿Cómo puedes estar aquí? —me pregunta Elijah en cree—. ¿Por qué no subes arriba conmigo?

—Me gusta estar aquí con los caballos —le digo— y, además, tengo miedo de caerme al mar.

—¿Sabes lo de los submarinos? —pregunta.

Lo miro, esperando que me lo cuente.

—Son barcos que pueden navegar debajo del agua como los peces y disparar grandes bombas a los otros barcos para hundirlos.

—Los barcos no pueden navegar debajo del agua.

—Nosotros dos estamos ahora debajo del agua —me dice Elijah—. Los submarinos siguen un principio parecido.

—No pueden hacernos nada con este tiempo —le digo yo con agudeza.

—Debajo del agua no se sabe si hay tormenta. Es el momento perfecto para darnos caza, porque nuestra atención está puesta en superar la tormenta.

—No puedo preocuparme por algo que escapa a mi control.

Es difícil llegar hasta la zona donde duerme la tropa. Sólo una vez me molesté en ir. Algunos hombres duermen en hamacas, que se balancean violentamente. Sean Patrick parece estar divirtiéndose, con las piernas colgándole a un lado y chillando como un crío cada vez que remontamos una ola grande. Graves y Gilberto están sentados en el suelo apoyados en unos baúles, intentando jugar a las cartas, pero los naipes se deslizan sobre el cajón en el que juegan. Graves me mira y me dice:

—Tienes una pinta terrible, X. Ya te advertí sobre estas tempestades de invierno.

Elijah está a mi lado y me traduce. Mi inglés es aún muy pobre. Elijah mira al Gordo, que está quejándose en el suelo, como una ballena varada.

—Así no se comporta un soldado —dice Elijah, no tan alto como para que el Gordo pueda oírle. Los demás se ríen. Elijah se acerca al Gordo, se agacha a su lado y le pregunta si puede ayudarlo.

—Haz que las olas paren —le ruega el Gordo, y Elijah advierte

que realmente le está pidiendo eso. El Gordo delira.

—¿Puedes dispararlas con tu rifle? —pregunta el Gordo—. ¿Puedes deshincharlas antes de que lleguen a nosotros?

Esta tempestad ha dado al traste con todas las costumbres rutinarias en el barco, y eso es justo lo que los oficiales no quieren que suceda. Incluso han aplazado sus sermoneos habituales. Que renuncien a la oportunidad de oírse hablar, significa, ciertamente, que la tormenta es considerable.

Vuelvo con los caballos y tranquilizo a uno de ellos, que tiene los ojos desorbitados. Veo una gran mancha de sangre en el flanco, porque se ha restregado violentamente contra el establo. Intento ponerle un ungüento, pero está demasiado asustado. Consigo meterme entre el caballo y la pared del establo y empiezo a frotarle con la pomada, mientras los otros animales gruñen y relinchan. Una gran ola nos golpea y desplaza a todos los caballos hacia un lado, lo cual me apretuja entre la pared y el pesado animal. Emito un quejido y consigo escabullirme, resbaladizo como estoy debido a la pomada, con el rostro y la ropa manchados.

He oído a Elijah contar la siguiente parte de la historia a algunos del batallón. Les dice que recuerda que alguien le sacudía y le daba cachetes para despertarle. Tiene los párpados pegados; cuando consigue abrirlos, me ve abofeteándole con la cara pálida. Yo no sabía entonces que había probado la morfina la noche anterior.

—Hay dos caballos con las patas rotas —digo.

Elijah puede oírlos. Golpean los lados del establo. Y relinchan agudamente de dolor. ¿Cómo es que el ruido no lo ha despertado? Lo arrastro hasta las caballerizas. Hay un joven soldado haciendo guardia, y parece asustado. Mientras trepo al compartimento donde se oyen los horribles relinchos, Elijah mira hacia dentro. Hay dos caballos echados en el suelo que intentan desesperadamente ponerse en pie. Los dos relinchan muy fuerte, y tienen los ojos en blanco. Me pongo inútilmente entre los dos. Han excretado un líquido que apesta horrorosamente. No es una visión agradable para tenerla por la mañana, tan temprano.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Elijah—. ¿Estabas con ellos cuando ocurrió?

Niego con un gesto.

—Estaba allí, descansando.

Indico un rincón donde hay unas cajas forradas con tela de saco.

—Él estaba con ellos.

Señalo al soldado, quien obviamente no puede entender nada de lo que decimos, pero sí comprende nuestro tono de voz. Parece un niño a punto de ser azotado por una monja. Los caballos relinchan con más fuerza.

—Tenemos que ir a buscar a un sargento, y una pistola —dice Elijah—. Espérame aquí.

Me quedo aguardando mientras Elijah, según explica, corre por entre las caballerizas hacia las escaleras que conducen a los pisos superiores. Se abre camino por los pasillos abarrotados. La mayoría de los hombres parecen dormir. El barco aún da bandazos, pero ahora son más débiles. Una gran ola le hace cabecear, una ola como la que seguramente debió de atemorizar a los caballos.

En la cubierta hay una ligera bruma, no exactamente nieve ni hielo. Es muy peligroso andar por ella. Elijah tiene que ir agarrándose y caminar con cuidado. Las olas son grandes y se estrellan contra el casco deslizándose por él. Alguna ola se cruza de vez en cuando en una dirección completamente diferente y sacude el barco de una forma desconcertante.

Elijah consigue llegar al comedor de oficiales y ve a cuatro o cinco sentados allí, intentando beber té caliente en tazas de porcelana. Se comportan como si Elijah no estuviera allí.

—Señores —anuncia Elijah.

Es entonces cuando le miran.

—Hay una emergencia con los caballos. Dos de ellos han caído. Parece que tienen las patas rotas.

—¿Quién es el oficial de tu sección, soldado? —pregunta uno de ellos.

Por su insignia, Elijah ve que es un coronel del 48.º Regimiento de Montañeros.

—El teniente Breech, señor —responde Elijah.

—Ah, los Fusileros de Ontario molestando —dice el coronel, mirando a los demás.

Los otros sonríen.

—¿No eres tú —le pregunta otro— el que venció a nuestro hombre en la competición de tiro?

—No —dice un tercero—. Éste llegó a la final, pero el que ganó

fue el otro indio.

—Señores —replica Elijah—. Sí, yo estaba allí. Pero hay animales heridos en la bodega.

—Pueden esperar —dice el primer oficial.

Todos ellos son altos y tienen el mismo aspecto, con el pelo y el bigote cuidadosamente arreglados. Elijah reconoce a dos de ellos de su visión de la noche anterior, provocada por la medicina.

—¿Dónde aprendiste a disparar? —pregunta el oficial.

—Cerca de Moose Factory, de donde soy, señor.

—Eres un cazador, ¿eh?

—Sí, señor. Con todo mi respeto, señor, los caballos…

El oficial hace un gesto con la mano, como si ahuyentara insectos.

—¿Acecháis a vuestras presas en esa parte del país?

—Sí, señor —dice Elijah—. A veces durante días.

—Esa habilidad nos vendrá bien —sugiere otro—. Será un buen explorador. Necesitamos reclutar más indios para nuestro regimiento.

Los otros ríen.

—Pero ¿podrá hacerlo bien en medio del fragor de los cañones? —pregunta el oficial que ha hablado primero—. Es diferente darle a un blanco inmóvil en la pradera o cazar en el bosque un animal que no puede dispararte.

Se rasca la barbilla y mira a Elijah. Éste mira a su alrededor. Todos se han quedado observándolo, evaluándolo como si fuera una exótica criatura que no hubieran visto nunca.

—Nunca imaginé que un indio hablara como tú —dice uno de ellos, mirando a los demás—. ¡Hablas mejor que yo!

Todos ríen.

—Fui educado por monjas y tengo un don para las lenguas —responde Elijah—. Señores —dice de nuevo, después de una pausa—. Hay dos caballos gravemente heridos y atemorizan a los otros. Debemos hacer algo inmediatamente.

—Ve a despertar a Breech —dice el oficial de más rango a uno de los otros, que se levanta y sale, cruzando por delante de Elijah.

Elijah continúa de pie, firme e impaciente. Los otros vuelven a beber té y a hablar bajito. Por fin aparece Breech, con los ojos rojos y la guerrera del uniforme desabotonada. McCaan está detrás de él,

desaliñado, con su grueso abrigo directamente encima de la camiseta y el pelo rojo de punta. Elijah observa que, incluso así, lleva el revólver al cinto. Elijah explica la situación y ellos se vuelven para salir.

—Creo que nos uniremos a vosotros —sugiere el oficial de mayor graduación—. La tormenta parece estar amainando y ya hace demasiado tiempo que estamos bajo la cubierta.

Los oficiales se ponen de pie como un colectivo y salen de allí. Caminan con más decisión de lo que Elijah hubiera imaginado. Breech es el único que se queda atrás, dando patadas y maldiciendo. Elijah sonríe. Los conduce a través de los pasillos hacia las escaleras que llevan hasta los compartimentos de las tropas. El aire es irrespirable por el olor de los hombres apiñados, del vómito, del sudor y del humo de los cigarrillos. Está tan cargado que parece una densa niebla. Y por debajo de todos esos olores, el de los caballos.

—¡Maldita sea! —gruñe Breech.

Elijah sonríe de nuevo al ver las caras de los hombres cuando divisan a los oficiales que se aproximan. Toda la rutina se ha ido a pique. Los hombres están sin afeitar, y sus ropas están sucias y arrugadas. Los hábitos de la vida en el ejército se han desvanecido. Pero ahora que de repente, los oficiales se encuentran entre ellos, la actitud de los soldados cambia súbitamente. Los más rápidos han brincado de sus hamacas, se han alisado las ropas y el pelo y se han puesto en posición de firmes, con los talones juntos, luchando por mantenerla pese al balanceo del barco. Elijah mira hacia atrás y ve a algunos hombres poniéndose de pie y manteniéndose firmes incluso después de que los oficiales hayan pasado.

Mientras avanzan hacia los últimos escalones empinados que conducen hasta mí y los caballos, Elijah se da cuenta de que algo es diferente. Del establo sube otro olor denso, y no oye el relinchar de los caballos. El joven soldado que estaba de guardia se precipita hacia la escalera por la que los oficiales bajan, pálido y con la boca abierta. Pasa junto a ellos con ojos de loco, sin advertir ni importarle que ésos a los que empuja en su huida sean oficiales.

—¡Tú! —le grita Breech, pero ya ha desaparecido de nuestra vista.

Elijah es el primero en llegar a la larga fila de caballerizas. Los

caballos resoplan nerviosamente por las fosas nasales. Elijah reconoce el olor. Es el olor de cuando se ha cazado algo. Delante de las caballerizas de los caballos heridos, el suelo está mojado y pegajoso. El oficial al mando se mira las botas relucientes y levanta una de ellas. Piensa antes de reaccionar.

—Abre los portones —dice a Elijah.

Mientras éste lo hace, todos se me quedan mirando. Yo los miro, sentado como estoy con las piernas cruzadas y uno de los caballos tumbado a mi lado, con la cabeza sobre mis muslos. Parece que me hayan pintado de rojo. Las paredes de madera, la paja y el suelo están llenos de sangre, y su olor es muy intenso. Elijah ve que sostengo el cuchillo de desollar en una mano, y que el caballo tiene el cuello abierto por la arteria principal.

—¡Dios mío! —exclama Breech.

—¡Por Dios! —profiere McCaan.

Los otros oficiales están de pie, mirándolo todo. Yo los miro. Elijah me dijo después que parecía un fantasma porque el blanco de mis ojos contrastaba con las mejillas enrojecidas y el pelo negro y enmarañado.

—El otro también está muerto —digo en inglés—. No tuve elección. Patas rotas.

Ordenan a Elijah que abra el otro compartimento. También está empapado de sangre. Un caballo está tumbado en el suelo en una extraña posición, con el cuello roto y la lengua cayéndole fuera, como si estuviera probando la ensangrentada paja.

—¡Voy a presentar cargos contra ti! —me grita Breech.

—Espera, espera —irrumpe súbitamente el coronel—. Reflexionemos un instante.

Se queda mirando la escena, mientras se retuerce la punta del bigote con dos dedos.

—No es poca cosa despachar a dos animales tan fuertes sólo con un cuchillo. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Lo hago arrestar? —pregunta un oficial.

—Al contrario —dice el coronel—. Sugiero que lo elogiemos por el valor que ha demostrado.

Un par de oficiales ríen nerviosamente.

—Ha exhibido las mejores virtudes de un oficial. La habilidad de tomar decisiones bajo presión y la voluntad, el coraje y la firmeza

para llevar a cabo desagradables y peligrosos cometidos —añade.

Los demás asienten a sus palabras mientras se agarran para no estar a merced del balanceo del barco.

—Teniente Breech, mande algunos soldados aquí abajo para ayudar a estos dos indios a limpiarlo todo.

—¿Qué hacemos con los caballos, señor? —pregunta el sargento McCaan.

—Tiradlos por la borda.

Todos los oficiales se van, excepto Breech. Elijah mira mientras éste se agacha hacia mí y me susurra al oído:

—Tú nunca serás un oficial.

Inmediatamente, da media vuelta y se va.

—¿Ha dicho lo que creo? —pregunto a Elijah en cree.

Elijah asiente.

—¿Por qué me odia?

—No sé —responde.

Antes de una hora, Elijah, yo y algunos otros estamos limpiando los establos con palas y sacando con carretillas la paja vieja, mezclada con sangre y abono. Lo vamos apilando todo, para ponerlo luego en sacos, llevarlo a cubierta y tirarlo por la borda. Ahora que el mar está un poco más tranquilo, el sargento McCaan ha puesto a toda nuestra sección a limpiar los establos, y no sólo los de los caballos muertos. Limpiar los excrementos de cincuenta caballos es una dura tarea.

Elijah es testigo de cómo desmantelan su cama de arpillera. Gilberto y Sean Patrick se toman el trabajo con ganas, están contentos de poder estirar un poco los músculos después de días de inactividad. El Gordo se arrastra por ahí sin hacer nada, entorpeciendo el trabajo de los demás y quejándose amargamente de la peste. Graves se encarga de dirigir a unos soldados para manejar el cabestrante, poner una soga debajo de los caballos, sacarlos de sus compartimentos y meterlos en la bodega de carga. Tendrán que esperar a tirarlos hasta que el mar esté en calma o se arriesgan a que las olas entren en la bodega y hundan el barco. Ojos Grises, Elijah y yo trabajamos juntos con las palas hasta que nos duele la espalda y los brazos nos escuecen.

El cielo sigue encapotado y gris durante los siguientes cinco días. Por fin dan la orden de abrir la bodega de carga y tirar los

caballos, que ya están rígidos y empiezan a oler mal. Elijah y yo nos quedamos mirando cómo los caballos caen dificultosamente por un costado del barco, golpeando el casco antes de estrellarse en el agua. Se agitan de modo siniestro, antes de desaparecer bajo la estela del barco.

Omawahtonikew
Coleccionista

Cuando por la mañana la luz aumenta en intensidad, Elijah se sube a una viga de la bodega que le permite ver mejor el terreno circundante. Delante de él, a poca distancia, se vislumbran entre la niebla las trincheras alemanas. Si no supiera lo contrario, pensaría que están abandonadas. Las líneas canadienses están a la izquierda. Desde esta posición y si el humo de la barrera no es demasiado espeso, tendremos una perspectiva de halcón de lo que suceda. Estoy sentado al lado de Elijah, con los ojos cerrados, descansando pero sin dormir. Elijah lo nota. Saca una jeringuilla de su bolsa de cuero y se inyecta un poco de medicina en el brazo. Desde que le hirieron en la incursión, ha dejado de luchar contra la adicción a la morfina. Le gusta decir, con su acento inglés, que son sólo escarceos.

—Falta poco —dice ahora, en cree.

Abro los ojos, me pongo en pie y me estiro un poco. Luego orino en un rincón y me uno a él encima de la viga. Nuestros rifles están esperándonos, colgados al lado de un grueso pilar de madera, que nos cubre bastante bien y nos permite tener una amplia vista. Elijah espía las líneas de Fritz con el visor, fijándose en el humo que asciende de los fuegos para cocinar. Luego lo dirige hacia la ciudad que está detrás de las líneas, ese sitio que llaman Courcelette. No es grande, pero está llena de casas destruidas. Elijah advierte que, aunque los canadienses puedan apoderarse de las trincheras Caramelo y Azúcar, tomar la ciudad será difícil y peligroso.

Un silbido atraviesa el aire, y la tierra tiembla a unos doscientos metros de nosotros. La viga en la que estamos vibra mucho, lo que nos hace dudar de que estemos muy seguros en ella. Cuando

aparecen los fogonazos brillantes, nos tapamos los ojos y esperamos. Es la barrera progresiva de la que nos habló McCaan. Elijah me da un codazo y me grita por encima del estruendo:

—Mira hacia nuestras líneas. Pronto los verás salir de la trinchera.

En efecto, unos minutos después, vemos a los canadienses trepar por la trinchera y avanzar en oleadas, caminando casi con tranquilidad, un poco agachados y con los rifles apuntando hacia adelante. La cortina de fuego se va acercando a las líneas alemanas, el humo y el polvo nos tapan la vista. Los canadienses avanzan sin sufrir ninguna baja, y no tengo ninguna duda de que eso es gracias a la cortina. Nos rodea el ruido sordo de los proyectiles al impactar en el barro. Se ven a unos cien metros nutridos grupos de hombres aproximándose, avanzando hacia las trincheras de Fritz. Deducimos de las explosiones que, en estos momentos, la cortina de fuego debe de estar cayendo directamente sobre las líneas de Fritz. Pero entonces, tan súbitamente como ha empezado, se detiene. Me pregunto por qué, pero lo hago en voz alta y ésta resuena en la bodega. Oigo un zumbido en el interior del oído, algo que cada vez me ocurre más en este sitio ruidoso. Estoy un poco preocupado por mi audición.

—Tenemos miedo de cargarnos a los nuestros —dice Elijah.

Tengo que leerle los labios para entender lo que dice.

Hay un extraño silencio durante un instante, tan profundo que puedo oír incluso el tintineo del equipo de los canadienses y el golpeteo de las botas en el suelo por encima del zumbido de mi cabeza. Elijah está tan concentrado en lo que está viendo que no se fija en nada más. Mira a los hombres que avanzan y jura que ve destellos justo antes de que los hombres caigan. Durante unos instantes, todo parece suceder como debajo del agua, pero luego el rápido repiqueteo de las ametralladoras pone punto final al silencio. Empiezo a disparar con mi fusil justo al lado de Elijah, sacándole de sus ensoñaciones. Apunto hacia las líneas alemanas, disparando a los brillantes destellos de las ametralladoras que se vislumbran a través del humo. Los canadienses empiezan a caer al suelo en oleadas, como si hicieran cola para morir.

Elijah se vuelve y empieza a observar con el visor, hasta que divisa a través del humo los cañones que centellean. Apuntamos un

poco por encima de los destellos y disparamos mecánicamente una y otra vez, hasta que los destellos de luz cesan. Luego pasamos al siguiente. Ahora suenan muchos disparos de rifle y nuestros blancos parecen no tener fin. Escojo un centelleo de luz entre el humo, apunto un poco más arriba y disparo. Sé que mis balas atraviesan cráneos.

Elijah debe parar para cargar el rifle, mientras el mundo exterior estalla y se acaba para tantos hombres. Sus dedos van tan rápidamente como pueden. Al disparar, tiro el perno hacia atrás y hacia adelante; oigo el tintineo del cartucho gastado cuando cae, y ya puedo disparar otra vez. Elijah se me une, disparando rápida y rítmicamente justo por encima de los destellos de los rifles y las ametralladoras. Debemos de haber matado a docenas en este rato. ¡Docenas!

—¡Deberíamos haber traído una ametralladora ligera! —grita Elijah, mientras las tropas canadienses avanzan, hasta el punto en que se hace difícil disparar a los alemanes sin darle a ninguno de los nuestros—. ¡Mira, X! ¡Mira! ¡Vamos a tomar sus trincheras!

El zumbido se ha disipado, pero finjo no haberlo oído y sigo disparando cuando veo un blanco. Elijah vuelve a concentrarse en disparar.

Una hora después, los canadienses han ocupado esa parte de la Trinchera Caramelo y siguen avanzando por las zanjas que la cruzan a lo largo, mientras que Fritz se retira a la Trinchera Azúcar y aún más lejos. Elijah y yo nos apresuramos a guardar nuestro equipo y salir de la bodega; nos llevamos el trozo de lona. Tenemos una idea.

Sobre una cuesta muy empinada, encontramos un sitio con excelente vista sobre Courcelette, pero las buenas posiciones para disparar no ofrecen la suficiente protección, así que nos ponemos manos a la obra con la lona y nuestros cuchillos. Le hacemos agujeros y ponemos ramas en ellos. En diez minutos tenemos un manto para cubrirnos. Elijah se mete debajo y me dice que me ponga detrás de él y lo mire de cerca. Cuando me arrastro adentro, le digo que nos hemos vuelto parte de la tierra. Sacamos el cañón de nuestros rifles por debajo de la lona y escudriñamos las ruinas de la ciudad, en busca de alemanes.

Desde aquí tenemos una excelente perspectiva de la lucha en las

trincheras y de la mayor parte de lo que está pasando en Courcelette. Diviso a un grupo de alemanes que preparan una ametralladora en su trípode, al lado de un muro desmoronado, pero deben de estar a más de seiscientos o setecientos metros.

—¿Tú qué crees? —me pregunta Elijah.

—Sólo me quedan unas pocas balas en el Máuser —respondo—, y ya he perdido la práctica con el Ross.

—Yo dispararé —dice Elijah—. Tú apunta. Dime adónde va a parar la bala y corrígeme si fallo.

Elijah apunta con el visor y encuentra el objetivo. Incluso a través del cristal de aumento, los hombres se ven lejanos. Sopla un poco de viento y Elijah estima que debe apuntar un poco por encima de ellos para acertarles a tanta distancia. Apunta al que ve dando instrucciones a los demás un poco por encima de su cabeza para poder atinarle en el pecho, y aprieta el gatillo. El rifle no le deja ver el resultado del disparo, pero le informo inmediatamente:

—Ha caído. Le has dado en el cuello.

Sé que Elijah ya ha localizado con el visor al hombre que se retuerce en el suelo. En ese instante me viene a la memoria Sean Patrick. Elijah vuelve a cargar rápidamente, mientras los otros tres se agachan hacia su compañero, apunta al que le está dando la espalda y vuelve a disparar. El hombre cae al suelo.

—También le has dado —digo—. Dispara otra vez antes de que se cubran.

Elijah carga nuevamente y apunta al rubio que mira hacia adelante con cara de asombro. De nuevo apunta un poco por encima de la cabeza y aprieta el gatillo.

—¡A éste también le has dado en el cuello! —susurro.

Elijah ve por el visor al rubio contorsionándose en el suelo. Antes de que pueda dispararle al cuarto, el hombre trepa por un muro y se pierde de vista.

—Es la vez que mejor he tirado —dice Elijah, mirándome fijamente.

Le miro los labios y asiento. Los oídos han vuelto a abandonarme al tener el arma de Elijah tan cerca de la cabeza.

—¿Tienes algún problema para oír? —me pregunta Elijah.

Le entiendo por la manera en que sus labios forman las palabras.

—Demasiado ruido —respondo en inglés.

Antes de que anochezca, la ciudad ya está atestada de canadienses. Elijah y yo vamos hacia las trincheras de la noche anterior. Exhaustos, encontramos al teniente Breech y le informamos de todo. El sargento McCaan está en el campo. Breech escucha el informe. Es Elijah el que habla, mientras que yo me quedo detrás de él, sin decir nada. Breech parece incrédulo cuando Elijah le habla de los hombres de la ametralladora abatidos en Courcelette.

—¿Había algún oficial presente que pudiera verificarlo? —pregunta Breech, de pie y estirándose.

—No, señor —responde Elijah.

—Lo que me acabas de contar me parece un poco exagerado —se ríe Breech, como si hubiera otros oficiales en la habitación que pudieran compartir su sentido del humor.

—Tengo buen ojo para las distancias, señor —afirma Elijah.

—Sí, seguro que sí —contesta Breech—. ¿A cuántas canoas dices que estaban? —dice sonriendo, mientras se sienta y coge su lápiz—. Me aseguraré de anotarlo en mi informe.

Se queda mirando a Elijah, sonriéndole para retarle a responder. Elijah también le sonríe.

—Muy bueno, señor. ¡Un chiste muy bueno! —responde finalmente.

Elijah sabe esconder su rabia.

—Procuraos algo de comida caliente, descansad una hora y luego reequipaos. Me informan de que Courcelette aún presenta una fuerte resistencia.

Elijah y yo saludamos y nos vamos. Ya no noto en él el efecto de la medicina, pero empieza a tener dolor de cabeza. Aunque no pueda recordar cuándo fue la última vez que comió algo, no tiene hambre.

—Necesito dormir un poco —dice, mientras se agacha para entrar en nuestro refugio.

—Me quedaré aquí —respondo; me siento en cuclillas en la entrada y me apoyo en el fusil.

Elijah se acuesta, empieza a sentir el correteo de los piojos y cierra los ojos para intentar escapar del estruendo de la artillería y el cercano repiqueteo de los rifles.

Durante las siguientes dos semanas, Elijah y yo vamos de un

lado para otro, acechando al enemigo a cierta distancia. Breech nos ordena que le informemos con frecuencia sobre cualquier movimiento del enemigo que percibamos, incluso del humo que asciende de sus fuegos para cocinar. Los canadienses han tomado totalmente Courcelette y ahora se centran en apoderarse de las trincheras alemanas hacia el norte, trincheras con los nombres de Hessian, Kenora y Regina. Elijah y yo nos concentramos en el fuego de hostigamiento, tratamos de encontrar puntos débiles en sus trincheras y disparamos a los grupos que intentan trabajar.

Once días después de lo de Courcelette, se lleva a cabo otro gran avance y vemos, por primera vez, un tanque que avanza retumbando por un campo. Había oído rumores sobre ellos durante el ataque a la Trinchera Caramelo, pero no creía que esos grandes monstruos de hierro fueran reales. Sin embargo, aquí tenemos uno de ellos, desplazándose al lado de nuestro nido, justo a las afueras de Courcelette. A nuestra izquierda, las tropas marchan detrás de él, y Elijah y yo nos preparamos para escudriñar a través del humo y los escombros posibles nidos de ametralladoras, a muchos metros de distancia. Fritz no tiene intención de abandonar hoy estas trincheras. Elijah y yo disparamos nuestros fusiles mientras cientos de canadienses se desploman delante de nosotros. Por un momento me siento como si estuviera observando algo íntimo que no debería ver: canadienses en el suelo gritando de dolor o yaciendo inmóviles en tierra, pero luego se apodera de mí una rabia negra y disparo con el Ross, que me veo obligado a usar hasta que el cañón está demasiado caliente para poder tocarlo y las toscas balas empiezan a atascarse.

Ya no hay más zonas que ocupar en esta área, y después de todo lo que han ganado los canadienses, los dos ejércitos se atrincheran de nuevo. Trasladan nuestra compañía a Albert para que nos tomemos un respiro. Los hombres beben mucho. Nos unimos a ellos, aunque yo preferiría un sitio más tranquilo. No estoy disfrutando de esta guerra como Elijah.

Él me cuenta una historia sobre una de estas noches en Albert. No puede dejar de contármela, y tengo que escucharla.

Una noche sube los escalones de la basílica, rifle en mano. Ha bebido vino y está borracho, y la morfina corre por sus venas, de manera que flota más que camina. Va hacia el campanario medio

derrumbado, y asusta a las palomas que pasan la noche allí. El aleteo resuena en la oscuridad, y se queda mirando las plumas que le caen encima y que le recuerdan a grandes copos de nieve. Le viene a la memoria su hogar. No es un buen momento para ponerse melancólico, arruinará su buen humor, así que se coloca el rifle a la espalda y atraviesa el antepecho de la ventana. Delante de él se inclina la enorme virgen, que brilla dorada en la oscuridad, con el Niño Jesús en las manos, como si estuviera ofreciéndolo a la guerra. Sigue subiendo hasta el tejado y trepa hasta el pie de la estatua. Se desliza aún más, hasta quedarse sentado a horcajadas encima de ésta. Temblando un poco, sigue subiendo por la espalda, retándose a ver hasta dónde puede subir. La estatua no parece estar anclada a nada y el peso de Elijah, que la monta como si fuera un gran caballo, amenaza con hacerla caer y destrozarla contra el suelo en mil pedazos.

Ya va por media espalda cuando decide que llegará hasta la corona dorada. La estatua vibra por el esfuerzo de aguantar a Elijah, mientras éste avanza por encima. Elijah se sorprende de haberse excitado por la emoción de lo que está haciendo, parece que tiene su primera erección en varios meses. Une aún más el estómago a la estatua y sigue deslizándose por su espalda; el suelo debajo de ellos les llama para atraerlos hacia él. Elijah tiembla tanto como la estatua, pero ya casi alcanza la corona. Haciendo muecas, alarga los brazos hacia el borde de la corona y acerca la pierna a la cabeza de la estatua. Entonces empieza a tener convulsiones y la Virgen vibra simultáneamente con él.

Se queda allí quieto durante un rato, mirando hacia abajo. Saca un cigarrillo del bolsillo y empieza a fumar. Se descuelga el rifle del hombro y observa en la oscuridad con el visor. No hay mucha luz, sólo el resplandor de la batalla en el horizonte. Se queda mirando el resplandor, esos colores danzantes que tanto se parecen a la aurora boreal de nuestro hogar. Esta noche no puede dejar de pensar en su casa. Sale de su embelesamiento y vuelve a contemplar las luces de colores, luego aprieta el gatillo y dispara una sola bala, que se pierde en la oscuridad.

Bajo la lluvia helada de finales de noviembre, marchamos hacia las trincheras del frente. Elijah me dice que, para él, el mundo sería un lugar perfecto si pudiera simplemente deshacerse de lo que

come. Parece que la medicina no se lo permite.

El constante fuego de artillería ha aporreado tanto el terreno que las trincheras son más parecidas a zanjas poco profundas que a auténticas trincheras. Sobre nosotros se cierne la amenaza constante de un ataque. Casi todos los días cae una lluvia inexorable que, incluso con los tablones que cubren el suelo de las trincheras, llena éstas de agua. Muchos hombres padecen neumonía y otros sufren irritaciones en la piel, que, al estar tanto tiempo húmeda, es caldo de cultivo de llagas desagradables. Nos han provisto de botas de goma que llegan hasta las caderas, pero en muchos lugares ni siquiera son suficientemente altas y se llenan de agua. Ha surgido una nueva expresión para describir los pies podridos dentro de las botas de agua. Cuando los soldados ven que los pies han ennegrecido y se han hinchado, los llaman «pies de trinchera».

Elijah y yo empezamos a pensar en nuestro hogar, cuando en primavera y en otoño cazábamos gansos en las riberas del río y en las costas de la Gran Bahía. Pasábamos días bajo la fría lluvia y debíamos aprender a desenvolvernos en el lodo. Es parte de la existencia de un cree. Nosotros dos no nos quejamos como los demás, sino que concentramos nuestra energía en sobrevivir, en aprovechar las pequeñas comodidades que podamos encontrar y esperar el final del otoño, mientras intentamos evitar los proyectiles que pasan silbando inesperadamente por el cielo gris. Llevamos los mocasines altos que confeccioné hace tiempo en Canadá. Se secan con facilidad y dejan que nuestros pies respiren, por lo que nos evitamos muchos problemas. Los mocasines son la única excepción a las normas de vestimenta que McCaan nos permite.

—No dejéis que Breech los vea —refunfuña.

Ahora es imposible llevar a cabo un ataque a las trincheras de Fritz, porque están muy bien cavadas, e incluso las patrullas nocturnas son raras con este tiempo. El agua y el lodo mantienen cautivos a los canadienses. Cavamos más hondo y esperamos que el invierno nos sea propicio.

Los cadáveres a nuestro alrededor me ponen enfermo, pero Elijah está aburrido y se presenta voluntario para la cuadrilla de enterradores. Se llevan los muertos de las líneas hacia los peligrosos callejones que forman las trincheras de apoyo, que son bombardeadas constantemente. Allí apilan los cadáveres como

haces de leña y ayudan a cavar las fosas.

—¡No es muy difícil cavar en este fango blando! —dice.

Intentan enterrar a los muertos fuera del alcance de los cañones de Fritz, para que no vuelvan a ser molestados. Elijah revisa los bolsillos de los muertos y coge monedas, peines, fotos de mujeres, novias o niños, medallas cristianas para evitar la muerte, cartas de sus hogares y algunas que no han sido enviadas, carteras, mechones de pelo, dientes de criaturas, balas, cajas de cigarrillos, tapetes de piel de cordero, píldoras de morfina, anillos de boda, certificados de bautismo y estampas, mapas, testamentos y poemas. Luego coloca las cosas en sobres, pone el nombre del propietario en cada uno y lleva las pilas de sobres al oficial.

Elijah me cuenta que, antes de enterrar un cuerpo, le ha dado por abrir los ojos de los cadáveres y mirarlos, antes de volver a cerrarlos con su callosa mano derecha. Cada vez que lo hace, una extraña y cálida chispa penetra en su interior. Se fija en el color del iris y es consciente de que él, Elijah, es lo último que cada uno de ellos ve antes de ser enterrado en el lodo y el agua, antes de volver a su hogar.

Me dice Elijah que la chispa le llena el estómago cuando éste se queja por el hambre.

Pahkonikewin
Despellejar

El día de Navidad, durante unas horas, se impone sobre las trincheras una inquietante sensación de paz. Por vez primera desde que llegamos aquí, el estruendo de los grandes cañones no es el ruido de fondo de todo lo que hacemos. Es una tranquilidad perturbadora. Nuestra sección es una de las afortunadas que dispondrán de un rato para ir a las fiestas que se están organizando para las tropas detrás de las líneas. En un pueblo cercano empieza el alboroto, el ron fluye sin trabas y nosotros corremos de casa en casa, bebiendo y conociendo a soldados de muchas procedencias. Gilberto está más contento que nunca y se ha hecho íntimo de Graves y del Gordo. Los tres pasan por nuestro lado, con una botella y los brazos por encima del hombro, cantando una canción italiana que Gilberto conoce.

Ojos Grises se une a nosotros, con sus ojos vidriosos un poco apagados por la bebida. Ha estado rebuscando por ahí y trae consigo medio ganso, que ha robado de la mesa de unos oficiales británicos unas cuantas casas más allá. Los tres arrancamos un trozo, y yo me como el mío mientras caminamos. El sabor me trae a la memoria el lugar donde nací, que ahora parece tan lejano. Miro a Elijah, sus labios están embadurnados con la grasa de la piel del animal y en sus ojos veo la tristeza de lo que también él siente.

Al otro lado de la calle, en el interior oscuro de una casa, suena una música de acordeón y de violín, y todos nos dirigimos hacia allí. Dentro de la casa, franceses con uniformes azules, pelo oscuro y caras sin afeitar están sentados a luz de las velas, cantando a coro. La letra es bonita y la música da vueltas en mi cabeza regada por el ron, dándome una paz que no había sentido en mucho tiempo. Miro

a Elijah y veo que siente lo mismo. Va hacia una esquina de la habitación y se desliza por la pared hasta quedar en cuclillas, con los ojos cerrados y la cabeza oscilando con la música. Ésta se detiene, pero sé que continúa resonándole en la cabeza, como lo hace en la mía. Al cabo de un rato, se sienta y estira las piernas. Abre los ojos y advierte que, aparte de los franceses, sólo quedo yo en la habitación, y que estoy mirándolo fijamente.

Los otros se comportan como si Elijah y yo no estuviéramos allí, hablando, gesticulando y bebiendo de las muchas botellas que hay en las mesas. Algunos llevan largos y afilados cuchillos con mangos de metal y juegan a que uno pone la mano sobre la mesa con los dedos extendidos mientras otro, por entre los dedos, da golpecitos a toda velocidad sobre la mesa con la punta del cuchillo, que produce un difuso centelleo de metal entre los dedos. Elijah está hipnotizado con el juego, lo mira con la cabeza ladeada y la boca abierta. Un hombre alto, delgado y nervudo gesticula nerviosamente con su cuchillo, recreando una lucha con un enemigo imaginario, poniéndose detrás de él y haciendo el ademán de cortarle el cuello, cogerle por el pelo una vez que ha caído al suelo y cortarle la cabellera. Hace muy bien los movimientos, su fluidez me hace pensar que ha hecho eso muchas veces. Los otros hombres levantan sus vasos, repiten palabras que no puedo entender y vuelven a beber. Estoy tan fascinado como Elijah.

Justo cuando estoy preguntándome si aún recuerdan que estamos ahí, el alto y delgado se vuelve hacia nosotros. Ni se ríe ni pone cara de desprecio, sólo se nos queda mirando durante un rato. Elijah desvía la vista, pero sé que está pendiente de todo. Le aguanto la mirada hasta que nos hace una seña para que nos sentemos a la mesa con ellos, donde nos dan una botella de un espeso vino tinto. Elijah toma un gran trago.

—Vosotros no sois como los canadienses que hemos visto —dice el flaco.

Tiene un acento muy marcado, pero su inglés parece bueno. Los otros continúan hablando entre ellos, pero noto que están escuchando.

—Soy indio —explica Elijah—, del Norte. Él también lo es, pero no sabe mucho inglés.

—¿Sabe francés? —pregunta el hombre.

Elijah dice que no.

—Es un salvaje, habla bien su lengua, pero nada más —responde.

Miro a Elijah y me pregunto si habrá observado que mi inglés ha mejorado mucho en los últimos meses, lo suficiente como para entender su broma.

—He oído algo sobre un indio, canadiense como vosotros. Dicen que ha matado a muchos, muchos hombres, y que es mejor cazador que todos nosotros.

Elijah sonríe y ya está a punto de dar las gracias cuando el francés continúa:

—Se llama Peggy, y trabaja solo.

Elijah ha oído hablar tanto de Peggy como yo. Últimamente menos porque no ha estado en activo.

—Oí rumores de que estaba muerto —dice Elijah.

—No, no está muerto —responde el hombre delgado.

Todos en la habitación están escuchando.

—Lo que ocurre es que trabaja en solitario. Su jefe se niega a reconocerle todas las bajas porque no quiere trabajar con un observador. Pero es el mejor. Ha matado a muchos alemanes.

—Me gustaría conocer a ese tal Peggy —dice Elijah.

Bebemos mientras los oímos hablar en francés, y puedo ver que Elijah se está enfadando al pensar en Peggy. Debe de estar preguntándose qué clase de nombre es. Me levanto cuando lo veo salir y dirigirse hacia la parte de atrás de la casa; las voces y la música nos llegan a través de la ventana. Siente el aire frío cuando se sube la manga y busca una parte de la piel que no esté demasiado magullada. Incluso con esta oscuridad, puede ver la mancha negra que le recorre el brazo. Coge la pequeña aguja de su bolsa de piel de alce, que guarda en un bolsillo cerca del pecho, y se pincha rápida y hábilmente, aunque hace una mueca de dolor al punzar en una parte más sensible. Tiene todo el brazo sensible. Elijah practica el autocontrol y es consciente, mientras la medicina fluye por sus venas, de que está usándola porque está enfadado. Se pincha lo necesario para no sentir más el dolor en el brazo ni el frío. Un halo dorado se le dibuja alrededor de la cabeza, vuelve a estar protegido.

Cuando se da la vuelta para volver adentro, se asusta de

encontrarme allí de pie, observándolo.

—No me gustan éstos —le digo en cree—. Vamos con otros.

—Me gustaría quedarme un poco más.

Elijah quiere averiguar algo más de ese tal Peggy.

—Esperaré fuera, entonces —digo.

Y espero, escuchando y observando.

Dentro, los hombres continúan bebiendo, algunos están muy borrachos y luchan con sus cuchillos. Es algo parecido a una danza ensayada, que Elijah no ha visto nunca. A veces están a punto de cortarse unos a otros, pero siempre se echan atrás en el último momento, incluso estando tan borrachos. Elijah se sienta al lado del delgado, y éste le dice su nombre: Francis G.

—Sé quién eres —dice Francis—. Se oye hablar de ti y de tu amigo, el que no habla.

Elijah asiente, está mucho mejor gracias a la morfina.

—Vosotros sois los que matasteis al francotirador alemán en Saint-Eloi.

—Sí, fuimos nosotros —responde Elijah.

Luego se quedan callados durante un rato.

—Evita que te suceda como a Peggy —dice el francés, con una sonrisa—. Haz lo mismo que nosotros. Recoge alguna prueba de tus bajas. Haz lo que mi gente le enseñó a la tuya hace mucho tiempo. Toma la cabellera de tu enemigo como prueba. Coge algo de él.

Elijah no sabe cómo responder a eso. Sonríe.

—¿Y de qué me sirve coleccionar todos esos trofeos? —pregunta.

—Te proporcionarán honor entre nosotros —dice Francis—. Y nosotros somos hombres de honor.

Antes de que acabe el año nos trasladan al norte, a un sitio denominado cresta de Vimy, cerca de una ciudad llamada Arras. Me doy cuenta de que esto era antes una campiña preciosa, pero ahora es tierra machacada. Miro los escombros y me pregunto si este lugar podrá recobrarse alguna vez. Intento imaginarme este campo dentro de diez años, de cincuenta, de cien, pero todo lo que veo en mi mente son hombres arrastrándose por túneles bajo estas colinas como hormigas cansadas y rabiosas, pensando nuevas formas de matarse entre sí.

Elijah y yo estamos otra vez en el frente. Breech se comporta

como si quisiera tenernos controlados.

—Esta guerra estaría bien si no fuera por ese hombre —dice Elijah.

Parece que cada soldado que envían para reemplazar a Sean Patrick muere al poco de llegar. Los hombres lo llaman La Maldición. Ahora estamos esperando un reemplazo para fortalecer nuestra sección. Elijah me dice que siente lástima por el que llegue. Hay rumores de que Thompson se está recuperando y de que pronto lo enviarán de vuelta. Elijah lleva muy bien la autoridad de cabo en funciones que le han conferido. Pero no nos dejan hacer incursiones de ataque en este lugar.

La cresta de Vimy es un sitio tranquilo, comparado con lo que tuvimos que soportar en el Somme en otoño, y eso me alegra. Las líneas de Fritz se extienden a lo largo de la cresta, hacia el este. Los canadienses se agolpan por debajo de ellos y los alemanes pueden ver cada uno de nuestros movimientos. Las tropas tienen que desplazarse de noche o serían bombardeadas con gran precisión por la artillería alemana. Aquí es donde casi aniquilaron a todo el ejército francés hace un par de años, y al británico el año pasado. Se supone que los canadienses no deberíamos saber nada de esto, pero se dice que los franceses perdieron ciento cincuenta mil hombres en la batalla, y los británicos sesenta mil. Es imposible mantener esas cifras en secreto, y es imposible que pueda hacerme una idea de lo que significan. Pregunto a Elijah:

—¿Qué cantidad de hombres es ésa?

Sonríe.

—Es una pregunta muy difícil de contestar —responde.

Veo que está tomando la medicina. Una ligera sonrisa se le dibuja en la comisura de los labios, y le brillan los ojos. Cuando toma la morfina se le olvida totalmente el acento inglés.

—Piensa en todos los árboles que vimos cuando íbamos a la ciudad en la canoa. Piensa en los árboles que el fuego engulló. Esa cantidad, quizá.

Me siento y medito sobre eso durante mucho rato.

Finalmente, llega el frío y cae la nieve. El fango de la tierra de nadie se endurece, lo cual facilita caminar sobre él, pero cuando cae un proyectil, los fragmentos de tierra que salen despedidos son tan peligrosos y tan puntiagudos como agujas. A Elijah y a mí nos

resulta mucho más difícil patrullar de noche con la tierra llena de nieve. Nuestros uniformes oscuros resaltan en la blancura de la nieve, y por eso McCaan nos da capas blancas, que nos ponemos por encima de la ropa.

El frío nos estimula. Buscamos con nuestros visores el aliento de los alemanes, que se eleva de las trincheras y delata sus posiciones. Cuando nuestra artillería hace volar un trozo de trinchera de Fritz, esperamos al pobre desgraciado, al que no se le ocurre nada mejor que aparecer en la parte visible el tiempo suficiente como para morir por la encendida rociada de nuestras balas.

Breech nos deja salir de las trincheras para cazar. El comportamiento de Elijah ha mejorado mucho durante este mes de enero. Hemos vuelto a trabajar como un equipo, yo observando por el visor y Elijah disparando. Nos desplazamos constantemente y hallamos nuevos y mejores lugares para escondernos, entre la tierra arrasada y los ladrillos rotos. La noche nos da alas y vamos a patrullar o planeamos sofisticados y ambiciosos ataques a las fronteras de Fritz, supuestamente impenetrables.

Es como si el invierno hubiera inspirado a los canadienses. En este lugar, que fue un gigantesco cementerio para los franceses, atacamos a Fritz a voluntad, poniéndolo nervioso y asustándolo. A los oficiales les gustan estos grandes ataques, y aunque Elijah me confiese que prefiere trabajar solo o con uno o dos más, no le queda otra opción que salir junto a todos esos hombres para patrullar y atacar. Se separa del grupo cuando están en tierra de nadie, no a tanta distancia como para no ser observado por ellos y disparado accidentalmente por sus compañeros, pero sí lo bastante lejos como para pasar inadvertido.

Una noche de finales de enero, solicitan voluntarios para la misión de ocupar una sección de trinchera de Fritz, que ha sido señalada como zona de francotiradores. A Elijah le emociona la idea de que tal vez encuentre su propio Máuser con visor telescópico y usa la medicina con moderación para conservar despiertas todas sus facultades. Nuestra artillería aísla una sección de trinchera de Fritz y las explosiones de los cañonazos irrumpen en el aire frío.

Esta vez no me presento voluntario. No sé por qué. Un ligero zumbido, como el de una avispa en un saco, me advierte de que no vaya, y le presto atención. Últimamente, he hablado incluso menos

de lo normal. Creo que necesitaría volver pronto detrás de las líneas para construir un *matatosowin* con Elijah, una tienda de sudar, y sentarnos un rato allí. Echo de menos mi hogar.

Me acomodo y observo cómo los demás se tiznan las caras. Elijah lleva su garrote de guerra y el revólver que le han dado como cabo en funciones. Han previsto cuidadosamente el plan de ataque, y los cuarenta voluntarios que cargarán contra las trincheras enemigas y sacarán de quicio a Fritz, antes de volver a sus líneas, son los soldados más concentrados que he visto nunca. No sé el nombre de la mayoría de ellos, pero reconozco todas las caras. Todos son de la Segunda División, y llegaron juntos a este lugar.

Mientras los veo prepararse para la incursión, me vienen a la mente los franceses que nos encontramos en Navidad. Me dan escalofríos. Creo que eran *windigos*.

Los sigo con la vista mientras salen de la trinchera y son engullidos por la oscuridad de la noche. De vuelta a mi refugio, me quedo a la espera del inminente bombardeo encajonado[11]. Cuando empieza, enciendo un cigarrillo y observo cómo ascienden las volutas de humo, llevando su mensaje a las alturas. La espera y la inquietud por separarme de Elijah no me dejará dormir en toda la noche.

Después de lo que parecen un par de horas, oigo otro tipo de proyectiles. Éstos proceden de las líneas alemanas, pero caen lejos de nosotros. Poco después, oigo que algo cruje fuera del refugio. Es Elijah, que trepa hacia el interior, el blanco de los ojos resalta en la cara tiznada. Enciende un cigarrillo con las manos cubiertas de sangre y es entonces cuando se da cuenta de que estoy despierto y he estado esperándolo.

—¿Qué tal ha ido? —le pregunto en cree.

—Muy bien —contesta.

Hace una pausa para comprobar que estoy escuchándole, y empieza a contarme lo que ha sucedido.

Los asaltantes se escurren por el puesto de centinela que sobresale de la trinchera de Fritz y entran en ella. Esta noche no hay estrellas en el cielo, y por eso Elijah sabe que volverá a nevar a la mañana siguiente. Se ponen en fila de uno y se arrastran sobre el vientre por la tierra helada. Yendo por el puesto del centinela, pueden acercarse a la alambrada de Fritz sin tener que preocuparse

en buscar un camino. Se detienen cuando las bengalas ascienden y vuelven a caer, sus túnicas blancas se confunden con el suelo cubierto de nieve. Elijah presiente que éste será un buen ataque.

Encuentra un lugar por el que atravesar fácilmente la alambrada de Fritz y eso permite que el grupo de ataque gane un par de minutos. Luego se para y observa los sacos de arena que forman el parapeto, estimulado por la idea de que a algunos metros hay centinelas que saben que él está cerca y le apuntan sin poder verle. Esta noche, la artillería canadiense trabaja a la perfección; a uno y otro lado de una sección de trinchera enemiga de unos cien metros, imperan las explosiones y las llamaradas. Esto evita que entren refuerzos en este tramo de trinchera que se pretende demoler y que los centinelas puedan asomar la cabeza, lo cual permite a los atacantes cogerlos por sorpresa. De todas maneras, el tramo para llevar a cabo todo esto es pequeño y la artillería no puede mantener el fuego mucho rato sin revelar su posición.

Cuando Elijah percibe que la mayor parte del equipo de ataque ya está muy cerca de él, se agacha y se dirige hacia el parapeto. Los otros le siguen. Elijah salta por encima del parapeto; siente como si volara, sin saber y sin importarle lo que pueda haber debajo. Pero no cae muy lejos, sus botas aterrizan ruidosamente sobre una plancha de metal ondulada, que se viene abajo y se desploma en medio de tres soldados, que se lo quedan mirando con los ojos abiertos. Parece que ha aterrizado sobre el techo de su refugio, que ha cedido. Los soldados van apresuradamente a por sus rifles, mientras Elijah intenta sacar las piernas del sucio trozo de metal. Está atrapado hasta la cintura en el viejo techo y sólo puede mover el torso.

Inmediatamente, apunta a la cara del que tiene más cerca y aprieta el gatillo. Con un fogonazo, la boca del soldado se convierte en una flor roja. La pólvora quema la nariz a Elijah. Mientras el soldado que está más alejado coge un rifle que cuelga de la pared, el otro le agarra el revólver con ambas manos e intenta arrebatárselo. Elijah coge su garrote con la mano libre y hunde los clavos en la cabeza del soldado, que se lo queda mirando sorprendido. Elijah intenta sacarlo para golpearle de nuevo, pero está demasiado hundido y deja que el soldado caiga con el garrote incrustado en la cabeza.

Cuando Elijah se vuelve, se encuentra al tercer soldado, que está quieto, mirándole a la cara con rabia y apuntándole al pecho con el fusil. Ese instante se congela en la mente de Elijah, mientras otros hombres a su alrededor luchan y gritan, con el fuego de artillería de fondo. El alemán aprieta el gatillo y Elijah espera que el impacto lo derribe, pero la mirada de confusión del soldado le hace saber que algo ha ido mal. Mientras el alemán se queda mirando el fusil inservible entre las manos, Elijah levanta el revólver, le apunta al pecho y dispara. El revólver le tiembla en la mano y su enemigo cae hacia atrás y se queda inmóvil.

Se siente un poco ridículo luchando para liberarse del techo hundido, mientras el equipo de ataque corre por el tramo de sección de la trinchera gritando y berreando, tirando bombas dentro de los refugios y golpeando a los confusos alemanes con sus garrotes de guerra. A Elijah le preocupa que no dejen nada para él. Finalmente, consigue liberarse y se acerca al primero de los tres soldados. No hay duda de que está muerto. Elijah pisa la cabeza del segundo soldado y arranca el garrote de un tirón. El soldado se queja y masculla algo, los ojos se mueven en círculos enloquecidos. Elijah le apunta a la frente y dispara, como si fuera un perro herido.

A Elijah no le entusiasma nada de esto, pero es lo que este lugar y estas condiciones han hecho de él. Va hacia el tercer soldado. Está moribundo y respira dificultosamente. Tiene los ojos abiertos y le mira, por eso se los tapa con una mano mientras con la otra le aprieta el cuello hasta que deja de respirar. El soldado forcejea un poco; con la locura de los gritos y los bombardeos, de los disparos de los rifles y las pistolas a su alrededor, éste es un momento extrañamente pacífico.

La historia de Elijah sobre esta noche acaba aquí. No será hasta mucho tiempo después cuando será capaz de compartir conmigo el resto de la historia. Cree que no podré entenderla, y tiene razón al pensar así.

Elijah mira la cara del soldado al que acaba de matar y piensa en la expresión de ira que tenía antes. Se dice a sí mismo que podría haber sido perfectamente él quien estuviese allí tumbado. Le da la vuelta al soldado, saca su afilado cuchillo de desollar, le estira el pelo y le arranca la cabellera cuidadosamente, con tanta facilidad como si le arrancara la piel a un pez. Guarda la cabellera en su

bolsa de equipaje, diciéndose que hará como tantos otros indios, que consideran que arrancar cabelleras es un signo de honor en la batalla.

El efecto de la medicina corriéndole por las venas empieza a disminuir y sabe que no pasará mucho tiempo antes de que le empiece a doler la cabeza y el cuerpo se le afloje hasta no ser capaz de moverse. Se une a los demás, que siguen gritando como salvajes y arrojando granadas en los sitios donde duerme Fritz. De vez en cuando, algún soldado aturdido acierta a salir de su refugio con las orejas ensangrentadas, sólo para acabar con las manos atadas, tomado como prisionero. Los canadienses se han apropiado ahora de este tramo de trinchera y Elijah se asegura de que ningún refugio haya quedado intacto tirando todas sus granadas dentro de ellos, para ir más ligero de peso en su viaje de vuelta. Una expresión de victoria animal se dibuja en las caras tiznadas de los canadienses que están a su alrededor, mientras arrancan recuerdos de los cadáveres y miran dentro de agujeros oscuros. De todas maneras, el fuego de artillería se ha reducido a ambos lados del tramo de trinchera, y Elijah sabe que no pasará mucho tiempo antes de que Fritz envíe refuerzos a esta zona.

Se sorprende al oír el ruido creciente de la artillería y ver los proyectiles cayendo muy cerca. Cuando un proyectil cae tan cerca que el cuerpo sin piernas de un canadiense sale volando unos diez metros por encima del parapeto, Elijah comprende que Fritz ya sabe que esta sección de trinchera ha dejado de ser suya y, como venganza, dirige su propia artillería hacia esa zona. El oficial del equipo de ataque toca el silbato y todos se arremolinan en las paredes de la trinchera, cargando con los recuerdos y los prisioneros, apresurándose, no como animales majestuosos, sino como ratas. Van saltando de uno a otro cráter dejados por los proyectiles, corriendo hacia sus líneas, sin detenerse porque las bengalas verdes o rojas vuelen por encima de las cabezas. El repiqueteo de las ametralladoras alemanas detrás de ellos se cobra alguna víctima entre los que huyen; a Fritz ya no le importa si sus balas matan a canadienses o a los prisioneros que llevan con ellos. Elijah se ha quedado a cubierto en un parapeto de un puesto de centinela, donde otros también intentan meterse. Desde allí ve que la mayor parte de ellos ha podido volver.

Cuando regresa a nuestro refugio para contarme la mayor parte de las aventuras de esta noche, tiene la sensación de que la posesión que lleva en la bolsa late con vida propia. Lo miro mientras se tumba encima de su manta y espera que la noche le tranquilice lo suficiente para poder dormir. Antes de dormirse del todo, vuelve a despertarse de pronto y me susurra que, con la prisa y el griterío del ataque, ha olvidado coger un fusil alemán de francotirador para él.

Cuando nos dejan salir de Arras por unos días, Elijah admite por fin que nota que la medicina le ha hecho perder mucho peso y que, además, no ha conseguido evacuar desde hace bastante tiempo. No sé por qué me cuenta esto. Tal vez se sienta culpable, pero quizá sea porque somos dos iguales en un sitio de extraños. O probablemente observa que estoy deprimido y comparte conmigo algunas pequeñas penas a modo de ofrenda.

También me explica que cuando ha estado mucho tiempo sin tomar la medicina, se vuelve frágil y los dolores de cabeza son tan fuertes que la muerte le parece una buena alternativa. Cuando no toma la morfina, tiene miedo del mundo, y ése no es un buen sentimiento. Le digo que debe dejar de tomarla, que el miedo a vivir sin ella le abandonará al poco tiempo, y que puede pedir un traslado a Blighty durante algunas semanas, para recuperarse.

Pero ¡ay, cuando el líquido dorado le corre por las venas! Incluso de noche, el mundo está bañado por una suave luz. Oye a hombres hablando y entiende el verdadero significado de sus palabras. Puede despegarse del cuerpo, flotar a voluntad y ver el mundo desde arriba, apreciar la belleza del mundo que ha creado el hombre. En esos momentos, se convierte en el cazador que realmente es, el cazador invencible que puede estarse quieto durante horas, durante días, y que sólo se mueve para recargar su cuerpo con la medicina, usando su visión de águila para descubrir al enemigo.

Kimotowin
Robar

Después del mediodía, me entra hambre, por eso me acerco remando a la orilla llevando conmigo a Xavier. Hago masa de pan con agua del río, la envuelvo en un palo y la pongo a cocer al fuego, haciéndola girar lentamente cuando veo que empieza a dorarse. Xavier aún no come nada. Eso me causa frustración, pero me la guardo para mí. Cuando lo miro y le veo el dolor en la cara, me digo que tiene sufrimientos que no puedo ver. Pero tendrá que comer algo para seguir con vida. Esta noche prepararé un caldo y se lo comerá, aunque tenga que obligarle. Por ahora, lo alimentaré con otra historia.

Me acerco a él, aunque noto por el gesto que hace con el cuerpo que quiere sentarse solo. Cojo un palo largo para atizar el fuego y me quedo mirando el río, este río que nos adentra cada vez más en el bosque. Hoy tampoco reconozco demasiado este paisaje. Intento apartar ese pensamiento de mi mente, el miedo de estar en un lugar en el que no habíamos estado nunca, pero la sensación me persigue como un niño que lanza piedras desde la orilla.

Eres demasiado joven para haber conocido a tu abuela, Sobrino. Murió mucho antes de que nacieras. Enfermó repentinamente, y la enfermedad la consumió. Un mes estábamos pescando juntas en la orilla del río y al siguiente era un esqueleto que temblaba en la tienda, encima de una manta. Probé con todos los remedios y las medicinas que se me ocurrieron, pero nada funcionó. La crueldad de la vida y la muerte puede ser asombrosa.

La enterré según la costumbre de nuestra familia, colocando su cuerpo bien envuelto en la rama más alta que encontré, para que su *ahcahk* viajara sin obstáculos hasta su marido, mi padre. Mi madre

provenía del oeste de la bahía James. Era una ojibwa, pero había conocido a mi padre en una expedición comercial. Las dos tribus no eran tan diferentes, incluso tenían una lengua similar, pero los cree y los ojibwa no siempre se llevaban bien. Mi madre y mi padre, a su manera, intentaron mejorar esa relación.

Era verano. Estuve sentada varios días bajo el árbol en el que estaba mi madre, y la miraba. Por aquel entonces, yo era tan salvaje como un animal, y ya hacía unos cuantos veranos que me había apartado de los hombres y de sus iglesias, y me había retirado a la soledad del bosque. Otras mujeres de mi edad tenían hijos, que pronto serían adultos. Yo sólo me tenía a mí. En aquel momento no podía imaginarme teniendo mis propios hijos o volviendo con la gente de aquella ciudad.

Me quedé sola, y por eso me fue muy fácil compadecerme de mí misma. Las estaciones pasaban, a veces tan rápidamente que perdía la noción del tiempo, a veces con tanta lentitud que sentía que me estaba volviendo loca. Mi hermana Conejo, tu madre, aún vivía, pero se rumoreaba que bebía mucho ron *wemistikoshiw* y que había abandonado a su único hijo en el internado para que las monjas lo criaran. Pensar que alguien de mi propia sangre tenía que valérselas por sí mismo en aquel lugar me hizo aún más desdichada, pero no podía hacer nada.

Los otros *awawatuk* seguían pidiéndome favores de vez en cuando, pero, aparte de eso, mis únicas conversaciones eran con el cielo y con los animales del bosque. Pensé más en el francés de lo que hubiera querido. A veces, por las noches, creía que me había equivocado al actuar como lo hice, pero la soledad que sentía al levantarme cada mañana me hacía recordar, incluso años después, lo que me había hecho.

El primer otoño después de la muerte de mi madre, volví a tener ataques y visiones que me asustaron mucho. Estaba sola, sin nadie que cuidara de mí. Los ataques eran violentos y dolorosos. Tenía miedo de asfixiarme con la lengua o golpearme la cabeza contra una roca cuando caía en esos espasmos involuntarios. Pero volvían a sucederme una y otra vez, y cada vez que volvía en mí me encontraba mirando al cielo, con un sudor frío que me ponía la piel de gallina. Tenía los ojos secos, lo que me hacía suponer que se me quedaban abiertos cuando iba hacia el otro mundo, aunque lo único

que recordaba eran imágenes fugaces. Pero sabía que volver a tener esos ataques significaba que se acercaba un cambio. Y en ese momento de mi vida, no tenía motivos para pensar que el cambio fuera para bien.

Seguí con mi vida lo mejor que pude, poniendo trampas y cazando, recolectando raíces y hierbas, y almacenando siempre para los meses de invierno. Me desplazaba con la caza. En verano era más fácil, porque en invierno estaba todo tan quieto y tan helado que algunos días estaba convencida de que yo era el único ser vivo.

Sabía cuándo me iba a dar un ataque porque la luz cambiaba. De repente, el mundo a mi alrededor adquiría tonos más vivos: el cielo era más azul, el agua llegaba a adquirir un color negro. La luz se volvía más suave y sentía un hormigueo en los dedos de las manos y los pies. Luego sentía que un doloroso rayo me atravesaba la sien; eso era lo que más temía. Me sacudía hasta que caía de rodillas, aún consciente, como una bala de hielo que me atravesara la cabeza. Hasta que no entraba en ese umbral de dolor no me era permitido deslizarme hacia la inconsciencia y empezar a tener visiones fugaces, a ver caras conocidas pero que eran muchos años más jóvenes, y otras caras que no reconocía. A veces me veía con otros, como en un consejo alrededor de un fuego; otras veces estaba sola. Una vez volví del otro sitio con una visión de un negro y reluciente vagón de metal que se movía solo, por encima de una vía lisa y extensa. Otras veces veía un lugar lleno de animales, o una amplia y estéril llanura, con los árboles cortados y el agua contaminada por los desperdicios de los humanos. Las visiones eran azarosas, confusas, espantosas o alegres. Cuando volvía en mí, tenía que reunir los fragmentos y juntarlos formando una historia que pudiera entender.

La soledad y el miedo que me atenazaron durante el año siguiente a la muerte de mi madre hicieron que empezara a ocurrírseme un plan. Durante uno de mis ataques vi la cara de un niño, y no había duda de que era pariente mío. Tenía la nariz como la mía, y su mirada era tan aguda como la mía. Tenía las orejas un poco separadas de la cabeza. Comprendí que te estaba viendo, Sobrino, y que tú me necesitabas tanto como yo te necesitaba a ti. En esas largas y tranquilas horas en el bosque, pensar en ti me hacía compañía.

Lo único que sabía era que debías de tener cuatro o cinco inviernos, así que las monjas aún no habrían tenido tiempo de perjudicarte mucho. Tendrías tantas ganas de salir de allí como yo las tenía cuando me llevó mi madre. Sería bastante sencillo sacarte de allí. No les importaría demasiado que faltase un niño pequeño, siempre hay alguno que se escapa. Incluso si decidían ir a buscarte, no ha nacido *wemistikoshiw* que pueda encontrarme.

El invierno fue especialmente largo y frío, y en esas noches que parecían eternas, me fui convenciendo de lo que tenía que hacer. Había muchos problemas que resolver, aunque quizá el mayor de ellos era que yo no sabía qué aspecto tenía mi sobrino, ni siquiera su nombre. Seguro que le habrían puesto uno de sus nombres, o sea, que tendría que averiguarlo. Otro problema, tal vez mayor aún, era que no sabía si sería capaz de volver otra vez a aquel lugar.

Justo después de la temporada de los mosquitos, salí con mi canoa. Ahora que estábamos en pleno verano, los ríos me proporcionarían una silenciosa vía de escape, y no podrían localizarme una vez que hubiera dado contigo. No sólo eso, sino que sabía, debido a mi corta estancia en el internado, que en verano a la mayor parte de los niños se les permitía volver con sus familias por un corto período de tiempo. Yo esperaba que, gracias a eso, me sería más fácil encontrarte. Si lo que había oído era verdad, mi hermana no estaba en condiciones de cuidarte y tú estarías solo, de modo que casi seguro que querrías irte de allí si yo te invitaba. Y eso es lo que finalmente decidí hacer. No te llevaría por la fuerza, sino que te preguntaría si querías venirte conmigo. Si te negabas, lo respetaría y, si decías que sí, te llevaría conmigo y te educaría según las antiguas costumbres.

Estuve tres días viajando desde el alba hasta el anochecer. Tal como lo recordaba, el olor de la ciudad llegó a mí mucho antes de que pudiese verla. Vi un bosquecillo de pinos cerca de la escuela, un lugar en el que podía esconderme y observar. Únicamente contaba con la visión que tuve de ti en el otro lado. La recordaba bien: sólo tenía que buscar al niño con ojos como los míos y orejas de soplillo. ¿Me costaría mucho?

Por la noche, entré en la ciudad, luchando con el miedo de encontrarme de nuevo cara a cara con el francés, aunque sabía que estaba muerto. No era su cuerpo físico lo que me atemorizaba. Tal

como recordaba, los pinos cercanos a la escuela ofrecían cobijo. Daban a la blanca pared del internado, llena de ventanas. Todos los niños dormían en el piso superior. Para no ser descubierta, escondí cuidadosamente la canoa, cubrí mis huellas y construí un refugio con ramas de pinos a mucha distancia del camino que conducía hasta allí. Cocinar con fuego era inviable, y por eso llevaba suficiente pescado ahumado y carne para varios días. Me instalé y esperé, nerviosa por lo que podía suceder.

Tal como esperaba, en verano sólo quedaban allí unos pocos niños. Salían a jugar todas las mañanas a la misma hora, convenientemente vigilados por una monja, como una gallina controlando a sus polluelos. Seis niños, más o menos de la misma edad, estaban jugando. Yo los observaba desde la distancia. Al segundo día ya había adivinado cuál de ellos era de mi sangre.

Por las tardes, la hermana Magdalene, una monja mayor que yo ya conocía y que me aborrecía, se iba en una canoa con un niño y se dedicaba a pescar, mientras el chico remaba arriba y abajo en un trecho de río. Era un niño pequeño. La monja pesaba tanto que la canoa se hundía más por un lado que por otro, pero el niño hacía todo lo posible por llevarla remando a los lugares que ella le indicaba. Al poco rato, se fatigaba de remar con ese peso a contracorriente, pero en cuanto descansaba un poco ella se volvía y le daba en la cabeza con el remo. Era una pescadora nefasta, se golpeaba con la canoa y pedía al pequeño que la llevara remando a sitios en los que ningún pez querría alimentarse. Pero él era paciente y no se rendía ni se quejaba. No tenía ninguna duda de que eras tú.

Dos días después, yo estaba observando a los niños mientras jugaban chutando una pelota. Me acerqué hasta el límite de los árboles. Tú eras el niño que estaba más cerca de mí, y esperé pacientemente a que alguien te chutase la pelota con demasiada fuerza y tuvieras que ir a recogerla. Cuando te acercaste lo suficiente, grazné como un urogallo, muy bajito para que sólo tú pudieras oírlo. Tus oídos prestaron atención, tal como había imaginado que harían. Después de chutar la pelota hacia los niños, te adentraste en el bosquecillo. Volví a graznar, y te acercaste más.

—Sobrino —susurré.

Te quedaste quieto, listo para salir corriendo.

—No tengas miedo. Eres el hijo de la que llaman Anne.

Te hablé en cree porque no sabía suficiente inglés. Pero me entendiste y asentiste.

—Soy Niska, tu tía.

Te acercaste a mí y me miraste por primera vez, con los ojos como platos. Fui consciente del aspecto que debía de tener, cubierta de pieles y con el pelo negro largo y despeinado.

—¿Qué quieres de mí, Tía? —preguntaste en cree, aunque con acento *wemistikoshiw*.

Eras atrevido.

—He venido a preguntarte si quieres irte de aquí y venir a vivir conmigo en el bosque.

No dudaste ni un momento.

—Sí, Tía.

Sonreí, y advertí que era la primera vez en muchos meses. Mis ojos se humedecieron.

—Ven a buscarme aquí mañana.

Tú también sonreíste, y luego te fuiste con los demás a perseguir la pelota.

Cuando viniste al día siguiente, te expliqué que nos iríamos por la tarde y que me acercaría remando hacia la canoa cuando estuvieras pescando con la monja.

—¿Por qué no podemos irnos ahora, Tía? —me preguntaste.

—Hay algo que llevo muchos veranos deseando hacer —te dije—. Y te estaría muy agradecida si pudieras ayudarme a hacerlo.

Ese mismo día por la tarde, estaba esperando en mi canoa, debajo de la densa cortina de un sauce. Tal como había previsto, Sobrino, apareciste remando por el río con la gruesa monja Magdalene. Cuando aún estabas al otro lado del río, imité el sonido del arrendajo gris, el *whiskeyjack*. Te volviste al instante. No había duda de qué estirpe eras.

Oía cómo la monja te gritaba el rumbo. Te acercaste a mí, remando. Esperé el momento y, no queriendo perder la ocasión, cuando la monja estuvo a un remo de distancia aullé con todas mis fuerzas, un aullido de años de dolor reprimido. La vieja monja se puso de pie, empezó a tambalearse y cayó al agua. Remé hacia ella y, en el poco inglés que recordaba, le dije:

—Tú vuelves remando.

Le di un coscorrón con mi remo para hacer hincapié en lo que acababa de decir. Me miraba aterrorizada, con la negra ropa hinchada por el agua y el fino pelo gris pegado a la frente. Me acerqué a ti y subiste a mi canoa. ¿Te acuerdas, Sobrino? Nos alejamos de allí sonriendo mientras remábamos.

Los siguientes meses fueron los más felices de mi vida. Pasábamos el día caminando, poniendo trampas y cazando en el bosque. Para mi gran sorpresa, no sabías casi nada de todo eso, así que te enseñé cuanto pude. Aprendías rápidamente y sin esfuerzo, y tenías una habilidad indiscutible para desplazarte pasando inadvertido y para disparar.

Una tarde, a finales de otoño, cuando la tierra estaba helada y los últimos gansos aprovechaban las altas corrientes de aire para volar hacia el sur, volví a sentir el familiar hormigueo en los dedos. Íbamos por el río con la esperanza de encontrar algún alce y quise advertirte de lo que iba a ocurrir, pero ya era demasiado tarde. El dolor me atravesó las sienes y me desplomé en el suelo. Mientras me iba hacia el otro mundo, oí cómo me llamabas y llorabas.

No sé cuánto tiempo estuve en el otro lado, pero al volver en mí gradualmente, vi que estabas a mi lado con la cara llorosa.

—¿Has estado muerta, Tía? —me preguntaste.

Sonreí y dije que no con la cabeza.

—Tenías los ojos abiertos, pero no veías nada, y decías cosas que no entendía.

—No te preocupes —te dije—. Cuando seas mayor, te lo explicaré.

Ese invierno, el verano siguiente y todo el año que siguió fueron tiempos fecundos y felices. Te adaptaste al bosque mejor de lo que me esperaba y te convertiste en un hábil cazador y en un agudo rastreador. Te enseñé todo lo que sabía sobre la vida en el bosque: la mejor manera de cazar conejos y cómo usar su piel para protegerte del brutal frío del invierno, cómo abrirte paso y caminar sobre la nieve con las raquetas, cómo acercarte a un alce con el viento de cara e incluso cómo cazarlo, cómo hacerte tu propia ropa y tus mocasines, qué plantas y hierbas son comestibles y cuáles tienen propiedades curativas.

Pero, como siempre sucede, los buenos tiempos dejaron paso a los malos y nuestro tercer invierno juntos fue largo, difícil y muy

frío. Hubo días en que lo pasamos tan mal que llorabas de hambre y me acordaba de mi propia infancia y de aquel invierno, tanto tiempo atrás, en que mi padre aún vivía.

Una o dos veces, de noche, mientras dormías un sueño ligero al lado del fuego, me sorprendí preguntándome si hice lo correcto sacándote de la escuela. Al menos, allí tenías el estómago lleno y una cama caliente. Los ataques me sobrevenían cada vez con más frecuencia, y aunque no podías entender qué ocurría, como mínimo te acostumbraste a ellos, porque habías visto que yo siempre volvía del otro lado. Lo que no te conté, Sobrino, era que había traído conmigo de esos viajes la noticia de que pronto vendría alguien a visitarnos. Un visitante con una petición que no podría ignorar.

Onatopaniwiw
Combatiente

La historia que me cuenta Tía me hace esbozar una sonrisa. Me acuerdo de la monja a la que le gustaba pegarme con una fusta. Aún puedo ver la expresión de su cara cuando Tía la hizo caer al agua del susto y la golpeó con el remo. Sonrío a Tía y eso hace que sus ojos brillen. Niska es una buena mujer, una mujer bondadosa y loca.

El sol calienta mucho aquí en el río y ya no me siento culpable de no ayudarla a remar. Tiene la corriente a favor y no tenemos ninguna prisa. Me acuesto, palpo la tosca lana de mis pantalones, noto el muñón de la pierna. La piel que lo cubre aún es una costra arrugada, tan fea que no soy capaz de mirarla. Cuando supe que había perdido la pierna, me quedé mirando la herida durante días, la sangre que escapaba lentamente a través de la venda blanca, la vida que se me escurría gota a gota. Tal vez fue entonces cuando decidí morirme, y cuando descubrí por qué Elijah adoraba la morfina, ya que las enfermeras me la administraban generosamente.

Estuve un rato intentando no dormirme. La canoa se balanceaba en un rápido del río, lo que me recordó los trenes en los que Elijah y yo viajamos para ir a alistarnos en el ejército, que nos llevaron más y más hacia el sur, hasta ese lugar intimidante llamado Toronto. Recuerdo que nos alineaban en fila con los uniformes nuevos, que comíamos y marchábamos juntos. Los barracones eran iguales que los de la escuela de mi niñez. De niños, nos poníamos en fila como soldados para la inspección diaria de la mañana y de la noche. En el corto período que estuve en la escuela, Elijah y yo siempre estuvimos juntos y nos protegimos mutuamente.

Después de que nos azotaran delante de los demás niños, empezamos a hacer planes. Nos acostábamos juntos y hablábamos

entre susurros hasta muy tarde; nos callábamos de pronto cuando oíamos a la monja que hacía la ronda nocturna con su vela.

—Vamos a irnos de aquí —decía a Elijah en nuestra lengua—. Cada día cogeremos un poco de comida de la despensa, muy poco, para que nadie lo note. Encontraremos un lugar para ir guardándola, y cuando tengamos suficiente, nos iremos de noche. A la mañana siguiente, nos habremos adentrado tanto en el bosque que nadie será capaz de encontrarnos.

Esto fue antes de saber de tu existencia, Tía.

—Necesitaremos algo más que comida —dijo Elijah—. Nos hará falta un hacha y algunas cerillas, ropa, zapatos para el verano y botas para el invierno.

Me sorprendió que Elijah necesitara tantas cosas.

—¿Dónde esconderemos todo eso? —pregunté—. Las monjas tienen buen olfato y lo encontrarán. Lo encuentran todo.

—Esconderemos lo que cojamos en algún lugar cerca del río y luego usaremos la canoa que siempre está allí —respondió Elijah con convencimiento.

—Pero los animales se comerán nuestra comida —repliqué, y él se quedó callado durante un rato.

Entre los niños corría el rumor de que una vez dos chicos escaparon y nunca fueron encontrados. El otro rumor que corría era que, al año siguiente, se hallaron huesos en el granero de la escuela, demasiado pequeños para ser de un adulto.

—Sólo esconderemos en el río lo que no sea comestible, y la comida la guardaremos en algún sitio dentro de la escuela —dijo Elijah finalmente.

Tenía mis dudas acerca de que este plan funcionara. Las monjas siempre encontraban todo lo que intentábamos esconder. Pero no dije nada, quería que el plan se llevara a cabo.

—Una monja tiene un rifle guardado —explicó Elijah un día, cuando estaba a punto de dormirme—. Tiene un buen rifle y muchas balas. Lo he visto en su cuarto.

Esta información me despertó.

—¿De verdad? —pregunté.

Asintió, y así quedó zanjado el asunto. Me dormí dudando de que Elijah hubiera estado realmente en la habitación de la monja. Estaba estrictamente prohibido que nos acercáramos allí. Elijah no

sabía moverse con tanto sigilo como para que no lo pillaran en el intento. Mucho tiempo después, supe que realmente lo había conseguido. Aunque Elijah y yo siempre estuvimos planeando nuestra huida, la cosa quedó sólo en cuchicheos de dormitorio.

Niska canturrea mientras rema. El sol me da en la cara y me entra sueño. Los recuerdos vuelven a mí, esta vez sobre Francia. Intento apartarlos de la mente, no quiero volver allí otra vez. Por eso intento pensar qué día es hoy según la manera inglesa de contar el tiempo. Estamos en pleno verano, pero no sé qué día ni qué mes puede ser. Caigo en un sueño ligero y pienso que, de acuerdo con la manera inglesa de medir el tiempo, ha pasado un año desde que Elijah y yo nos fuimos de aquí. Ahora soy un hombre diferente. Estoy más delgado que entonces, y soy más fuerte en muchos sentidos.

El final del invierno y la entrada de la primavera traen consigo frías lluvias, que se convierten en nieve pero que no cuajan. Los ingenieros trabajan sin descanso y Elijah me ha dicho que debo decidir si prefiero cargar sacos llenos de fango o ser un cazador. Todo el invierno he tenido ese lamentable sentimiento que llaman depresión. Para empeorar las cosas, no puedo olvidar a aquella chica, Lisette. Durante semanas, tras dejar de verla, fui un cargador de lodo. No podía concentrarme en el campo de batalla, y eso es peligroso cuando puedes ser cazado por lo que quieres cazar. Pero ya estoy harto de tanto barro. He estado acariciando la idea durante todo el invierno y ahora ya no puedo librarme de ella. Si pudiera encontrarla otra vez, mi depresión se desvanecería. Pienso en cómo podría verla de nuevo, pero vive muy lejos de la cresta de Vimy. Lisette ha sido mi primer amor. Cuando vuelva a verla, quiero contarle mis aventuras. Por esa razón he vuelto a ser el compañero de Elijah en el campo de batalla.

Hemos encontrado un escondite que parece bastante bueno, en un montón de ladrillos, justo detrás de la línea del frente. Si hubiera algún problema, tenemos a nuestra derecha una trinchera que comunica con las trincheras de apoyo. Estamos quietos la mayor parte del día, buscando posibles blancos. Tenemos el sol de frente así que debemos tener cuidado de que no se refleje en nuestras gafas de campaña, aunque el sol casi nunca es un problema. El viento sopla constantemente del oeste, y trae nubes bajas que

descargan sobre nosotros. Elijah se lleva bien con los oficiales que tienen autoridad para apuntar la artillería a sitios específicos y utiliza esta amistad para pedirles que disparen para perforar en los parapetos alemanes. De vez en cuando algún alemán pasa por allí, Elijah se lo toma como una competición y lleva la cuenta de todos los aciertos y los fallos que tenemos ambos.

—Usaremos tu Máuser como trofeo —dice—. Quien acumule más aciertos dentro de dos semanas gana el premio.

Le respondo con una sonrisa. Éste es un buen fusil, me lo llevaré a casa y cazaré muchos alces con él.

Pregunto a Elijah dónde puedo encontrar balas para el fusil de Fritz. Me había prometido hace tiempo que me proporcionaría más y ahora sólo quedan unas pocas. Creo que no quiere darme las que tiene. Ambiciona este fusil, pero fui yo quien se lo arrebató al tirador alemán atraído por los muertos. El día en que maté a alguien por primera vez, al llegar la noche experimenté una nueva sensación: me sentí como uno de nuestros ancestros, un guerrero *awawatuk*. Durante ese día y el siguiente, recé durante horas a Gitchi Manitú, dándole las gracias de que fuese yo quien aún respirara y no mi enemigo. Desde entonces, soy capaz de disparar a otros hombres y considerar que lo hago por supervivencia, siempre y cuando le rece a Gitchi Manitú. Él lo entiende. Puede que mi enemigo no entienda esto cuando le mando al camino de tres días, pero tal vez lo haga cuando vuelva a encontrarme con él.

Desde nuestra posición, podemos ver la colina que Fritz ha ido horadando y desde la que observa a los canadienses. Nuestros ingenieros trabajan de noche, cavando la tierra como topos, y Elijah yo debatimos sobre si están cavando otro túnel por debajo de las líneas alemanas para llenarlo con explosivos o si es por otra razón. Creo que lo que están haciendo nos sorprenderá a todos, pero Elijah dice que no es posible enseñarle trucos nuevos a un perro viejo. En lo que estamos de acuerdo es que se está preparando algo importante, supongo que para cuando deshiele. Cuando nos envían de vuelta detrás de las líneas para descansar, vemos que cada vez hay más tropas cerca de las trincheras. También observo que aumentan los abastecimientos y que los grandes cañones están siendo trasladados por caballos, aprovechando que la tierra está helada y no se hunden en el barro.

La noche en que volvemos de nuevo desde la trinchera de apoyo hasta nuestra posición en el frente, tengo una idea que no puedo apartar de la cabeza. Gracias a mi excelente visor alemán, veo a tres Fritz muertos, enredados en la alambrada, a poca distancia. También vislumbro un puesto de centinela, muy cerca de donde ellos están pudriéndose. Allí deben de tener balas para un Máuser. Considero la posibilidad de compartir esto con Elijah, con la esperanza de que me acompañe en la aventura, pero luego decido que debo hacerlo solo. Sé que es peligroso, pero de eso se trata. Puedo imaginar a Elijah diciendo lo mismo, con su gracioso acento *wemistikoshiw*. Tengo tanto miedo del lío en que me metería si me descubriesen los de mi bando como de ser capturado por Fritz.

En la noche que he escogido para llevar a cabo mi incursión, todo me da mala espina. Hay muchos movimientos de tropas en mi sección de trinchera. Fritz ha reanudado los bombardeos y los ha concentrado en la alambrada canadiense. No puedo quedarme solo el tiempo suficiente para cubrirme la cara con corcho chamuscado y salir de la trinchera sin ser visto. Después de la medianoche aún sigo sentado en mi refugio, paralizado por la indecisión e intentando encontrar un buen momento para actuar, por lo que renuncio finalmente, a mi pesar. Me acuesto en mi manta y la oscuridad de la noche me engulle. Me digo que Elijah habría ido y no se hubiera preocupado por nada ni por nadie, concentrado sólo en los alemanes muertos y en lo que llevaban en los bolsillos. No hubiera dejado que ninguna excusa ni ningún miedo le detuviesen. Lo habría hecho y ya está. No puedo dormir en toda la noche, corroído por el fracaso.

Un día, a principios de abril, nos dicen a Elijah y a mí que vayamos al refugio de McCaan. Ambos sabemos, al igual que todos los soldados que nos rodean, que se está preparando una ofensiva. McCaan habla rápidamente y no puedo entender todo lo que dice. No es que no entienda el inglés, porque he mejorado mucho; la culpa es de mis oídos. Oigo un zumbido constantemente, y a veces no puedo oír nada en absoluto. Pero sé que Elijah está escuchando atentamente y ya le pediré que me lo repita luego en cree. Veo moverse los labios de McCaan, pero es como si tuviera los oídos llenos de polvo o de cera. Intento limpiármelos con el dedo, lo que normalmente ayuda un poco, pero esta vez aún los noto más

taponados. Me siento aliviado cuando nos dan la orden de marcharnos.

—¿Qué ha dicho? —pregunto.

La voz me resuena dentro de la cabeza. Los labios de Elijah se mueven, pero no oigo nada.

—Habla más alto —le pido.

Intento hacer el vacío con la palma de la mano y esto parece funcionar un poco, pero el zumbido continúa en la parte más interna del oído.

—Tenemos que reconocer el terreno en busca de posiciones en tierra de nadie, lo más cerca que podamos de Fritz —me dice—. Llevaremos toda la munición que podamos necesitar, además de raciones de comida y agua potable.

Elijah sonríe.

—Vamos a localizar los nidos de ametralladora de Fritz, y la misma mañana en que la «operación», como McCaan la llama, se lleve a cabo, destruiremos todos los que podamos.

Entonces me mira de forma extraña.

—Te estás volviendo sordo —dice.

En los días siguientes, exploramos cada pulgada de tierra enfrente de nuestra sección de trinchera. Nuestro mayor reto es que Fritz está más elevado que nosotros e identificará fácilmente casi todos nuestros escondites, pero en un área de unos cincuenta metros delante de la alambrada alemana hay una pila de ladrillos viejos y una pendiente de barro, provocada por la explosión de un gran proyectil. Acordamos que éste es el mejor lugar de observación y que iremos a comprobarlo esta misma noche.

Elijah informa a Breech, y él nos da el visto bueno. Intento dormir un poco después de las maniobras del anochecer, pero como es habitual, no puedo. En lugar de eso, me tumbo en mi refugio y empiezo a contar las bengalas que ascienden y dibujan sombras en la pared de barro delante de mí. Estoy preocupado por mis oídos. La sordera va y viene, seguida de un zumbido que me saca de mis casillas. Cuando el zumbido se desvanece, me siento como si viviera en una caverna.

Nos tiznamos la cara y salimos, sólo nosotros dos, como en los viejos tiempos. Avanzamos por la trinchera del puesto de centinela, que ahora nos resulta familiar, y salimos de ella cuando las

bengalas enemigas se apagan. Fritz está nervioso por los recientes ataques a sus trincheras, pero sé cómo acercarme con cautela y sin hacer ruido. Cuando alguna bengala asciende, nos arrojamos al suelo y nos quedamos quietos, convencidos de que pasaremos inadvertidos en la oscuridad. Así conseguimos llegar al sitio que teníamos previsto.

En plena oscuridad, éste parece un buen lugar, pero Elijah está tenso. Me hace la señal de que Fritz está cerca, dos dedos apuntando hacia el suelo. Nos quedamos inmóviles escuchando, pero no puedo oír casi nada. Elijah me señala a nuestra izquierda y al frente, y me indica por señas que cuatro o cinco de ellos están a unos veinte metros de nosotros. Oteamos el horizonte y advierto que este emplazamiento sería muy útil para nuestros propósitos, porque tiene muchos sitios para arrastrarse y esconderse, además de que ofrece una buena perspectiva de las líneas alemanas. Hacemos el camino de vuelta con mucho cuidado e informamos a McCaan.

—Hemos encontrado un lugar adecuado —explica Elijah a McCaan.

Estoy a su lado intentando oír lo máximo posible.

—Pero Fritz tiene un puesto de centinela a unos veinte metros de allí. Creo que serviría como nido de ametralladoras una vez que comencemos nuestro avance.

—Bien —contesta McCaan—, sugiero que ese puesto sea lo primero que toméis cuando empiece el ataque.

Elijah asiente y sonríe. Luego se vuelve hacia mí y nos dirigimos a nuestro refugio. Nos informarán la noche anterior para que tomemos posiciones, ya nos han dicho que estemos preparados para actuar en cualquier momento.

Ninguno de los dos habla mientras estamos en el refugio que reclamamos para nosotros. El día ha sido tranquilo y el atardecer está cerca. El resto de nuestra sección ha sido asignado esta noche a tareas de centinela, por turnos, y oigo al Gordo roncar en el refugio contiguo al nuestro mientras Gilberto, enfadado, refunfuña para que se calle. También oigo a Elijah rebuscar en su macuto, el familiar tintineo de la pequeña jeringuilla, el golpecito que se da en el brazo y el profundo suspiro cuando ha terminado. Justo cuando pienso que está dormido, su voz se desliza hacia mí. Mis oídos funcionan esta noche. Espero que sigan así.

—Tengo algo en la mochila para ti —me dice—. Un regalo. Dos cargadores de balas de Máuser que he estado guardando para ti. Úsalos bien.

Me acerco y palpo el macuto. Lo cojo y meto la mano. Hay algo suave y peludo. Saco la mano por si fuera una rata dormida y me mordiese al despertarse. Puede que Elijah me esté gastando una broma. Toco el exterior de la mochila, pero no hay nada cálido ni que se mueva en el interior. Vuelvo a coger esa cosa suave, esta vez con cuidado, y la saco. No puedo ver qué es, con la poca luz que hay, tal vez sea un trozo de piel no muy grande, pero el pelo es demasiado largo para ser el de una rata. Cuando me lo acerco a la nariz por la parte del pellejo seco, la peste a carne humana me hace apartar la mano con disgusto. Me doy perfecta cuenta de lo que guarda Elijah.

Vuelvo a dejarlo en la mochila y cojo los cargadores. Me quedo allí tumbado y veo de nuevo, como tantas otras noches, las sombras que se proyectan sobre la pared de la trinchera, mientras oigo el estruendo y el fragor de los grandes cañones. Paso los dedos por el frío metal del casquillo de una bala, mientras me pregunto qué está sucediendo a mi alrededor.

Dos noches después, McCaan nos ordena tomar posiciones en el campo de batalla. Las trincheras hierven de actividad. Las compañías van tomando posiciones, hasta situarse hombro con hombro. Los ingenieros han concluido las excavaciones, y los túneles que conducen a las líneas de Fritz están llenos de rifles, granadas y ametralladoras. Intentar un ataque frontal al aire libre sobre la cresta de Vimy originaría una masacre. Por eso hemos hecho lo más normal: cavar túneles que lleguen hasta la tierra de nadie y la atraviesen, para que los canadienses puedan salir muy cerca de las líneas alemanas y tomarlas por sorpresa. Elijah está sorprendido e incluso un poco enfadado porque él esté equivocado y yo tenga razón.

Nos dirigimos hacia nuestra posición con los rifles y las mochilas llenas de municiones y raciones de comida. El fuego de artillería de nuestro bando cubre los movimientos. Tenía menos de dos docenas de balas para mi Máuser y McCaan hizo correr la voz por nuestras líneas. Varios soldados trajeron algunas, y ahora dispongo de muchas.

Nos atrincheramos en nuestra posición, con ladrillos y barro por todas partes. Abro una aspillera entre los ladrillos para disparar mi fusil, bien oculto de Fritz. Elijah también se hace una, con trozos de ladrillo y puñados de barro. Me parece que hay mucho ajetreo en las líneas alemanas. Los proyectiles canadienses caen cerca de nosotros y la tierra tiembla bajo nuestros pies, como un ser vivo. Fritz debe de intuir que algo se avecina, y ahora que ya ha tenido alguna experiencia con los canadienses en los cráteres de Saint-Eloi, en el Somme y aquí en la cresta de Vimy, sabe que tiene enfrente a un oponente digno de consideración.

El puesto de centinela de Fritz está muy cerca; por eso tenemos que trabajar muy lentamente. Los alemanes más cercanos no podrán oírnos debido al bombardeo, pero descubrirán nuestros movimientos si no somos cuidadosos. Elijah me hace una señal para que me acerque.

—Quédate ahí —dice—. Cúbreme si es necesario. Si no vuelvo, resiste aquí y, por la mañana, mata a todos los que puedas.

Luego se escabulle con su cuchillo en la oscuridad.

La preocupación me devora. Elijah se ha vuelto loco debido a la medicina. No quiero estar aquí solo cuando amanezca, justo enfrente y muy cerca de las precisas ametralladoras, el fuego de artillería y sus terribles efectos cuando dispara a quemarropa.

No puedo hacer otra cosa que permanecer quieto y esperar. El mundo estalla a mi alrededor; a unos cincuenta o cien metros, los proyectiles destruyen las líneas alemanas. Ordeno a mi mente que divague, que se calle, pero no lo hace.

Parece que han pasado horas cuando finalmente siento, más que veo u oigo, que alguien se acerca. Es Elijah, lo sé por su olor. Entra arrastrándose, con los ojos abiertos por la excitación.

—¡Tres! —susurra—. ¡Les he cortado el cuello a tres de ellos, y tan rápidamente que incluso me he sorprendido a mí mismo! ¡Ahora sí soy verdaderamente un hombre fantasma!

Sus manos parecen negras en la oscuridad; veo que están cubiertas de sangre.

—¿Les has cortado las cabelleras? —le pregunto.

—¿Cómo lo sabes? —me espeta, excitado como un joven que hubiera cazado su primer urogallo.

Nos ponemos cómodos y esperamos.

La llegada del alba me produce unas ganas irrefrenables de volver arrastrándome hacia nuestras líneas, antes de que sea demasiado tarde y nos cojan aquí, a la intemperie. Estamos a menos de cero grados, tengo mucho frío y me siento entumecido dentro de mi abrigo. Escrutamos el horizonte, aún a oscuras, esperando el momento en que el sol aparezca enfrente de nosotros e ilumine las líneas alemanas. Muy pronto empezará el fuego de artillería. McCaan nos avisó de que sería algo intenso y rotundo. La artillería destrozará las trincheras alemanas y habrá un absoluto silencio durante unos instantes, antes de que oigamos detrás de nosotros el estridente silbido que avisa a los canadienses de que pueden salir de las trincheras. Entonces el mundo volverá a estallar.

El amanecer se va apoderando del horizonte. Sin previo aviso, la artillería empieza a rugir detrás de nosotros y crece súbitamente en intensidad. Los proyectiles pasan silbando por encima de nuestras cabezas, tan cerca de mí que parece que vayan a caerme encima. Esta mañana están disparando con gran precisión, y los proyectiles lanzan por el aire barro, metralla, sacos de arena, restos humanos y una lluvia de chispas. Durante un segundo me pregunto si ésta será la última mañana de mi vida.

Elijah me da con el codo y me pasa una cantimplora.

—Bebe —dice.

La cojo y vierto un poco en mi garganta reseca. No sabe a agua en lo más mínimo; mientras me quema la garganta, noto que es ron.

—McCaan nos ha dado ración doble. ¡Bebe! —grita Elijah, por encima del estruendo.

Empino la cantimplora y bebo tanto como puedo. Creo que lo necesito. Cuando le devuelvo la cantimplora, veo claramente los detalles de la cara tiznada de Elijah: los pómulos salientes y las mejillas hundidas. Está demacrado a causa de la medicina. Sus ojos centellean como la luz del sol reflejada por el agua y lo miro un instante, mientras me quedo con su imagen. Es hermoso como un animal salvaje y parece más frágil de lo que es. Elijah me devuelve la mirada con ojos desorbitados y luego se le dibuja en el rostro una gran sonrisa. Sus dientes, tan blancos, me dan miedo.

Elijah coge el rifle, abre el percutor, comprueba el mecanismo y desliza una bala en la recámara. Se lo apoya en el hombro y otea por el visor, luego me mira y me grita:

—¿Ves aquella loma de allí?

Miro el parapeto de Fritz y asiento. En plena oscuridad, podemos ver un gran montículo directamente enfrente de nosotros, como un enorme grano en la tierra.

—Tú encárgate de tu lado. Yo me encargaré del mío. Seguro que habrá nidos de ametralladoras en aquella zona.

Señala hacia unos bultos que sobresalen del parapeto de Fritz, que supongo que son refuerzos de sacos de arena.

—Vamos a concentrar nuestros disparos allí —dice.

Somos conscientes de que hoy no habrá mucho sol. El día promete ser cargado y gris, y el viento que se ha levantado pasa a nuestro lado y barre la colina hasta las líneas de Fritz. Hace frío y se arremolinan gruesos copos de nieve. Todo esto es favorable para los canadienses: el viento a sus espaldas y la nieve que camufla cayéndoles del cielo. A mí me será más difícil encontrar los objetivos, pero eso es poco precio que pagar. Con la nieve delante de los ojos de Fritz, a éste le será mucho más difícil reconocer a los atacantes.

En ese momento, el bombardeo cesa. Un zumbido surge en mis oídos, brotando de un silencio como no oía desde que salí de Mushkegowuk.

El agudo y estridente silbido corta el aire y resuena amortiguado detrás de mí. Un instante después, oigo el estruendo de los hombres que, a unos cien metros, trepan por encima de las trincheras y vienen hacia nosotros.

Elijah y yo miramos detenidamente a través de la cortina de nieve, pendientes de cualquier movimiento. Mantengo una mano en el gatillo del fusil mientras protejo el visor de los copos de nieve con la otra. Ahora hay suficiente luz para ver sus líneas con todo detalle. Veo sacos de arena y trapos de colores, pero ningún orden apreciable. El bombardeo parece haber sido efectivo. Ha abierto grandes brechas en las trincheras de Fritz y no se aprecia ningún movimiento. Desplazo lateralmente mi fusil a lo largo de la trinchera destrozada, escudriñando cualquier posible movimiento a través de los copos de nieve. Nada. ¿Es posible que hayamos mandado a Fritz al otro barrio? Oigo cómo nuestros hombres se aproximan por detrás. El terreno es intrincado y, obviamente, tienen que esforzarse para avanzar acarreando sus pesados fardos,

sus rifles y sus botas llenas de barro. Pero aún siguen gritando, furiosos y jadeantes. Dejo de mirar a través del visor y echo un vistazo a las líneas de Fritz. Es increíble, ni el más mínimo movimiento. Puede que todos los rumores sobre que este sitio era una fortaleza inexpugnable fueran mentira.

Entonces es cuando avisto algo.

Observo detenidamente por el visor de mi fusil y descubro el contorno de un casco alemán y la cara pálida de un joven que, con la lengua fuera, forcejea con algo que está fuera de mi vista. Quedo hipnotizado por el joven alemán. Lo veo tan cerca, a través del visor, que me parece que podría tocarlo con la mano. Un solo hombre. ¡Sólo un hombre ha sobrevivido al bombardeo!

En ese momento, el estómago me sube a la garganta. A través del humo de la cortina de fuego veo sobresalir las cabezas de los soldados, que aparecen como si salieran de la nada y ocupan sus lugares en los parapetos, apuntándome directamente con sus fusiles. En esos pocos segundos en los que me quedo mirándolos, sus líneas se llenan de hombros y de cabezas, todos con sus fusiles apuntando hacia los soldados que se les acercan desde detrás de mí. Y caigo en la cuenta de que el invierno que los canadienses han dedicado a cavar túneles en dirección a los alemanes, éstos lo han dedicado a cavar hacia abajo, para protegerse de los bombardeos.

—¡Mira cuántos hay! —dice Elijah.

Sin pensármelo, apunto directamente al pecho del soldado que pasa apuros y aprieto enérgicamente el gatillo. El fusil da un culatazo y el soldado cae hacia atrás, como impelido por una gran fuerza. Veo una expresión de espanto en su rostro, antes de desaparecer de mi vista. Las explosiones me resuenan amortiguadas en la cabeza y advierto que éste es el primer disparo de rifle de la mañana. En ese instante, el mundo estalla de nuevo.

La artillería canadiense vuelve a desplegar cerca de nosotros la cortina de fuego. Cierro con fuerza los ojos y rezo por que caigan delante de mí y no detrás. En su intento de proteger a los soldados que avanzan, el fuego canadiense cae tan cerca de nosotros que se hace difícil respirar, porque las explosiones absorben la mayor parte del oxígeno del aire. Saldría corriendo, gritando, pero mi cuerpo es como un peso muerto plantado en la tierra. No puedo esconderme lo suficiente para escapar de esta situación, pero lo intento de todas

maneras enterrando la cara en el barro. ¡Sí! ¡Las explosiones están enfrente de mí!

El retumbar de las explosiones va cesando gradualmente, lo suficiente para comprender que se están alejando. Los cálculos de McCaan y el instinto de Elijah eran correctos. Estamos justo detrás de la línea imaginaria que delimita el alcance de nuestra artillería. Todo está ardiendo delante de mí, las explosiones son como grandes fuentes de barro y fuego. Siento el estruendo que avanza desde detrás, me atraviesa y me engulle, haciendo vibrar todo mi cuerpo. Bajamos las manos de la cabeza y miramos los proyectiles que caen encima de los alemanes.

Por encima del estruendo de los proyectiles, se oye ese sonido que encoge el estómago de cualquier soldado de infantería que avanza a campo abierto hacia el enemigo: el repiqueteo de las ametralladoras cortando el aire de esta mañana gris. Elijah dispara y carga sistemáticamente sobre cualquier cabeza que divise de pronto entre la nieve, el humo y el barro que sale despedido, y la hace desaparecer de inmediato. Mi gran temor es que desvelemos nuestra posición, pero, por ahora, las balas vuelan muy por encima de nuestras cabezas.

Intento localizar los nidos de ametralladora, pero es difícil ver bien con toda esta nieve. Lo único que sé es que sus balas impactan en los canadienses. Elijah me da un codazo y me señala una loma. Al fijarme bien, observo lo que ha visto Elijah, el destello amortiguado de disparos, que revelan la posición de un nido entre la abundante nieve. Ambos apuntamos al centelleo, yo un poco por encima, con la esperanza de darle al soldado que maneja la ametralladora, y empezamos a disparar ininterrumpidamente, pero el destello no cesa. Cuando sólo me quedan dos balas, Elijah se detiene para cambiar el cargador antes de que yo haga lo mismo. Apunto nuevamente y, en un momento en que la caída de la nieve es algo más lenta, me parece distinguir una silueta por encima del destello. Disparo una vez, y otra. El destello de la ametralladora desaparece. Me quedo a la espera de que se reanude, pero no lo hace.

—¡Creo que le he dado! —le digo a Elijah, emocionado.

—Es imposible saberlo —contesta.

Seguimos disparando para cubrir a nuestras tropas, que vienen

hacia aquí. Después tenemos que unirnos a ellos, cuando ataquen la colina. Por lo que puedo oír detrás de mí, deben de estar muy cerca.

Me saltan trozos de barro y de ladrillo a la cara. Alguien ha visto la ráfaga de mi fusil. Recorro el perfil del parapeto con el visor, pero ha caído nieve encima de la lente y me es muy difícil ver algo. Vuelan más balas por encima de mi cabeza. Me agacho para apartarme de la línea de fuego y miro a Elijah. Sigue apuntando, disparando y cargando, con una sonrisa en los labios.

—¡Nos han localizado! —le grito en cree.

Aparentemente, no puede oírme. O no me hace caso. Las balas esparcen tierra a su alrededor. Miro hacia atrás. Los soldados canadienses están a sólo cuarenta o cincuenta metros de nosotros, pero otra ametralladora está haciendo estragos en su formación.

Echo un vistazo a la posición que Elijah y yo habíamos visto la noche anterior. Podría deslizarme dentro del cráter de proyectil que hay detrás de mí, arrastrarme por él y tomar la posición sin ser visto desde sus líneas. Le grito a Elijah mis intenciones y me pongo en marcha sin esperar su respuesta. Está en su propio mundo. Me arrastro, por si acaso no pasara tan inadvertido como creo. Una vez allí, arranco un poco de algodón de mi abrigo y limpio el visor. Apoyo el cañón del fusil entre dos montones de ladrillos, asegurándome de tener una buena línea de fuego, y una vez más empiezo a buscar el nido de ametralladoras que nos está haciendo tanto daño. A unos cien metros delante de mí, un poco hacia la derecha, hay un pequeño emplazamiento fortificado para disparar, tan destrozado por proyectiles que parece más un montón de escombros que una construcción. Elijah y yo sabíamos de su existencia, pero habíamos supuesto que estaba demasiado destruido para sernos útil. Algo en mi interior me hace apuntar hacia allí. Observo el hormigón y los ladrillos destrozados; no parece haber sitio para una ametralladora entre esos escombros.

Es entonces cuando veo el destello revelador que sale de allí, no desde dentro de las ruinas, como había supuesto, sino de encima de ellas. Se han ocultado hábilmente con lonas grises, del mismo color que la estructura derruida. Ahora lo veo claro. Tendría que haberlo adivinado antes, porque yo hubiera hecho lo mismo.

La ametralladora dispara sin pausa. Echo un vistazo por el visor y, una vez más, distingo a través de la nieve la cabeza de un

soldado justo por encima de la ráfaga. También veo a su compañero, a su lado, que alimenta la ametralladora con el cinturón de municiones y le indica los objetivos. Debo acabar primero con el que dispara, y luego con su compañero. Intento calmar los nervios inspirando y espirando profundamente. Expulso la mitad del aire de los pulmones mientras apunto con la cruz del visor justo por debajo del borde del casco del soldado, y aprieto suavemente el gatillo. De nuevo, el fusil retrocede bruscamente, pero distingo mi objetivo el tiempo suficiente para ver cómo el soldado cae hacia atrás. Apunto al otro soldado, un poco más hacia la izquierda. Aún no ha advertido lo que ha ocurrido porque su mirada está fija en algo que hace con las manos, por debajo de mi ángulo de visión. Al cabo de unos instantes levanta la cabeza y ve a su compañero muerto. Sus labios dibujan una mueca y se apresura a colocarse detrás de la ametralladora. Otra vez inspiro y suelto el aire; lo único que existe es el sonido de mi respiración resonándome en la cabeza. Aprieto el gatillo y el soldado cae hacia atrás, salpicado de rojo.

Vemos llegar a los primeros canadienses, jadeando y con la boca abierta. Ya no gritan tanto, sino que más bien gimotean por todo el fuego de fusil que están recibiendo. Sus caras están sucias y demacradas, y tienen los ojos muy abiertos. Llevan las bayonetas puestas en los rifles, que parecen muy pesados en sus manos.

Me toco el cinto y palpo mi bayoneta, la desenvaino y la deslizo por el cañón hasta que llega a la posición correcta y hace clic. Me tumbo de espaldas durante un instante; siento la nieve que me cae en la cara e intento alcanzar la calma necesaria para ponerme en pie en medio de ese torrente de fuego. Me siento y respiro profundamente, mirando al cielo. Me gusta el frío de la nieve en el rostro. Miro a mi alrededor, para comprobar que Elijah sigue vivo, y me sorprendo al no verle.

Ahora empiezan a pasar muchos más hombres a mi lado, y miro sus caras mientras ellos corren tan rápidamente como pueden, a un paso ligero ahora, con la mirada puesta en los fusiles que les apuntan. Entre las caras que se me aproximan reconozco una. Es Gilberto. Él también me ve, viene hacia mí y me tiende la mano para ayudar a incorporarme, con la expresión de haber encontrado al fin a un amigo perdido. Hago ademán de cogérsela y, en ese

momento, una flor roja le explota en la cara. Cae de rodillas y se desploma encima de mí. Empiezo a gritar, aplastado por el peso de mi amigo, y forcejeo para quitármelo de encima. Cuando al final lo consigo, me pongo de pie y corro junto con los otros, hacia las líneas alemanas.

La cuesta se va empinando cada vez más. Veo muchos hombres que gritan y caen al suelo a mi alrededor, agarrándose alguna parte del cuerpo. Otros caen al suelo de repente, como sacos de harina. Empiezo a pensar que en poco tiempo no quedará nadie con vida excepto yo. El mundo ha enmudecido para mí, y, salvo un intenso zumbido y un tenue sonido parecido a las olas que golpean y retroceden en la arena de la playa, no consigo oír nada. No puedo evitar el recuerdo de cuando jugaba en la orilla fangosa de la Gran Bahía de la Sal, unido a una presencia cerca de mí, la de mi atenta tía, protegiéndome. Tú, Niska. No sé por qué estoy pensando en ti mientras las balas pasan silbando cerca de mi cabeza, tan cerca que parece que me susurren al oído. Una de ellas penetra en mi abrigo, y siento que me quema en un costado. Pienso que me han disparado, pero casi no siento el dolor, sólo una molesta punzada. Empiezo a murmurar tu nombre, una y otra vez, como si fuera una protección contra las balas. *Niska*, susurro mientras subo la colina corriendo y me aproximo a un trecho de alambrada. *Niska. Niska. Niska. Niska. Niska*. Sólo cuando tropiezo y me caigo de rodillas advierto que el ruido de las olas que se estrellan en la cabeza es el sonido de mi propia respiración.

Miro hacia la alambrada que tengo enfrente y veo que sigue siendo una enredada maraña, a pesar del fuego de artillería que tenía que destrozarla y de los esfuerzos de los zapadores, muchos de los cuales yacen muertos y enredados grotescamente entre los alambres. Otros corren gritando hacia ella, sus bocas formando sonidos que no puedo oír. Me vuelvo a poner de pie y sigo adelante. Hay una brecha en la alambrada y los hombres se apretujan en ella, intentando atravesarla. No se me ocurre otra cosa que unirme a ellos, pero advierto que están matando a muchos y demasiados cuerpos tapan el agujero de modo que nadie más puede cruzarlo. Miro a lo largo de la alambrada y veo que unos pocos han encontrado otro sitio para pasar tirándose al suelo y deslizándose por debajo. Otros caminan sobre los cadáveres o tiran tablones de

madera que han traído de sus propias trincheras para formar puentes por encima de la alambrada. Encuentro un punto por el que puedo escabullirme por debajo.

Las balas hacen saltar trozos de tierra que pasan volando muy cerca de mi cabeza y me lanzan molestos terrones hacia los ojos. Consigo atravesar la alambrada y observo que estoy muy cerca de su parapeto. Hay alemanes apoyados en él, disparando a quemarropa. Me tiro al suelo de cara y apunto el fusil; el visor no sirve ahora que estoy tan cerca. Disparo a un soldado que parece estar haciendo mucho daño. Lo veo caer, cargo de nuevo y apunto hacia otro, al que también derribo. Quisiera quedarme aquí disparando hasta que me alcanzaran, pero las piernas y los cuerpos de los otros canadienses me impiden seguir disparando. Entonces me incorporo y, gritando desesperadamente, me uno a los otros en su carga al parapeto.

Por primera vez, los alemanes parecen nerviosos. Los canadienses están tan cerca que el rifle es casi inútil, y los que están delante de mí ya han llegado a los sacos de arena de los alemanes y acuchillan a los hombres que hay debajo de ellos. Los canadienses entran en tropel en las trincheras enemigas. Una oleada de pánico se apodera de los hombres, mientras miro unos instantes el caos que hay debajo de mí. Los soldados combaten con los rifles, usándolos frenéticamente como lanzas para apuñalar o para desviar los golpes. No queda nada de la armonía de la instrucción en sus movimientos. Otros forcejean desesperadamente con las manos, estrangulándose unos a otros o usando cualquier cosa (cascos, la culata del rifle, trozos de madera) para destrozar el cráneo de su oponente.

Agarro fuertemente mi fusil con ambas manos y salto a la trinchera. Un joven de ojos verdes y expresión asustada se acerca corriendo hacia mí, con el fusil en ristre. Es pequeño y su abrigo demasiado grande le hace parecer un niño. Esquivo el fusil y aprovecho su impulso para que choque con la punta de la bayoneta de mi Máuser. Sus ojos se abren como platos, y siento cómo toda la longitud de la cuchilla le penetra en el cuerpo. De repente, la punta topa con algo duro y se detiene. El joven soldado abre la boca mientras intento sacarle la bayoneta del cuerpo. Pero se ha quedado trabada y me veo forzado a levantar el pie hasta su vientre y golpearle con fuerza con la bota para sacarla. El soldado cae de

espaldas agarrándose el estómago.

Le doy la espalda para evitar vomitar y veo a otro soldado que corre hacia mí. Éste es mucho más alto que el otro, me parece un gigante. Parece que estuviera ardiendo, con su pelo rojo y sus ojos desorbitados. Lleva un garrote de guerra en la mano y lo hace girar torpemente en el aire, con toda su fuerza dirigida hacia mi cabeza. Me tiro hacia un lado y su impulso le hace caer hacia adelante; se queda a gatas. Antes de que pueda levantarse, levanto el fusil con las dos manos y le clavo la bayoneta en la espalda. Siento cómo le rebota en la columna y va a parar a otro sitio más blando, donde se clava hasta la mitad. El gigantón se derrumba de cara al suelo, mientras intento extraer la bayoneta.

El alemán agita las manos frenéticamente detrás de él mientras intenta alcanzarse el centro de la columna, como si le picara horriblemente. Estiro con todas mis fuerzas, pero la bayoneta está trabada. No tengo otro remedio que subirme a su espalda, y mientras se retuerce de dolor, estiro hacia arriba. El cuchillo se libera súbitamente y caigo al suelo de espaldas, sin aliento. Veo a mi alrededor los torsos y las piernas de hombres que luchan unos contra otros. Estoy engullendo una bocanada de aire cuando observo horrorizado cómo el gigante rojo se pone de pie aturdido, con la mirada llena de furia. Le tiemblan las piernas, pero se dirige hacia mí con las manos listas para estrangularme. Se me acerca tanto, que puedo oler su pestilente aliento. Susurra algo que no puedo entender y entonces pienso que me ha llegado la hora, por lo que el diafragma se me relaja un poco y puedo respirar de nuevo algo de aire. Noto sus manos fuertes y callosas cuando empieza a apretarme el cuello, y todo lo que soy capaz de hacer es quedarme mirando sus ojos rojos inyectados de ira. Empiezo a pensar que no es ningún monstruo, sino sólo un hombre, mientras los ojos se me salen de las órbitas y mi respiración se detiene de nuevo.

En ese momento, me parece ver a alguien que se acerca desde un lado del gigante. Intento averiguar quién es y veo a McCaan, con su revólver de oficial en la mano. Lo pone en la sien del grandullón y aprieta el gatillo. Le estalla la cabeza en una lluvia de rojo y gris que me cae en la cara, una sensación cálida y sorprendente que contrasta con el aire frío. Aspiro una gran bocanada de aire y sangre y empiezo a resoplar. McCaan sigue su camino

tranquilamente, apuntando y disparando el revólver mientras camina por la trinchera.

Cuando me siento con fuerzas, me pongo en pie, pero vuelvo a caer al suelo. Me da la impresión de que los alemanes están retrocediendo. Los párpados se me cierran, pero aún estoy vivo.

Ishinakwahitisiw
Desvío

Nos tomamos unos días de descanso, fuera de las trincheras. Todos los canadienses están contentos y alborotan mucho. Hemos tomado el lugar en el que, en estos últimos años, han muerto cientos de miles de franceses e ingleses en su intento de apoderarse de él. Nos hemos convertido de pronto en un ejército que debe tenerse en cuenta; hemos dejado de ser sólo las colonias, como nos llaman los ingleses mientras nos miran por encima del hombro.

Al Gordo le clavaron una bayoneta en la pierna y le enviaron a Blighty porque se le hinchó y se le infectó. Se dice que se lo hizo él mismo, a medio camino de la tierra de nadie, lo cual tiene sentido porque en el momento que afirma que sucedió no había ningún alemán en doscientos metros a la redonda. Luego se dijo que tropezó, se cayó y en el proceso se hirió gravemente en la pierna.

Nuestro acuartelamiento está en unas ruinas de lo que alguna vez fue una ciudad. El único edificio que queda en pie es un hotel medio destruido, donde aún sirven licor y comida cuando tienen existencias. Los afortunados que no tienen que ir corriendo por la noche a las trincheras para llevar provisiones se quedan despiertos hasta muy tarde, bebiendo, jugando a dados e intentando acostarse con las dos mujeres de aquí, que tan buenamente aceptan comida y dinero a cambio de su compañía. Echo de menos a Lisette, la chica con el pelo más rubio que he visto nunca. Tengo que sobreponerme al deseo de empezar a caminar hacia el norte y recorrer los más de cincuenta kilómetros que nos separan. He pensado en ello muchas veces. Podría caminar durante la noche, pasar el día con ella y volver al día siguiente. Probablemente no me echarían de menos si lo hiciera. Hay demasiado caos a mi alrededor, por los refuerzos

que llegan y se van, los vagones de provisiones y el estruendo de la artillería, que aquí resuena día y noche. Nos hemos apoderado de la cresta montañosa que domina la gran llanura de Douai y hemos obligado a Fritz a retroceder a sus profundas trincheras, hacia lo que llaman la Línea Hindenburg. Es la primera victoria de los aliados en lo que llevamos de guerra.

No recuerdo muy bien qué sucedió después de que nos apoderáramos de la trinchera y de la lucha cuerpo a cuerpo. Mi mente cedió cuando mataron a Gilberto delante de mí y acabó de romperse cuando el hombre inmenso empezó a estrangularme. Me dicen que, después de que McCaan disparara al alemán en la cabeza, me puse de pie y me uní a los demás, ayudando a proteger la trinchera principal, y que después cubrí a los que asaltaron la trinchera secundaria y la de reserva. Elijah me encontró desmayado en un parapeto y pensó que estaba muerto. Me ha contado que cuando me dio la vuelta le miré a los ojos y le dije que había estado hablando con mi tía loca, contigo, Niska. Entonces me levantó, se colgó mi fusil del hombro, junto con el suyo, y me llevó con él todo el camino hasta la trinchera de la que habíamos salido por la mañana. Allí, bajo su atenta mirada, dormí durante treinta y seis horas.

Ya es primavera. Ahora estamos más en la parte alta de la cresta de Vimy que en la de abajo. La nieve y el viento que tuvimos aquella mañana se han desvanecido, y me pregunto si no habrían sido enviados por ti, Niska, para ayudarnos. Hace un día cálido por primera vez en mucho tiempo, y el sol está saliendo. Nos quitamos las camisas y nos tumbamos al lado de un riachuelo que corre cerca de allí. Los más valientes nadan en el agua helada. Estoy sentado con Elijah, Ojos Grises, Graves y el Gordo, que acaba de llegar de Blighty. Somos los únicos soldados rasos que aún quedamos de entre todos los que llegamos aquí. Observamos los globos de vigilancia que intentan averiguar lo que trama Fritz. Los demás tienen el pecho tan blanco como el vientre de un pez, y creo que incluso el de Elijah y el mío nunca han estado tan pálidos. Nadie habla de Gilberto; ya no está con nosotros. Recordarlo sólo serviría para invitar a la tristeza, y la tristeza puede acumularse aquí tan rápidamente como la lluvia en las trincheras, hasta inundarlo todo. Elijah dice que escribirá una carta a la mujer y los hijos de Gilberto

en la que les describirá su valentía y su bondad, pero no sé si lo hará alguna vez.

Alguien señala hacia el cielo y oímos el zumbido de un aeroplano a lo lejos. Todos intentamos ver de dónde viene, listos para ponernos a cubierto de un salto en caso de que se aproxime para bombardearnos.

—¡Allí está! —grita Graves.

Veo el reflejo de la luz del sol en la hélice, justo cuando sale de una nube y se dirige hacia uno de los globos. Su ametralladora suena como un tic tic tic en la distancia. Observamos asombrados cómo el globo de observación estalla en llamas y la barquilla y la tripulación caen en picado. El avión gira y se dirige hacia otro globo, que también explota al ser disparado. Los hombres que iban en él parecen puntos negros cayendo al vacío. Nuevamente, el avión se desvía de su rumbo y se dirige hacia un tercer globo que, en vez de convertirse en una llamarada distante, simplemente se vuelve flácido al escapar el aire de su interior. El globo se viene abajo en círculos, perezosamente. Algunos canadienses gritan de alegría cuando dos aviones más aparecen en el horizonte. Se ve que son de los nuestros, porque van rápidamente al encuentro del otro aeroplano. Los tres aviones descienden y se disparan, se persiguen volando en círculos y bajando en picado, hasta que una llamarada naranja y un denso humo negro surgen del avión alemán, que cae en picado hasta desaparecer por detrás de la cresta de Vimy.

—Daría el brazo izquierdo por poder volar en uno de esos aeroplanos —dice Elijah a los otros.

No puedo imaginar nada que me dé más miedo. Elijah empieza a hablar en voz baja, para que los otros tengan que acercarse más. Parece que todo el mundo quiere escuchar lo que está diciendo, y empieza a contar lo sucedido aquella mañana en la cresta, en la tierra de nadie. Mi inglés y mi oído son hoy suficientes para que pueda entender casi todo. Pero incluso estando a su lado tengo que esforzarme para oírlo. Vivo en un mundo en el que siento la cabeza permanentemente llena de algodón.

Elijah cuenta cómo se acercó sigilosamente a un puesto de vigilancia alemán, aprovechando la oscuridad anterior al alba, y les cortó el cuello a los soldados. Observo que ha obviado el hecho de que les cortó la cabellera y también que desde que ha descubierto la

morfina, ya no habla con su acento inglés. Explica que la cortina de fuego casi provoca que se cague en los pantalones, porque los proyectiles caían tan cerca de él que podía notar en la boca el sabor del metal canadiense, y cómo maldijo a su propia artillería por ser tan precisa. Los hombres ríen a su alrededor. Habla de haber oído el tableteo de las ametralladoras enemigas antes de verlas entre la nieve y las explosiones, y de cómo mató a los soldados de tres nidos de ametralladora desde lejos, además de a otros muchos que asomaron la cabeza por encima de los parapetos. Luego se puso de pie y corrió junto con los otros, disparando a la altura de la cintura, porque el visor no es útil en distancias cortas. Igual que el resto de compañeros, atacaba con la bayoneta a los aterrorizados alemanes. Los supervivientes abandonaban las trincheras y salían corriendo hacia la llanura de Douai y Elijah, con cuidado y tranquilamente, les fue disparando mientras huían a la carrera. Lo explica como si yo ni siquiera hubiera estado allí y no hubiera hecho tanto como él en el ataque.

Un soldado interviene inesperadamente y afirma que fue testigo de cómo Elijah disparó a un alemán que huía a quinientos metros como mínimo. Dijo que nunca en su vida había visto nada parecido y que, probablemente, nunca volverá a ver algo así.

—Hasta la próxima vez que estés conmigo en una situación parecida —contesta Elijah.

Todos se ríen.

Miro a los otros y advierto que casi no sé ninguno de sus nombres. Han llegado y se han ido tantos que he perdido la cuenta. Sorprendentemente, Elijah parece conocerlos a todos y se comporta como si les conociese desde hace años. Uno de los nuevos pregunta si es verdad que a Elijah se le mencionó ese día en el parte. Elijah asiente.

—Es posible que añadan una insignia a la medalla al valor que le prometieron —dice otro—. Eres el orgullo de la compañía.

A Elijah le brillan los ojos a causa de la medicina que le corre por las venas. No me ha mencionado ni una sola vez.

Nos quedamos mirando a un patito que sobrevuela el arroyo buscando un sitio para posarse. Entra suavemente en el agua y se deja llevar por la corriente unos cien metros. El soldado que ha estado elogiando a Elijah dice:

—Eso estaría bien para la cena.

Mira a los demás buscando una reacción. El pato es de los que come peces; su carne será grasienta y apestosa.

—Apuesto a que Whiskeyjack le daría desde aquí.

Los otros se ríen y le siguen el juego. Elijah coge el rifle, comprueba el mecanismo y pone una bala en la recámara. Se sienta con las rodillas levantadas y apoya el rifle sobre una de ellas. Todos nos callamos, expectantes ante lo que está a punto de suceder.

Cuando oímos la detonación, el agua salta a unos treinta centímetros por delante del pato, y el animal emprende el vuelo lleno de pánico. Lo sigo con la mirada mientras gana altura, vuela en círculos y busca otro sitio en el agua para posarse. Los hombres se ríen y le dicen de todas formas: «Buen disparo». El pato vuelve y se posa muy cerca de donde estaba antes.

Cojo mi fusil y cargo una bala. Apunto con cuidado por el visor. Dejo ir la mitad del aire de los pulmones, aprieto el gatillo y el fusil emite un ruido parecido a un ladrido. Las plumas del pato salen volando y caen suavemente en la superficie del agua, alrededor del cuerpo abatido del animal. Los hombres a mi alrededor me miran fijamente, mientras me pongo en pie y me voy caminando. No dejaré que olviden quién soy.

Pasan dos meses, y lo único que quiero es volver a casa. Ardo en deseos de estar allí, ahora que ha llegado el verano y aquí en el frente brotan florecillas rojas en sitios tan inverosímiles como los alrededores de los cadáveres de los soldados y de sus rifles, en un vano intento de tapar el horror antes de que el fuego de artillería las machaque hasta convertirlas otra vez en lodo negro. Si no puedo volver a casa, estaré con Lisette, aunque sea por una noche. Cada día planeo cómo hacerlo y eso me hace olvidar un poco las ansias de estar en casa.

Parece que ninguno de los generales que hay por aquí sabe lo que hay que hacer exactamente. Nadie esperaba que los canadienses tomaran la cresta de Vimy, y no hay ningún plan subsiguiente. Después de un tiempo en las cuevas y los túneles de Vimy, en la trinchera principal, nos trasladan a la de apoyo y más tarde a la de reserva. Me parece que los *wemistikoshiw* lo hacen todo de tres en tres. Están obsesionados con ese número. Los tres tipos de trinchera sólo son el principio. También numeran y separan los grupos de

trabajo en conjuntos de tres. El soldado que tiene el número uno vigila mientras el dos y el tres trabajan. Incluso el ejército está dividido en tres: la infantería, la artillería y la caballería. Y a estas tres secciones se les aplica el mismo ritual de entrenamiento, combate y recuperación.

El apego por ese número ha calado tanto en los que dan las órdenes como en quienes las reciben. En cuanto nos trasladan desde la línea de frente hacia algún lugar de descanso, empezamos a seguir la misma pauta: comer, dormir y mujeres. Incluso morimos en tres tiempos. He visto morir a soldados muchas veces. Es un hombre antes de que la bala le alcance, pero cuando ésta le impacta en el cuerpo y el dolor penetra en él, comprende que sólo le quedan unos instantes en esta tierra y se convierte en un animal desesperado. Después, se transforma inevitablemente en un cadáver. A veces acudo a los oficios religiosos de los *wemistikoshiw* y en sus plegarias invocan a sus tres manitús, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Tal vez sea ésta la razón por la que los *wemistikoshiw* hacen tantas cosas en grupos de tres.

No sólo eso; también yo he empezado a percibir el mundo en grupos de tres. Fue Elijah quien me enseñó, una noche que estábamos de francotiradores, a atisbar la llama de una cerilla en la trinchera alemana. Me dijo que apuntara a la cerilla y que disparara después de contar lentamente hasta tres. Cuando el primer soldado prende la cerilla para encender el cigarrillo, nos revela su posición. Entonces ofrece la cerilla a su amigo para que encienda el cigarrillo y es cuando el francotirador apunta a la llama. Cuando este otro se la ofrece a un tercero, al francotirador le da tiempo suficiente a disparar antes de que este último llegue siquiera a inhalar el humo.

En los días tranquilos, me tumbo en lo más profundo de la trinchera y pienso que la vida de un soldado consiste en contemplar el cielo, arrastrarse por la tierra de noche y vivir bajo ella durante el día. Por la noche pienso que mi vida ha sido dividida en tres por los *wemistikoshiw*: mi vida anterior a ellos y al ejército, mi vida en el ejército y, si sobrevivo a ésta, mi vida después del ejército, cuando haya vuelto a casa. Deben de tener alguna magia especial en su uso del número tres. Tú, Niska, me enseñaste que todos emprenderemos algún día el camino de tres días, y ahora me quedo pensando en qué conexión habrá entre su mundo y el mío. Necesito

descubrir si compartimos algo, alguna magia. Tal vez me ayude a superar todo esto.

Elijah y yo pasamos la mayor parte del tiempo patrullando la llanura de Douai, reconociendo el terreno y disparando. Elijah se siente cómodo en su locura cuando está conmigo y no tiene que ponerse la máscara de inglés para disimularla. Lleva consigo las cabelleras, las ha dejado secar para evitar que se pudran y las ha atado todas juntas en un manojo. No sé cuántas debe de tener ya. Por la noche, mientras escudriñamos cualquier posible movimiento en la llanura o patrullamos por los complejos de túneles donde hasta no hace mucho se escondía el enemigo, me dice susurrando, con los ojos brillantes:

—Los franceses me respetarán. Soy mejor que Peggy. Él no puede llevarse la cabellera. No puede hacer lo que yo hago.

Tengo que escucharlo con mucha atención para oír lo que dice. Me vuelvo sordo de vez en cuando, pero normalmente no dura mucho y al cabo de un rato puedo oír un poco de nuevo.

Hemos encontrado muchas cosas de Fritz en sus viejas trincheras. Equipos, cascos, ropa, fotos de mujeres y niños sonrientes, velas, botas y balas, muchas balas para mi fusil Máuser. También hemos encontrado un par de Máuser, pero ninguno de los dos le va bien a Elijah ni tienen un visor tan bueno como el mío. Elijah aún intenta convencerme para quedárselo. Es como un juego para él, pero debajo de esa sonrisa amistosa arde una obsesión que me atemoriza. Me aterrorizan muchas cosas en este lugar, pero no quiero temer a mi amigo.

Lo más disparatado que hemos encontrado ha sido un búnker a diez o doce metros bajo tierra. Detrás de una cortina de terciopelo rojo había cómodos sofás, sillas, velas por todas partes e incluso luz eléctrica. Y, en medio de la habitación, un piano de cola. Elijah y yo encontramos a alguien que sabía tocarlo, pero este lugar se ha convertido muy rápidamente en el comedor de oficiales y ya no nos permiten entrar.

A mediados del verano, corre el rumor de que van a trasladar a nuestra sección a otra área, lo que significa que nos mandarán de nuevo a alguna otra ofensiva. Estoy harto de todo esto. No quiero luchar más. Algo en mi interior me atormenta y me dice que lo peor aún está por llegar, aunque no puedo imaginar algo peor que lo que

he tenido que soportar. A mediados de julio, durante nuestra última noche en el frente antes de que nos envíen de nuevo a descansar, tomo una decisión. Iré, caminando si hace falta, a ver a Lisette una vez más. Tenemos unos cuantos días libres y, además, nadie parece advertir mi presencia.

La suerte me acompaña en mi primera noche detrás de las líneas. Nos hacen pasarla al raso y circulan camiones que transportan heridos hacia el norte. Escucho atentamente las conversaciones de los conductores y, a través del débil eco en mi cabeza, consigo entender que se dirigen hacia un lugar que está a unos pocos kilómetros de donde vive Lisette.

Después de que hayan pasado lista, cojo un rollo de gasa y me acerco al convoy. Me siento, con el fusil y el fardo a mi lado, y me hago un corte a lo largo del brazo con la bayoneta. Después mojo la gasa en la herida, para que absorba la sangre. Cuando los camiones empiezan a ponerse en marcha, miro a mi alrededor, pero nadie parece prestar atención. Voy andando hacia los camiones mientras ascienden hacia la carretera principal; en el último momento, cuando empiezan a acelerar, salto dentro del último camión y me escondo debajo de las cubiertas de lona. Echo una ojeada para ver si alguien me ha visto, pero los de mi compañía están sentados o tumbados, hablando unos con otros.

Cuando ya estoy cerrando la cubierta, veo a Elijah. Está en medio de la carretera mirándome fijamente con cara de curiosidad. Parece un niño al que hayan dejado fuera del juego. Le saludo con la mano y vuelvo a instalarme en la oscuridad del camión. Me pongo la venda alrededor de la cabeza para que parezca que estoy herido, en caso de ser descubierto. Me envuelve una extraña y agradable sensación, ahora que he roto con él y que soy yo el que está haciendo algo y no el que ha sido excluido. Los hombres a mi alrededor están en camillas, apretados unos con otros, o apoyados a los lados del camión. Se quejan y balbucean, y alguno grita de vez en cuando, pero lo peor de todo es el olor penetrante y metálico, como a podrido. Es el hedor de la desesperación, la pestilencia de la muerte.

Saco la cabeza por la parte trasera del camión. Incluso el asfixiante polvo que levantan las ruedas es mejor que la peste que hay dentro. Respiro a través de un pañuelo y, cuando empieza a

anochecer, me quedo mirando el resplandor del horizonte y los destellos de los grandes cañones en el sur, donde la guerra continúa intensamente. El tubo de escape del camión me recuerda al olor de esa ciudad llamada Toronto. Rememoro esos últimos días de libertad, antes de que Elijah y yo nos incorporáramos al ejército.

Resultó que en ninguno de los lugares en los que el tren se detenía había ya depósito de reclutamiento[12]. Nos quedamos dentro del tren, que finalmente se detuvo. Me puse muy nervioso, con toda esa gente y ese ruido, y por eso buscamos un sitio para acampar lejos de allí, al lado del gran lago. El sol había calentado la arena y detrás de nosotros había una arboleda que se extendía hasta un pantano, atestado de mirlos que gorjeaban.

—Ya te acostumbrarás —dice Elijah, mientras señala hacia atrás, hacia la extensión de ciudad a sólo cuatrocientos metros, sorprendido de que haya una playa tan tranquila y tan cerca del caos—. Al menos, hemos encontrado este sitio tan bueno.

Elijah se marcha a explorar la ciudad mientras doy una vuelta por el bosque que me rodea. Me topo con las huellas de un cervatillo y paso el resto del día poniendo trampas a lo largo de su ruta. Antes de que Elijah vuelva, a la mañana siguiente, el animal ya está despellejado y su piel desplegada a la orilla del riachuelo, sujeta con rocas por los extremos. ¡Qué bien! Cuando finalmente regresa, tenemos mucha hambre. Comemos cervatillo asado y me cuenta su aventura.

Encontró un cementerio en una colina, desde la que se veía toda la ciudad. Se topa con un sitio tranquilo a la sombra de un arce, se tumba allí y se queda contemplando el cielo, por el que viajan lentamente nubes blancas. Le pesan los párpados.

Al cabo de un rato, se despierta de pronto al oír unas voces. Vuelve la cabeza y ve a una joven y dos niños al lado de una tumba. Ella tiene la cabeza gacha y murmura para sí, mientras los niños corretean y dan patadas a la hierba con sus lustrosos zapatos negros.

Uno de ellos alza la mirada. Elijah se sienta y cruza los brazos por encima de las rodillas. La niña, la más pequeña de los dos, le sonríe. Elijah le devuelve la sonrisa. Ella mira a su madre y de nuevo a Elijah. Entonces empieza a acercarse hacia éste, sin que la madre lo advierta.

—Hola —dice la niña.

—Hola —contesta Elijah.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta ella.

Su pelo es tan claro que es casi blanco, y brilla al sol de la tarde. Es un color de pelo que Elijah nunca ha visto.

—Elijah —contesta—. Elijah Whiskeyjack.

—Tienes un nombre gracioso —dice la niña.

—¿Cómo te llamas tú?

—Suzanne —responde.

—¿Tienes apellido?

—¡Claro que sí! —contesta con una risita—. Erikson.

—Humm… Erik Suzanneson. Ése sí es un nombre gracioso, sobre todo para una chica.

—¡No, tonto! —le grita—. ¡Suzanne Erikson!

—Oh, lo siento.

—Tienes la piel oscura —dice ella—, y el pelo largo, como una chica.

Elijah sonríe.

—¿De dónde eres? —pregunta la niña.

—De muy lejos —contesta él—. De un lugar llamado Moose Factory.

—¡Moose Factory! —exclama—. ¡Qué nombre más tonto!

—Sí.

Al cabo de un rato, señala a su madre y su hermano. El hermano, que es un poco mayor que ella, les mira tímidamente.

—Es mi padre —dice, señalando otra vez a los dos.

Elijah tarda unos segundos en entender lo que la niña quiere decir.

—Murió en una guerra —explica—. En un lugar llamado Francia.

Parece estar un poco confusa.

—Su cuerpo ni siquiera está en esa tumba —aclara—. Lo enterraron en Francia.

Elijah asiente con la cabeza.

—Los asquerosos alemanes lo mataron con gas —dice, encogiéndose de hombros, como si fuera algo que pasara todos los días.

—¡Suzanne! —su madre la llama de pronto—. ¡Ven aquí ahora

mismo!

—Adiós, Elijah —le dice alegremente, antes de volverse e irse corriendo.

Ya es de noche cuando el camión hace una parada, y me duelen los riñones de todos los golpes que me he dado con el camión a causa de esa carretera llena de baches. Me bajo y unos soldados me dan la mano e intentan conducirme hacia un edificio iluminado con luz eléctrica. Me los quito de encima y miran sorprendidos cómo sigo mi camino en la oscuridad. Un par de ellos me gritan a lo lejos, pero están demasiado ocupados sacando a los heridos del camión como para perseguirme.

Si no recuerdo mal, la carretera conduce desde aquí en dirección suroeste hasta el pueblo de Lisette. Empiezo a caminar, con los ojos bien abiertos para no toparme con ninguna patrulla ni ningún centinela. Me encerrarán si me descubren, y estar encerrado habiendo llegado tan cerca de Lisette acabaría conmigo. Cuando llego a las afueras de la población, me interno en la oscuridad de la carretera, que se extiende a través de campos, diques y lo que alguna vez fueron huertos. Una neblina flota en el ambiente y, en plena oscuridad, me acuerdo de mi primer mes en este lugar, cuando sentía que me habían arrojado a un inframundo de calaveras y de muerte súbita y brutal. Ha cambiado mucho desde entonces. Comprendo que no es el lugar el que ha cambiado, sino yo.

No los oigo, pero siento la presencia de soldados acercándose en la niebla. Me tiro a una zanja poco profunda y me quedo boca abajo, con el fusil a punto. Oigo voces en la oscuridad y cuatro cuerpos emergen de la niebla como fantasmas. Se apoyan los unos en los otros; aunque cantan a gritos una canción, sus voces se pierden en la oscuridad de la noche. Vienen del pueblo de Lisette, totalmente borrachos, e intentan llegar antes de que anochezca y pasen lista. Se me hace un nudo en el estómago cuando me doy cuenta de que en unas pocas horas advertirán mi ausencia. Cuando los hombres han pasado y no hay peligro, sigo caminando.

Puedo oír a mucha distancia los ruidos del pequeño café. Ya falta muy poco para que anochezca, pero aún hierve de animación. No ha cambiado casi nada, y eso hace que me sienta bien. Fuera del local hay algunos hombres borrachos sentados en el suelo, y no se

fijan en mí cuando me dirijo hacia la puerta de Lisette, al lado del bar.

Doy una vuelta alrededor de la casa, por si hubiera una puerta trasera. Encuentro una. Hecho un manojo de nervios, llamo a la puerta suavemente. Creo recordar que me dijo que vivía con su madre y no me gustaría que fueran ella o su padre quienes abrieran la puerta. Nadie contesta, así que vuelvo a llamar un poco más fuerte. Puede que se haya mudado. Se me acelera el corazón.

Vuelvo a llamar a la puerta y, finalmente, a través de la ventana del piso superior, veo la débil luz de una cerilla con la que encienden una vela y oigo ruido de pies descalzos que bajan las escaleras.

La puerta se abre un poco. Es Lisette. Su pelo rubio brilla a la luz de la vela que lleva en la mano. Tiene cara de sueño, como una niña pequeña. Una cálida sensación me recorre el cuerpo. Me tiemblan las piernas. Pero sus ojos no cambian de expresión al mirarme. Nos observamos mutuamente durante un instante.

—Estás herido —dice finalmente—. ¿Quieres agua?

—No estoy herido —respondo con mi mejor inglés—. He… he venido desde muy lejos para verte.

—No puedes verme —dice, y advierto que aún tengo la venda en la cabeza.

Me la quito para que vea que soy yo.

—Soy yo, Xavier —le digo.

Algo resplandece en sus ojos, pienso que ahora me reconocerá y me dejará entrar.

—¡Me acuerdo de ti! —exclama—. ¡Eres el indio, el chico de Canadá!

—Sí —contesto.

—No puedes quedarte, joven indio —susurra.

Me siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago y me estuviera quedando sin aire.

—Estoy con otro. Está arriba.

Señala el piso superior con el dedo. De pronto, me arrolla un sentimiento de ira y siento como si estuviera a punto de desplomarme.

—¡Vengo de muy lejos para verte! —grito.

Es extraño oír mi propia voz, que he usado tan poco en el último

año.

—¡Debes irte! —dice, y una voz detrás de ella me sobresalta.

—¿Quién está ahí? —pregunta alguien con acento británico.

Veo su cara a la luz de la vela, detrás de Lisette. Tiene un gran bigote, el bigote de un oficial. No contesto, sólo me lo quedo mirando con infinita rabia.

—¿Quién eres, soldado? —pregunta—. ¿A qué regimiento perteneces? ¿Qué significa esto?

Mis ojos podrían abrir un agujero en la cabeza del oficial.

—¡Estás hablando con un oficial! —grita, pero en cuanto lo hace me acerco y le golpeo de lleno en la nariz, con tanta fuerza que envío también a Lisette al suelo. Al instante me siento culpable por haberle hecho daño a ella, y me agacho para ayudarla. Pero chilla y el oficial detrás de ella gime, con las dos manos en la nariz.

—¡Vete! —grita Lisette.

Cojo el fardo y el fusil, me vuelvo y atravieso corriendo el patio. Sigo corriendo por la carretera y salgo del pueblo lo más rápidamente que puedo. Corro sin parar, con el fardo rebotándome en la espalda y el fusil en la mano, hasta que no puedo más. El cielo resplandece y parece que la neblina abrasa la tierra. Algo se ha apagado y endurecido dentro de mí, y me obligo a continuar corriendo. Mis oídos no perciben otra cosa que el jadeo embotado de mi propia respiración.

Evito pasar por el lugar donde está el hospital y me dirijo hacia el sur por una carretera polvorienta. Ya no me importa que me hagan un consejo de guerra cuando vuelva. Seguiré caminando por esta carretera hasta que me reencuentre con mi sección y, si me dejan, volveré a las trincheras y empezaré a matar. Paso al lado de columnas de soldados que marchan hacia el norte para descansar. Sus caras están arrugadas, sucias y cansadas. Me incorporo a una compañía que se dirige hacia el sur, y nos dirigimos a un lugar donde esperan más camiones para llevarnos de vuelta a Vimy.

Sin importarme que me pillen, me pongo con los otros en fila y me subo a la parte trasera de un camión. Algunos me miran, pero no dicen nada. Emprendemos la marcha por una carretera llena de baches, a través de fangosos campos acribillados y de ruinas de pueblos pequeños. Empieza a llover, y una persistente neblina me empapa la ropa y me da escalofríos. Los demás que van en el

camión también parecen resignados y agachan la cabeza, acurrucándola entre las rodillas.

Ya ha vuelto a oscurecer cuando reconozco la encrucijada que está cerca de donde descansa mi compañía. Salto del camión y aterrizo sobre una rodilla. Un dolor muy agudo me sube por la entrepierna, como si me hubieran golpeado justo ahí. Dejo que la intensidad del dolor me queme por dentro, y empiezo a cojear hacia la oscuridad del campamento. Evito al centinela, que es un novato y está medio dormido. Tengo que frenarme para no acercarme a él y darle un manotazo cuando paso a su lado, en la oscuridad. Éste tiene mucho que aprender, si no muere antes.

Cuando a la mañana siguiente nos llaman a formar para pasar lista, Elijah se pone a mi lado.

—¿Dónde has estado? —me pregunta en cree.

—No quiero hablar de eso —digo.

—Ya veo —responde—. Fuiste a encontrarte con aquella chica, ¿no? Podría haberte ahorrado la molestia si te hubiera dicho que es una puta, pero no me habrías escuchado.

Miro a Elijah y recuerdo cómo se aproximó y habló con ella la primera vez. La verdad empieza a deslizarse en mi cerebro. Algo que no he sentido nunca antes me posee. Quisiera darle puñetazos a Elijah hasta verle sangrar.

McCaan y Breech aparecen por detrás de las líneas. Breech va de un lado a otro, inspeccionando las tropas, mientras McCaan grita los nombres. El mío es uno de los primeros, y cuando McCaan grita: «Soldado Bird», respondo. Los hombres que me rodean se vuelven para mirarme. McCaan hace una pequeña pausa y continúa vociferando nombres. Me pregunto qué está ocurriendo. Cuando McCaan termina con los nombres y vuelve a su lugar, Breech da un paso adelante.

—Tengo algo importante que anunciaros, caballeros —empieza diciendo Breech, mientras repasa las filas con la mirada.

Sus botas altas de montar relucen al sol de la mañana.

—Tal vez hayáis oído algún rumor. Es cierto. Pronto nos mandarán a algún lugar que no ha sido revelado. Parece que nuestra victoria en Vimy ha hecho que la Comandancia Británica nos mire con buenos ojos, y vamos a ser la punta de lanza de otra ofensiva.

Son noticias que nadie a mi alrededor quisiera oír, y veo muchos hombros caídos.

—En otro orden de cosas —continúa—, me han comunicado que se han concedido medallas a soldados de nuestra compañía, premiando el valor en el campo de batalla. El sargento McCaan, el cabo Williams y el soldado raso Reardon han sido nominados para la medalla al valor.

Breech hace una pausa.

—Estoy especialmente orgulloso de comunicaros que el cabo en funciones Whiskeyjack ha sido nominado para la medalla al mérito militar por el formidable valor demostrado al enfrentarse al enemigo.

Los hombres que me rodean estallan en aclamaciones. Los oídos empiezan a zumbarme otra vez.

—Prometo una ceremonia más formal antes de irnos —dice Breech—. Rompan filas.

Los hombres se relajan y se acercan a Elijah; me siento apretujado en medio del alboroto y la aglomeración. Realmente debo de ser invisible para ellos. Entonces oigo que la voz de McCaan truena por encima de las otras.

—¡Soldado Bird, venga ahora mismo a presentarme su informe! ¡Que venga el soldado Bird al alojamiento de los tenientes!

Noto de pronto mucha acidez en el estómago. Los hombres me miran y apartan la vista rápidamente. Algunos murmuran con disimulo.

—No te preocupes —dice Elijah en cree—. Iré contigo. Habla en cree y yo traduciré.

Le miro, escupo en el suelo y luego miro hacia otro lado. Me dirijo a McCaan, que está esperando en medio de toda esa imprevista parada militar. Cuando lo alcanzo, seguimos caminando en fila. McCaan va primero, yo le sigo y Elijah va detrás de mí.

La tienda del teniente es fresca y oscura. Cuando estamos dentro, se queda de pie y pregunta a Elijah qué hace allí.

—El soldado Bird no habla bien inglés, señor —dice—. Necesitará que se lo traduzca.

McCaan sabe que eso no es cierto, y me pregunto por qué no le contradice.

—Un ejército tiene que estar muy desesperado para alistar a

soldados que no hablan inglés —farfulla Breech—. ¿Sabe el soldado que la pena por deserción es la ejecución inmediata en un pelotón de fusilamiento?

Hace una pausa para subrayar su declaración.

—Pregúntale al soldado dónde estuvo ayer.

Los ojos de Elijah se clavan en los míos, y me dice en cree:

—Tengo una idea. Habla en nuestra lengua y se lo traduciré. No me discutas.

—Ya no me importa una mierda —digo en cree—. Que me maten estos desgraciados. Antes o después, Fritz acabará haciéndolo de todas maneras.

Elijah se vuelve hacia el teniente y empieza a hablar con su gracioso acento:

—El soldado dice que fue a cazar algo para la compañía, que se perdió en estos parajes desconocidos y que no pudo volver hasta bien entrada la noche de ayer. Tenía previsto informar directamente al sargento McCaan, pero no se le ha presentado la oportunidad de hacerlo antes de que pasaran lista esta mañana. Para entonces ya era demasiado tarde.

Breech parece un poco confundido. No es la respuesta que esperaba oír.

—¿El soldado entiende con toda claridad que ausentarse sin permiso es una grave infracción? Pregúntaselo.

Elijah, sin dejar de mirarlo, me dice:

—Bonita mentira, ¿eh? Te fuiste para ayudar a los demás. Sabía que le pillaría desprevenido.

—Dile al teniente que me follé a su madre anoche —respondo.

Elijah tose para disimular las ganas de reírse. Entonces le pregunto, mirándolo a los ojos:

—¿Por qué me dejaste hacer el ridículo? ¿Y por qué no me tienen en cuenta para los honores?

Elijah se vuelve hacia Breech.

—El soldado no ha vuelto a ser el mismo desde nuestra ofensiva en Vimy. Recibió un tremendo golpe en la cabeza durante un brutal combate cuerpo a cuerpo en las trincheras de Fritz. El sargento McCaan fue testigo de ello.

Los ojos de Elijah encuentran al sargento. McCaan da su aprobación asintiendo.

—Ha tenido despistes y ha sufrido náuseas desde entonces —continúa Elijah—. Él sólo quería aumentar nuestras provisiones de carne fresca cuando desapareció. No hay un solo hombre en nuestra compañía que ponga en duda que el soldado Bird es un soldado y una persona excelente.

Breech se queda callado un instante, considerando toda la información.

—¿El soldado ha sido examinado por un médico desde la batalla? —pregunta.

—Espero que dejases escocida a esa golfa después de todos los problemas que te está ocasionando —me dice Elijah.

—Estoy harto de este ejército y quiero volver a Mushkegowuk —le digo.

Elijah se vuelve de nuevo.

—El soldado Bird le tiene un poco de miedo a la medicina inglesa. Está acostumbrado a unos métodos de curación mucho más primitivos. Le he dicho que vaya a ver a nuestros médicos, pero está confuso y asustado.

El teniente hace una pausa otra vez, y se queda pensativo mientras se estira la punta del bigote con los dedos.

—No me atreveré a preguntar qué clase de magia practica este salvaje en los bosques de su tierra. —Mira a McCaan, negando tristemente con la cabeza—. Ordeno que el soldado Bird sea confinado bajo control médico durante tres días. Después de ese tiempo, se decidirá si es apto para volver al campo de batalla. Díselo y pregúntale si tiene algo más que añadir.

Elijah me dice:

—Eres un cabrón con suerte. Eres afortunado de tener un amigo tan bueno como yo.

—Dile a Breech que su madre es una zorra, folla fatal y tiene las tetas como manoplas de piel de alce. Dile también que me voy a escapar esta misma noche y volveré a casa.

—El soldado me ruega que le dé las gracias y dice que desea descansar y recuperarse.

A Elijah le dejan acompañarme cuando la policía militar me lleva adonde van a confinarme.

—Has sido un desgraciado volviendo allí, Xavier —dice Elijah.

Aprieto los puños.

—Sabía que una mujer te haría bien y que nunca irías con una puta por propia iniciativa, por eso hice aquello, para ayudarte, no para herirte.

—Eres un cabrón —digo, y escupo en el suelo otra vez.

—Pagué mucho dinero para que estuviera contigo todo ese tiempo. Si hubiera sabido que ibas a enamorarte de ella como un imbécil, no lo habría hecho. Ahora me arrepiento.

—Cállate y vete —replico, sin mirarle siquiera.

Se vuelve y se va con los demás.

Me han encerrado en un cuarto tranquilo, pero está lleno de polvo y hace mucho calor. Me han confiscado el fusil y me han dado una muda de ropa, que pica y es muy calurosa. Hay un guardia apostado en la puerta y, cada pocas horas, viene el médico a mirarme los ojos y a hacerme preguntas, hablando lentamente. A través de la ventana sin cristal, contemplo un pedazo de cielo con nubes altas y blancas. Mi único entretenimiento es una golondrina, que ha hecho su nido en una esquina del techo, cerca de la ventana, y entra y sale una y otra vez para alimentar a sus ruidosas crías. Me reconforta mirarla mientras trabaja, porque me siento envuelto nuevamente por el bosque. Me recuerda mi hogar. La observo toda la tarde, fascinado.

A la mañana siguiente, cuando empieza a salir el sol, oigo al guardia decir algo al otro lado de la puerta, y luego entra Breech, seguido de Elijah y del médico.

—¿Qué tal está el soldado? —pregunta, inspeccionando el cuarto con la mirada.

—Creo que sufre agotamiento y que el descanso le hará mucho bien —responde el médico.

—Pregúntale qué tal está —dice Breech a Elijah.

—Te he traído un trozo de ganso que conseguí anoche en una granja —me dice Elijah en nuestra lengua—. Está aquí, debajo de mi camisa.

Aunque no quiero hacerlo, asiento.

—Se encuentra mucho mejor, señor —contesta Elijah.

La golondrina ha vuelto a entrar en la habitación, pero está enfadada por la presencia de intrusos. Parece que Breech le ha caído mal y se posa en una viga cerca de su nido, piándole ruidosamente. Breech la mira molesto.

—Dile al soldado que saque inmediatamente de aquí ese pájaro y ese nido —ordena—. Ésta no es forma de cuidar un alojamiento.

Elijah coge una escoba de una esquina, me la da y señala el nido. Lo miro fijamente y me niego a cogerla.

—Sólo es un pájaro —dice Elijah—. No es para tanto. Breech te está poniendo a prueba. Quiere sentir su poder sobre ti.

—Que se joda el teniente —digo.

—¡Dile al soldado que se ponga de pie y dé un escobazo a ese nido! —grita el teniente, súbitamente colérico.

Sigo sin moverme.

—Hazlo —dice Elijah.

Miro el techo. La golondrina grazna más fuerte. Elijah coge la escoba y da un fuerte escobazo al nido, que lo derriba. Los pichones caen. Dos han muerto al instante por la caída. El tercero levanta desconcertado la cabeza sin plumas; encima del pequeño pico amarillo se ven sus ojos grandes y redondos. Sus alitas golpean el suelo con frenesí, luego con más lentitud. La madre grazna violentamente. Los párpados del pajarillo se cierran y deja de moverse. Vuelvo la cabeza hacia otro lado.

Ka Nipihat Windigowa

Windigo asesino

Conseguí que Xavier sonriera contándole cómo le pegué a la monja con el remo, y eso me da esperanzas. Remo lentamente durante toda la tarde, mientras le observo deslizarse hacia el sueño. Tiene una pesadilla; cuando grita, su cara parece la de un niño asustado. Para intentar calmarle un poco, empiezo a hablar otra vez. Ésta no es una historia agradable, pero algo en mí me dice que tengo que contársela. Hay una verdad en este relato, que Xavier necesita oír, y tal vez sea mejor que la escuche cuando duerme, para que la medicina de la historia pueda penetrar en él mientras no está consciente.

Pregunto a Sobrino si aún se acuerda de aquel soleado día después de la enorme nevada, cuando las ramas de los árboles estaban cubiertas de nieve y relucían al sol. Aún era un chiquillo. Fue el día en que vino a visitarnos un *awawatuk* del clan de la Tortuga. Su inesperada llegada me recordó otra visita, de mucho tiempo atrás.

Estabas sentado a mi lado, en nuestro refugio de invierno. ¿Recuerdas? Yo estaba cosiendo mientras hervía el té y tú jugabas con un palo en un rincón. Nos quedamos quietos al oír el ruido de raquetas de nieve. Temerosos de que fueran *wemistikoshiw* quienes se aproximaban, te hice una seña para que te sentaras y no te movieras, mientras yo iba a ver quién era. Cuando salí, reconocí en seguida la cara de un viejo cazador.

El viejo habló inmediatamente.

—Uno de nosotros se ha convertido en un *windigo* este invierno —dijo, y al oír sus palabras me inundaron todos los recuerdos de mi padre.

Me mareé un poco y temí que fuera a caerme. Pero debía parecer fuerte, por lo que seguí escuchándole sin moverme.

—Un joven se adentró en el bosque y no regresó hasta varias semanas después. Supusimos que habría muerto, pero volvió cargado con un fardo de carne, que era humana sin lugar a dudas. Se ha vuelto loco y amenaza con destruirnos a todos.

—¿Cuántos sois? —pregunté.

—Doce —respondió—. La mayoría estamos emparentados. Ese joven es mi sobrino.

No tenía opción.

—¿Dónde está vuestro campamento? —pregunté.

—A dos días de camino de aquí —respondió—. Cerca de los rápidos Thunderhouse.

—Nos iremos ahora mismo —dije, mientras me volvía para entrar y coger mis cosas.

La nieve profunda y húmeda dificultaba nuestra travesía. Fue una dura caminata de dos días, en la que tú te esforzabas para no quedarte atrás. Llegamos al tercer día. Habría preferido no llevarte conmigo a ese lugar sometido por la enfermedad, pero dejarte solo en el campamento era demasiado peligroso. Tal vez no volviera, no sabía lo que me esperaba.

Yo sabía que el viejo que iba con nosotros se preguntaba quién era el muchacho que nos acompañaba. Sabía que yo no era tu madre, pero mantenía la mirada fija al frente, y las arrugas que le enmarcaban los ojos no revelaban ni una pista de lo que estaba pensando. Por las noches, construíamos un refugio y encendíamos una hoguera para calentarnos. Parábamos algunas veces durante el día para comer unos trozos de alce. El viejo iba a paso ligero, estaba ansioso por regresar y librarse del mal que afectaba a su gente.

Reconstruí la historia mientras caminábamos. Era parecida a lo que había visto de niña, excepto que esta vez la mujer había muerto y su marido, el sobrino del viejo, se la había comido. Cuando regresó a la pequeña comunidad de *awawatuk*, la tristeza y la rabia le habían medio enloquecido, y no trató de esconder el hecho de que se había convertido en un *windigo*. Había atacado a su anciano tío que, incluso con la ayuda de otros hombres, no lo tuvo nada fácil para inmovilizarlo y atarlo. Cuando estábamos cerca de su pueblo, el viejo se subió la manga y me enseñó dónde le había

mordido su sobrino. Tenía un moratón y marcas de dientes claramente visibles. Parecía infectado, pero ya le aplicaría hierbas cuando llegáramos a su casa.

Esperaba algún tipo de bullicio o de actividad cuando finalmente, en la tercera mañana, entramos caminando en el hogar invernal del viejo, un claro en el bosque donde había varios *askihkan*. La tranquilidad del lugar era tétrica. El miedo que había intentado controlar hasta entonces empezó a apoderarse de mí, y me preguntaba si estaba preparada para asumir el papel de mi padre. La inmensidad de lo que se esperaba de mí me hizo dudar de mis posibilidades. También temía que el *windigo* hubiera podido escaparse y matarlos a todos, y al advertir mis pensamientos me obligué a tranquilizarme un poco. Vi el humo que salía de las chimeneas de los *askihkans* y aparté mis dudas lo mejor que pude.

En cuanto vi el *askihkan* donde estaba su sobrino, lo señalé con el dedo y dije:

—Está allí.

El viejo asintió; sus ojos me revelaban que se preguntaba cómo podía estar tan segura. Pero era como si el *askihkan* brillara desde dentro. Un aura, que me pareció tan brillante como la aurora boreal, palpitaba desde el interior con gran tristeza. Comprendí entonces la tristeza que habitaba en el corazón del *windigo*, una tristeza tan pura que marchitaba el corazón de una persona y permitía que creciera otra cosa en su lugar. Saber que uno ha profanado lo que más quería, que uno ha hecho algo tan condenatorio sólo para seguir con vida y que ha sido desterrado de su gente para siempre es un bocado difícil de tragar, mucho más difícil que ese primer bocado de carne humana.

El viejo intentó llevarme inmediatamente al lugar donde tenían a su sobrino atado y vigilado, pero le dije que necesitaba un sitio para prepararme y rezar un poco. Me condujo a su refugio y me dejó allí; tú te quedaste esperando cerca. Estuve sentada mucho rato en la oscuridad, sin rezar, sin ni siquiera pensar en nada, sólo sentada en cuclillas y meciéndome, esperando que apareciera el *ahcahk* de mi padre.

Cuando salí del *askihkan* del viejo, mi mente no estaba llena de vida, ni de fuerza, ni de nada en concreto, sino totalmente en

blanco. Te dije que esperaras hasta que volviera. El viejo me aguardó sentado fuera, mirando hacia el bosque. Vi las caras de dos niños, que me miraban a través de la entrada de sus tiendas, pero unas manos los metieron para dentro. La enfermedad del *windigo* podía propagarse con tanta celeridad como la invisible enfermedad de los *wemistikoshiw*. Yo era el cirujano que debía extirpar la enfermedad de este pequeño grupo, la única que tenía la habilidad de la que los demás carecían.

El viejo me condujo hasta la tienda donde estaba el enfermo y, paralizada por el miedo, no pude evitar sentirme como un prisionero al que conducen a la celda. El dolor que emanaba del *askihkan* se hacía cada vez más intenso a medida que me aproximaba. Sentía que caminaba en contra de una corriente muy fuerte, que podía arrastrarme en cualquier momento. El viejo abrió el faldón de la tienda y entré. Estaba muy oscuro y mis ojos tardaron en acostumbrarse. Dos hombres vigilaban la entrada, sin perder de vista la figura que estaba tapada con una manta. Les pedí que se la sacaran de encima. Me sorprendió ver a un hombre tan pequeño, atado de pies y manos y mirándome con ojos de ganso. Sus ojos no parecían humanos, me miraban con la curiosidad de un animal. Vi cómo le cambiaba la mirada cuando comprendió quién era yo y qué hacía allí. Se heló y perdió el brillo, como si los ojos se hubieran convertido en piedra, y volvió la cara hacia la pared.

Había llegado allí sin ningún plan preconcebido, con la esperanza de que se me ocurriría algo. Dije a los dos hombres que lo desataran y le pusieran las manos por encima de la cabeza, porque así le sería muy difícil liberarse. Me miraron durante un instante y luego hicieron lo que les pedía. Dije al viejo que se sentara encima de los pies del *windigo*, con el cuchillo listo por si se rebelaba contra nosotros, pero no hubo ningún tipo de forcejeo cuando le desataron los brazos y se los pusieron sobre la cabeza hasta dejarle totalmente estirado en la manta. Cogí un palo de la chimenea y la cuerda que llevaba alrededor de la cintura, y me arrodillé a su lado. Olía a podrido, como si se hubiera orinado encima, pero también podía distinguir el olor más profundo que nunca hubiera olido antes y que espero no volver a oler en mi vida. Me senté a horcajadas sobre su pecho, apoyando el poco peso de mi cuerpo encima del suyo. Finalmente, volvió la cabeza hacia mí y me

miró fijamente a los ojos.

Yo notaba que él sabía lo que ocurría. Le pasé la cuerda alrededor del cuello, y até los dos extremos en el palo. Todo lo que tenía que hacer era girar éste hasta que la cuerda se tensara y le cortara la respiración. Empecé a susurrar una oración a Gitchi Manitú y, a cada frase, daba una vuelta al palo. La cuerda empezó a estrangularle y entonces comenzó a forcejear. Seguí dando vueltas y rezando en voz alta. Los ojos se le inundaron de un pánico animal y empezó a resistirse violentamente y a intentar apartarme a empujones de él. Lo apreté más entre mis muslos y continué girando la cuerda, hasta que sus ojos empezaron a abrirse y a salirse de las órbitas. Los hombres que le aguantaban los brazos tuvieron que esforzarse para contenerle, maldiciendo y resoplando. Cuando vi al *windigo* retorcerse inútilmente, advertí que el viejo también estaba agarrándole con todas sus fuerzas.

El *windigo* empezó a jadear y a hablar con voz ronca en una lengua que no había oído nunca. Tenía los ojos clavados en los míos y reparé en que me estaba maldiciendo. Recé más intensamente a Gitchi Manitú, pidiéndole que no dejara que esa maldición cayera sobre mí y que el humo se la llevara fuera de la tienda, hacia el cielo. Me dolían las manos, de dar vueltas a la cuerda. El *windigo* tenía la cara amoratada y yo temía que los ojos se le saltaran de las órbitas. Sus palabras se fueron convirtiendo en un largo gemido y la gruesa lengua apareció entre los labios.

Con sus últimas fuerzas, me empujó para apartarme de él. Mi cuerpo y mis piernas salieron despedidos y, justo cuando estaba a punto de librarse de mí, todo el peso de mi cuerpo le cayó de nuevo encima del pecho. La última bocanada de aire maloliente le salió despedida de los pulmones en un chorro de sangre y de saliva que salpicó mi áspera camisa de algodón. Sus párpados seguían abiertos, el blanco de los ojos convertido en rojo por el estrangulamiento. Los hombres que le aguantaban los brazos se desplomaron, uno sobre otro. Me di la vuelta y vi al viejo de rodillas, mirándome.

Al cabo de un rato, me puse de pie. Las piernas me temblaban. Sentí que la sangre me circulaba de nuevo en la parte interna de los muslos. Un ruido en una esquina me llamó la atención y me volví rápidamente. Estabas sentado entre las sombras, mirándonos. Habías entrado sigilosamente y percibí por la expresión de tu rostro

que lo habías visto todo.

Al día siguiente, di instrucciones a los hombres acerca de qué debían hacer con el cuerpo. Les dije que erigieran una gran pira de cualquier árbol de hoja caduca y la convirtieran en brasas el mismo día. Cuando el fuego estuviera en su momento de más fuerza pondrían el cuerpo encima y mantendrían vivas las llamas hasta que no quedara nada. Entonces barrerían con cuidado las cenizas y las quemarían en otra hoguera. Esto tendrían que repetirlo una tercera vez y, cuando recogieran las cenizas del tercer fuego, las tirarían al río para que se las llevara la corriente.

El viejo se ofreció a acompañarme de vuelta a mi casa, pero le dije que prefería ir sola, con mi sobrino. Salimos muy temprano a la mañana siguiente. Demasiados pensamientos me hervían en la cabeza, como niños compitiendo por llamar la atención, por lo que no fui capaz de concentrarme en ninguno de ellos. ¿Actué correctamente al liberar a esa gente del *windigo*? ¿Y si se corría la voz entre los *wemistikoshiw* y venían a por mí y me condenaban como hicieron con mi padre? Al igual que yo a tu edad, habías visto algo que no podías entender del todo. Tenía que explicarte que yo era una curandera, y que a veces curar implicaba eliminar la enfermedad. Una vez intenté rebelarme contra el papel que se me había asignado, y la lucha fue tan dura como intentar domesticar a un lobo o un zorro. En aquel entonces, yo aún era muy joven y quería liberarme de todo eso. Ahora era mucho más madura y sabía que esa negación no era posible.

Al tercer día por la mañana, cuando ya estábamos cerca de casa, por fin me hablaste:

—¿Por qué mataste a aquel hombre, Tía?

Esperaba que me preguntaras eso, pero no tan pronto. Después de un rato, contesté:

—A veces hay que sacrificar a uno para que los demás puedan sobrevivir.

Asentiste, como una persona mayor, aunque aún no podías entenderlo completamente. Te lo había enseñado todo sobre la vida en el bosque y ya era hora de que te enseñara algo sobre la otra vida.

La nuestra continuó tal como la habíamos dejado; yo más contenta que nunca de tenerte conmigo. Te hiciste un hombre

fuerte en el bosque y en tu duodécimo verano ya tenías el pelo largo y negro. Te hacía una trenza con una cinta de cuero y un hilo rojo, igual que mi padre. Parecías muy contento de haber olvidado las costumbres *wemistikoshiw*, y era muy raro que habláramos en inglés o mencionáramos siquiera aquel lugar.

Me preguntaste sobre Conejo, tu madre, pero yo sabía muy poco acerca de ella. Después de que muriera mi padre y nos viéramos obligados a ir a la ciudad para sustentarnos, su voluntad se agotó. En esas circunstancias es muy fácil encontrar consuelo en la bebida *wemistikoshiw*, y eso fue lo que hizo tu madre. Te conté que yo había encontrado consuelo en la tienda de sudar, y muchas respuestas a mis preguntas en la tienda que se agita. A lo largo de los años te fui enseñando cómo purificarte y, más difícil que eso, cómo encontrar respuestas por ti mismo por medio de la adivinación. Esto último no puede ser enseñado, sino más bien cultivado, y muchos días vi en ti la chispa del verdadero talento. Pero estabas mucho más interesado en la caza y pasabas cada vez más tiempo a solas en el bosque.

Un día te acercaste a mí y me pediste algo que me cogió desprevenida. Pero lo entendí, era algo natural.

—Me gustaría estar con alguien, Tía —dijiste aquella tarde, cuando volvías de poner trampas, con tres zorros y una marta—. Estoy solo.

Levanté la mirada de lo que estaba cosiendo y vi cuánto habías crecido desde el último invierno.

—¿Con una chica? —pregunté.

Te sonrojaste y soltaste bruscamente:

—¡No! Quiero tener un amigo para cazar y jugar. Esperaré a estar con una chica hasta que sea mayor.

Me reí, pero percibí inmediatamente que había herido tus sentimientos.

—No me estoy riendo de ti, Sobrino —dije—. Es que eres muy racional. No temes ocultar tus sentimientos, y eso es bueno.

Nos quedamos sentados mucho rato. Te ayudé a despellejar a los animales.

—Por aquí no vive mucha gente —añadí finalmente—. ¿Dónde encontrarás un amigo, y además de tu edad?

—Podemos vivir más cerca de la ciudad —dijiste.

No estaba preparada para esa respuesta.

—Si te encontrasen los *wemistikoshiw*, te cogerían y te volverían a encerrar en aquella escuela.

—Ningún *wemistihoshiw* puede atraparme, Tía —me contestaste—. No quiero vivir en la ciudad, únicamente lo bastante cerca para encontrar a mi antiguo amigo, que vendrá a cazar conmigo al bosque.

—Cuando el tiempo lo permita, iremos —te dije al cabo de un rato.

Sonreíste.

Aunque no quería admitirlo, me sentó bien vivir otra vez cerca de otros humanos. No me importaba no ver a nadie. Me consolaba un poco el hecho de que sólo me separaba medio día de camino de otros cree. Tú también estabas mucho más contento. Me preocupaba cada vez que ibas a la ciudad, pero siempre volvías. Al cabo de unos pocos meses, empezaste a venir con un chico de tu edad al que le gustaba cazar tanto como a ti. Tu amigo pasó con nosotros muchos días de verano, y a mí me inquietaba que sus padres se preocuparan por sus largas ausencias. Una noche, lo más educadamente que pude, le pregunté sobre eso.

—Mi madre está muerta, o sea, que no se preocupa mucho por mí —respondió—. Me dijeron que mi padre cazaba para la Compañía de la Bahía de Hudson, pero no lo he visto nunca. Si no estuviera aquí con vosotros, esas monjas gordas me obligarían a llevarlas en barca mientras asustan a todos los peces del río.

Eso me hizo reír, me trajo recuerdos de muchos años atrás.

—Creo que preferiría quedarme con vosotros en vez de volver al internado en otoño —añadió.

—No creo que eso sea posible —dije—. Vendrían a por ti y nos encerrarían a todos en una de sus prisiones.

—Bueno, deberíamos pensarlo —respondió.

Él no conocía mucho el bosque, y yo te observaba con orgullo mientras le enseñabas. ¡Y cómo le gustaba hablar! Podía hablar de cualquier cosa durante horas: las estrellas, los ríos, la escuela, la gente que había conocido, e incluso de lugares que no conocía, más allá del océano. Cada noche me dormía escuchando su charla. Tú, Sobrino, te tumbabas a su lado con los ojos abiertos y escuchabas sus historias.

Tu amigo trajo a nuestro refugio un rifle y muchas balas. Yo aún tenía un viejo mosquete, que fue de mi padre, y había conseguido pólvora y balas de plomo cambiándolas por otras cosas con otros *awawatuk*. Pero el suyo era un buen rifle, un Winchester de repetición, casi tan alto como vosotros dos juntos. Me pregunté dónde habría conseguido un rifle tan bueno, y esperé pacientemente a que él mismo lo explicara. No tuve que esperar mucho.

—Se lo quité a una monja —te dijo un día, mientras estábamos sentados fuera, al lado del fuego, ahumando pescado para el invierno—. Además, ¿para qué necesita una monja un rifle? La he visto disparar —añadió—; el peor tiro que he visto nunca.

—No sé si está bien coger algo que no es tuyo —dijiste.

—Soy un guerrero —respondió—. Haré más y mejor uso de este rifle que ella. Es una pequeña compensación por querer bañarme siempre.

Los dos os reísteis de eso, pero esas palabras me resonaron en la cabeza durante días.

El resto del verano hacíais competiciones de tiro, el uno contra el otro, y yo veía cómo ibais mejorando rápidamente. Disparabais, desde el otro lado del río, a piedras que habíais puesto encima de otras, o tirabais a hojas en los árboles, o a la cabeza de algún urogallo que se posaba en lo alto de un pino. Ninguno de los dos fallaba demasiado. Vuestra competición era amistosa, pero os la tomabais muy en serio.

—Sobrino —grité un día, después de que ambos hubierais intentado repetidamente darle a una pequeña piedra desde mucha distancia—, los dos tenéis mucho talento como tiradores.

Me dedicaste una sonrisa. Tu amigo apuntó cuidadosamente a la piedra y disparó, pero falló.

—¿Por qué te llama Sobrino y no por tu nombre? —preguntó.

—Sobrino es mi nombre —contestaste—, soy su sobrino.

—¿Alguna vez te llama por tu nombre de pila? —preguntó otra vez.

Negaste con la cabeza y me miraste, con cierto nerviosismo.

—Mi nombre es Sobrino.

—Tu nombre es Xavier —afirmó tu amigo.

No lo decía para molestar. Advertía, por su tono de voz, que solamente quería entenderlo.

—Tu nombre de pila es Xavier —dijo—. Y el mío es Elijah.

Tapakwewin
Cazar

Mientras Niska levanta el campamento para pasar la noche, me inyecto un poco de morfina, la suficiente para que deje de dolerme el cuerpo, pero no tanta como para matarme. Ya no tengo la suficiente para parar mi corazón, sólo para ir tirando, con suerte, hasta mañana. ¿Qué será de mí después? Decido no pensar en eso, sino en dejarme llevar.

Tengo que averiguar qué ha sido de Elijah. Si pudiera volver a verlo, me ayudaría. Lucharíamos juntos de nuevo, esta vez contra la medicina que nos consume. Podríamos mejorar si estuviéramos juntos. Me ayudaría a sobreponerme al dolor y yo le sacaría de esa locura de guerra que lo tiene poseído. ¿Dónde estará?

Me acuerdo de cuando comenzó a explorar los lugares peligrosos, de cuando empezó a matar por placer en vez de simplemente para sobrevivir. Incluso en los momentos en que su mente viajaba tanto por ese otro lugar que me preocupaba constantemente, siempre le gustó contarme historias. Nunca perdió su capacidad de hablar. Eso fue lo que engañó a los demás haciéndoles creer que no se había vuelto loco. Pero yo sabía la verdad.

Elijah me cuenta una historia. Una noche de finales de septiembre, advierte que está en una trinchera alemana. No sabe muy bien cómo ha llegado allí. Cada vez le es más difícil acordarse de lo que ha sucedido ese día. Está solo y tiene la cara tiznada con corcho chamuscado. Recuerda haber estado patrullando junto con otros en un pueblecito en ruinas, cerca de la colina 70. Y ahora está aquí. Tal vez se haya perdido y haya cruzado la alambrada alemana, pero está aquí por alguna razón, de eso está seguro. Si

sólo pudiera recordar cuál es…

Se mira la mano y ve que lleva un carrete de alambre que ha encontrado en un depósito de municiones. ¡Ahora lo sabe! Antes de que le descubran, hace un lazo corredizo con el alambre y ata cada extremo a una viga de soporte, a ambos lados de la pared de la trinchera. Es un sitio perfecto para atrapar a un conejo. Coloca la trampa cuidadosamente encima de unos escalones que descienden unos cuantos palmos. Con suerte, un hombre con una estatura parecida a la de Elijah pondrá la cabeza justo dentro de la trampa y encontrará su fin en cuanto dé el salto.

Elijah sale de la trinchera y encuentra un lugar donde esconderse y observar. Sorprendentemente, nadie aparece por allí, por lo que saca una granada Mills de su fardo. Ya está a punto de quitarle la espoleta cuando se lo piensa mejor. Vuelve a guardar la granada, ahueca las manos, como si fuera una bocina, e imita con la garganta el graznido del ganso, tan áspero y melodioso como es capaz de recordar. Hacía mucho tiempo que no imitaba ese sonido y le ha gustado mucho hacerlo. Esto seguramente hará que venga alguien. No, aún nada. Le viene otra idea a la cabeza. Vuelve a ahuecar las palmas de las manos y grita: «Aquí, Fritzy, Fritzy, Fritzy».

En menos de un minuto, oye el ruido de botas a la carrera. Se acercan cuatro o cinco soldados, que aminoran el paso antes de llegar a la encrucijada de la trinchera. Uno, otro y luego otro más pasan por donde está la trampa y saltan la pendiente sin hacerse daño. ¿Habrá calculado mal?

Entonces, viene otro soldado corriendo y salta los escalones, pero se detiene abruptamente, pateando el aire frenéticamente a unos centímetros del suelo. Se lleva las manos al cuello, pero tiene el alambre tan enterrado en la piel que todo lo que puede hacer es luchar hasta morir. Al cabo de unos segundos, empieza a tener convulsiones. Un par de soldados que venían detrás de él ven a su compañero flotando en el aire y se quedan mirándolo paralizados, sin saber qué ocurre. Uno de ellos se acerca y descubre lo que sucede. Llama a los demás a gritos. Varios hombres se acercan corriendo y, aprovechando que están muy ocupados hablando entre ellos desesperadamente e intentando descolgar el cuerpo del lazo, Elijah se escabulle en la oscuridad de la noche. ¿Alguien podría

creer esto si lo contara?

Hay días, detrás de las líneas, en los que lo único que quiere hacer es contemplar el cielo, siguiendo los aeroplanos con la mirada. Ha preguntado qué se debe hacer para volar, pero nadie parece saberlo. Me ha dicho que la luz del día le molesta la vista. Casi no come, y nunca defeca. Bebe agua y té con mucho azúcar. Se dedica a matar el tiempo hasta que nos envíen de vuelta al frente. Ése es su hogar.

Me cuenta que tiene sueños en los que le envían a un túnel recién excavado, debajo de las líneas alemanas. Lleva un gran saco de explosivos y se interna mucho en el túnel, cuyas paredes se van estrechando cada vez más. De pronto, se encuentra con una pared delante y otra detrás. La antorcha se apaga y se queda en ese asfixiante agujero oscuro, con suficientes explosivos para volar el centro de la Tierra.

Una mañana, después de formar, nos ordenan que nos cambiemos los calcetines por otros limpios y secos. No hemos llevado nuestros mocasines desde la colina 70. Las botas de suela gruesa son más adecuadas para caminar sobre ladrillos destrozados y piedras puntiagudas. Cuando Elijah se quita las botas y los calcetines, veo que tiene los dedos del pie izquierdo un poco negros. Se los frota y noto por su expresión que el dolor traspasa su somnolencia matinal. Intenta taparlos antes de que alguien lo vea, pero McCaan está cerca.

—¡Mire ese pie, Whiskeyjack! —dice, gruñendo—. Huele a podrido. Vaya al médico inmediatamente.

Va cojeando por la trinchera hasta encontrar a Driscoll. El médico se acerca los cristales de las gafas con el dedo y pone el pie de Elijah en sus rodillas, mirándolo atentamente.

—Tienes los primeros síntomas de un grave caso de «pie de trinchera», cabo —dice.

Driscoll saca una lata de su equipo médico y la abre; toma con los dedos algo que parece grasa y le frota el pie. El dolor le hace marearse.

—Aceite de ballena —dice Driscoll—. Hace muchos meses que no veo un «pie de trinchera». No te debes de cuidar mucho. No dejes que lo vea ningún oficial o presentarán cargos contra ti.

Elijah se ríe, pero ve que Driscoll está serio.

—Cámbiate los calcetines dos veces al día —continúa Driscoll—, y úntate generosamente el aceite de ballena. Si empeora, informaré personalmente.

—No hará falta —dice Elijah, lo más despreocupadamente posible—. Casi no me duele, casi no me duele.

Driscoll le da unas pastillas.

—Si te duele mucho, ponte una de éstas bajo la lengua y deja que se disuelva. Es morfina —explica, guiñándole un ojo—. Pero no te tomes ninguna delante de una patrulla.

Elijah se va caminando.

—Cabo —le llama Driscoll, antes de que se haya alejado demasiado.

Elijah se vuelve.

—Pareces un poco anémico. ¿Estás comiendo bien?

—Muy bien, señor —responde Elijah, antes de seguir su camino, cojeando y silbando.

Tenemos órdenes de atacar una ciudad llamada Lens. Todo nuestro batallón está sentado en la trinchera, con la espalda apoyada en las paredes de barro y la cabeza entre las rodillas. Se oye el silbido de los proyectiles y las explosiones en las cercanas trincheras enemigas. Mi cuerpo vibra con las sacudidas. Miro a Elijah, a mi lado. Sonríe.

Después me dice que estaba canturreando una canción muy popular entre los soldados. Dice que no podía oírse con todo ese ruido, que sólo sentía la vibración de la canción en el pecho. Las sacudidas son tan fuertes que se pregunta cómo puede ser que el mundo aún no se haya roto. Los soldados que nos rodean también están en cuclillas, esperando que termine el bombardeo para salir de la trinchera. Tienen los ojos bien cerrados y se llevan las manos a la cara para protegerse mejor. Elijah mira a quienes estamos a su lado, a mí, a Graves, al Gordo, a McCaan y a los nuevos, y se pregunta a quién no verá al final del día. La cortina de fuego crece en intensidad. Le parece que el ruido es lo único que existe en el universo, y ese pensamiento le hace sonreír.

Entonces, todo vuelve a la calma. Le zumban los oídos y oye, muy en su interior, su propia respiración. Hay lugares en el mundo, muy lejos de aquí, donde hay hombres que no están a punto de hacer lo que van a hacer Elijah y los demás, expectantes y tensos.

Elijah se imagina a hombres que aún duermen en su cama junto a sus esposas, y a cazadores indios levantándose al alba para seguir la pista de huellas en el bosque. Aunque el silencio sólo dura unos pocos segundos, a Elijah le parecen horas. Su mente hace tictac como un reloj de bolsillo y la medicina que le corre por las venas ilumina el verdadero significado de todo esto, momentos antes de que todo cambie completamente para tantos hombres.

Un agudo silbido rompe el silencio. Suena como el canto solitario de un pájaro enloquecido. Elijah siente un peso en el estómago. Breech empieza a gritar, dando la orden de ataque. Elijah ha estado esperando este momento toda la noche y se ha inyectado la suficiente medicina en el magullado cuerpo para tranquilizarse sin dormirse. Los demás hemos tomado nuestra dosis de ron. Ahora trepamos gritando por encima del parapeto. En ese momento, las ametralladoras empiezan a dispararnos y vemos caer hombres a derecha e izquierda. El Gordo pasa apuros para superar el parapeto. Elijah y yo volvemos atrás y tiramos de él con todas nuestras fuerzas. Su estancia en Blighty no fue suficiente. Se queda ahí tumbado como un inválido, jadeando, de manera que Elijah y yo nos damos la vuelta para empezar a avanzar. Llueve metralla, y las balas desgarran la tierra y los sacos de arena a nuestro alrededor.

Cuando emprendemos la corta carrera hacia las líneas alemanas, nos encontramos detrás de una hilera de hombres que encabezan la avanzadilla. Algunos se caen y se quedan ahí, o son abatidos por el fuego de ametralladora, por lo que pronto parece que sólo quedemos Elijah y yo, corriendo directamente hacia la alambrada. Oímos el bum y el sonido hueco de los morteros, que explotan por todas partes. Cuando llegamos a la alambrada alemana, nos tiramos al suelo y esperamos la llegada de los zapadores que vienen por detrás, con sus torpedos Bangalore[13]. Sólo llega uno de ellos. Se estira a nuestro lado, mete el tubo en la alambrada, enciende la mecha y nos dice que avancemos rodando y cubriéndonos la cabeza. Hacemos lo que nos indica. El tubo abre un buen agujero en la alambrada. Yo ruedo primero, Elijah me sigue, y pasamos por el agujero lo más rápidamente posible. Una ametralladora nos está disparando. Las balas silban por encima de nuestras cabezas y hacen saltar trozos de tierra al caer al suelo.

En cuanto cruzamos la alambrada, sacamos las granadas y las

arrojamos a la zona donde está la ametralladora. Elijah tiene un rifle automático que le ha dado McCaan para que lo use hoy, pero también lleva su rifle de francotirador, ajustado a la espalda con la correa. Apunta la metralleta hacia el lugar, lleno de humo y de polvo, desde donde parecían provenir la mayoría de los disparos. La metralleta es muy pesada y le golpea en las manos mientras destroza el nido de ametralladoras, donde poco después se hace el silencio. Encorvados, avanzamos con rapidez y saltamos dentro de la trinchera de avance, preparados para disparar a bocajarro.

El lugar está completamente bombardeado. Dos alemanes se han desplomado encima de sus fusiles y otros están desperdigados en extrañas posturas, con los brazos y las piernas doblados en ángulos insólitos. Uno de ellos aún está vivo, quejándose y maldiciendo. Elijah va hacia él y le dispara en el pecho hasta vaciar la recámara. Carga de nuevo la metralleta y, mientras me quedo mirándole, coge toda la alambrada que puede y la arrastra dentro de la trinchera, unos veinte metros por delante y por detrás de nuestra posición. Si los alemanes quisieran volver a apoderarse de esta sección de trinchera, esto frenaría cualquier contraataque.

Me pregunto dónde está el resto del ejército enemigo, pero entonces observo que ésta es sólo una pequeña trinchera de avance de las muchas que rodean los pueblos de mineros en ruinas que tenemos que tomar. Nos sentamos uno junto al otro y esperamos a que alguno de los nuestros llegue hasta aquí. Pronto empiezan a aparecer otros soldados, McCaan, Graves y Ojos Grises. Me alegra ver al cabo Thompson, que se desliza en la trinchera con nosotros. Ha vuelto de Blighty más pálido y más delgado. Finalmente, llega el teniente Breech e inmediatamente empieza a ladrar instrucciones.

Hay una lucha encarnizada en todas las pequeñas trincheras que nos rodean. Es el caos. Las trincheras son como telas de araña, se dispersan en todas direcciones, algunas no van a parar a ninguna parte y otras conducen al centro de los pueblos, atestados de infantería alemana, francotiradores, artilleros y ametralladoras. Tenemos que encontrar una manera de llegar allí y tomar esos lugares. Si lo conseguimos, controlaremos la colina 70 y podremos mirar a los alemanes desde arriba y tener una vista completa de la ciudad de Lens. Pero primero tenemos que avanzar paso a paso por estas trincheras, que serpentean a través de los escombros de la

ciudad, y matar a cada enemigo que encontremos.

—Bird, Whiskeyjack, id con Thompson a ver lo que nos espera —dice Breech—. Os quiero de vuelta en media hora, para informarme personalmente.

Comprobamos nuestras armas y avanzamos agachados por la trinchera. Por lo que puedo ver, esta trinchera conduce casi en línea recta hasta los humeantes escombros de la ciudad. A medida que avanzamos, la trinchera es más honda y zigzaguea, cada diez o veinte metros se cruza un muro de tierra en nuestro camino. El ladrillo deteriorado de las paredes nos revela que debemos de estar en las afueras de la ciudad. Delante, otra calle cruza perpendicularmente a la nuestra. Nos detenemos y Thompson saca un espejito, que sitúa cuidadosamente para ver el otro lado de la esquina. Da el espejo a Elijah y susurra que se ven las ruinas de una iglesia, en las que seguramente habrá un francotirador o una ametralladora. Si seguimos avanzando, estaremos directamente en su punto de mira durante más de treinta metros.

Elijah observa por el espejo. Con el sol en lo alto y a la espalda, nuestras siluetas se verían perfectamente si siguiésemos adelante. Elijah ve un agujero en la pared de la trinchera, a unos diez metros. Dice que puede llegar hasta él sin problemas. Nos sentamos en cuclillas, para pensar qué vamos a hacer.

—Recorro esos diez metros y me pongo a cubierto —explica Elijah a Thompson—. Eso atraerá los disparos de cualquier francotirador que haya, y podréis averiguar desde dónde dispara.

—Estás suponiendo que solamente habrá uno —dice Thompson.

—Uno, dos, tres…, ¿qué diferencia hay? —responde Elijah—. Vosotros aseguraos de saber dónde está. Que X se ponga allí, desde donde tiene una buena vista de la iglesia.

Señala hacia un montón de ladrillos, que sobresale un poco por la esquina de la trinchera y tiene un agujero que forma una arpillera natural. Puedo usarlo para disparar, dejando a la vista sólo el cañón de mi fusil y el visor. Me gusta la idea. Me tiro al suelo y me coloco cuidadosamente, apuntando el fusil hacia la iglesia. Hago un minucioso barrido de la zona con el visor. Estoy preparado.

Thompson se coloca detrás de mí y sitúa el espejo en posición.

Con el rifle en la mano derecha, Elijah inspira profundamente y dobla la esquina caminando. No corre, camina lo más lentamente

que puede. Thompson murmura entre dientes: «Muévete», pero Elijah quiere asegurarse de que le vean todos los que estén en la iglesia. Cuando ha avanzado unos cinco metros, se oye el disparo de un fusil y salta hacia un lado. Una bala se empotra en la pared de barro que tenía detrás. Elijah avanza unos pasos y luego salta hacia atrás, justo antes de que se oiga otro disparo de fusil y otra bala le pase silbando muy cerca. Entonces, camina directamente hacia el hueco en el muro y se refugia allí, justo antes de que otra bala se estrelle en la pared. Elijah mira hacia atrás y comprendo que ve a Thompson reflejado en el espejo; el cabo asiente.

—¿Habéis podido ver dónde estaba? —grita Elijah.

—Son dos —contesto en cree—. Uno dispara desde el suelo, y otro desde un lugar elevado donde está la campana.

—Bien, dispárales —dice Elijah.

Tal vez piensa que así me olvidaré de lo deprimido que he estado desde que hice el viaje para ver a Lisette. Estoy seguro de que Elijah se divierte con todo esto. Puede verme muy bien desde donde está. Estoy quieto, respirando con tranquilidad y mirando por el visor. Sé que Elijah piensa que es mejor disparar primero al que está en el suelo, porque el otro lo tiene más difícil si se siente atrapado en su posición elevada.

Mi Máuser rompe el silencio y Thompson grita:

—¡Buen tiro!

Vuelvo a cargar con rapidez, mientras una bala se estrella contra un ladrillo, cerca de mi cabeza. El otro francotirador me ha localizado, y disparo casi a la vez que él con el dedo apretando el gatillo. No me sale el tiro como pretendía, y la campana resuena ruidosamente.

Elijah se ríe.

—¡Dispara otra vez, rápido! —grita.

Cargo de nuevo justo cuando el francotirador me devuelve el disparo. Me ha entrado polvo en los oídos. Suelto una palabrota y recupero el pulso. Percibo la mirada de Elijah sobre mí, respiro hondo, expulso la mitad del aire y disparo.

—¡Le has dado! —grita Thompson.

El ruido de un fusil al caer sobre una montaña de ladrillos resuena en la trinchera.

Detrás de las ruinas de la iglesia se desata un fuego de artillería,

y también muchos disparos de rifle en las trincheras. Avanzamos hacia la iglesia y vemos que las ruinas del campanario donde está el francotirador están lo suficientemente elevadas como para ofrecer una buena panorámica de toda el área circundante. Elijah nos dice a Thompson y a mí que va a subir hasta allí.

—Ya ha pasado media hora —avisa Thompson—. Breech nos querrá de vuelta.

—Es mejor asegurar el terreno —argumenta Elijah—. No nos llevará mucho tiempo.

Tiene que pasar por encima de un montón de ladrillos, que se ven desde cualquier parte. Apunto hacia la iglesia por si todavía hubiese algún alemán y Thompson tiene la tarea imposible de cubrir todo lo demás. Sin perder un segundo, Elijah avanza a trompicones por encima del montón de ladrillos. Disparos de fusil y de ametralladora llueven sobre él, rebotando en los ladrillos con un ruido metálico. Elijah consigue llegar a la puerta reventada de la iglesia.

Elijah me cuenta más tarde el resto de la historia. Consigue entrar en la pequeña iglesia; durante unos instantes, sus ojos tienen que acostumbrarse a la oscuridad. Sabe que está en una zona peligrosa, pero siente que la iglesia lo protege de algún modo y que no le ocurrirá nada malo dentro de ella.

La mayor parte del techo se ha derrumbado y el campanario está a punto de desplomarse. Elijah sube hasta arriba por los desvencijados escalones y ve al francotirador boca abajo, como si aún estuviera a punto de disparar. Tiene un agujero del tamaño de una moneda en la parte posterior de la cabeza, por donde le gotea sangre y masa encefálica. Nos saluda con la mano a Thompson y a mí y le da la vuelta. Aún tiene los ojos abiertos. Son muy azules, pero están empezando a oscurecerse, como los ojos de un lucio. Es joven, con poca experiencia. En la frente, a unos dos centímetros por debajo de su espeso pelo, tiene un agujero menor que un botón de camisa. Un fantástico disparo. A veces, Elijah olvida qué buen tirador soy. ¡Qué irónico, piensa, el hecho de que este alemán haya muerto derribado con un fusil de su propio país! Si alguna vez nos cogieran a Elijah o a mí, no tendrían piedad con nosotros.

Una nueva oleada de disparos irrumpe a ambos lados de Elijah. Desde su posición privilegiada, mira por un agujero en la pared.

Desde donde está, ve muchas de las trincheras de donde venimos y, a lo lejos, los soldados canadienses atravesando el terreno llano a las afueras de la ciudad. Va hacia el otro lado del campanario y asoma con cuidado la cabeza por encima del alféizar de la ventana. Paredes desmoronadas y escombros le tapan la vista, pero distingue trincheras que atraviesan la ciudad y que no han caído en manos de los canadienses. Parecen estar abandonadas. Tiene que averiguar desde dónde le han disparado.

Se inclina hacia nosotros y me habla en cree. No quiere arriesgarse a que ningún soldado alemán pueda entenderle si habla en inglés.

—Dile a Thompson que será mejor que él y yo mantengamos nuestra posición, mientras tú vuelves y traes a la compañía. Pero tienes que ser rápido. Si Fritz decide que quiere recuperar esta iglesia, lo hará en un abrir y cerrar de ojos.

Un minuto después, Thompson grita:

—¡Está bien!

Retrocedo sobre nuestros pasos para ir a buscar a la compañía. Elijah se aposta con su rifle automático e intenta averiguar dónde se esconde el enemigo. Se oyen los ecos de muchos disparos de fusil, pero no tan cerca como los últimos disparos dirigidos hacia él.

—¡¿Ve usted algo?! —grita Elijah a Thompson.

Antes de que éste responda, una ráfaga de ametralladora barre la pared en la que se apoya Elijah y la hace vibrar. Saben perfectamente dónde está Elijah. Considera la posibilidad de bajar del campanario y buscar un lugar mejor donde ocultarse, pero si lo hiciera, perdería la buena posición de observación que tiene. Al menos ahora sabe aproximadamente dónde están los alemanes. Se encuentran hacia el sur y un poco hacia el este, porque es la única dirección desde la que una ametralladora le acertaría en la espalda. Desearía tener el espejo de Thompson para echar un vistazo sin asomar la cabeza.

—Puedo adivinar su posición, pero no veo nada —grita Thompson a Elijah—. Aguantemos y esperemos a los demás.

Después de una tensa media hora, Elijah está muy sorprendido de que Fritz no intente recuperar el control de la iglesia. La contienda se ha desplazado hacia la ciudad, y Elijah supone que Fritz está llevando a cabo una retirada controlada. Decide

arriesgarse a echar una ojeada por la ventana y asoma la cabeza lentamente. El sol está en su cenit, caliente y brillante. Si hay algún francotirador a la espera, tendrá una gran oportunidad.

Elijah se queda aguardando, pero no sucede nada. Puede ver una vía de entrada a un montón de ladrillos, y supone que es allí donde están escondidos. Parece que hubiera un sótano debajo, con vigas y piedras rotas alrededor. No ve muchos sitios donde pueda esconderse más de un soldado. Se deben de haber ido del sótano en cuanto han tenido la oportunidad. Cuando llegue con los demás, piensa Elijah, tiraremos algunos huevos dentro, sólo para asegurarnos.

Elijah se apoya en una pared y descansa. Un zumbido le resuena en la cabeza y le duelen los brazos y el culo. Eso significa que necesita un poco más de medicina. Coge una jeringuilla llena de su equipaje. Pronto tendrá que encontrar más, porque no le queda mucha. Tal vez tenga que preguntarle a Ojos Grises. Sin ni siquiera molestarse en bajarse los pantalones, se pincha a través de la tela, directamente en el muslo. El pinchazo le hace anticipar el placer. Hace deslizar el émbolo y siente cómo la morfina le entra en la pierna y le calienta. Cuando necesita tener la mente despierta, no se inyecta directamente en la vena. El mundo se empequeñece un poco y la luz inmisericorde se difumina en un agradable resplandor. Incluso se le pasa el dolor de los intestinos, que siente como si no los hubiera vaciado en años. Su oído se agudiza y, cuando cierra los ojos, percibe el ruido de las botas que se acercan por la trinchera. Es su sección, que se acerca. A lo lejos, distingue voces de alemanes que susurran. ¿Dónde están? No tan cerca como para que Elijah tenga que preocuparse ahora por ellos. Estar ahí, escuchando, le hace pensar en mí. «Pobre Xavier —piensa—, se está volviendo sordo, pero no quiere admitirlo».

El grito de McCaan obliga a Elijah a abrir los párpados.

—Cabo Whiskeyjack, ¿has localizado al enemigo?

Elijah se pone a gatas y mira por el antepecho de la ventana. Nos hemos detenido con gran estrépito y echamos miradas furtivas hacia el campanario, apuntando nuestros rifles hacia las ruinas de la ciudad, que se extienden delante de nosotros.

—Claro que sí, sargento. Pero creo que han emprendido la retirada. Hay un agujero en dirección sureste que conduce hasta un

sótano y que parece peligroso, pero nada que unas pocas granadas no puedan solucionar.

Oye a Breech ladrando órdenes. Breech no está acostumbrado a toda esta actividad en la línea de frente. A Graves y a un novato que aún no se afeita les dan granadas Mills y les mandan hacerse cargo de ello. Veo a Elijah que se incorpora un poco para ver bien lo que sucede. Oímos el estrépito de la contienda, aunque estamos a varios cientos de metros. Graves entra primero en el agujero y el joven soldado lo sigue a seis o siete metros.

—¡No te olvides de tirar de la anilla! —grita Elijah.

Los demás se ríen en las trincheras.

—¡Date prisa, soldado! —ladra McCaan al chico—. ¡Cuanto antes lo hagas, antes entraremos en acción!

Todos vuelven a reírse. Graves ha hecho esto cientos de veces, pero ésta es la primera misión del soldado.

Mientras todos los demás ríen, veo la figura de un hombre que sale del sótano. Un trozo de tela le cubre la boca y la nariz. Lleva una especie de rifle en las manos, pero está unido a un tubo que le pasa por debajo del brazo y desemboca en un gran depósito a la espalda. Del cañón del extraño rifle salen llamaradas azules, que se propagan por los ladrillos. Los demás deben de haber visto esto muy poco después que yo, porque las risas cesan y Thompson grita:

—¡Moveos!

Graves se detiene y parece que va a retroceder, pero continúa avanzando con la granada levantada como si llevara un garrote.

—¡Graves, al suelo! —grita Elijah, antes de coger el rifle. Me doy cuenta al mismo tiempo que él de que se lo ha dicho en cree.

Graves mira a Elijah, confuso. Un brillante chorro de fuego amarillo sale despedido del cañón del extraño rifle y engulle a Graves, que levanta la mano hacia Elijah, como si lo saludara. El pelo y el bigote están ardiendo. En pocos segundos se convierte en una bola de fuego y se desploma retorciéndose en silencio. El joven soldado se da la vuelta y empieza a correr para ponerse a salvo, pero tropieza con los ladrillos y cae con los brazos por delante. La granada Mills que llevaba vuela hacia nosotros. Los hombres que me rodean se abalanzan y tropiezan unos contra otros en un intento de alejarse de la trayectoria de la granada. El rifle escupe otra llamarada, que se traga al soldado. Éste se queda de pie, gritando

frenéticamente, y luego sale corriendo envuelto en el fuego abrasador hasta que se desploma. Sólo entonces se me ocurre coger mi fusil y acabar con todo esto.

La bomba explota en la trinchera, y muchos hombres salen despedidos.

Antes de que pueda incorporarme y apuntar al del lanzallamas, un par de hombres en la trinchera se me adelantan. Uno de ellos dispara al depósito que el alemán lleva a la espalda. El depósito explota y las llamas ascienden en una columna anaranjada y negra. Lo que hasta hace un momento era un hombre ahora son trozos de carne quemada en el suelo. Elijah baja corriendo del campanario. Graves es un montón de carne humeante. El joven soldado aún vive; las llamas ya se han apagado, pero tiene toda la ropa quemada. Me recuerda al alce carbonizado que Elijah y yo encontramos en la orilla del río no hace demasiado tiempo. Está irreconocible, jadeando y tumbado en el suelo; lo único que resalta un poco en el cuerpo quemado es el color rosado del interior de la boca.

En el momento de la explosión, se oyó el grito de un soldado en la trinchera; otro cayó muerto. Los dos cuerpos paliaron la onda expansiva de la explosión. Tuvimos suerte de que no muriera toda nuestra sección. Yo estoy bien, aunque conmocionado. El Gordo camina en círculos, susurrando. Graves era el único que lo trataba bien. Otros dos miran al soldado que aún grita en la trinchera, y algunos contemplan confusos al chico quemado. Nadie sabe qué hacer, esta nueva arma nos ha dejado atónitos. McCaan empieza a gritar pidiendo un médico, y eso nos saca de nuestro ensimismamiento.

Elijah y yo tomamos posiciones, con los ojos abiertos por si apareciera algún otro alemán. Oímos un ruido que proviene del cadáver de Graves. Me doy la vuelta y veo al Gordo que, llorando y sentado al lado del cuerpo carbonizado, se abofetea la cara con fuerza.

Al final del día, hemos tomado en su totalidad esa ciudad de mineros, y corre la voz de que la Primera y Segunda divisiones se han apoderado de la colina 70. Los canadienses ya están preparados para ir a la gran ciudad de Lens. También se rumorea que hemos sufrido muchos ataques con fuego y que muchos soldados canadienses yacen derretidos y carbonizados en las líneas del frente.

El olor dulzón hace que se le revuelva a uno el estómago. Sé dice que los alemanes han empezado a usar otra nueva arma, un tipo de gas que disparan a larga distancia con proyectiles y que quema la piel. Hemos entrado en una guerra de fuego, me dice Elijah.

Elijah me cuenta que sueña con Graves envuelto en llamas, que le saluda. Puede ver y oler vívidamente su cuerpo ennegrecido. Y eso le lleva a soñar con Sean Patrick, con el agujero en la garganta y la vida que se le escapa por la base del cráneo. También sueña con Gilberto y cómo yo le contaba que él estaba allí sonriendo y un segundo después me aplastaba su cuerpo sin vida. Elijah mira hacia arriba. Están a su alrededor, en su refugio. De la cabeza de Graves sale humo, Sean Patrick está gris y el cerebro de Gilberto le gotea por la boca.

—Haz lo que puedas —le dicen a Elijah—. Ya no queda nada sagrado en un sitio como éste. Tienes que aceptar eso. Haz sólo lo que puedas.

Elijah se despierta sobresaltado.

Durante lo que queda de agosto, conservamos la colina y los pequeños pueblos circundantes que hemos tomado. Desde esta posición ventajosa, seguimos bombardeando Lens, pero, al igual que antes, nos hemos quedado encallados en un lugar. La rutina y el aburrimiento enloquecen a Elijah. Casi no hay ataques a las trincheras, sólo patrullas nocturnas en tierra de nadie. Elijah pide permiso al teniente Breech para volver a salir a disparar conmigo e intenta convencerle con el argumento de que tenemos una gran ventaja al estar en una colina, por encima de los alemanes por una vez. No pasa mucho tiempo antes de que volvamos a buscar buenas posiciones, y esto ayuda a aliviar el incontenible dolor de Elijah. Nos pasamos días enteros sin movernos, rastreando posibles objetivos. Andamos a la caza de oficiales, por lo que debemos tener mucha paciencia. Thompson nos dijo una vez que descubrir a los oficiales es fácil; son los que no hacen nada mientras el resto está trabajando.

Durante esas largas horas de espera, Elijah intenta entender qué está creciendo dentro de él. Me habla de esto por las noches, que pasamos empapados y en el fango. De los cráteres sale un apestoso vaho que se arremolina en el aire. Al final, la conclusión es muy simple: Elijah se ha habituado a obtener placer matando.

Elijah me dice que algo se ha endurecido en mi interior en estos últimos meses. Hablo aún menos que antes, y ya no sonrío nunca. Sabe que me gustaría estar en casa y que todo esto me pone enfermo, pero me dice que debo valorar el hecho de que nunca más dispondremos de la libertad que tenemos aquí. Pero esa libertad de la que habla, esa libertad para matar, es algo que ya no deseo.

Hemos encontrado un sitio a unos trescientos metros de la línea alemana. Disponemos de un excelente ángulo de visión, pero este lugar ofrece poca protección y nos localizarán tan pronto como disparemos. Un disparo, dos como mucho, y deberemos volver a nuestras líneas. Esperamos y observamos.

Aparece un oficial en el campo alemán, pero sólo unos momentos cada mañana, a la hora de formar. Hoy le hemos visto claramente y Elijah podría haberle disparado, pero aún estaba aturdido a causa de una noche larga y agitada. Me dice que mañana no volverá a desperdiciar esa oportunidad. Pasamos el día mirando al cielo, esperando que los aeroplanos sobrevuelen las trincheras, ametrallando y bombardeando. Pero no viene ninguno.

—Quiero volar en uno de ésos antes de morirme —asevera Elijah.

La noche es aún más larga que el día, pero Elijah no puede dormir, pensando en disparar al oficial cuando pase por delante de su visor. A su lado, finjo tener un sueño ligero cuando coge una jeringuilla del equipaje. Necesita un poco para calmar los nervios y los dolores, que ya forman parte del hecho de estar despierto. Cuando falta poco para que salga el sol, me da un codazo y se pone a observar la trinchera con el visor. Hay luz suficiente para distinguir siluetas en la oscuridad.

Cuando el negro del horizonte se convierte en gris, Elijah coloca el dedo sobre el gatillo. Exactamente igual que ayer, las cabezas de los soldados aparecen para la formación y, justo detrás de ellos, un teniente inspecciona las filas, con las manos detrás de la espalda.

—Ahora puedes —digo, y Elijah no lo duda.

Apunta a la frente del oficial, que está de pie con el ceño fruncido, y aprieta el gatillo, pero el retroceso del rifle le impide ver claramente el resultado.

—Está muerto —le informo, y empieza a reírse.

Está mejor ahora, adonde le ha enviado Elijah. Me vuelvo para

recoger nuestras cosas y salir rápidamente de nuestro escondite.

Elijah observa por el visor las miradas asustadas de los soldados y a los veteranos apuntando sus fusiles hacia nuestra posición. Carga otra vez y localiza otro blanco. Aunque sabe que no debería, vuelve a disparar, esta vez a un soldado cuya cabeza sobresale más que las otras. El impacto derriba al soldado, pero el fogonazo del rifle, aunque débil, revela nuestra posición. Los estallidos de disparos de fusil llegan a nuestros oídos y las balas pasan silbando muy cerca de nosotros.

—*¡Ashtum!* —le grito, ya de camino hacia nuestras trincheras. Elijah recoge sus cosas, sale del agujero, estira los brazos perezosamente y se ríe mirando al sol, mientras las balas pasan silbando a su lado—. ¡Ponte tú en peligro si quieres, pero no me pongas a mí! —grito con rabia, antes de volverme y salir corriendo.

Elijah también se da la vuelta, pero empieza a caminar despreocupadamente.

—Sólo quería aportar un poco de emoción a tu mañana, sacarte de ese agujero de mierda en el que te has metido —grita.

Casi nunca le he levantado la voz; es obvio que está enfadado conmigo.

Las noches vuelven a ser frías. Es ahora cuando empieza la caza del ganso en Mushkegowuk. Corre el rumor de que nos van a enviar hacia el norte, a un lugar llamado Passchendaele. Es un nombre bonito, me hace pensar en mujeres, pero alguien me dice que está cerca de donde vive Lisette, y el corazón me da un vuelco. Nos llevan a una ciudad, muy por detrás de las líneas, en la que hay una taberna que la compañía ha hecho suya rápidamente. No me gusta el sitio, pero Elijah me obliga a ir de todas maneras.

—Hay otras Lisettes —dice.

Eso me pone furioso.

Esta noche beberemos hasta caer al suelo. No necesitaré mucho para eso, porque no soy buen bebedor.

El bar está abarrotado, hay mucho ruido y está lleno de humo. Los hombres hacen chocar los vasos y las botellas en las mesas largas y cuarteadas. Elijah dice que este lugar le causa una sensación desagradable. Compramos bebidas a la mujer mayor que está detrás de la barra. Tiene la nariz afilada y curva, y lleva una trenza de pelo canoso y desenredado. Me recuerda a una abuela

muy anciana, a una *kookum*. Miro al otro lado del mostrador y, en ese momento, lo veo. Me sorprende ver una cara como la suya en este lugar. Un rostro como el mío. He visto a otros hombres de piel morena, como los de esa tropa a caballo, con tela blanca enrollada en las cabezas y largas barbas atadas cuidadosamente. Impresionaban por su belleza y daban miedo con sus espadas colgando del cinto. McCaan me dijo que eran otra clase de indios.

—Indios de la India —dijo—. Algunos de los mejores indios de la reina.

Pero el que está en esta taberna es un indio como Elijah y como yo. Un indio *anishnabe*. Parece ojibwa[14].

Doy un codazo a Elijah y le susurro que mire a nuestra izquierda. En una mesa está sentado un hombrecillo de tez morena y pelo negro, riéndose en compañía de otros soldados. Elijah tarda un instante en verlo. En un primer momento, piensa que podría ser un indio de Moose Factory del cual no se acuerda, pero luego ve los galones de cabo.

—¿Es el que llaman Peggy? —me pregunta.

Me encojo de hombros y bebo un buen trago de mi vaso, como si no me importara.

Él no nos mira, pero somos conscientes de que sabe que estamos aquí. Elijah compra a la *kookum* otra botella de vino y va a sentarse a su lado.

—*Wachay, wachay* —dice Elijah mientras le ofrece la botella.

El otro indio le sonríe cauteloso.

—Tres *anishnabe* en el mismo lugar —confirma el cabo, saludando con la cabeza.

Habla en su lengua, pero es tan parecida a la nuestra que podemos entenderle.

—Hay cosas que están más allá de la casualidad.

—¿Qué tal tu caza? —pregunta Elijah—. Espero que te vaya tan bien como a mí.

Intento reprimir una carcajada. Es bueno reírme de nuevo. Los hombres blancos de la mesa nos miran con extrañeza. Les disgusta no entender lo que dicen los indios.

—Debes de confundirme con algún otro —responde el cabo—. Hay más *anishnabe* en estos campos de batalla de los que crees. Todos queremos volver a ser guerreros.

Elijah me mira. Sonrío y me da otra vez la risa. Percibo lo borracho que estoy.

—Tú debes de ser Whiskeyjack, y tu compañero borracho debe de ser Bird —dice el cabo.

—¡No estoy borracho! —farfullo.

Ahora les toca a ellos el turno de reírse.

—Tu reputación te precede —añade el cabo desviando la mirada hacia Elijah—. Por lo que he podido oír, eres uno de los mejores.

Elijah se queda mirando al frente, con los labios apretados, pero no puede evitar que se le dibuje levemente una sonrisa.

—Ya sabes que los *wemistikoshiw* no nos creen cuando les decimos cuántos hemos matado en el campo de batalla —dice el cabo—. Aquí les hacemos el trabajo sucio, pero cuando volvamos a casa nos tratarán otra vez como una mierda. Pero mientras estemos aquí, podremos hacer lo que sabemos.

—Esta noche no hablemos de morir —sugiere Elijah, consciente de que podría matarlo y salir impune—. Vamos a beber.

Al llegar la medianoche, también ellos están borrachos. Todo el mundo lo está en este lugar. Él es de infantería, como nosotros, y su compañía también irá a Passchendaele.

—Sabes —dice Elijah, acercándose a él—. Tú y yo no somos tan diferentes…

—He oído que has matado a muchos. ¿A cuántos? Sé sincero —pregunta.

—A ciento noventa y cuatro, hasta el momento —contesta Elijah.

El cabo abre los ojos, sorprendido.

—¡De verdad! —grita Elijah—. X, ¿a cuántos he matado? —me pregunta en cree.

—¿Qué? —chillo.

Elijah grita más fuerte:

—¿A cuántos Fritz crees que he matado?

—A demasiados —respondo—. He sido testigo de más de cien. Además, siempre estás escapándote, no sé a cuántos habrás despachado en la oscuridad de la noche. Y no olvides las cabelleras que llevas en la bolsa.

—No hablemos de eso ahora —dice Elijah, señalándome con el dedo.

—Hay otro, un métis[15] —explica el cabo—. Se llama Norwest. Es de Alberta, y se dice que ha matado incluso a más que tú.

—Estoy harto de oír las hazañas de otros —se indigna Elijah—. ¿Qué quieres realmente de mí?

El cabo sonríe.

—Piensa en mí como si fuera tu conciencia —dice—. Y tú puedes ser la mía.

Afuera, el aire conserva el frío del otoño y la brisa lleva consigo el olor del fuego. Elijah y yo nos acordamos de nuestra casa, imagino que el cabo también. Caminamos por la calle principal del pueblo, de vuelta a nuestros respectivos campamentos. Ninguno de los tres abre la boca. Mientras caminamos como lo hacemos en nuestra tierra, tengo una sensación extraña. Se oye el zumbido de un aeroplano en la distancia, que viene hacia nosotros. Elijah dice que le gustaría ver el reflejo de las alas a la luz de la luna cuando nos sobrevuele.

El zumbido se hace más intenso. Se me erizan los pelos de la nuca.

—Por aquí —digo, mientras agarro a Elijah de la manga y hago una seña al cabo con la otra mano. Entramos en un callejón y el avión pasa por encima de nosotros, volando bajo y rápido. Deja caer una bomba, que silba en el aire frío, y oímos el ruido del techo al quebrarse la madera y ese fugaz instante de silencio antes de la explosión. Las llamas se elevan a gran altura. Los hombres gritan, confusos. Por encima del estrépito de la madera ardiendo, Elijah dice que oye el zumbido del avión volviendo hacia nosotros. Sobrevuela toda la calle principal, disparando con la ametralladora a quienes han salido a la calle.

Cuando el avión se ha ido, volvemos a la calle. La taberna donde hemos estado momentos antes es ahora una hoguera, y también los edificios contiguos. Hay cuerpos tirados en la calle y hombres que se ocupan de ellos.

Más tarde, Elijah me dice que, en medio del caos, el cabo se le ha acercado y le ha susurrado que él ha matado al doble de gente en el campo de batalla. Me dice que ése habría sido un buen momento para hundir el cuchillo de despellejar entre las costillas del cabo, pero que se alegra de no haber aprovechado la oportunidad. No está muy seguro del porqué.

Masinahikewin
Escribir

Xavier me ha dicho que pronto se le acabará la medicina y que, cuando esto suceda, se volverá muy irascible, como el peor niño que haya visto. Dice que tal vez se le pare el corazón y que intentará aguantar, pero el dolor en la pierna, el brazo y el corazón acabarán con él. No quiere verme triste cuando llegue el momento. Me cuenta todo esto con una sonrisa, bajo los efectos de la medicina. Creo que esta medicina es mucho más fuerte que la raíz que, según he oído, toman los *anishnabe* del sur para tener visiones.

Lo miro mientras yace junto a la pequeña hoguera que he encendido en la playa. Sus mejillas hundidas destacan a la luz de la lumbre, como las de un anciano, pero su sonrisa es la de un muchacho. He preparado un caldo de carne de alce y raíces. Me siento cerca de Xavier. El sol continúa declinando; aunque es casi medianoche, el cielo es lo bastante claro para distinguir la línea de los árboles al otro lado del río.

Cuando deja de hablar, empiezo a tararear una vieja canción que le cantaba cuando era pequeño y la sonrisa no se le borra de los labios. Se queda así, con los ojos abiertos. Están llenos de inquietud, y brillan a luz de la hoguera. Me pregunto qué verá. No es este mundo de aquí, el que yo veo.

Le tomo la cabeza entre las manos y la mezo en mi regazo. Él se deja. Sigo canturreando la canción, mientras le acaricio el pelo. Se ha quitado la chaqueta y puedo verle los brazos morenos, llenos de cicatrices, y el pecho hundido bajo la camisa desabrochada. Cuando miro la pernera vacía de su pantalón, se me caen las lágrimas. Incluso si sobrevive a este viaje en canoa hasta nuestro hogar,

¿cómo se los apañará en el bosque? Es muy torpe con las muletas. Dentro de pocos inviernos, seré demasiado vieja para continuar cazando para él. Entonces, ¿qué?

Vuelvo a observar sus brazos. Me fascinan todas esas cicatrices blancas encima de la piel morena, y me pregunto qué las originó. Los *wemistikoshiw* del almacén de provisionamiento me explicaron que el enemigo usaba alambre para impedir que los hombres se acercaran y los sorprendieran, y me contaron que había bombas que explotaban y lanzaban agujas pequeñas que lo penetraban todo a su alrededor. De eso deben de ser las cicatrices que le cruzan el cuerpo. Me las quedo mirando y me enfurezco contra quienes se las han hecho. Dejo de llorar y aprieto los dientes para no gritar. No dejaré que se vaya así como así.

El caldo se ha enfriado. Me lleno un poco la boca y me acerco a él. Aún tiene los ojos abiertos, pero no me ve. Pongo mis labios contra los suyos para alimentarle; traga lentamente. Al principio se resiste, pero no cedo a su débil protesta. No le doy mucho por miedo a que vomite lo que ya le he dado, pero no lo hace.

Después de un rato empieza a hablar otra vez:

—Elijah —dice—. ¿Sabes a cuántos ha matado?

Lo miro, aún está muy lejos.

—Yo también he matado a muchos, pero Elijah tiene un don.

—¿Qué le ha pasado a Elijah? —pregunto. Las palabras me salen de los labios sin que pueda impedirlo. Sobrino continúa con la mirada perdida, pero sus dedos se buscan y luchan unos con otros. Se aleja de mí rodando y exhala un grave y largo gemido. Su voz viaja a través del río.

Intenta ponerse de pie, pero sin la ayuda de sus muletas se desploma penosamente. Le ofrezco mi ayuda, pero no la acepta.

—Sobrino —le digo—, déjame contarte una historia. Te ayudará a soportar esta noche.

Me da la espalda, pero ya no vuelve a intentar ponerse de pie.

Elijah debía volver al internado a finales del verano, pero no quería irse. No me sorprendió. Teníais una relación muy estrecha, más de hermanos que de amigos, y estuviste mucho tiempo sin hablar después de que Elijah se fuera, porque sabías que difícilmente volverías a verlo durante el curso escolar. Elijah se dejó el rifle. ¿Te acuerdas, Sobrino? Como no podía llevarlo a la escuela,

acabaste cargando con él a todas partes. A mí no me gustó cómo conseguisteis el rifle, pero ya erais lo bastante mayores para tomar vuestras propias decisiones y vivir con las consecuencias. Seguiste disparando con el rifle a menudo, como si quisieras impresionar a Elijah con tu habilidad cuando volviera. Elijah era una de esas raras personas a las que todo el mundo quería impresionar. Me hacía gracia cuando incluso yo me sorprendía pensando en qué le parecería mi comida o los mocasines que le había hecho.

Tú estabas en la edad en la que debía empezar la siguiente etapa de tu aprendizaje. Ese otoño, ante la inminente llegada de la nieve, y cuando ya habíamos ahumado suficiente carne de ganso para todo el invierno, encendí una pequeña hoguera y puse encima de ella un omóplato de alce. Te pedí que pensaras en el animal, en sus costumbres, en su olor, o en qué era lo que más le gustaba comer. Te pedí que lo dijeras en voz alta, que me explicaras tu última caza. Estabas muy pendiente de todo, mientras yo rezaba y tú hablabas. Cuando sentí la agradable sensación de que un amigo se había reunido con nosotros en la tienda, empecé a tirar gotas de agua encima del hueso, que crepitó y chisporroteó. Finalmente, comenzó a aparecer en la superficie una forma que pude reconocer.

Dejé que el fuego se fuera extinguiendo y saqué el omóplato, aún caliente. Examiné las líneas durante largo rato, pensando en voz alta para que empezaras a entender. Este animal había vivido siempre en esta tierra y, como todos nosotros, llevaba consigo un mapa interno de su vida: dónde le gustaba comer, descansar o aparearse. Y donde este alce hubiera estado, probablemente se congregarían también otros. El trabajo del adivinador consistía en sonsacar esa información al animal.

—Por la manera en que se divide en tres, ¿te recuerda esta hendidura algún arroyo en el que hayas estado? —te pregunté, mientras la recorría con el dedo.

Respondiste inmediatamente:

—A medio día de canoa hay un riachuelo que se le parece mucho.

—Pero hay muchos que se dividen en tres —dije.

Te quedaste mirando el hueso.

—Pero el que estoy pensando se desvía exactamente igual que aquí —dijiste señalando otra grieta que iba a parar a la que se

separaba en tres.

Sonreí.

—¿Tienes un buen presentimiento? —te pregunté.

Me miraste confundido.

—Si te imaginas caminando por el riachuelo, ¿tienes la intuición de que allí encontrarás un alce, o no presientes nada?

Te quedaste pensando con los ojos cerrados, y luego contestaste:

—Tengo un buen presentimiento.

—Partirás mañana, antes de la salida del sol —te dije.

Estabas muy contento cuando volvió Elijah, a principios del verano siguiente. Habíais crecido y os habíais convertido en hombres, aunque aún erais jóvenes. Elijah lo anunció la primera noche, mientras comíamos.

—Ya soy lo bastante mayor para no volver al internado. Soy libre de vivir con vosotros.

—Te volverás loco en un mes —bromeé—, viviendo con una vieja y un amigo al que le gusta más cazar que hablar.

—La ciudad no está tan lejos —contestó Elijah—. Xavier y yo podemos ir cuando nos aburramos. Ya nadie podrá reconocerlo, parece otro indio salvaje con el pelo largo y esa ropa.

Te miré. Elijah tenía razón. El único vestigio de tu niñez eran tus orejas de soplillo.

—Deberías dejarte también el pelo largo —le dijiste a Elijah, mirando su corte de pelo de internado.

—Me gusta así —dijo él—. Es más cómodo.

Durante el verano, vi cómo le fue creciendo, a la vez que se iba convirtiendo de nuevo en una salvaje criatura del bosque.

Esos años pasaron muy rápidamente para mí, Xavier. Mis ataques eran menos frecuentes con la edad y empecé a pensar que me había librado de ellos para siempre. Tú y Elijah estabais en la edad en la que empezabais a pasar algún tiempo en la ciudad, donde había chicas jóvenes. Erais felices, y eso me alegraba. Pero entonces, sin previo aviso, la luz empezó a cambiar y el hormigueo volvió. Como si la tierra se hubiera abierto bajo mis pies y me hubiera tragado, fui llevada a otro lugar, donde tuve visiones angustiosas de horizontes negros, un estruendo constante y más hombres muertos de los que cualquier mujer podría contar o cuya muerte podría lamentar. Pronto lo entendí todo.

—Ha empezado una guerra en ese lugar llamado Europa —anunció Elijah, un día que volvíais de la ciudad—, y los canadienses tomarán parte en ella.

Para mí, Europa era aquel sitio donde la Compañía de la Bahía de Hudson enviaba las pieles provenientes del bosque. No sabía nada de Europa, excepto su gran avidez de pieles.

Elijah y tú os quedabais hablando hasta muy entrada la noche, igual que cuando erais chicos. El tema de la conversación era obvio. Pedí a Gitchi Manitú que no te separases de mí, pero había otros planes que no podía saber ni entender.

¿Te acuerdas de aquella mañana que te acercaste a mí, mirando al suelo? Sabía lo que estaba a punto de suceder.

—Tía —dijiste—, Elijah y yo hemos tomado una decisión, pero quiero tener tu aprobación.

Continué cosiendo la camisa que te estaba haciendo, sin alzar tampoco la mirada.

—Hemos decidido ir remando hasta alguna ciudad donde podamos enrolarnos en el ejército —añadiste.

Durante un rato, permanecí callada. Finalmente, dije:

—¿Hay algo que pueda decir para hacerte cambiar de opinión?

Negaste con la cabeza.

—No será como te lo imaginas —dije—. Quiero que sepas que vas a un lugar que te cambiará para siempre.

Esta vez asentiste. Aunque me costó mucho decirlo, añadí:

—Debes hacer lo que debes hacer.

Durante semanas, os observé mientras os preparabais para el largo viaje en canoa. Elijah estaba impaciente por partir.

—Esta guerra no durará mucho. Vamos a perdérnosla —decía cada día que pasaba.

Pero tú, Sobrino, parecías menos ansioso por ir. Tal vez quisieras disfrutar de los tranquilos días de verano, antes de ser engullido por los *wemistikoshiw* y sus costumbres. Aún tenía muchas cosas que enseñarte, pero ya no disponía de tiempo.

Cuando ya faltaba poco para que os fuerais, construí un *matatosowin* y volví a calentar las piedras. Os hice entrar a los dos y recé una y otra vez, hasta el agotamiento. Recé a los cuatro puntos cardinales, a los espíritus de los animales, a Gitchi Manitú.

La mañana de vuestra partida, os colgué del cuello una bolsita

con medicinas. Veo que aún la llevas. Escogí los ingredientes minuciosamente, una pizca de cada hierba que os confiriese protección y un diente de lince para que os proporcionara velocidad, invisibilidad y visión penetrante. No fui a veros partir, me adentré en el bosque a caminar y a llorar. Cuando volví, entré en la tienda que se agita y convoqué al lince, pidiéndole que fuera con vosotros y os vigilara, pero el lince no respondió a mi llamada.

Volví a vivir como cuando era joven, sola y sosegada. Pasó otro invierno, y sobreviví para ver el verano de nuevo. Cada día recé por vosotros e hice ofrendas con incienso para vuestra protección. Algunos cree, que cuidaban sus trampas, me dieron algunas noticias, pero ninguna buena. Los hombres morían por miles. Una guerra que se suponía que iba a durar poco, de repente parecía no tener fin. Me impacientaba no saber más.

Un día vino a visitarme un viejo llamado Hookimaw, que traía un gran ganso para asar, y lo que me contó me dejó muy preocupada. La guerra había enloquecido a los *wemistikoshiw* y habían inventado armas inimaginables. Yo desplumaba el ganso y lo preparaba para asar, mientras Hookimaw me iba contando. Afirmó que el enemigo había creado un arma invisible. Si respirabas el aire de la explosión, morías asfixiado. ¿Sería eso verdad? Otro invento era una gran máquina metálica, que rodaba sobre bandas y disparaba balas que explotaban.

—Los *wemistikoshiw* del almacén de aprovisionamiento se mantienen informados de la guerra —dijo Hookimaw mientras comíamos—. Están todo el día sentados, hablando de la guerra.

Y como si supiera lo que estaba pensando, añadió:

—Puede que incluso tengan noticias de tu sobrino.

Pocos días después, puse en mi canoa todo lo necesario y remé, hasta que estuve cerca de la ciudad. Levanté un campamento de verano, y cuando reuní el coraje necesario, proseguí el viaje.

Una vez allí, caminé abiertamente por las calles, que no había pisado desde que era joven. Al igual que años atrás, la gente me miraba. Tanto los cree como los *wemistikoshiw* cuchicheaban a mis espaldas. Sentía timidez, algo que nunca me ocurrió viviendo sola en el bosque. Ahora era una mujer madura, con una melena negra surcada de mechas grises. Estaba delgada, las venas de mis brazos resaltaban como las de un hombre. Hacía años que mi ropa había

quedado anticuada y la camisa de algodón estaba tan raída que casi podía verse al trasluz. No hice caso de la gente y fui hacia el almacén de la Compañía, preocupada por que viniera la policía y me detuviera.

De repente, oí un gran estruendo detrás de mí. Me volví, preparada para protegerme, y vi un carro de metal negro que avanzaba traqueteando por la carretera plana, como si se moviera por propia voluntad. El que llamaban Viejo Ferguson estaba sentado dentro, llevaba lentes y conducía con una especie de rueda. Me quedé sin habla, mientras pasaba levantando polvo, que volvía a caer a mi alrededor. Apestaba horriblemente, era un olor a quemado asqueroso y un tanto dulzón, el olor de la nueva época. Paró al lado del almacén de la Compañía y el ruido vibrante y traqueteante fue disminuyendo hasta detenerse. El ambiente volvía a estar tranquilo otra vez y los pájaros cantaban otra vez. Estaba sorprendida de que hubieran podido acostumbrarse a esta cosa rara.

La tienda era fresca y oscura. Como me había dicho el viejo Hookimaw, varios hombres estaban sentados a la mesa, con periódicos abiertos ante ellos. En cuanto entré, dejaron de hablar. Me senté en una esquina esperando a ver qué pasaba. Ellos empezaron a hablar de mí y a señalarme con el dedo. Al cabo de un rato, el Viejo Ferguson se acercó a mí y me habló en su lengua, pero no pude entenderle. Parecía enfadado. Hizo un gesto para cogerme, pero yo ya estaba de pie y fuera de su alcance antes de que pudiera reaccionar. Parecía sorprendido. Entonces empezó a gritar.

Un viejo indio al que yo conocía se puso de pie en otra esquina y dijo algo en inglés a Ferguson; éste le contestó rápidamente. El indio me miró.

—Creen que eres una bruja y una salvaje, y dicen que tendrás una muerte violenta si no te vas ahora mismo.

—Diles que sólo vengo a averiguar algo de mi sobrino, que lucha con los canadienses en su guerra.

El indio se volvió hacia Ferguson y habló. Ferguson asintió y contestó furioso. El indio se volvió hacia mí.

—Dice que eres una sucia india de los bosques, además de bruja, y que no te quiere en esta tienda aunque tengas cien parientes en su ejército.

Sonreí.

—Dile que tal vez sea una india de los bosques y una bruja, pero que también sé dónde encontrar las pieles más gruesas y brillantes que cualquiera de estos gordos cabrones haya visto nunca. Si deja que me entere de algo de mi sobrino, le devolveré el favor —afirmé.

El indio parecía nervioso al tener que decir esto; aunque titubeante, lo hizo. Ferguson empezó a vociferar y se volvió a acercar a mí, pero uno de los hombres que estaban en la mesa lo detuvo e intercambiaron unas palabras.

—¿Tu sobrino fue a la guerra con un tal Elijah Whiskeyjack? —me preguntó el indio finalmente.

Asentí.

Se lo explicó a los hombres que estaban en la mesa y ellos se pusieron a hablar entusiasmados.

—¿Podrías empezar a canjear pieles con la Compañía de la Bahía de Hudson y no tener ningún trato con los hermanos Revillon? —continuó el indio.

Volví a asentir, sonriendo. El indio habló de nuevo con ellos en su lengua. Le contestaron algo y se volvió hacia mí.

—Dejarán que te enteres de lo que puedas, pero no quieren que estés aquí permanentemente.

Parecía triste por tener que ser él quien me dijera esto. Me gustaron las arrugas de sus ojos, de haberse reído mucho.

—No podrás sentarte cerca de ellos ni tocar nada de la tienda. Dicen que deberás irte antes de que termine la semana y volver al final del invierno con la mayor cantidad posible de pieles.

Volví a asentir.

Los hombres se sentaron a la mesa a disgusto y abrieron los periódicos. Poco a poco, empezaron a hablar tímidamente entre ellos, pero al cabo de un rato se olvidaron de mi presencia y charlaron más abiertamente. No podía oír lo que decían, así que me acerqué un poco. Dejaron de hablar y me miraron. Dos de ellos se santiguaron. Estaba tan cerca que podía percibir su olor a sudor.

Me quedé sentada sin moverme, con las manos en las rodillas. Al rato, empezaron a hablar de nuevo, cotorreando como viejas. Pero seguía sin entenderles y pedí al indio, al que conocía desde mi infancia, que me tradujera lo que decían. Recordaba su nombre: Joseph Netmaker. Era más o menos de mi edad.

—Viejo Joseph —me dirigí a él—. Explícame lo que están

diciendo.

Al principio, los otros de la mesa parecían enfadados porque él me hablara después de que lo hicieran ellos, pero fue cuestión de tiempo que se olvidaran de nuestra presencia. Hablaron de muchas cosas que no pude entender, como los nombres de los lugares —Festubert, Saint-Eloi, Mount Sorrel, el Somme— en donde se habían librado grandes batallas. Ya no se luchaba a la manera tradicional de los *wemistikoshiw*, acercándose los dos bandos a caballo o a pie, sino que se enterraban en la tierra y vivían como animales nocturnos, mientras caía hierro del cielo, que explotaba y mataba a muchos hombres. Ese primer día aprendí muchas cosas, Sobrino, y estuve allí sentada con ellos hasta que empezó a oscurecer y se marcharon.

Volví al día siguiente, y al otro, y siempre estaba allí Joseph Netmaker para traducirme, pero no conseguí saber si vivías o dónde estabas. Dentro de mí sentía que estabas vivo y seguí yendo al almacén de la Compañía. Me parecía imposible seguiros la pista a Elijah y a ti. Había muchos hombres por allí. ¿Cómo podría saber dónde estabais?

De tanto escuchar, empecé a aprender cosas de su ejército. Joseph, que de niño había pasado veranos cerca de nuestra familia en la Gran Bahía de la Sal, me explicó que a los hombres que se alistaban juntos en el mismo sitio se les solía mantener juntos. Eso significaba que, por lo menos, Elijah y tú os teníais el uno al otro y podríais protegeros mutuamente. Pregunté si a los hombres de nuestro país del Norte se les enviaba a todos al mismo punto de Europa. Estaba empezando a tramar algo.

Joseph le planteó mi pregunta a uno de los ancianos que leían y releían constantemente los periódicos que iban llegando a la tienda de la Compañía. El hombre estuvo hablando bastante rato sobre eso, y Joseph parecía preocupado mientras yo esperaba impaciente a que me tradujera.

—No es tan fácil como había supuesto, Niska —dijo Joseph cuando hubieron acabado de hablar—. Hay tantos hombres muertos y heridos que sus grupos son absorbidos por otros grupos mayores y éstos son trasladados de un lado a otro. El *wemistikoshiw* dice que el almacén de la Compañía recibiría noticias de los soldados de nuestro país que mueren o caen heridos. No se les ha informado de

nada relativo a tu sobrino.

Hizo una pausa, y luego añadió:

—Eso es una buena noticia, ¿no?

Asentí.

Me adapté tan bien a la tienda, que se olvidaron de mí y me quedé más tiempo del que estaba pactado, escuchando lo que me decía Joseph sobre la guerra. Pero el verano llegaba a su fin y yo estaba mal preparada para pasar el invierno en el bosque. Era hora de volver y hacer todo lo necesario. Un día se lo dije a Joseph y me miró como un niño dolido.

—¿Por qué tienes que irte tan lejos, Niska? —dijo—. Puedes quedarte conmigo durante el invierno y averiguar algo más sobre tu sobrino. Tengo una cómoda cabaña, construida por mí, y está tan alejada de la ciudad que difícilmente sabrás que estás cerca.

Me reí.

—Eres muy amable, viejo Netmaker, pero siempre he vivido sola. Te volvería loco con mis manías y mi testarudez.

Entonces me di la vuelta y me fui; no pensaba regresar a esa ciudad hasta que hubiera caído mucha nieve y pudiera volver con mis raquetas.

Fue difícil acostumbrarme a estar sola otra vez, pero después de dos lunas ya me estaba preguntando cómo había sido capaz de quedarme en esa ciudad durante tanto tiempo, aunque echaba de menos la agradable compañía de Joseph y su cara redonda. Por suerte de vez en cuando venía a visitarme, portador de cualquier noticia que pudiera ser importante.

Una soleada mañana de invierno, apareció con sus raquetas de nieve. Capté por su expresión que tenía algo urgente que decirme. Le invité a entrar en mi *askihkan* y preparé té de alerce.

—El Viejo Ferguson afirma que se reciben noticias del amigo de tu sobrino, Elijah.

Apreté los brazos contra el pecho pensando en que Joseph me diría que había muerto.

—Ferguson dice que llegan partes militares informando de su valor y de sus hazañas.

Respiré aliviada.

—Eso querrá decir que tienen alguna idea de dónde se encuentran —dije.

—Sí, en caso de que aún sigan juntos —respondió Joseph.

—Bien, tendré que volver a la ciudad y preguntarle a Ferguson dónde pueden estar.

Joseph sonrió.

—Ya me he ocupado de eso. He sido previsor y le he pedido a Ferguson que me lo escriba todo.

Sacó un trozo de papel con palabras inglesas que no podía leer.

Nos quedamos sentados en silencio durante un rato, yo miraba al fuego, preguntándome en quién podría confiar lo suficiente para que hiciera lo que había que hacer. Joseph miraba hacia otro lado, pero al rato volvió a dirigirme la mirada.

—No hay duda de que quieres explicarme algo —dije—. Habla.

—No entiendo por qué quieres saber dónde están, Niska —dijo, escogiendo las palabras cuidadosamente para no ofenderme—. ¿El hecho de saber dónde están te hará sentir más tranquila?

—Quiero hacer lo mismo que los *wemistikoshiw*, escribirle una carta. Necesito decirle que volverá a casa sano y salvo —afirmé, al tiempo que negaba con la cabeza—. Pero no hay ningún *wemistikoshiw* en quien pueda confiar para hacerlo.

Joseph sonrió otra vez, ahora más abiertamente.

—¡Yo puedo escribírtela! —exclamó alegremente.

—¿Sabes escribir en su idioma? —pregunté, incrédula.

—Claro que sí. Yo también tuve que ir a su escuela, como todos los demás. Tú eres una de las pocas que no fueron.

—No te creo —dije.

—Te lo demostraré.

Cogió el trozo de papel y empezó a pasar el dedo por encima, mientras sus labios se movían en silencio. Me miró.

—Ferguson ha puesto que están en la Segunda División del ejército canadiense, y que pasan el invierno en un lugar llamado Francia. También dice que el ejército no dará más información sobre su localización, por temor a los espías, pero añade que Elijah, y supongo que también tu sobrino, están en algo llamado batallón, cuyo nombre es Fusileros de Ontario del Sur.

No entendí casi nada, pero al menos parecía que era posible enviarte una carta que pudiera llegarte, Sobrino.

—¿Qué debemos hacer para mandarle una carta?

—Es fácil. Se la llevo a Ferguson, y él la envía junto con el

correo. Tardará mucho tiempo, pero viajará por canoa, luego por tren, por barco, y luego otra vez por tren hasta tu sobrino.

Recorrí esa ruta en la mente y vi a Sobrino cuando finalmente le entregaban la carta, con una mirada de asombro en la cara.

—Entonces pongámonos manos a la obra —dije.

Aunque no necesitaba explicar mucho, resultó muy lento. Joseph usaba un minúsculo trozo de lápiz y escribía trabajosamente en un pedazo de papel amarillento. Escuchaba atentamente lo que yo decía, luego escogía las palabras en inglés y las escribía en la página. Conté lo que hubiera querido decirte aquel verano que te marchaste en la canoa, pero no fui capaz. Añadí que debías volver a casa porque eras el último de nuestra familia. Algún día educarías a tu hijo y le enseñarías lo que me habían enseñado a mí. Te dije que en una guerra hay que hacer lo necesario para sobrevivir, y que en esas circunstancias Gitchi Manitú entendería que tuvieras que matar. Elijah también debía saber esto. Mencioné también que tú y Elijah teníais que hacer ofrendas a Gitchi Manitú, rezarle para que os guiara y hacer todo lo que teníais que hacer para volver a casa.

Cuando acabamos, pregunté a Joseph si había traducido bien mis palabras.

—Sí, Niska, sí —dijo, pero vi en sus ojos que no estaba tan seguro.

Joseph se fue al día siguiente, con la carta en el bolsillo. Me dirigí hacia las trampas para ver si encontraba pieles que llevar a los *wemistikoshiw* en la primavera. Tuve un mal presentimiento, pero no pude averiguar de qué se trataba.

Voy a callarme ya, pronto saldrá el sol. He conseguido mantenernos despiertos toda la noche. Sobrino tiene los ojos cerrados, pero su respiración revela que está consciente. Parece que descansa un poco mejor que en los últimos dos días, y eso me alegra. Me tumbo en la manta y me dejo llevar de nuevo por los recuerdos.

Micisow
Alimentarse

La charla de Tía resuelve de pronto un misterio que, si no fuera por todo el daño que esa carta me hizo, encontraría gracioso. Eso acabó de amargarme y socavó mis pocas ganas de sobrevivir. ¿Debería contarle todas las palabras equivocadas que escribió el viejo Joseph Netmaker? Lo único que conseguiría sería causar más dolor. En vez de eso, recuerdo lo que ocurría hace un año, cuando recibí las noticias.

Nos apretujan en camiones abiertos y viajamos toda la noche por carreteras llenas de baches. Me siento como si fuera a desmontarme. Cuando finalmente llegamos, con las rabadillas magulladas, orinamos aliviados en la cuneta. Miro a Elijah.

—Mira tu orina —le digo—. Está roja de sangre.

—La tuya también —contesta.

Y es cierto. Me duelen los riñones del traqueteo del camión.

Vamos hacia ese lugar llamado Passchendaele y, bajo el primer rayo de luz de la mañana, tenemos una perspectiva de nuestro nuevo hogar. Nunca he visto un lugar tan deprimente. Hace semanas que llueve, así que tenemos delante una vasta extensión de fango y cráteres de proyectiles llenos de agua y cadáveres. Es un enorme campo, donde no queda ni un árbol ni un arbusto en pie. Las trincheras no son exactamente trincheras, sino más bien cráteres poco profundos llenos de agua, con paredes medio derrumbadas y resbaladizas que los unen entre sí. Los alemanes, como siempre, ocupan el terreno de mayor altura. Han construido inteligentemente emplazamientos de ametralladora en vez de trincheras, y los cañones son visibles a través de las ranuras del cemento. La artillería canadiense es inútil aquí. El fango es tan profundo que he

oído que cuando disparan un cañón grande, éste se hunde. Los artilleros tienen que sacarlo y apuntar de nuevo antes de volver a disparar. No están consiguiendo casi nada, pero no es culpa suya.

Me pregunto qué estarán pensando al traernos aquí, mientras camino por el fango junto con los demás. He llegado al punto en el que ya nada parece que tenga sentido, sobre todo las decisiones de los que ordenan a los soldados ir a su perdición. Aunque les odio por lo que me obligan a hacer, no digo nada y dejo que mi odio se pudra como la gangrena de un pie. Elijah dice que sigo siendo un soldado raso por culpa de mi actitud, cuando ya debería ser al menos cabo gracias a mi destreza.

Las otras divisiones tienen la terrible misión de ser los primeros que vayan al encuentro de los fortines. Deben atravesar las ruinas de Passchendaele, pasar como sea por encima del mar de fango, con los alemanes y su fuego de ametralladora de cara, y apoderarse de sus posiciones. Compadezco a quienes tienen que ir, pero me alegro de no ser, por una vez, uno de ellos. Los demás vivimos en agujeros, y la fría y apestosa agua de noviembre nos llega hasta los muslos. Los que, desesperados, salen de sus agujeros para intentar encontrar un trozo de tierra más seco donde dormir son eliminados fácilmente por los francotiradores alemanes.

Increíblemente, aunque parezca imposible, los canadienses hacen lo que se esperaba de ellos, pero a costa de sufrir grandes pérdidas. Contemplo desde la retaguardia cómo van saliendo hombres dispuestos a cruzar el fango con camillas sobre los hombros. Se dice que los heridos que no son recogidos a tiempo por los camilleros se hunden en el lodo. Debe de ser cierto porque intenté caminar por fuera de los tablones que hay a modo de caminos por todas partes, y me hundí hasta la cintura. No dejé de hundirme hasta que Elijah me sacó de allí.

Por si eso fuera poco, la lluvia no cesa y los proyectiles aporrean y revuelven el fango. Mi pesadilla sería que me hirieran y, agonizante, me fuera hundiendo en el lodo hasta ser tragado por completo. Para siempre. Sería un desaparecido en combate y tú, Niska, podrías estar años esperando que volviera.

Es mi turno de entrar en combate. A Elijah y a mí nos envían como avanzadilla para explorar la ciudad en ruinas. Estoy contento de no tener que entrar en el fango. Avanzamos por entre los

escombros, con cuidado por si hubiera francotiradores alemanes. Hemos atravesado la mitad de la ciudad sin encontrar resistencia, pero de pronto nos disparan con un fusil desde la ventana de un edificio bajo y destruido. Parece ser la única estructura que queda en pie en toda la ciudad. Elijah y yo nos tiramos al suelo, detrás de un carro desvencijado. Las balas vuelan muy cerca de mi cabeza.

No podremos hacer nada mientras estemos atrapados aquí. Uno de nosotros tendrá que escabullirse hasta un muro derrumbado, a unos veinticinco metros a la derecha, mientras el otro le cubre. Así estaremos en una posición mucho mejor para acabar con el francotirador del edificio.

—Yo iré —dice Elijah, pero le digo que quiero hacerlo yo.

Elijah asiente.

—Si lo tienes en el visor, no lo dudes. Dispara.

Hago algunas inspiraciones profundas, que me resuenan en los oídos taponados, tenso el cuerpo y, en el momento acordado, me pongo de pie y corro con todas mis fuerzas. Elijah saca inmediatamente su rifle por un lado del carro y oigo el chasquido de sus disparos en la ventana. Cuando casi he llegado, una bala pasa tan cerca de mí que no sé cómo ha fallado. Me tiro detrás de la pared derruida y veo que me sangran las manos porque me las he arañado al caer. Ruedo hasta quedar de espaldas al suelo y compruebo mi fusil. Sigo rodando hasta una pequeña grieta en la pared desde la que puedo disparar. Exploro las ventanas con el visor y percibo un movimiento en la que está más a la izquierda de la planta baja. Apenas es posible distinguir algo más que la sombra de un cuerpo agachado. Exhalo la mitad del aire y aprieto el gatillo. El estallido del fusil es un débil eco en mis oídos. La sombra se desploma. Hago una señal a Elijah y él me hace otra para que le cubra mientras viene hacia mí.

Decidimos ir al edificio a inspeccionar. Si lo usaban como puesto de mando, podríamos encontrar documentos valiosos. Tengo que leer los labios de Elijah para entender lo que dice. La audición volverá, siempre lo hace. Avanzamos siguiendo el muro hasta la entrada lateral del edificio, pegados al suelo y cubriéndonos mutuamente. Sólo hemos visto un francotirador, pero debemos ser cautelosos por si hubiera más. El que hemos matado era un rezagado, no sé por qué se quedó atrás.

Esperamos a que los ojos se acostumbren a la oscuridad y seguimos avanzando. Casi no hay nada en el interior del edificio, la mayor parte de las paredes se han desplomado. Apunto hacia donde estaba la silueta.

El soldado está en el suelo, boca abajo. Elijah le da la vuelta con la bota. Le he dado en la parte del pecho, hay un gran charco de sangre roja y brillante debajo de él. Sangre de los pulmones. Elijah le mira en los bolsillos y encuentra un poco de dinero alemán y su documentación. Nada más que merezca la pena, sólo era un soldado raso. Incluso su Máuser es viejo y no vale gran cosa. Un desertor, por lo que parece.

—Comprueba el resto del edificio, ¿quieres? —dice Elijah en inglés.

—Aquí no hay nadie más —respondo.

—Sé buen chico y hazlo de todas maneras. Sé que no te gusta lo que voy a hacer.

La mirada de Elijah atemoriza. Sólo puedo pensar en que esta guerra le ha trastornado y que mejorará cuando nos vayamos de aquí.

Asiento, me doy la vuelta y me voy lo bastante lejos como para no tener que imaginarme la cabellera separándose del cráneo.

Entro en otra habitación, o más bien lo que queda de ella. Hay una mesa en el centro, con un poco de comida. Mis tripas se quejan. Cuando me acerco, noto algo a la izquierda, que viene hacia mí. Me doy la vuelta y disparo el fusil, a la vez que veo que se trata de una chica. Retrocede, sorprendida, y se topa contra la pared. Echo un rápido vistazo a mi alrededor, por si hubiera alguien más. Veo a una niña pequeña acurrucada en una esquina, que me mira con los ojos abiertos y empieza a llorar cuando me acerco a su madre.

—Lo siento, lo siento —me dirijo a la madre y a la niña una y otra vez—. Lo siento.

Me vuelvo hacia la niña para intentar tranquilizarla y me acerco tanto que empieza a darme puñetazos en las piernas, llena de pánico. Oigo las botas de Elijah, que viene corriendo hacia aquí.

Resuena un tiro de rifle y la niña se queda quieta, con un agujero rojo en el pecho.

—*¡Mo-na!* —grito.

Me vuelvo hacia Elijah, que contempla la escena con ojos

inexpresivos.

—No he visto que era una niña —dice, mirándola—. En la oscuridad parecía que estaba peleando contigo.

—¿No te has dado cuenta de que era una niña? —grito.

—Estoy entrenado para no dudar en situaciones de peligro —responde fríamente, y mira a la mujer para recalcar sus palabras.

Ésta respira entrecortadamente, expulsando saliva y sangre en cada exhalación. ¿Qué estaría haciendo en un lugar como éste? Me inclino hacia ella para ver si puedo ayudarla. Aunque ya sé lo que va a pasar. Una gran burbuja roja se le forma en la boca. Me mira a los ojos, los suyos están apagados. Es delgada y de pelo castaño. Seguro que el sargento McCaan haría algún comentario sobre ella. Me tiemblan las manos. Me dispongo a tocarla, pero me detengo.

Sólo nos tienen en Passchendaele hasta finales de noviembre, pero en ese poco tiempo hemos hecho lo que se requería de nosotros. Es nuestra tercera gran victoria en un año. Los canadienses están demostrando ser los únicos que ganan batallas. Los hombres se alegran mucho, pero percibo que todo esto sólo significa que nos continuarán enviando como punta de lanza al resto de lugares infernales que hay por aquí. Nadie se entristece porque nos vayamos a otra parte, ahora que llega el invierno y los campos de lodo se empiezan a helar por la noche. Passchendaele es, con gran diferencia, el peor sitio en el que hemos estado.

La cara de la mujer y la niña me atormentan. Elijah no informó de sus muertes al cuartel general del batallón. Le habrían hecho demasiadas preguntas y no habría sonado convincente, pero sí informó de la muerte de un francotirador enemigo, y me la atribuyó. Estoy demasiado insensible para que me importe.

Nos envían al sur, a la tradicional y conocida ciudad de Lens. Ahora pierdo la audición durante períodos de tiempo cada vez más largos, creo que como castigo por mis crímenes. Muchas veces me quedo mirando al Gordo, a McCaan o a Ojos Grises y los sorprendo contemplándome con una extraña expresión, esperando que les responda a alguna pregunta que me han hecho. Me excuso en mi poca comprensión del inglés, y eso parece ser suficiente para ellos. Están tan acostumbrados a mis silencios que no se molestan en preguntar.

Ya falta poco, una semana más o menos, para su gran festividad

llamada Navidad, en la que celebran el nacimiento de su Gitchi Manitú. Ya he pasado dos navidades con ellos, ésta será la tercera. Son unos días para celebrar y para beber, pero no veo mucho de su dios en todo eso. Me parece que su dios es un manitú guerrero, aunque no sea así como lo pintan sus hombres santos, que hablan de él usando palabras como *perdón, vírgenes* o *niños*. De todas maneras, creo que su dios debe de ser un guerrero, porque le rezan antes de salir de la trinchera. Nunca entenderé a este dios ni a esta gente.

El Gordo, Ojos Grises y McCaan son los únicos que quedan de los que éramos al principio. Todos los demás han muerto y ya no me importa no conocer a los nuevos que van llegando. No es ningún secreto que quien llega para ocupar el puesto de Sean Patrick siempre es muy joven y muere antes de un mes. Nadie se preocupa en conocer al que llega nuevo, sino que lo miramos, pensando en que está maldito, pero sin atrevernos a decir nada.

Esta celebración de la Navidad se alarga durante toda una semana y enlaza con la festividad del año nuevo. Me doy perfecta cuenta de que toda esa bebida y esa celebración sólo sirven para enmascarar la tristeza. Todos hablan de lo que ha sucedido en el último año y esperan que el siguiente sea el del fin de la guerra. Al año que empieza lo llaman 1918. Sé que ésos son los años que han transcurrido desde que, según dicen, su dios nació como hombre.

La tristeza y esas reflexiones me afectan. No me gusta cómo cuentan el paso del tiempo. Se basan más o menos en los ciclos lunares, pero lo ordenan como los oficiales intentan ordenar las trincheras, con números sin sentido y nombres diferentes para días que son iguales. He calculado que he estado veintisiete lunas llenas con los *wemistikoshiw*, diecinueve de ellas en el campo de batalla. Es mucho tiempo, y aún no se ve el final de esta guerra que han creado.

Pasamos la noche de la víspera del nuevo año en una trinchera de reserva. Nos dan doble ración de ron. Elijah ha desaparecido y soy el único que lo ha notado. Se ha escapado para intentar encontrar a los franceses que conoció hace un año en aquella población, cuando iba conmigo, los que le dijeron que cogiera trofeos de sus enemigos; pero eso no es excusa para su locura. Quiere encontrarlos para mostrarles sus habilidades como cazador,

por eso sólo lleva consigo los trofeos de los muertos. Los colecciona como si fueran pieles, y su fardo está a rebosar.

Parece que Elijah ya no necesite comer nada. Está flaco y duro como una soga. Es como una sombra que aparece y desaparece en la oscuridad. Se ha convertido en alguien desconocido para mí.

Me tomo el ron, y entonces reparten más. Bebo con avidez. Cualquier cosa es mejor que otra noche esperando que un proyectil caiga demasiado cerca y nos mate a todos. Bebo con los demás, mientras los proyectiles continúan cayendo en las trincheras que tenemos delante y acentúan las canciones que todos entonan a mi alrededor. Me levanto y me alejo. Quiero estar solo esta noche. Sin pensármelo dos veces, me voy andando por una trinchera de apoyo que conduce hasta la trinchera del frente. Los soldados se agachan y corren de un lado para otro cuando los proyectiles pasan silbando, pero no hago caso de ellos. Hay otro batallón al que no reconozco en la línea del frente. Casi nadie se fija en mí.

El mundo parece irreal, como si no le importara que sea yo sino alguien que me suplantara el que camina por la trinchera del frente. He bebido mucho ron. Me detengo al lado de un refugio, donde se apiña un pequeño grupo de hombres.

—¿Tenéis ron para darme? —pregunto.

Todos me miran, y uno de ellos me interpela:

—¿Quién carajo eres?

—Soy Xavier Bird, francotirador de los Fusileros de Ontario del Norte.

—Eres un piel roja borracho, eso eres —dice uno.

Los demás miran el Máuser que llevo al hombro, y sobre todo el visor.

—He oído hablar de éste —añade otro.

Tengo que leerle los labios para entenderle.

—Trabaja con un individuo llamado Whiskeyjack. ¡Menuda reputación tiene! ¡Te invito a un trago cuando quieras!

Me acerca su lata y bebo de ella ávidamente. Me empiezan a temblar las piernas, como si llevara mucho tiempo sin usarlas.

Les saludo con la mano y sigo caminando. Algo explota y se expande más allá de las líneas, iluminando el cielo y la tierra de nadie. Me subo al escalón del centinela para ver mejor. El cielo está iluminado con un resplandor rojo, como si un gran fuego ardiera

justo detrás del horizonte. Veo la alambrada de Fritz y su parapeto, que sobresale.

Cuando la luz se desvanece, me doy impulso y salgo de la trinchera. Erguido, empiezo a caminar por la tierra de nadie, paralelamente a la trinchera. Me paro y miro la línea de Fritz. Camino hacia ella y luego retrocedo sobre mis pasos. Por primera vez en mucho tiempo, me siento libre. Sigo caminando, al lado de los sacos de arena de mi trinchera. No oigo nada. Incluso los proyectiles han dejado de caer momentáneamente. Todo está en silencio, excepto el zumbido en mis oídos.

Noto que algo se mueve en la trinchera. Un hombre me hace señas frenéticamente para que me acerque. Sus labios forman palabras, pero no puedo oírlas. Se propaga otra explosión por el cielo, iluminándolo todo como si fuera de día. Camino hacia él y salto a la trinchera, a su lado. Me dice algo, pero no soy capaz de oírlo. Algo se me destapona en la cabeza y vuelvo a oír, aunque sólo por un lado, el fuego de rifle a izquierda y derecha, y el retumbo y el estruendo de los proyectiles al otro lado de las líneas.

—¿Estás bien, compañero? —grita el soldado entre el estrépito.

Tiene el pelo y el bigote rojos, como McCaan. Asiento.

—Hay una mujer y una niña muertas en Passchendaele —digo, mientras me alejo caminando.

Cuando vuelve Elijah, dos días más tarde, me cuenta que ha encontrado a alguno de los franceses que el año anterior le dijeron que arrancara las cabelleras de sus enemigos. Ha traído algo de carne, dice que es un regalo de los franceses. Nos sentamos lejos de las líneas y Elijah corta la carne en tiras finas, las fríe en su lata y me pasa trozos con la punta de su cuchillo cuando están cocidas. Intento no pensar en lo que habrá hecho con ese cuchillo. Es la primera comida caliente que he tomado en semanas. Elijah me explica cómo encontró a los franceses. Dice que ellos le dieron pistas para que los encontrara, pero no indago más.

—Si las navidades pasadas no sabían que yo era un cazador al que tener en cuenta, ahora lo saben —dice Elijah—. Se les pusieron los ojos como platos cuando les enseñé mis trofeos.

Sonríe al recordarlo.

—Después de eso, se comportaban nerviosamente. Creo que mi reputación está sellada —agrega recreándose.

Me pregunto cómo puede ser que yo falte un día o dos y me detengan, pero que Elijah lo haga sin consecuencias.

La carne está pasada y un poco dura.

—¿Es caballo? —pregunto mientras me saco un cartílago de la boca.

Elijah se ríe con su sonrisita de niño malvado.

—No, es humana. Alemana, para ser exactos.

Sin ni siquiera ser consciente, me levanto y me acerco a Elijah con los puños cerrados. Luego me sorprendo cogiendo mi cuchillo. Pero lo que me ha dicho me da arcadas y me pongo de rodillas, al tiempo que me meto el dedo hasta la garganta. El contenido del estómago sale convertido en una masa viscosa.

—¡X, cálmate! —dice Elijah—. Sólo estoy bromeando. ¿Crees que estoy loco o qué? Te estaba tomando el pelo, sólo es carne de caballo.

La frente se le arruga inocentemente, pero en los ojos tiene el destello del mentiroso. Se echa un trozo de carne a la boca, lo mastica y se lo traga.

Masinahikan
La carta

Es un invierno tranquilo, aquí en Lens. Parece que los dos bandos estuvieran lamiéndose las heridas, preparándose para volver a matar cuando llegue la cálida estación primaveral. Todo el mundo está de acuerdo en que los alemanes pasarán a la ofensiva y que intentarán recuperar las posiciones que han perdido durante este último año.

Los estadounidenses se han sumado a la guerra y su incorporación ha sido acogida con mucho agrado. No he visto a muchos de ellos, están congregados en el norte y en el sur. Tienen mucho que aprender hasta llegar al nivel que los demás han conseguido durante estos últimos tres años.

A Elijah y a mí nos mantienen en forma enviándonos a patrullar. Los alemanes están bien enterrados en la Línea Hindenburg, y los ataques a las trincheras son inconcebibles en este sector, pero hay suficiente acción en la tierra de nadie como para mantener mi mente ocupada. Me doy cuenta de que me arriesgo cada vez más, que no soy tan prudente como solía ser, que no me importa nada.

Una noche, Elijah y yo nos arrastramos por un área de la que la noche anterior recibimos informes sobre la posible presencia de un grupo de trabajo de Fritz. Nos arrastramos y escuchamos alternativamente, y nos quedamos quietos, boca abajo, cuando ascienden las bengalas, pero no encontramos nada. Normalmente soy yo quien avisa a Elijah de que es hora de volver, pero esta noche no me preocupo de eso.

Hemos estado tanto rato fuera que ya falta poco para que amanezca cuando Elijah me dice que debemos volver. Me han estado zumbando los oídos y he tenido que depender de los

movimientos de Elijah para saber si podíamos estar en peligro. Me he vuelto muy hábil interpretando a Elijah. Va tieso como una liebre cuando avanzamos, pero cuando huele a algún enemigo cerca, su cuerpo se destensa y se vuelve flexible, justo lo contrario de lo que le ocurriría a cualquiera en esa situación. Cuando ya nos hemos alejado unos dos tercios de las líneas de Fritz por la tierra de nadie, Elijah se para y señala en dirección al enemigo. Miramos hacia la oscuridad, que ahora ya empieza a aclararse, y vemos dos figuras que se deslizan rápidamente dentro de un cráter de proyectil. Me asusta atisbar a otros haciendo lo mismo que nosotros en este peligroso lugar. A veces, cuando estamos los dos por ahí fuera, me siento como si fuéramos los únicos en el mundo. Falta poco para que el sol se acerque al horizonte, detrás de las líneas alemanas, y entonces Elijah y yo seremos dos sombras en las que Fritz podría atinar fácilmente.

Nos metemos en un cráter, a unos veinte metros de nuestras líneas. Elijah mira por encima del borde y empieza a dar alaridos en inglés.

—¡Fritzy! —grita—. ¡Te he visto, Fritzy! Mañana por la noche volveremos aquí, te reto a que vengas a jugar con nosotros.

Pese a que es una locura, no puedo evitar reírme. Elijah ha gritado tan alto que incluso yo he podido oírlo a través del zumbido.

Cuando salimos del cráter para emprender el camino de vuelta hacia nuestras líneas, me sorprende oír un grito dirigido a nosotros. No puedo entender lo que dice, sólo la palabra «Tommy». Elijah se ríe, y corremos a refugiarnos.

—¿Qué ha dicho? —pregunto a Elijah cuando ya estamos a salvo y nos hemos bebido el ron de la mañana.

—Era un gracioso —dice Elijah—. Nos ha llamado Tommy y ha dicho que mañana estarán esperándonos allí.

—¿Vamos a volver? —pregunto.

—No serviría de nada —responde—. No estarán.

Nos dan unos días de descanso, que estrenamos esperando que deje de llover. Cuando al fin escampa, nos congregamos al calor del vagón cocina. Los hombres se sientan, hablan entre ellos o miran al infinito. Me quedo solo, mirando a los otros y lo que hacen.

Veo a Elijah hablando en voz baja con Ojos Grises. Ahora tienen

una relación de conveniencia, en la que uno depende del otro cuando se le acaba la medicina. Hablan en clave. Un día, Elijah puede pedirle una taza de té; al día siguiente es Ojos Grises quien le pide una venda o un cigarrillo. Solía preocuparme por Ojos Grises, porque un error suyo causara la muerte de alguien, como le ocurrió a Sean Patrick. Pero desde entonces, Ojos Grises se ha convertido en una sombra y ya nadie parece advertir su presencia. Es lo mejor. McCaan y Breech se han percatado de ello y únicamente le mandan tareas de recadero. McCaan debe de saber que toma la medicina, pero, por razones que no comprendo, no hace nada al respecto. Si le pillara durmiendo durante una guardia o se le hiciese responsable de algo como lo de Sean Patrick, no hay duda de que sería fusilado detrás de las líneas. Ojos Grises es consciente de esto, y ese miedo le mantiene alerta.

El Gordo está sentado al lado de un pequeño fuego, comiéndose una gran tableta de chocolate que ha recibido por correo. Aunque ha perdido peso, aún está gordo; a pesar de que nunca pensará en otra cosa que no sea su propia comodidad, ha conseguido sobrevivir de una forma u otra en un lugar en el que otros muchos no han podido. Algunos tienen suerte y otros tienen peso. Él tiene las dos cosas.

McCaan discute con Breech las maniobras del invierno y sus expectativas para la próxima primavera. Continúa tratándonos como lo haría un padre. Le han salido arrugas en la frente y en las comisuras de los labios, a causa de la tensión que representa todo esto, y le están saliendo canas en el rojo pelo. Es un hombre fuerte, un buen hombre. Sé que le pesa cada soldado muerto de su sección, y a veces me preocupa.

Últimamente, he notado un cambio en la mirada de McCaan. No quiero admitirlo, pero tampoco tengo ninguna duda al respecto. Él también lo ha observado. Quisiera acercarme a él y decirle que se vaya de aquí, da igual si a Inglaterra o a Canadá, pero que se vaya de este lugar. Pero no puede salir huyendo, a cada uno le toca cuando llega el momento. Ambos sabemos que a McCaan no le queda mucho tiempo por delante, pero nos callamos. No serviría de nada decirlo.

Por el que no me preocupo es por el cabrón de Breech, que está tan obsesionado con su aspecto que se acicala el bigote todas las

mañanas hasta dejárselo de punta y chasquea su fusta de montar contra la pierna, hablándonos como si fuéramos niños. Sería un buen maestro en el internado.

Deseo tanto como Elijah que el sargento McCaan y el cabo Thompson estuviesen a cargo de nosotros y que Breech se marchara. Aunque Thompson no haya estado con nosotros desde el principio, fue él quien nos enseñó a Elijah y a mí a explorar, a patrullar y a hacer incursiones. Tiene la tranquilidad de un indio y es introvertido. Se dice que antes de la guerra era abogado en Toronto. Nadie sabe casi nada de él, y ya le gusta así. Thompson está más pendiente de Elijah que de mí, pero ya me he acostumbrado. Elijah engaña a todo el mundo menos a mí, sólo yo puedo ver a través de su máscara.

No puedo dormir la noche anterior a la vuelta al frente, me veo obligado a afrontar lo que he estado negando repetidamente. Elijah se ha vuelto loco. Sus actos nos traerán mala suerte a todos. Va a ocurrir algo, y no sé qué es.

Al final del invierno, nuestro batallón es trasladado de nuevo a las cuevas y los túneles de Vimy. Se dice que ahí es donde Fritz concentrará su ofensiva primaveral. Los alemanes prefieren tener el terreno más elevado, pero los canadienses disponen ahora de la colina.

Por la noche, se corre la voz sobre un ataque a la trinchera, el primero en bastante tiempo. El plan es simple: deslizarse sigilosamente ayudado por un bombardeo de artillería centrado en la zona y, una vez dentro, infligir el mayor daño posible en las trincheras. Será sólo uno de muchos pequeños ataques contra las trincheras. Se requieren cinco voluntarios, que somos Elijah y yo, Thompson, un soldado nuevo y McCaan. Me sorprende que McCaan venga con nosotros, es más útil quedándose aquí y ayudando con el fuego de artillería.

Salimos, ya entrada la noche, y nos arrastramos por la tierra de nadie. La artillería ha estado bombardeando innecesariamente una zona muy amplia al anochecer durante demasiado tiempo, para intentar neutralizar la sección de trinchera a la que nos dirigimos. Penetramos fácilmente a través de la alambrada y me aterra comprobar que no hay ningún enemigo cuando entramos en la trinchera. Es como si la hubieran abandonado.

De repente lo comprendo todo: han abandonado esta sección de trinchera por alguna razón. Empiezo a pensar que nuestro fuego de artillería sólo ha servido para delatar nuestra llegada. Estoy susurrándoselo a Elijah cuando el primer proyectil llega silbando y el joven soldado, que está a unos diez metros de nosotros, desaparece de un fogonazo blanco y rojo. Todos los demás caemos de espaldas. Era un proyectil alemán, no canadiense. Fritz ha estado esperándonos.

Llega silbando otro proyectil, y otro más. Caen tan cerca que la onda expansiva me absorbe el aire de los pulmones y no puedo respirar. Me doy la vuelta sobre el estómago y empiezo a arrastrarme. No tengo ni idea de qué les habrá sucedido a los demás. Me llueven fragmentos de tierra congelada, pero encuentro un sitio para refugiarme y me deslizo dentro. Es imposible ver nada con este humo y esta oscuridad. La tierra huele a quemado.

El bombardeo cesa tan súbitamente como empezó; aunque sé que en cualquier momento los alemanes vendrán en tropel a esta sección para rematarnos, estoy demasiado aturdido por la explosión para poder moverme. Mis oídos sólo perciben silencio. ¿Dónde estarán los demás?

Me obligo a salir del refugio, excavado en la pared de la trinchera. En plena oscuridad, noto que estoy tocando una pierna. Sigo palpándola, sólo para encontrarme con que no forma parte de ningún cuerpo. Es la pierna de alguno de nosotros. Me dan arcadas sólo de pensarlo. Lo único que puedo hacer es salir trepando e intentar volver a nuestras líneas. Cuando llego al parapeto, miro hacia abajo de nuevo. Hay menos humo y veo a McCaan en el suelo.

—Sargento —lo llamo.

Me mira, pero no parece que me esté viendo. Le falta un brazo, por donde le chorrea sangre con cada latido del corazón. Se esfuerza por sentarse. Estoy paralizado en el parapeto, los brazos y las piernas no me responden.

—¡Sargento McCaan! —grito, y oigo el débil eco de mi voz en la cabeza.

Entonces, sus ojos me enfocan y en su cara se dibuja una sonrisa. El bigote rojo se le curva junto con los labios y estira el brazo que le queda hacia mí.

Veo algo que se mueve a mi izquierda. Un par de soldados

llegan corriendo con sus fusiles y se quedan mirando a McCaan. Uno de ellos le grita y el otro le apunta con el fusil a la cabeza. El fuego sale escupido del cañón y, casi al instante, McCaan se queda inmóvil. Me tumbo en el suelo, intentando camuflarme con la tierra, aterrorizado como nunca. Si hiciera el más mínimo ruido, significaría mi muerte. Los veo desplazarse un poco y, cuando me dan la espalda, me obligo a alejarme del parapeto. Podría intentar sacarlo de aquí, pero no hay nada que pueda hacer por él. Soy un cobarde, y la sola idea de estar viviendo esto me paraliza los miembros. Las lágrimas y el humo me escuecen en los ojos, mientras me vuelvo y empiezo a arrastrarme solo a través de la tierra de nadie.

Pronto amanecerá. Soy el único que ha conseguido regresar. Informo a Breech sobre la muerte de McCaan y corre la voz rápidamente por toda la compañía. Nuestra artillería dispara durante toda la tarde, un bombardeo de rabia, tristeza y venganza. Todo sigue igual al anochecer. En una sola noche, hemos perdido a los tres hombres más populares del batallón.

Esa noche, me despierta el fantasma de Elijah. Está tan delgado que creo que podría ver a través de él. Elijah se ríe y habla, pero no puedo entender lo que dice. Le doy la espalda para intentar dormir, pero me zarandea. Al darme la vuelta, veo que es él de verdad.

—¡He tenido que estar escondido todo el día en un cráter de proyectil, a unos diez metros de sus líneas! —dice, excitado.

—¿Qué ha sido de los otros? —le pregunto—. ¡Habla más alto!

—Pude sacar a Thompson justo antes de que llegara Fritz —contesta Elijah.

Pienso en mi ineptitud para hacer lo mismo con McCaan, y eso hace que algo se quiebre dentro de mí.

—El novato murió al instante —continúa Elijah—. No podía encontraros ni a ti ni a McCaan, y tuve que salir de la trinchera cuando oí que Fritz llegaba.

—McCaan ha muerto —digo—. Yo lo vi.

—Me alegro de que estés vivo —agrega—. Thompson está gravemente herido. Fue una suerte que llevara morfina, porque sus gritos nos hubieran delatado. Lo ayudé a que durmiera todo el día. Le han alcanzado en las tripas y no creo que salga adelante, pero al menos esta noche he podido traerle de vuelta.

Miro a Elijah. Le leo los labios. Ha encontrado una manera de rehuir el dolor de todo esto, nada parece afectarle.

La muerte de McCaan nos ha afectado a todos, pero que Elijah y Thompson hayan sobrevivido milagrosamente hace el dolor más soportable. Los hombres tienen algo positivo en lo que pensar. Aunque yo también me siento aliviado de que Thompson haya vuelto, McCaan se ha ido para siempre, y eso sigue royendo esa pequeña parte de mí que me hace seguir avanzando. Thompson no lo superará. Estoy tan seguro de eso como lo estaba sobre McCaan, antes de que él mismo supiera nada. Honro a mis dos amigos a mi manera, quemando ramitas de hierba seca, que encuentro en los caminos que conducen hasta aquí. Las oraciones que se lleva el humo parecen insignificantes. McCaan y Thompson mantenían unida la compañía y hacían soportable al teniente Breech. Ahora soy consciente de que los consideraba parientes míos.

Al rato, gritan mi nombre cuando llega el correo. Estoy tan sorprendido como los demás. Elijah y yo solíamos hacer bromas de que éramos los únicos del ejército canadiense que nunca recibían correo.

—Si al menos tu tía analfabeta pudiera escribir en inglés —decía Elijah.

Cuando me dan la carta, no hago más que mirarla. Finalmente la abro con cuidado y me quedo mirando el trozo de papel. Necesitaré que alguien me la lea. Elijah sabe leer, pero no quiero que sea él, podría mentir sobre lo que dice o gastarme una broma. Voy a atreverme a pedírselo al Gordo, aunque me cueste.

El Gordo pone cara de sorprendido y empieza a leer con su voz nasal.

—Aquí dice que debes volver a casa.

Se detiene y me mira.

—Esto es muy difícil de leer, X. No hay signos de puntuación, y la caligrafía parece la de un niño. Lo que consigo entender es que eres el último de la familia. Debes tener un hijo y criarlo para que puedas enseñarle lo que te enseñaron a ti.

Eso me deja boquiabierto, me siento como si un proyectil hubiera caído a mis pies. ¿Significa eso que Tía ha muerto?

El Gordo continúa:

—Dice que Dios entiende que debas matar a Elijah.

Deja de leer y vuelve a mirarme fijamente.

—Esto no tiene sentido, X. ¿Matar a Elijah? ¡Dios mío!

—¿Qué más dice? —pregunto con la respiración entrecortada.

—No mucho más. Dice que reces y que hagas lo que debas para volver a casa.

Me da la carta, y sigo sentado en cuclillas.

—¿Lleva algún nombre escrito? —pregunto, desesperado.

El Gordo coge la carta y la mira de nuevo.

—Es como el garabato de un niño, pero parece que pone Joseph Netmaker. ¿Qué clase de nombre es ése? ¡Por Dios!

Después de mucho pensar, consigo recordar a Joseph. No era un indio domesticado, sino que aún vivía a la manera tradicional. No mentiría ni gastaría una broma como ésta. Me vuelvo a acercar al Gordo, lo llevo aparte y le pido que me lea la carta otra vez, pero ahora lentamente y en voz alta.

—¿No dice nada de mi tía? —pregunto.

—No, dice claramente que eres el último de tu familia.

El corazón se me cae a los pies.

—Y sigue con la frase de que Dios entiende que tengas que matar a Elijah. Tengo la intención de enseñarle esto al teniente Breech, X.

Me vuelve a dar la carta. La doblo cuidadosamente y me la meto en el bolsillo, me pongo de pie y me alejo para intentar entender todo esto.

Me siento a solas y dejo que las palabras me resuenen en la cabeza. Tía no sabe escribir en inglés, y mucho menos hablarlo. En esta carta se dice que está muerta, incluso menciona la locura que se ha apoderado de Elijah. ¿Por qué enviaría esto el viejo Joseph? Súbitamente, el mundo es aún más irreal de lo que era.

Estamos en las cuevas de Vimy, esperando de nuevo que nos trasladen al frente, cuando Elijah se me acerca con un saco. Sus ojos vuelven a tener un brillo animal. Ha estado tomando demasiada medicina, me dice que ha desarrollado tanta tolerancia a ella que una de sus dosis mataría al instante a un hombre normal. Me gustaría contarle las noticias sobre Tía, pero ya no puedo confiar en él.

—Ven conmigo, X —dice—. Necesito que me hagas un gran favor.

Me conduce por sinuosos caminos hasta la base de la colina. Estamos al aire libre, una noche de principios de primavera. Hacia el oeste, el cielo aún está claro y del sur nos llega una brisa fresca. Se oye el canto de un ruiseñor. Andamos hasta el límite de un pequeño grupo de árboles que consiguieron sobrevivir a los bombardeos del año pasado. Elijah parece excitado.

—Encendamos una hoguera —propone.

Lo hacemos juntos, escogiendo madera buena, que lleva aquí desde el año pasado. Nos sentamos al lado del fuego y nos quedamos mirando las llamas.

Elijah sigue alimentándolo con más madera, aunque no es necesario. La noche es plácida.

—No te pases con la madera —digo—. Vas a hacer que Fritz nos vea y nos dispare.

—Necesito que esté muy caliente —dice—. Quiero que hagas algo por mí.

Me pregunto qué locura querrá que yo haga con fuego. Va hacia el fardo y saca un hueso blanco. Es ligeramente cóncavo y liso, se parece a un hueso que me resulta conocido. Me lo da, le doy la vuelta y lo palpo hasta que percibo qué es.

—¿De dónde has sacado el omóplato de un oso? —pregunto.

Elijah sonríe.

—No es de un oso. Es de un alemán.

Lo tiro al suelo inmediatamente, y le miro para ver si está bromeando otra vez, pero no bromea.

—Necesito que leas el hueso —dice Elijah, mirándome fijamente—. Quiero que me hagas una adivinación.

Estoy confuso.

—¿Por qué? ¿Qué crees que puedo descifrar con esto?

—Es como conjurar a un alce, ¿no? Has leído huesos de alce en el pasado. Te he visto y ha funcionado muchas veces, nos has guiado directamente hacia ellos.

—Pero esto es diferente —contesto.

—¿Qué diferencia hay? —me interpela—. Cazar es cazar.

—Yo cazo para alimentarme —digo.

—Y yo también —contesta.

No estoy seguro de entenderlo.

—¿Me estás diciendo que ahora te comes a los alemanes?

—No lo tomes tan literalmente, X —dice—. Ya sé cuál es mi don: matar hombres. No necesito comida cuando puedo hacer eso.

Nos quedamos un rato callados, mirando el fuego.

—Aunque —continúa Elijah— existen los que se comen los ojos de sus enemigos para ver lo que ellos ven. Thompson me habló de ellos y esos franceses me lo confirmaron. Además, los iroqueses se comen el corazón de su enemigo para apropiarse de su poder. Nosotros nos criamos con esas historias.

Se calla, como si estuviera pensando en lo que acaba de decir. Niego con la cabeza.

—Tú no eres así, Elijah.

Elijah se queda callado y empieza a temblar ligeramente. Tiene los puños cerrados y en la cara se le dibuja una sonrisa burlona. Tengo miedo de él, y ahora más que antes. Esto no me gusta nada. Como si lo hubiera notado, abre los puños y aparenta estar tranquilo. Sonríe, pero es una sonrisa fingida. Tengo que irme de aquí.

—Si quieres que adivine dónde puedes encontrar alemanes —digo, poniéndome de pie para irme—, lo haré. Están allí —añado, señalando hacia la cresta de Vimy y la Línea Hindenburg.

Cuando volvemos a tener tiempo libre, se me ocurre una idea. Recojo algunas rocas y pido prestadas varias lonas al oficial encargado de los suministros. Examino los claros del bosque, detrás de nuestras posiciones, y encuentro un lugar apropiado. Construyo un *matatosowin* y preparo un fuego cerca de él, para calentar las rocas durante todo el día. Lo hago todo yo solo; cuando las rocas están listas, las llevo una por una con mi pala de trinchera. Luego echo un cubo de agua sobre el fuego. Me desnudo totalmente, sólo me dejo la bolsa de medicinas colgando del cuello.

Me arrastro dentro de la tienda y, antes de ocupar mi lugar, camino en círculos en la dirección de las agujas del reloj. Echo un tazón de agua sobre las rocas, que las pone al rojo vivo y las hace silbar y despedir vapor. Los pulmones me queman al respirarlo. Quiero que el vapor libere las oraciones de mi cabeza, para que asciendan hacia el cielo.

Nada.

Vierto más agua en las piedras. El calor húmedo me quema la piel, me siento como si estuviera ardiendo.

Vuelvo a arrojar agua sobre las rocas. Esta vez, el vapor me quema tanto que me doblo por la cintura y aspiro el aire del suelo, más fresco. Me quedo mirando las rocas, su rojo ardiente brilla en la oscuridad. Se ven fisuras de luz blanca debajo del color rojo. Contemplo cómo el brillo se va apagando. Vierto otra taza de agua sobre las piedras y el silbido se reaviva. Me empieza a entrar pánico. El aire está demasiado caliente, es irrespirable, pero salir ahora del *matatosowin* sería un fracaso. Intento tranquilizarme y me agacho hasta apoyar la cabeza en el suelo, pero el calor en la espalda me hace gemir de dolor.

Hace demasiado calor para concentrarse, así que espero e intento soportar el dolor. Los rezos no acuden a mí. Pienso en los cuatro puntos cardinales, pienso en ti, Niska. Pienso en el hogar. Intento discernir si verdaderamente estás muerta, pero nada. Pido a gritos qué debería hacer, qué puedo hacer. Nada. Lo único claro es que tú no estás y que lo que pone en la carta es cierto.

Finalmente, acude a mí. Empiezo a rezar una sencilla oración una y otra vez. *Quiero oír. Quiero ver. Quiero oír. Quiero ver. Quiero volver a oír. Quiero ver lo que debería hacer. Quiero volver a oír. Quiero ver lo que debería hacer*. Echo más agua sobre las piedras, el vapor me baña dolorosamente y me hace entrar en éxtasis. Sigo rezando, hasta que abandono mi cuerpo y floto por encima de este lugar; me elevo a tanta altura que veo desde arriba las líneas que las trincheras dibujan en la tierra. Intento leer las líneas, entender su pauta. Son cicatrices en la piel de la tierra. No puedo entender su significado, pero sé que debo alejarme de allí.

Estoy mareado al salir del *matatosowin* y tropiezo cuando me agacho a recoger las ropas. Aún no hay respuestas, el calor me lo ha absorbido todo. Tengo la piel sensible y enrojecida. El aire del exterior es agradablemente fresco. No me guía mi voluntad, sino algo exterior a mí. He estado varias horas dentro de la tienda. El mundo es de un color que nunca he visto, de un negro azulado tan puro que me parece poder tocar el cielo con los dedos. Una media luna flota por encima de mí. Me abandono a lo que me está arrastrando, dejándome llevar.

Entro en una de las tiendas y oigo la lenta y rítmica respiración de Elijah en la oscuridad. Me acerco a él. Está durmiendo bajo los efectos de la medicina. Me agacho y le miro el rostro tranquilo,

iluminado por una débil luz. Su estuche está a su lado. Acerco la mano y palpo una jeringuilla con la medicina. La saco y me la quedo mirando.

Me siento apoyando la espalda contra el catre de Elijah, y rozo la punta de la aguja con el dedo. Me arremango la camisa. Quiero sentir lo que Elijah siente, tal vez entonces pueda entender mejor. Me acerco la punta de la aguja a la piel y empujo un poco, pero cuando la piel empieza a separarse, algo me detiene. Tengo otra idea. Ya sé qué hacer.

Me doy la vuelta y me arrodillo de nuevo de cara a Elijah. Le palpo el brazo y lo tomo entre las manos con cuidado. Le toco el bulto de la vena del codo y coloco despacio la punta de la aguja, como le he visto hacer a él. No suele tomar mucho de esa manera. La jeringuilla está llena del dorado líquido.

Introduzco la punta de la aguja en la vena; aunque al principio entra con cierta resistencia, luego penetra suavemente. Pongo el pulgar en el émbolo y, antes de introducir la medicina en la vena de mi amigo, le miro el rostro una vez más. Tiene los ojos abiertos y una ligera sonrisa en los labios.

—¿Qué haces? —pregunta en cree.

—Te estoy dando medicina —contesto.

—No necesito más por ahora —dice.

Nos quedamos mirando un rato que parece eterno. Extraigo lentamente la aguja del brazo y la guardo en el estuche. Me pongo de pie con piernas temblorosas y salgo de la tienda.

Piminaawin
Volar

Éste es nuestro tercer día en el río. Pronto empezaré a reconocer la tierra donde me crié. El cielo está despejado, pero delante de nosotros, hacia el norte, se levantan nubes grises sobre la Gran Bahía de la Sal. No me importa que llueva. Llegué a acostumbrarme tanto a la lluvia fría y a temblar bajo mis húmedas prendas de lana, que la vida parece incompleta cuando luce el sol.

Sostengo entre los dedos la última jeringuilla de morfina, le doy vueltas para que la luz del sol traspase el líquido dorado y lo haga brillar. Tengo horribles retortijones y un dolor agudo en la zona del brazo donde me entró una bala de Máuser.

—Tía —digo, volviéndome para verla mejor.

Ella me mira desde arriba, mientras rema.

—Ésta es la última. Después, se acabó.

Me doy la vuelta y, después de escoger una pequeña costra en el brazo, encima de una vena, introduzco la punta de la aguja. Empujo el émbolo y empiezo a sentir el débil escozor que me causa el líquido al entrar en mi interior. Me alegra no tener que seguir haciéndolo a escondidas, pero sonrío al pensar que, justo ahora, se me ha acabado la medicina.

Recobro el aliento. El sol luce al otro lado de mis párpados, la canoa se mece suavemente, el remo de Tía gotea y me siento flotar, por encima de la ruina que es mi cuerpo. El viento cálido me acaricia la piel. Siento plenamente, por última vez, el abrazo de la morfina. De aquí a unas pocas horas me caeré y me haré añicos contra las rocas de este despiadado lugar, pero por ahora floto, libre de mí mismo, sin dolor.

Me veo en un campo junto a Elijah y los demás, todos en

posición de firmes, aguantando los rifles con la mano derecha. Nos han dado uniformes nuevos y el flamante sargento de la compañía ha ordenado que nos corten el pelo a todos. Elijah dice que le escuece la cabeza a causa de las cuchillas melladas de la tijera de esquilar. A pesar de lo que le hice con la jeringuilla y de que le dije que no me dirigiera más la palabra, sigue hablándome sin parar, como si fuera un niño. Tal vez piense que, si deja de hablarme, estallará como una vejiga de esturión llena de aire. Me habla como si su vida dependiera de ello, con los ojos empañados por la morfina. Para compensar todo el tiempo que pasa a solas en la tierra de nadie, durante las noches me susurra sus pensamientos, mientras intento dormir.

Hoy está en primera fila, en el centro, y esta mañana ha tomado más medicina de la que pretendía. El sol le molesta en los ojos. Cuando hay mucha luz, las pupilas ya no se le cierran como debieran. Elijah mira a los demás. Ya quedan pocas caras conocidas: yo, el Gordo, el cabrón de Breech. Ojos Grises desapareció hace una semana y nadie sabe si aún vive o si ha muerto.

Elijah está sudando y le tiemblan las piernas. Todos sudamos a causa de nuestros uniformes de lana, que pican increíblemente. Las gotas de sudor le recorren la nuca y le dan escalofríos. Ya llevamos una hora esperando aquí.

Finalmente, el que hemos estado esperando llega a caballo con su ayudante. Es un general, y habla largo rato con el nuevo sargento, llamado Colquhoun, y con el teniente Breech. Elijah ve que Colquhoun le está señalando, todos los demás también lo advertimos. Elijah reprime el deseo de saludar a los oficiales que le miran. El que va a caballo habla mucho, usando palabras como *valentía, lucha, honor* y *victoria*. Luego desmonta del caballo, su ayudante le da una cajita de terciopelo y camina directamente hacia Elijah. El general abre la caja, menciona a Whiskeyjack y al Rey de Inglaterra en la misma frase, coge una medalla y se la prende a Elijah en la pechera con cierta habilidad. Elijah saluda en posición de firmes, bajo el sol y el calor sofocante. Sus ojos dan vueltas. Ve un pájaro en el horizonte, que planea en una corriente de aire, y se queda mirándolo fijamente. Elijah está volando.

Elijah no sabe qué hacer conmigo. No puede olvidar que, hace unos meses, se despertó de un agradable sueño y me encontró clavándole

una jeringuilla en el brazo. Me acusó de tomar también medicina, pero sabe que eso no es cierto. Yo también libro mis luchas internas, al igual que Elijah y cada canadiense, inglés, alemán, francés, australiano, estadounidense, birmano o austríaco libra las suyas. Todos luchamos en dos frentes, el que se enfrenta al enemigo y el que se enfrenta a lo que le hacemos al enemigo.

Veo en Elijah una desazón que no puede calmar. Como ya no quiero acompañarle, se va solo a disparar. Me explica algo sobre arrastrarse por el lodo y encontrar un lugar donde no pueda ser visto. Excava en el barro como un topo para que sólo sobresalga la punta del cañón de su rifle, con un trozo de arpillera sobre el visor para evitar los reflejos. Quiere que le deje usar mi excelente Máuser alemán. Se queda quieto durante horas, a veces durante días enteros, esperando la oportunidad de disparar a algún blanco importante, y sólo se mueve si necesita más medicina. Deja pasar muchos blancos por delante de su visor, a la espera del que verdaderamente le interesa. Los hombres son animales de costumbres, y eso es lo que le mantiene pacientemente a la espera. Busca cabos, sargentos y tenientes, los distingue por su manera de moverse, más confiada, más segura que la de los demás. Los oficiales parecen tener las piernas más delgadas. Elijah lleva la cuenta de sus blancos en los campos de los alrededores de Vimy. Sus cifras han aumentado bastante. Cuando vuelve a las trincheras, únicamente dice a cuántos ha matado, pero ahora su palabra basta.

Llega un momento en que ha causado tantas bajas con sus disparos que los alemanes han empezado a bombardear intensamente nuestro sector. Nuestros soldados menean la cabeza cuando lo ven pasar, y le dicen:

—Lárgate ya y haz tu trabajo en otra parte.

Decide irse a una zona de las líneas que las tropas piensan que está inactiva. Tiene un presentimiento.

De noche, se arrastra por la tierra de nadie, y se detiene frecuentemente para escuchar con atención, con el fin de encontrar un buen lugar antes de que amanezca. Finalmente, encuentra uno. El borde de un cráter ofrece una buena posición estratégica. Se pasa la noche construyendo un nido. Al amanecer, está listo. Pasa todo el día siguiente escrutando a través del visor, descansando los ojos cada cierto tiempo. Definitivamente, esto parece una zona inactiva

de las líneas, hasta que, en la tarde del segundo día, le parece ver algo que se mueve.

Un gato gordo y feliz está sentado en un parapeto destrozado, lamiéndose las patas. Elijah se lo queda mirando largo rato. ¿Qué hace ahí un gato? Está bien cuidado y alimentado, y no es un gato salvaje porque las ratas de las trincheras se lo habrían comido. Alguien cuida de él, y los únicos que pueden permitirse esos lujos son los oficiales.

Elijah se queda el día entero ahí tumbado, observándolo todo. Ya en plena noche, abandona el nido y se arrastra silenciosamente hacia donde vio al gato. Oye susurros que provienen de la trinchera, y presta atención a lo que dicen. Son tres o cuatro. ¿Qué estarán haciendo en una sección desierta de la trinchera? ¿Una convocatoria inesperada? Da igual, pronto estarán muertos.

Con un revólver en una mano y un garrote en la otra, se desliza dentro de la trinchera y mira a su alrededor para no ser sorprendido. Los ve en la oscuridad, sentados en dos grupos de dos. Se acerca caminando por detrás del primer grupo y, antes de que adviertan su presencia, golpea con el garrote al que tiene más cerca. El oficial grita y cae al suelo cogiéndose la cabeza con las manos. Elijah no puede perder tiempo. Da un garrotazo en la sien al que estaba al lado del anterior, que también se desploma. Los otros dos ya se han puesto de pie. Uno de ellos huye corriendo en dirección opuesta mientras el otro se acerca a Elijah con una pistola en la mano, disparando frenéticamente y fallando los tiros. Elijah dispara el revólver y acierta en la frente al alemán, que muere antes de caer al suelo. Elijah persigue al que se ha escapado, lo que no le resulta demasiado difícil, ya que se lo encuentra tirado en el suelo a unos quince metros apretándose el pecho. Tiene un ataque cardíaco. Elijah le hace un favor dándole un garrotazo en la cabeza. Se guarda el revólver en la pistolera, saca el cuchillo y empieza a cortar.

Luego se vuelve hacia los otros dos, que aún están vivos y gimen. Uno de ellos se ha arrastrado un buen trecho. Elijah se le acerca por detrás, se le sienta encima de la espalda, le levanta la cabeza estirando del pelo y, cuando el cuello queda expuesto, se lo corta profundamente. Se vuelve hacia el otro, que tiene los ojos abiertos pero no ve nada. Elijah se los cierra con cuidado con la

mano y le pone el revólver en la frente. La pistola chasquea violentamente y el cuerpo del oficial rebota, antes de quedarse quieto definitivamente.

Después de rebuscar en los bolsillos, Elijah sale de la trinchera enemiga con las cabelleras de los soldados enemigos, todos ellos oficiales. A medio camino en dirección a su nido, cambia de idea y vuelve a la trinchera, les quita las insignias de los uniformes y examina el refugio, donde encuentra una cartera llena de mapas y papeles. No quiere que nadie ponga en duda sus afirmaciones de esta noche.

Ya en su nido, se toma la medicina y se queda tumbado boca arriba, temblando. Mientras va a la deriva por el cielo oye una voz familiar de mujer, que le pregunta si no siente nada después de haber matado como lo ha hecho. Algo corretea por encima de su pierna, lo cual le hace volver a la realidad bruscamente. No quiere que le muerda ninguna rata. Baja la mano para estrangularla, pero palpa un pelaje suave y oye el ronroneo del animal. El gato le ha seguido hasta su nido. Se vuelve a tumbar y cierra los ojos de nuevo. El gato le sube por el cuerpo y se acurruca en el pliegue del codo. Así, juntos, se duermen.

En pleno verano, nos mandan a descansar a un lugar tranquilo, al lado de un río. Me cuesta entender el hecho de que hace sólo dos días estuviéramos en las trincheras, rodeados de alambradas oxidadas y de ratas alimentándose de cadáveres, y hoy estemos acampados en tiendas, en los campos de algún granjero, mientras miramos cómo el viento acaricia los trigales. El teniente Breech nos dice como de pasada que el cabo Thompson ha fallecido a causa de sus heridas.

—Era un buen hombre —dice Elijah, mientras contemplamos los campos delante de nosotros—. Espero que haya muerto sin sufrimiento.

—Supongo que le llenarían de medicina —contesto.

Desde el momento en que vi a Thompson pensé que él, más que nadie, sobreviviría a esta guerra. Ahora que ha muerto, sólo puedo confiar en Elijah y en mí mismo.

Hay un campo de aviación bastante cerca. Cada día, Elijah se levanta antes de que amanezca para ver a los pilotos y a los mecánicos que preparan los aviones. Los mecánicos van de acá para

allá, trasteando con los motores, palpando las alas y cargando munición en las cananas de las ametralladoras. Elijah mira cómo los pilotos se visten para volar. Primero se ponen camisetas y bonitos calzones de seda blanca, luego pantalones y guerreras de lana y después abrigos, bufandas de seda, sombreros y guantes. Cuando han terminado de vestirse parece que estén preparados, en pleno mes de julio, para afrontar el invierno. Sólo entonces suben torpemente a las cabinas de los aviones.

Una vez dentro, parecen formar parte de la máquina. Elijah, desde el borde del aeródromo, contempla cómo los motores vuelven a la vida entre estertores, el humo sale por los tubos de escape y los aviones traquetean por encima de los baches, en su camino hacia la pista de aterrizaje. El chirrido de los motores aumenta cada vez más, y los aparatos empiezan a ganar velocidad, corriendo por la pista hasta que las ruedas se separan del suelo y salen volando, balanceándose con las corrientes de aire y ascendiendo cada vez más, hasta que son como abejorros zumbando en el horizonte. Horas más tarde, cuando vuelven, Elijah los oye y se pregunta cuáles habrán vuelto y cuáles no.

El último día de descanso, preguntan a Elijah si quiere subirse a un aeroplano. Los pilotos se han enterado de que el francotirador indio Whiskeyjack está alojado cerca de allí.

—Me encantaría —responde Elijah.

De este modo tan simple se hace realidad su sueño.

Elijah me lo cuenta todo, aunque le digo que no quiero oírle. Pero esta vez su tono de voz es diferente. No suena como un loco que susurra algo sobre matar, sino como su voz de antaño.

Los pilotos le dan suaves calzones de seda, y luego pantalones de lana para que se los ponga por encima. Después, el abrigo del piloto, que tiene el cuello de piel de oveja. Le ponen una bufanda de seda, un casco de cuero y unas gafas para proteger los ojos. Elijah trepa encima del ala y, mientras oye un zumbido en la cabeza causado por la excitación, entra en la cabina delantera. El piloto se sienta detrás de él. Es apuesto y delgado, con un perfil similar a los que aparecen oteando orgullosamente el horizonte en los carteles de reclutamiento.

—Nos mantendremos detrás de las líneas, pero aun así mantén los ojos bien abiertos —grita a Elijah por encima del ruido del

motor, que, después de unos estertores, empieza a rugir—. A Fritz le gusta dispararnos desde arriba cuando tiene el sol detrás.

El piloto lleva el avión hacia la pista, y empieza a traquetear a causa de los baches. Luego acelera hasta adquirir una velocidad que Elijah no había experimentado nunca. Los árboles pasan como rayos. Y llega el momento en que las ruedas se separan del suelo. Elijah lo advierte porque el avión ya no traquetea, sino que vibra suavemente y, además, el suelo empieza a alejarse. El piloto mira concentrado hacia el cielo, mientras las entrañas de Elijah amenazan con salírsele por la boca. Los ruidos del motor y del viento en los oídos se combinan en un poderoso rugido y mira hacia abajo, petrificado. No puede moverse.

El piloto lleva el avión hacia la izquierda, por lo que Elijah puede ver todo el campo de batalla en la distancia, con la tierra surcada por las trincheras, tal como ha visto en sueños. Después, el piloto vuela de lado, con el ala izquierda apuntando directamente hacia abajo. A Elijah le aterra que pueda caerse del avión con este ángulo y empieza a buscar algo a lo que agarrarse en la cabina. El suelo queda muy lejos. El cuerpo se le tensa y empieza a dolerle el estómago. Ve las nubes de humo de los disparos de proyectiles alemanes. Al volver la cabeza, sólo ve el cielo azul, que le marea como si se debatiera en medio de un océano, sin tierra a la vista.

El viento corta como un cuchillo afilado, incluso a través de las numerosas capas de ropa. El piloto vuela aún más alto y todo en la tierra se empequeñece. Atado a su asiento, Elijah se siente como si no pesara nada, como parte del cielo, pero no de la manera que había imaginado.

Nada le impediría caer. Se imagina cayendo en picado, moviendo los brazos frenéticamente, el mundo acercándosele rápidamente hasta llegar al suelo. Pero está trabado al asiento de este artilugio que vibra, tose y petardea. No tiene ningún control.

El piloto gira a la derecha y le hace señales para que mire hacia abajo. Un río serpentea a través de la tierra, titilando con la luz del sol. Elijah siente la cabeza tan liviana como una burbuja. Quiere volver abajo. Los gases de combustión que salen del motor del avión le provocan náuseas.

El piloto debe de haberlo observado y empieza a descender. En ese momento, una gran presión se origina en los oídos de Elijah y

un gran dolor le atraviesa la cabeza. Hace lo que le han dicho y traga saliva, pero el dolor no cesa. Elijah se aprieta la cabeza con las dos manos. El dolor es tan intenso que empieza a pensar que morirá allí mismo. Se siente tan mal que vomita, tiene arcadas y el estómago se le retuerce mientras mantiene la cabeza entre las rodillas. Cuando está a punto de gritar, algo se le destapona en el oído y el dolor se desvanece al instante. La tierra está justo debajo y, de pronto, están rebotando en el suelo de nuevo. El avión da bandazos mientras se va frenando. Ya está en el suelo, y siente otra vez el peso de la gravedad. Baja tembloroso y va caminando hacia el comedor para beber algo con los demás.

Se dice que está hecho para caminar y no para volar. Hasta ahora, excepto de una manera abstracta, no había pensado en su propia muerte, incluso con los intensos bombardeos que hemos vivido. Siempre fue diferente de los demás. Mientras los pilotos brindan con sus vasitos, encienden sus cigarrillos e intercambian historias, Elijah comprende que algo ha cambiado.

Nipahiwewin
Asesinato

Cuando Elijah era un niño, su madre murió de tosferina. Él no quiso aceptar su muerte y continuó hablando con ella, mientras se la imaginaba delante de él. Este comportamiento irritaba a las monjas que lo cuidaban en el internado, quienes empezaron a castigarlo cada vez que hablaba con su madre. Él lo hizo cada vez más, hasta que, a veces, le dolía horrores el cuerpo a causa de los golpes y latigazos.

Eso fue poco antes de conocerme y de que yo te lo presentara, Niska. En cuanto Elijah te conoció, dejó de hablar a su madre muerta.

Los recuerdos de esos días con nosotros aún están vivos en su interior. Elijah dice que le entristece verme así, con esta tristeza que me arde en el estómago. No estoy hecho para la guerra como él. Estoy hecho para estar solo en el bosque, para cazar alces o atrapar conejos contigo, pero no para arrastrarme por el lodo a la caza de hombres.

Elijah no es de los que pierden el tiempo meditando sobre el pasado, pero estos cálidos días de verano le invade un poco la melancolía. Aunque, al igual que yo, eche en falta nuestro hogar, es capaz de apartar de sí esa tristeza hablando sobre su triunfante retorno.

—Volveré y me convertiré en jefe —dice—. Seré un gran jefe del pueblo y me haré viejo añorando estos momentos.

Lo miro y advierto que no bromea. Esto es lo que ha decidido que quiere.

En agosto se confirma el rumor de otra gran ofensiva aliada. Fritz intentó por todos los medios terminar con esta guerra en la

primavera, pero se está debilitando. Cuando los canadienses toman una sección de trinchera alemana, Elijah y yo vemos que los alemanes no tienen mucho que comer o se alimentan mal, que la lucha por la comida es tan persistente como la lucha contra el enemigo. Elijah dice que está preocupado por que abandonen la lucha antes de lo que desearía, ya que está ansioso por ver más acción.

A principios de mes nos envían, al amparo de la noche, a un lugar ubicado al este de la ciudad llamada Amiens. Encontramos un batallón de australianos por el camino, e intercambiamos cigarrillos y rumores. Elijah averigua que los franceses estarán en nuestro flanco derecho y se pregunta si podrá encontrar a sus amigos. Sólo quedaban vivos la mitad de ellos cuando se escapó las pasadas navidades para visitarlos. Son una sociedad secreta que no admite fácilmente nuevos miembros, aunque queden tan pocos integrantes como ahora. A Elijah le divertía el hecho de que, estando tan locos, le contemplaran como si estuviera mucho más loco que ellos.

—¿Estoy loco? —se pregunta Elijah—. ¿Quién no lo está en un sitio como éste?

Caminamos por la tierra de nadie en plena oscuridad. Elijah, con el rifle en la mano y la bayoneta colocada, se ríe. Camina detrás de mí, no agachado como las otras veces que hemos estado aquí, sino derecho. El humo de los gases que despide el tanque que va delante de nosotros nos marea un poco. El tanque se mueve pesadamente, chirriando y rechinando. Las balas de ametralladora de Fritz rebotan inútilmente en él.

Aún es noche oscura y hay niebla cuando suena el silbato estridente, la señal para salir de las trincheras. Todavía falta una hora para que salga el sol. El plan es inteligente. Atacar al alba es lo normal para los dos bandos, ya que la teoría popular es que un grupo numeroso de soldados no puede avanzar como un solo hombre en la oscuridad, con la confusión resultante. Pero los canadienses desafían esa teoría esta mañana de principios de agosto. Vamos a atrapar a Fritz por sorpresa.

El tanque que va delante de nosotros destroza las alambradas enemigas y abre un ancho camino para nosotros. Luego entra rodando en la trinchera alemana y, poco después, vuelve a salir. Elijah y yo vemos, entre la niebla, las siluetas de los soldados que

trepan desesperadamente fuera de la trinchera y salen corriendo. Saltamos dentro de su trinchera y avanzamos por ella, disparando y apuñalando con la bayoneta a los valientes que se han quedado para luchar. Elijah encuentra una caja de granadas, de las llamadas pasapuré, la coge y va caminando tranquilamente por los refugios, encendiendo en cada uno la mecha de un pasapuré y tirándolo dentro. Luego se va, y la granada estalla con un ruido sordo a su espalda y destruye todo lo que hay en el refugio.

Cuando la niebla empieza a levantarse a media mañana, empezamos a perseguir a los alemanes que se retiran. Por primera vez, parece que Fritz ha tenido suficiente. Los alemanes están huyendo. A mediodía, los canadienses han penetrado cinco kilómetros en territorio alemán; por la tarde, quince.

Pierdo de vista a Elijah a causa de la confusión. No lo veo en todo el día, y empiezo a preguntarme si esta vez ha ido demasiado lejos y no volverá. El día siguiente de tomar Amiens, nuestro batallón se desplaza hacia lo que era territorio alemán hace muy poco. Fritz continúa retrocediendo. Ni rastro de Elijah.

Nuestro batallón marcha, dejando una nube de polvo, por una carretera anegada de luz. Estamos cansados, pero contentos. Vemos a Elijah delante de nosotros, se nos acerca caminando. Siento una mezcla de alivio y de algo más. Varios soldados le gritan cuando lo ven.

—Empezábamos a pensar que estabas muerto, Whiskeyjack —grita uno.

—¿Muerto yo? ¡Nunca! —vocea Elijah a su vez.

Lleva dos días perdido; aunque está cansado, es capaz de mantenerse alerta. Lo he visto así muchas veces y sé que es por la medicina. Elijah dice que camina con un pie en este mundo y el otro firmemente plantado en el otro, y que es como si se estuviera viendo desde arriba y pudiera atisbar un poco del futuro.

El teniente Breech hace una seña con la cabeza a Colquhoun, el que ha venido a reemplazar a McCaan. Lo veo marchar en dirección a Elijah, a quien no le gusta nada Colquhoun. Elijah se ha ido para retarse a sí mismo.

—Ha estado ausente durante dos días sin permiso, soldado —grita a Elijah.

Todos nos callamos y observamos. Elijah se ha quedado un poco

sorprendido, estaba acostumbrado a la manera de ser tranquila y paciente de McCaan.

—A no ser que tenga una buena explicación para su desaparición, tendré que presentar cargos contra usted —dice a Elijah mientras lo mira fijamente, desafiándolo.

Desde atrás, Breech contempla entretenido la escena.

—Fui a matar alemanes —contesta Elijah.

Algunos contienen la risa. Colquhoun está cada vez más enfadado.

—Parece que no es usted consciente de la gravedad de esta situación, cabo. Le voy a llevar ante un consejo de guerra. ¡Que le hayan concedido alguna mención no significa que tenga privilegios bajo mi mando!

¡Ah! ¡Es eso! Colquhoun y Breech están celosos. Elijah opta por callarse, por morderse la lengua para evitar decir algo de lo que pueda arrepentirse. Se crea un silencio incómodo. Elijah me ve detrás de Colquhoun, pero intento no devolverle la mirada.

Más tarde, después de haber llevado a cabo nuestros cometidos, Elijah me busca para contarme dónde ha estado y lo que ha hecho. Habla bajito, ni orgulloso ni triste. El día que tomamos las trincheras de Amiens, Elijah siguió avanzando lo más rápidamente que pudo durante toda la tarde, persiguiendo a una compañía de alemanes que se retiraba.

Aprovechándose de que el sol ya está a su espalda, encuentra un lugar en la cima de una colina y apunta con su Ross a los soldados que corren desesperadamente por una extensa llanura. Los va matando uno por uno: les apunta a la espalda y aprieta el gatillo. Sus blancos se desploman hacia adelante, inertes. Elijah se siente mal después del décimo; es demasiado fácil. Ya casi no le quedan balas, pero continúa matando alemanes hasta que no le queda ninguna.

Al atardecer de ese día glorioso, Elijah se pone de pie en la cima y mira a su alrededor. Está completamente solo, repara en que se ha alejado mucho de nuestra sección y se ha perdido. No hay ningún testigo de su orgía de muerte. Sus cálculos más conservadores ascienden a veinte muertos, todos en un lapso de una media hora. El cañón de su rifle está tan caliente que no se puede tocar y el cerrojo está atascado a causa de la dilatación de las balas inglesas.

Se va hacia el oeste, siguiendo el camino de tierra por el que ha venido.

Por el camino, se cruza con compañías de franceses y les sonríe mientras busca caras familiares. Ellos le devuelven la sonrisa, le dan cigarrillos y le pasan botellas de vino para que eche un trago. Cuando se ha puesto el sol, Elijah decide que será imposible encontrar su sección ese día y se dirige hacia un campamento canadiense levantado a toda prisa.

Sólo después de haber conseguido agua y un poco de comida descubre que se encuentra entre el 48.º Regimiento de Montañeros, los antiguos rivales de nuestros días de entrenamiento en Ontario. Como no le suena ninguna cara, pregunta por el pequeño francotirador que hace mucho tiempo fue un gran contrincante nuestro. Le dicen que ha muerto a manos de otro francotirador. Su muerte afectó mucho al batallón. Era una leyenda, había sobrepasado la cifra de cien muertos. A día de hoy, Elijah está totalmente seguro de haber matado a trescientos cincuenta y seis, pero tal vez sean más. Hoy ha batido su marca personal en un día, y eso es lo que les dice a los que están junto a él. Los otros le felicitan y, cuando creen que no lo nota, se quedan mirando a ese indio delgado, de tez morena y nariz afilada. La luz de la hoguera le ilumina las mejillas mientras él está ahí sentado, arropado con una arpillera y con su rifle al lado, con el visor montado a la izquierda. Hay tantas muescas de cuchillo en el cuerpo del rifle que parece tallado a mano.

Siente un martilleo en la cabeza, a través de la bruma de vino y ron. Alarga la mano hacia su equipo para coger una jeringa, pero ve que no le queda ninguna. Pregunta dónde puede encontrar al médico y algunos le señalan la dirección con el dedo. El médico está en una amplia tienda sin techo, trabajando a la luz de linternas. Hay filas de soldados quejándose o inconscientes, y el médico y su ayudante van de uno a otro. Elijah ve todo esto en plena oscuridad, consciente de que sería un error intentar acercarse a él sin ninguna enfermedad evidente. El médico sólo tiene tiempo para los heridos. Elijah ve una caja de madera que está seguro de que contiene lo que busca. Está al lado de un hombre semiconsciente, por lo que debería ser capaz de acceder a ella sin ser visto. Cuando el médico y su asistente se encuentran en el lado opuesto de la tienda, se acerca

caminando y se sienta en el borde de la cama del soldado. Elijah lo mira y el soldado abre los ojos mientras se agarra el vientre. Elijah observa que lleva un apretado vendaje que sangra profusamente. Percibe el olor de las entrañas. El hombre mueve los labios, pero Elijah no puede oír lo que susurra. Su piel fría tiene la palidez de la muerte. Elijah se inclina hacia sus labios.

—Morfina —susurra.

Elijah sonríe.

—Morfina —dice una vez más.

Elijah levanta la cabeza y ve que el médico no se percatará. Va hacia la caja, se agacha, la abre y mete la mano en el montón de relucientes jeringuillas de cristal. Coge muchas y se las guarda en la mochila. Ya habrá tiempo después para envolverlas con tela. Vuelve con el soldado y se sienta otra vez en el borde de la cama.

—¿Quién eres? —pregunta éste en voz baja, antes de seguir farfullando.

Elijah toma una jeringa, coge el brazo del soldado y le busca la vena. Echa un vistazo para comprobar que el médico sigue ocupado. Su propio cuerpo le pide la medicina desesperadamente, pero él lo desoye. Introduce la aguja en el brazo del soldado y le inyecta la morfina en las venas. Elijah lo mira e imagina el calor opaco expandiéndose por el cuerpo del soldado. El cuerpo de éste se relaja, los músculos de la cara se aflojan y los ojos se cierran.

Elijah coge otra jeringuilla, le vuelve a pinchar justo en el mismo punto y le inyecta más cantidad. Mientras, contempla cómo la lenta sombra de la muerte le posee sigilosamente y convierte el cuerpo vivo en materia rígida y fría.

Mientras Elijah me cuenta todo esto, le observo el movimiento de los labios. Sus ojos absorben toda la luz, no quieren reflejar lo que ha hecho. No quiero seguir escuchándolo, así que me pongo de pie y me alejo de él, con un zumbido en los oídos.

Después de nuestra victoria en Amiens, nos trasladan de nuevo hacia el norte, a una conocida región cerca de Arras. Sin dejarnos descansar apenas, llega la orden de marchar sobre Arras por la carretera de Cambrai y unirnos a la cruenta batalla que se libra cerca del Canal del Norte.

Aunque me alejo de Elijah cuando me explica esas historias, no parece molestarse. Sólo me escudriña con la mirada como un niño

pesado. Poco después de haberme explicado lo del pequeño tirador del 48.º Regimiento de Montañeros, me cuenta el sueño que tiene cada vez que cierra los ojos y consigue dormirse. Los integrantes de una familia están sentados en la nieve, helados, hambrientos y demasiado cansados para moverse. Elijah percibe el frío que sienten, el hambre que les roe el estómago. La muerte está por todas partes en ese bosque, mirándolos desde detrás de los árboles. Pero algo peor que la muerte está agazapado cerca de allí. No se ve, pero se siente. Espera el momento en que cierren los ojos para acercarse a ellos.

¿Acaso le atormenta alguna de tus historias, Niska? Elijah me dice que no puede permitirse pensar en esas cosas, y aparta el sueño de su mente.

Cuando ya estamos muy cerca del frente, nos dicen que Elijah y yo debemos personarnos en el refugio del teniente Breech a primera hora de la tarde. El cielo está gris y amenaza mal tiempo. Los alemanes han empezado a bombardear de nuevo, pero los proyectiles caen en otra sección del frente. Incluso así, me tiemblan las piernas cuando explotan. Cuando entramos en el refugio, Elijah y yo nos sorprendemos de ver a Ojos Grises sentado en una silla, al lado de Breech. Ha estado fuera durante varias semanas, todos pensábamos que había desertado o que estaba muerto, pero aquí está, sentado al lado del teniente. Su delgadez es la misma de siempre y el uniforme se ve sucio y deteriorado. Tiene la mirada de un animal salvaje atrapado en una trampa.

—Este soldado presenta graves cargos contra usted y contra el soldado Bird, cabo —espeta el teniente.

Como supone que no entiendo el inglés, se dirige directamente a Elijah:

—Afirma, entre otras cosas, que es usted un adicto a la morfina y que ha estado cometiendo atrocidades en el campo de batalla.

Adopta una expresión engreída, seguro de haber descubierto a Elijah.

Elijah mira a Ojos Grises, que tiene la vista fija en el suelo, en los pies. Los proyectiles continúan cayendo. Preferiría que cayeran más cerca de nosotros, así podríamos salir de este embrollo.

—¿Por qué me haces esto? —pregunta Elijah—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Has desertado, te han capturado y me entregas para

salvar tu jodida vida?

Elijah se va enfureciendo por momentos, sin control.

—¿Qué está diciendo? —interroga el teniente—. ¿Y qué es eso de que arranca las cabelleras a sus enemigos como hacían sus antepasados salvajes?

Empiezan a caer proyectiles cerca de nosotros. Todos menos Elijah miramos hacia las vigas del techo, que tiemblan y dejan caer tierra y polvo.

—Sólo digo que actúa movido por la envidia y el miedo —dice Elijah, que acerca la mano a la pistolera y la abre—. Y es a causa de la envidia por lo que me está amenazando con un consejo de guerra, por hacer muy bien mi trabajo.

A Elijah le hierve la sangre y le tiembla la voz. Breech está observando lo que hace, pero no quiere creérselo.

—Se acabó, ahora retírese, cabo, y no empeore las cosas —dice Breech, con el miedo súbitamente reflejado en los ojos.

Oigo un silbido. Más tarde, Elijah me cuenta que en el refugio de Breech le sobrevino el mismo dolor que tuvo en el aeroplano y que le dificultó la visión. La ira crecía dentro de él. ¿No arriesga la vida todas las noches por hombres como esos dos? Desenfunda el revólver y apunta a Ojos Grises. Por culpa de él está a punto de explotarle la cabeza. El silbido que estaba oyendo se convierte en un ruido estridente. Nos ciega un brillante resplandor y la explosión nos hace volar a todos. La onda expansiva succiona todo el aire del refugio, mientras llueve tierra y todo se oscurece de nuevo.

Estoy boca abajo, intentando ponerme a gatas. ¿Cuánto tiempo llevo aquí tumbado? No debe de haber sido mucho. El refugio está casi intacto, pero hay un humo denso y se hace difícil respirar. Me arrastro hacia donde estaba Elijah y le encuentro. Le sangra la cabeza.

—Rápido, ayúdame —dice Elijah mientras estira de mí.

Intento superar mi aturdimiento y nos arrastramos hacia el teniente y Ojos Grises. Elijah comprueba que ambos respiran. Ha perdido el revólver a causa de la explosión, pero murmura que, de todas maneras, no era el arma apropiada.

Tantea el suelo y encuentra un sólido trozo de madera. Observo sorprendido cómo lo coge con las dos manos y se sienta en el pecho de Ojos Grises.

—Ojos Grises —lo llama—, despierta.

Ojos Grises abre los ojos y mira a Elijah. Éste levanta la madera con las dos manos y le golpea en la frente tan fuerte como puede.

—*¡Mo-na!* —grito.

—No tenemos otra opción —contesta Elijah—. No quiero pasar el resto de mi vida en una de sus cárceles.

Una y otra vez levanta la madera y golpea en la cabeza del hombrecillo hasta dejarlo sin vida.

—Tenemos que llevar al teniente a un médico —digo.

—¿Estás de broma? —contesta Elijah—. Este cabrón lo sabe todo.

Se arrastra y encuentra a Breech, le coloca la cabeza en el ángulo adecuado y empieza a golpeársela con el trozo de madera.

Elijah se siente bien resolviendo su último problema. Me doy perfecta cuenta de ello.

Lentamente, empieza a remitir la ira que lo poseía. Tira un poco de tierra sobre los dos cuerpos y les pone algunos tablones sueltos por encima.

—Esto ha sido la providencia —dice—, y además me ha desaparecido el dolor de cabeza.

Elijah se vuelve hacia mí. Estoy sentado con la cabeza entre las manos.

—Vamos —dice Elijah.

No me muevo.

—Teníamos que hacerlo —me dice—. ¿Hubieras preferido afrontar las consecuencias, X? ¿No ves que nos hemos librado? No tenemos nada de qué preocuparnos.

Oigo gritos fuera. Elijah pide ayuda.

En los días siguientes, Elijah continúa hablándome por las noches. Libra una lucha en contra de lo que se ha convertido, o eso me dice. Últimamente, le viene una y otra vez un recuerdo a la mente. Nos vamos de caza durante unos días. Es otoño y hace frío. Por la mañana temprano, antes de que salga el sol, nos despedimos de Niska. Luego navegamos en nuestra canoa por el río a lo largo de todo un día. Tenemos quince inviernos y creemos conocer el mundo.

Al ponerse el sol, oímos el mugido de un alce en la distancia. Ponemos rumbo hacia él, pero oscurece y no podemos avanzar más.

Después de levantar un campamento y encender una hoguera, nos sentamos y hablamos de chicas.

Elijah me cuenta algo que no tenía intención de explicar, la historia de Magdalene, la monja a la que le gustaba dar un baño semanal a Elijah cuando éste era un chiquillo. Me cuenta cómo le frotaba con las manos enjabonadas hasta que Elijah tenía una erección. Entonces le reprendía, le cogía el miembro tenso con las manos y se lo frotaba hasta que tenía un espasmo que le sacudía el bajo vientre.

Elijah me cuenta que la primera vez que llegó a eyacularle en la mano, una pequeña corriente blanca le salió disparada del interior. Elijah se asustó mucho, pensó que se le había roto algo por dentro. Ella se quedó mirando la mano y empezó a gritarle a Elijah, que pensó que se había vuelto loca y que tal vez intentaría ahogarle, así que salió corriendo. Muchos meses después, Elijah tuvo la oportunidad de robarle el rifle, el mismo que estábamos usando para cazar al alce.

Elijah me explica que, después de contarme esa historia, me quedé mirando al fuego fijamente, sin decir nada. Dice que siempre fui así con él. Le escuchaba tranquilamente, pero nunca decía lo que Elijah necesitaba oír.

A la mañana siguiente, nos levantamos antes del alba y dimos con las huellas del alce. Las seguimos y lo hicimos salir de los matorrales en los que estaba escondido. Elijah le disparó a los pulmones, de modo que no pudo correr mucho antes de desplomarse. Parecía demasiado pesado para llevarlo de vuelta en la canoa, pero lo conseguimos. Te pusiste contenta, Niska, al ver nuestro trofeo. Sonreías desde la orilla, orgullosa de nosotros. Tu pelo largo ondeaba al viento. Siempre estabas preocupada porque no tuviéramos suficiente comida para el invierno. Elijah nunca entendió por qué.

Jamás volvió a mencionar esa experiencia.

Elijah y yo, que estamos cansados, nos sentimos aliviados al saber que la Segunda División no participará en el ataque a un canal en el que la Primera y la Cuarta División harán de punta de lanza. Esa noche, nos sentamos sólo un poco por detrás de las líneas y miramos el resplandor de las explosiones de los grandes cañones, que son como rayos surcando el horizonte. Nos han enviado a un

nuevo teniente. Es joven, correcto y entiende que Elijah y yo somos «cuerpos de élite». Elijah cree que no nos molestará.

Una noche, estamos sentados con otros soldados junto al fuego. Observo que Elijah está muy sonriente, llevado por la cálida oleada de la medicina. Huele a carne asada. Somos conscientes de que, en los próximos días, nuestros hermanos volverán a hacer algo importante y valiente y penetrarán en las desesperadas filas alemanas. Tendrán que vadear un canal, lo cual será una tarea penosa y peligrosa. Esta tarde de principios de otoño, Elijah dice a todos que está contento de poder descansar por una vez y dejar que las cosas sucedan sin él.

Me quedo callado. Elijah intenta bromear conmigo; sabe que no me ha gustado lo que hizo, pero piensa que tenía que hacerlo para que ambos sobreviviéramos. Hablamos en cree, Elijah no quiere que los demás se enteren.

—Fritz está a punto de rendirse —me dice Elijah—. Falta poco para que esto se acabe y podamos volver a Mushkegowuk.

Asiento, pero no le respondo. Nota que estoy triste.

—Sé que he hecho cosas horribles aquí —reconoce Elijah—. Sé que crees que me he vuelto loco, y yo también lo he pensado a veces. Siento que debo irme de aquí. Nos iremos y volveremos a casa como héroes.

Señala sus mocasines, los que le hice hace tiempo, cuando estábamos en Ontario. Los he vuelto a coser muchas veces, pero ya no aguantan más.

—Ésos no tienen arreglo —digo.

—A pesar de lo que he hecho aquí, de lo que tú has hecho aquí —dice Elijah mientras aparto la mirada del fuego—, aún podemos volver a casa, tal como habíamos planeado.

Sigo sin contestarle, aunque Elijah necesita que lo haga. Veo que nada puede colmar el vacío de su interior.

—Podemos volver al bosque y vivir con Niska —dice.

Me vuelvo hacia él. Sus palabras liberan la angustia que no he podido afrontar hasta ahora, que no he sido capaz de expresar en voz alta hasta este momento. Estoy perdido.

—No, no podemos —contesto—. Niska está muerta.

Weesageechak
Héroe

A media tarde, sólo me quedan tenues vestigios de la medicina en el interior. El cuerpo me pide más, no quiere creer que se haya acabado.

—Llévame a la orilla, Tía —digo, alzando la voz.

Cuando la proa topa con el barro de la orilla, salgo de la canoa y me arrastro hacia el bosque, como un animal herido. Me bajo los pantalones justo a tiempo de que salga torrencialmente ese apestoso mal de mi interior. Los retortijones se desvanecen un poco y me limpio con hojas lo mejor que puedo. Cuando vuelvo a la orilla, Tía ya está acampando. Es un buen lugar: llano y tapizado de hierba. Hay algunos trozos de madera desperdigados, que han llegado flotando por el río.

—Acamparemos aquí —dice en cuanto me ve—. Voy a ayudarte a superar esto.

Prepara un fuego, me deja ahí sentado y se adentra en el bosque.

Estoy sudando, tengo la camisa empapada. Me castañetean los dientes y sufro retortijones en el estómago, que me doblegan como pinchazos de bayoneta. Me siento el cuerpo retorcido, como si unas manos me lo enroscaran hasta hacerme gritar de dolor. Me pongo un trozo de madera entre los dientes para aliviar el dolor de las mandíbulas. Un pinchazo más, si pudiera pincharme una sola vez más. Pienso en todos los momentos de los últimos meses en los que tomé la medicina sin necesidad. Habría sido mejor reservarla, almacenarla para cuando llegaran los meses duros. ¿En qué estaba pensando? ¿No comprendía que llegaría este día? Elijah lo achacaría a mi falta de previsión.

Él tendría que estar aquí, nos ayudaríamos mutuamente. Se me

retuercen tanto las tripas de dolor que exhalo un largo gemido. Necesito dormir, eso me ayudaría.

Me quedo mirando el lugar del bosque por donde se ha ido Tía. Es una vegetación densa, como la de los bosques que vimos en los últimos días que estuvimos allí. Son los bosques más bellos que he visto, con grandes árboles y la tierra mullida y oscura. Nuestra sección avanza silenciosamente, atravesando la niebla que nos llega hasta las rodillas y nos impide ver dónde pisamos. Hoy no me funcionan bien los oídos. Siento un zumbido sordo y voces que me resuenan en la cabeza. Tengo que fiarme de mi visión y no perder de vista a Elijah. Él sería el primero en notar algo.

El Gordo trastabilla y se cae continuamente. Elijah se vuelve hacia él. *Nos matarás a todos si sigues haciendo eso*, dicen sus apagados ojos. Los demás soldados de la sección original han muerto. Me cuesta creer que el Gordo sea precisamente el único que haya sobrevivido. Ninguno de nuestros amigos habría creído que el Gordo les sobreviviría a todos.

Resuena el chasquido de disparos de fusil rebotando en los árboles. Nos tiramos al suelo y continuamos avanzando. Estamos cerca. Elijah se para y nos hace una señal para que nos separemos en dos grupos. A mí me hace una seña para que avance unos cincuenta metros por el flanco derecho. Hay un refugio de alemanes en una cueva delante de nosotros, me indica Elijah moviendo los labios. Lo percibiré cuando lo vea. Los dos grupos tirarán granadas Mills y luego el grupo de Elijah avanzará mientras mis soldados disparan para cubrirles.

Tal como me ha dicho Elijah, veo la entrada de la cueva. Es como si él hubiera estado aquí antes y conociera la topografía de este lugar.

Dejo que el grupo de Elijah tire las primeras bombas y después hago lo mismo. Su grupo pasa por delante de mí y carga contra el enemigo. Se oyen voces y chillidos. El intenso olor de la pólvora me pica en la nariz. Veo movimiento a través de la niebla, hombres que salen de la cueva y avanzan hacia mí. Escapan de Elijah. Los señalo para que mis compañeros los vean. Éstos se llevan el rifle al hombro y matan a los primeros que se aproximan a nosotros con mirada asustada. Los más rezagados tiran las armas, que nosotros cogemos rápidamente mientras los hacemos prisioneros.

—No hay tiempo para hacer prisioneros —me regaña Elijah cuando llega y ve los hombres que he capturado.

Una rabia reprimida me golpea en las costillas.

—¿Prefiere que los mate, cabo? —pregunto.

Elijah me mira con expresión triste.

—X, tendrás que llevarlos tú. Gordo, ve con él.

Me parece bien, ya no tengo estómago para hacer mi trabajo. El Gordo y yo emprendemos el viaje de vuelta hacia nuestras líneas con los prisioneros. Son cinco: tres de ellos muy jóvenes, otro de mi edad y el quinto lo bastante mayor para ser el padre de todos ellos. Este último sangra por un oído: se le debe de haber roto el tímpano por la explosión de alguna de nuestras granadas. En ambos bandos se rumorea que no cogemos prisioneros, que los matamos al instante o los capturamos para torturarlos. Les ofrezco cigarrillos, se los pongo en la boca y se los enciendo, mientras les sonrío para que sepan que no voy a hacerles daño. Tienen una mirada de haber luchado en muchas y terribles batallas, de haber visto cosas que no deberían haber presenciado. Creo que tengo esa misma mirada. Para ellos, al menos, la guerra se ha terminado. Me gustaría decir lo mismo.

Por la noche, cuando estoy más vulnerable, se me ocurre una idea. Si resultara malherido me enviarían a Blighty, tal vez incluso a casa. Pero ¿cómo conseguirlo? Podría pedírselo a Elijah. No, no es buena idea. Con la sed de sangre que tiene podría matarme. Me río de mí mismo. ¿Soy un cobarde por pensar así?

El viento de la mañana es cortante y se percibe el olor de madera quemada a kilómetros de distancia. Hemos atravesado la Línea Marcoing y estamos frente a Cambrai, una ciudad importante y centro ferroviario de Fritz. Tomar Cambrai sería estar muy cerca de la victoria. Al menos eso es lo que los oficiales nos dicen. Acabamos los preparativos una tarde de octubre. Observo a los hombres que escriben cartas a sus esposas e hijos, limpian los rifles, comprueban los equipos, rezan moviendo los labios silenciosamente o simplemente tienen la mirada perdida en el cielo.

A Elijah y a mí nos envían antes del amanecer. Seremos la avanzadilla e informaremos de lo que encontremos, de movimientos de tropas o de cuán fortificada está la ciudad.

Está empezando a salir el sol cuando nos escabullimos en el

primer edificio desmoronado de las afueras de la ciudad. Nos arrastramos por encima de los escombros, buscamos un buen sitio para ponernos a cubierto a la vez que vigilamos al enemigo. Poco a poco, nos vamos adentrando en la ciudad, que está totalmente desierta. Elijah se pone de pie y empieza a caminar audazmente por la calle por la que nos hemos estado arrastrando. Espero crispado el disparo de algún francotirador, pero no sucede nada. Elijah sigue caminando por la calle y yo le sigo. Ya ha amanecido. Aquí no hay nadie, la ciudad está abandonada.

Elijah va delante de mí; los hombros le tiemblan. Pienso que debe de estar disgustado. Yo estoy contento de que hoy no tengamos que luchar. Elijah se vuelve, pero no percibo enfado en la cara, sino una amplia sonrisa. Se le ve joven de nuevo, como es él en realidad.

—¿Qué les ocurre? —dice sonriendo—. No van a rendirse tan pronto, ¿no? ¿Serán capaces de hacerme esto?

Empieza a reírse, cada vez más alto. Suena como la risa de un loco. Elijah se aleja de mí, de vuelta a nuestras líneas. Le sigo a distancia.

Después de estar en Cambrai nos relevan, nos dan tiempo para recuperarnos y prepararnos otra vez para nuestra persecución de alemanes. Los demás hablan de cómo Fritz, en vez de rendirse, se va retirando hacia su patria. Los alemanes aún son capaces de librar esta guerra durante varios meses más, tal vez incluso años. Eso me deprime, y después me indigna.

Empiezo a darle vueltas a la idea de contarle a algún superior el asesinato de Ojos Grises y del teniente. Eso podría purificarnos, algo que ya no puede hacer el *matatosowin*, la tienda de sudar. Elijah cruzó la línea, la cruzó hace mucho tiempo, y no va a detenerse. ¿Debo ser yo quien lo detenga? Me gustaría tenerte aquí para que me aconsejaras, Niska. Tú eres la única que podría ayudarme, pero ya no estás aquí. Estoy solo. Es como si me hubiera perdido en el bosque y el pánico empezara a enseñarme su horrible rostro desde detrás de los árboles.

Llevamos un par de días liberando pueblos. Primero los asediamos, luego los atacamos y aniquilamos a nuestros enemigos. A nuestra llegada, los aldeanos estallan de júbilo. Bailan en las calles y nos dan vino y flores. Elijah lucha valientemente y corre

muchos riesgos. A veces me encuentro pensando que Elijah se arriesgará demasiado y acabarán matándolo. Entonces podré descansar, con la conciencia suficientemente limpia como para meditar sobre lo que les hizo a aquella mujer y a la niña, a Ojos Grises y al teniente, y a tantos y tantos a quienes Elijah ha sorprendido y masacrado en plena noche. Los demás ven a Elijah en acción y dicen que es valiente, un guerrero extraordinario. Para mí está loco. Soy el único que conoce los secretos de Elijah, que se ha ido convirtiendo en alguien invisible e inhumano. A veces siento que yo también me estoy volviendo loco.

Hace una hermosa mañana. Hemos avanzado mucho, nunca habíamos estado tan al este de Francia. Otra vez estoy solo con Elijah, reconociendo el terreno en busca de cualquier movimiento del enemigo. Emergemos del bosque y nos topamos con un bonito prado. Me entristece pensar que pueda ser devastado por la guerra. El prado sube en pendiente hasta una colina cubierta de árboles, un sitio perfecto para tender una emboscada. Advierto que Elijah piensa lo mismo.

—Avanzaré veinte metros y me detendré. Cúbreme —dice Elijah.

Tiene el pelo largo, sucio y enmarañado.

—La hierba es lo bastante alta para esconderme en ella si me disparan. Intenta fijarte desde dónde lo hacen.

—¿Por qué no esperamos a que lleguen los demás? —pregunto.

—No hay tiempo, no hay tiempo.

Parece como si Elijah supiera que algo se aproxima. Tal vez el final de todo.

Elijah se escabulle entre la hierba, puedo seguirle un trecho con la vista antes de que desaparezca completamente. Espero impaciente durante un minuto, luego otro. Resuena un disparo de rifle y oigo un grito. Después, silencio. Me desplazo rápidamente, pero con cautela, por el sendero que ha tomado Elijah.

Lo encuentro arrodillado en la hierba, sujetando entre las piernas a un joven alemán que lo mira aterrorizado. Está sangrando, pero aún vive. Mientras me aproximo por detrás, Elijah atraviesa con el cuchillo el plexo solar del soldado, hablando entre dientes. No puedo entender qué dice. El alemán grita y se retuerce de dolor. Elijah vuelve a clavarle el cuchillo. El horror de los ojos del joven se

transfigura en espasmo de muerte mientras Elijah se lleva la mano a la cara.

—Elijah —susurro.

Elijah se vuelve. Tiene las mejillas manchadas de sangre y lágrimas en los ojos.

—¿Por qué lo has matado? —pregunto, aunque preferiría preguntarle por qué tiene el rostro manchado de sangre.

—¿Cómo que por qué lo he matado? —pregunta tranquilamente Elijah—. Hace un momento ha intentado matarme.

Trata de limpiarse la sangre de los labios, pero sólo consigue esparcírsela aún más.

Nuestra compañía se ha desplazado con tanta rapidez que debemos esperar a que llegue la artillería. Una compañía de caballería ha acampado justo al lado. Ésta es una de las pocas ocasiones, en cuatro años de guerra, en las que han sido capaces de avanzar y hacer su trabajo como se supone que deberían. Puedo oler los caballos. Me recuerdan el parque de la Exposición de Toronto, el viaje en barco.

Al atardecer, me siento a solas y me quedo mirando los caballos. Son animales altos y sanos, que dan coces en la tierra. Algunos encaran los hocicos al viento, otros doblan la cerviz para comer. De pronto, Elijah aparece a mi lado. No le he oído aproximarse.

—Te estaba hablando —dice, aunque últimamente leo los labios para compensar mi sordera—. Estaba detrás de ti y te hablaba; pensaba que me estabas ignorando. Tu oído ha empeorado, X.

Asiento. Ahora no tengo ganas de estar con él.

—Si quieres, podríamos ir juntos a ver al médico y decirle que no oyes nada. Te harán pruebas, el médico verá que es verdad y te enviarán a casa como un héroe.

Habla como el Elijah que yo conocía. Me conmueve su interés y me siento confortado en este solitario lugar, pero intento no dejarme engatusar.

—No estoy loco —añade Elijah, mientras sigo mirando fijamente a los caballos—. Escúchame, X. Esto es la guerra. No estamos en casa. Para empezar, es una locura que nos pongan en trincheras. Y lo que definitivamente es una locura es que nos manden matar y premien a quienes más lo hagan. Yo sólo quiero sobrevivir.

—Has ido más allá —digo.

Elijah da una patada en el suelo.

—Escúchame bien, X —contesta—. Nunca debí subirme en aquel aeroplano. Antes de eso, creía que aquí nada podía hacerme daño, pero ahora me siento como si hubiera perdido algo allí arriba. Tengo que recuperarlo.

Después de decir eso, alarga el brazo para tocar a un caballo, que le rehúye.

—Me doy cuenta de que me adentré en zona de peligro durante un tiempo, soy plenamente consciente de eso.

Después de una pausa, añade:

—¿Entiendes lo que digo?

No estoy seguro de si quiere una respuesta, ya no estoy seguro de nada.

El sol se pone por detrás de Elijah. Su cara está en sombras y su cabeza está surcada por un halo de luz.

—¿Sabes lo que creo? —digo en voz baja—. Creo que ayer hiciste algo más que matar a ese joven soldado —añado, mirándole a los ojos, pero él sigue siendo una sombra.

—¿Por qué dices eso? —pregunta en voz alta para que le oiga.

No le respondo. Parece que va a irse, pero, en vez de eso, me mira a los ojos para asegurarse de que pueda leerle los labios.

—He venido para ofrecerte mi ayuda. Tenemos un gran futuro por delante después de esta guerra. Volveremos a casa como héroes. Me convertiré en un gran jefe, y no dejaré que tú ni ningún otro me lo impida.

Se da la vuelta y, antes de que pueda responder, se aleja con las manos en los bolsillos.

Tengo tantos retortijones en el estómago que me entran ganas de gritar. Me estiro de lado en la arena, mirando el río y el destello del sol de la tarde. ¿Qué hago, Niska?

Oniimowi Pineshish
Pajarito Bailarín

Cojo del bosque cuanto necesito: ramas de sauce tan anchas como mis dedos, leña para el fuego, raíces de plantas secretas y corteza de alerce. Aún no veo a Sobrino, de modo que sigo recogiendo las piedras que me hablan. Ninguna es demasiado grande, pero todas tienen su propio carácter, y me llaman cuando paso a su lado: *Niska, escógeme. Te daré calor sin partirme. Brillaré en la oscuridad y te contaré sobre tus antepasados. Soy la más antigua*. Las amontono y preparo una hoguera cerca de allí, usando la leña que he recogido para que el fuego sea intenso y brillante.

Sólo entonces empiezo a preocuparme por Sobrino. Miro a mi alrededor y veo sus extrañas huellas en la arena y el fango, la sola y sólida pisada de su bota y los dos profundos hoyos que dejan sus muletas. Las huellas revelan su paso tambaleante. Noto que se ha caído y se ha arrastrado hacia el río. Durante unos instantes me entra el pánico mientras me imagino que se acerca al río y se lo lleva la corriente, pero entonces veo que se ha subido a la canoa. Voy caminando hacia él.

Está tumbado en la canoa, sudando y temblando incontroladamente. Ha subido a la canoa para refugiarse. Me acerco a él, pero, por su mirada, no parece que me reconozca, sino más bien que vaya a abandonarme para siempre. Sólo quiero abrazarle, pero me aparta débilmente. Lo dejo estirado en la canoa y, frotándome los dedos nerviosamente, me siento en una piedra que está al lado. Parece que tiene una pesadilla. Grita palabras en inglés que no conozco y se cubre la cara, como si estuviera protegiéndose de algún peligro. Sueña con su guerra, y eso hace que la fiebre le queme en su interior.

Lo dejo allí y vuelvo a preparar la hoguera. Coloco cuidadosamente las rocas en el centro, donde se irán calentando. Las brasas arden con luz blanca y roja. Llevará horas calentar las rocas adecuadamente. Aún es por la tarde, el cielo se mantendrá claro hasta la noche.

Construyo minuciosamente una estructura de ramas de sauce, entretejiéndolas y enterrando los extremos en la tierra para conseguir algo parecido al armazón de una pequeña tienda. Cavo un hoyo en el centro para las rocas, lleno el cubo con agua del río y lo dejo al lado del agujero. Luego cojo la lona de la canoa y la pongo encima del armazón, y apilo más rocas en los extremos para evitar que escape el calor y que entre luz. La tienda es del tamaño justo para que Sobrino y yo podamos arrastrarnos dentro y sentarnos cómodamente.

Compruebo que las rocas se calientan en las brasas y voy a buscar algunas ramas de abeto y a llenar mi fardo de medicinas con trocitos de incienso.

Cuando Sobrino está más tranquilo y consciente, lo saco de la canoa y lo coloco encima de una manta, al lado del fuego. Pesa como un niño. No come nada y le tiembla todo el cuerpo.

El sol está empezando a ponerse. Es pleno verano. He estado pensando mucho en las últimas horas, intentando averiguar lo que Sobrino necesita, lo que le ayudaría a cerrar sus heridas antes de que sea demasiado tarde. Conozco raíces y tallos para el dolor de cabeza y de estómago, para las infecciones; hasta sé cómo usar las glándulas de las mofetas para curar la ceguera causada por el brillo de la nieve. Pero Sobrino sufre de algo que proviene de un lugar que no entiendo. Nunca podré saber todo lo que ha sufrido. A lo largo de casi toda mi vida he visto, durante muchos de mis ataques, destellos de la masacre y de la tierra explotando como si fuera una fuente de lodo, pero, aunque las imágenes me persiguieran durante días, eran sólo una débil muestra de la realidad.

La fiebre se lo está comiendo vivo. Recuerdo que cuando era niña me acercaba a mi padre si estaba asustada o herida. Él me ayudaba, contándome historias sobre mí, sobre cómo me había imaginado antes incluso de que naciera. No dispongo de ninguna medicina para ayudar a Sobrino, pero tengo esas historias.

Sobrino continúa temblando bajo la manta, al lado del fuego.

Tiene pesadillas en las que, a veces, profiere nombres o palabras. Puede que no consiga superar esta noche. No puedo dejarle ir sin haberle contado su historia. Me tumbo a su lado y poso cuidadosamente el brazo sobre su pecho. Casi nunca nos hemos tocado, y ahora me resulta raro mimarle de esa manera. Acerco los labios a su oído para que pueda oírme. Está ardiendo. No me responde, pero no dejo que eso me preocupe. Si escojo mis palabras cuidadosamente y hablo desde ese lugar en mi interior que no miente, me escuchará.

Sobrino, yo soñaba contigo incluso antes de conocerte. Soñaba que te llevaba a cazar cuando aún no sabías andar. Te ataba firmemente en tu *tikonoggan* y te llevaba a la espalda por el bosque. Eras un niño muy bueno. Te fijabas en todo. Cuando estábamos cerca de alguna presa, sabías que tenías que estarte quieto. Ya entonces, en mis sueños, sabía que algún día te convertirías en un gran *hookimaw*.

Se revuelve un poco e intenta apartarme, pero no lo suelto y sigo susurrándole en el oído. Su sudor empieza a impregnar mi camisa.

Soñaba que ya sabías caminar y nos íbamos al bosque durante días, llevando sólo lo que cupiese en nuestros *mewutikans*. En verano, ataríamos raquetas de nieve en nuestras *mukluks* **[16]** para fortalecer el cuerpo gracias al peso extra en las piernas y los hombros. En mis sueños veía, desde la primera vez que tirabas con arco o disparabas un rifle, que tenías algo especial: una respiración tranquila, una excelente visión de larga distancia, seguridad en ti mismo.

Sobrino se queja y empieza a temblar. Me agarro más a él, reprimiendo las lágrimas. Tengo miedo de perderlo. No quiero perderlo.

Escúchame, Sobrino, cuando no tenías más de cinco inviernos, fui a tu escuela y te saqué de allí. A partir de entonces no tuve más visiones. Esta historia es tu historia.

Hago una pausa para escuchar su respiración. Es nerviosa y superficial.

El primer invierno que estuviste conmigo rastreamos huellas de alce macho en la nieve. Las seguimos durante kilómetros. Tus pasos cortos frenaban mi marcha, yo te abría camino en la nieve con las

pisadas. Me fui alejando poco a poco, hasta que desaparecí de tu vista. Te quedaste solo por primera vez en tu vida. Tus sollozos resonaban en el aire helado, pero seguiste caminando.

Lloro mientras le cuento esto, pero sigo hablando lentamente y con seguridad.

Cruzaste una extensa llanura. Mis pasos te condujeron a un lugar de una maleza tan espesa que debiste de preguntarte cómo mi pequeño cuerpo había atravesado las ramas enredadas que se te aferraban como dedos huesudos. Seguiste caminando entre árboles; crecían tan cerca unos de otros que absorbían toda la luz del sol con sus negros troncos. Tenías que esforzarte para seguir mis huellas. Te arrodillaste para oírme en la distancia, pero sólo escuchaste tu propia respiración. No tenías otra opción que seguir adelante.

Puedo oír su corazón a través de las costillas.

El bosque empezó a abrirse y entonces advertiste que no estabas siguiendo mis huellas en absoluto, sino el rastro largo e irregular del alce macho, en su camino a través de la nieve. Un miedo como nunca habías sentido debió de florecer en tu estómago y subirte hasta la boca dejándote un sabor a carne podrida.

Te agachaste, abrazándote las rodillas para no caerte, y no te levantaste hasta que se te pasó el vértigo. Ya te había advertido sobre los peligros de ser presa del pánico, que aparece de pronto, como un accidente. Incluso entonces, ya sabías que no debía apoderarse de ti. Te quedaste ahí durante un rato, recordando tal vez las historias que te había contado junto al fuego. Historias de hombres consumidos por el miedo en lo más crudo del invierno, que intentaron huir de su propio miedo corriendo y a los que les entraba tanto calor que se arrancaban la ropa para enfriarse y correr más deprisa. Los cazadores se los encontraban rígidos y medio desnudos en pleno invierno, con una expresión de terror en la cara por haber sido alcanzados por su pánico.

Te levantaste y cogiste el arco que te había hecho. En aquel momento, pensaste que yo acabaría por encontrarte. Si no daba contigo, seguirías tú solo al alce, lo matarías a flechazos, lo limpiarías y lo enterrarías en la nieve. Sólo entonces intentarías volver a casa, para partir de nuevo en mi busca y proporcionarme sustento.

Sobrino grita un nombre que no reconozco: McCaan. Parece un

nombre de alguien de la Compañía de la Bahía de Hudson. Pienso en todos los demás jóvenes que lucharon en esa guerra junto a Sobrino, en tantos que deben de haber vuelto a casa malheridos. Sigue quejándose y temblando, llamando a otros en su sueño. No conozco esos nombres: *Gilberto, Sean Patrick, Ojos Grises, Graves, Breech*. Entre tantos nombres, brilla por su ausencia el de su amigo de la infancia.

Al cabo de un rato, abre los ojos. Su cuerpo no ha dejado de temblar y tiene la mirada perdida en la hoguera, mientras vuelvo a calentar algunos trozos de alce. Morirá si no come pronto. Mastico un trocito para ablandarlo y, cuando tiene los ojos cerrados, deslizo el trozo en sus labios directamente de los míos. Intenta escupirlo, pero le mantengo la boca cerrada hasta que se lo traga. Vuelvo a hacer lo mismo, y otra vez más. Consigo que se lo trague casi todo.

El sol está bajo, pero aún calienta. Caigo en un sueño ligero, hasta que su voz me despierta.

—Mira mi pierna, Tía —susurra, enfadado—. Mira lo que queda de ella.

Se ha subido la pernera del pantalón. Donde debería estar la rodilla sobresale un muñón rojo e inflamado. Mi estómago se contrae al verlo. Sobrino tiene los ojos descontrolados a causa de la fiebre. No debe malgastar la poca energía que le queda.

—Silencio —digo—. Tienes que descansar.

—¿Qué voy a hacer con esto? —me pregunta, mientras patalea débilmente contra el suelo.

—Aprenderás a andar con muletas casi tan bien como con las piernas —digo—. Cuando te lo propongas.

Empieza a maldecir e intenta escupir en el fuego, pero le gotea en la barbilla. Ahora no está por completo en este mundo. Una parte de él ha muerto y estira de la otra parte para llevarla consigo.

Como no sé qué otra cosa puedo hacer, reanudo la historia.

Cuando viste que habías estado siguiendo las huellas del alce y no las de tu tía, te dijiste a ti mismo que no debías asustarte, algo muy valiente viniendo de un muchacho de seis inviernos. Al seguir las huellas, percibiste que se internaban en la tupida maleza y, cuando las ramas te arañaron la cara una vez más, sentiste que el coraje se desvanecía lentamente.

Pero no tenías otra opción que seguir avanzando. Al cabo de

medio día, las huellas te condujeron hasta la orilla de un lago. La nieve era profunda. Viste la huella de la panza del alce al entrar en el lago. Te paraste a medio camino para recuperar el aliento y, en ese momento, viste al alce en la otra orilla. Su enorme cornamenta lucía bajo el sol. Sabías, por lo que yo te había contado, que estábamos en el mes más frío y eso significaba que pronto se le caería la cornamenta para permitirle desplazarse con más facilidad por la espesa maleza y la nieve profunda. Le saldrían y empezarían a crecerle nuevas cuernas tan rápidamente que volverían a ser enormes en el siguiente verano, listas para ser utilizadas en la época de celo contra otro alce macho.

¿Recuerdas cuando tenías el viento a favor y el alce no había advertido tu presencia? También te había explicado que la única defensa del animal era su olfato. El alce es tan miope como un abuelo. Tu miedo casi se desvaneció por completo mientras te mantenías lo más quieto posible, pensando en maneras de acercarte más.

Al mirar las flechas, te parecieron pequeñas comparadas con la envergadura del alce. Pensaste que, si te movías muy lentamente, el alce no percibiría tu presencia. Estaba demasiado ocupado comiendo. ¿Recuerdas cuando te quitaste la manopla con los dientes? ¿Y cómo sacaste la flecha más recta y puntiaguda del carcaj que llevabas a un lado? Debió de parecerte que el tiempo se había detenido; aunque ya te dolía la mano a causa del frío, conseguiste colocar la flecha en el arco sin hacer ruido.

Sobrino grita, pero vuelve a calmarse. Sigo susurrándole al oído.

Tus primeros pasos con las extrañas raquetas eran cuidadosos y sigilosos. Fue entonces cuando pensaste que no se te escaparía. De pronto, como si hubieras dicho tu pensamiento en voz alta, el alce volvió la cabeza y te miró fijamente. Una nube blanca le salió de la nariz, como si dentro de él ardiera un fuego. Agitó la cabeza disgustado, se dio la vuelta y caminó hacia el sotobosque, partiendo ramas a medida que se adentraba.

Tú seguías allí, oyendo cómo el alce tronchaba a su paso las ramas, que se partían como disparos. Tu mano destapada temblaba de frío, que debió de haberse apoderado de ti al estar tanto rato inmóvil. Junto con el frío, también el miedo penetró en ti. Para luchar contra él, te pusiste la manopla y empezaste a andar,

siguiendo las huellas.

—Si tuviera un rifle, podríamos alimentarnos los dos durante los meses difíciles —dijiste en voz alta. Siguiendo hábilmente las huellas, incluso bajo una ventisca, empezaste a crear tu propia historia. Podías percibir el olor del animal antes de que él te oliera a ti. Las flechas rebotaban inofensivas contra su dura piel, y eso demostraba que merecías un arma de hombre en vez de un juguete. La bestia se volvió y, al verte, se le cayeron los cuernos de pánico. Tía te habría dado un rifle allí mismo, pero entonces pensaste que nunca más volverías a verme y te brotaron lágrimas de los ojos, que se helaron antes de llegar a las mejillas.

Poco a poco, mientras sigues el rastro del alce, vas masticando el miedo bocado a bocado, dejando que tu hambriento estómago lo disuelva. Tía verá tus huellas y las seguirá, o llegarás a algún sitio que conozcas. Volverás sobre tus pasos y encontrarás el camino a casa, aunque el espeso bosque que has atravesado te impide volver atrás.

¿Fue entonces cuando te asaltaron las historias sobre los *windigos*? Te los imaginabas altos como árboles y con dientes puntiagudos, mientras avanzabas dificultosamente por la nieve, que brillaba bajo el sol de la tarde hasta llegar a molestar. Habías oído que Tía era una exterminadora de *windigos*. Provenías de una familia de exterminadores y sabías que los *windigos* existían.

Sobrino forcejea cuando oye esas palabras y grita otra vez. Espero que vuelva a calmarse.

Cuando el sol había superado su cenit y aún no había ni rastro de Tía, oíste un gran estruendo en el bosque, un ruido que no habías oído nunca. Estabas seguro de que te habías topado con un *windigo*. Era ruido de patadas en la nieve, como si hubiera mucha gente silbándose unos a otros y tronchando ramas secas. Pensaste que sólo podías hacer una cosa: tensar tu arco y acercarte al claro de donde provenían los ruidos.

En medio del claro, sobre un pino cuyas agujas habían caído hacía mucho, estaba el mayor urogallo que habías visto nunca, graznando y batiendo las alas. Debajo de él había treinta o cuarenta urogallos que, todos a la vez, daban vueltas alrededor del árbol. ¿Te acuerdas de cómo bailaban uno junto al otro, dando vueltas mientras el gran urogallo graznaba y los guiaba? ¿De cómo te

quedaste mirándolos hasta perder la noción del tiempo? Entonces sucedió algo extraordinario: el gran urogallo dejó de aletear y graznó de nuevo; los otros se detuvieron inmediatamente, ahuecaron las plumas hasta que pareció que habían doblado su tamaño y reanudaron su danza en otra dirección. Nunca habías visto nada parecido. Además, nadie lo creería…, ¡una danza de aves en medio del bosque!

La pauta de su danza te recordó algo que viste en una ocasión en que conseguiste escapar de la vigilancia de las monjas. Te recordaba a cuando tu gente se reunía en verano para celebrar una estación próspera, una tradición que se celebraba a pesar de las severas admoniciones de la iglesia *wemistikoshiw*. Te quedaste contemplando la danza de las aves, iluminadas por el resplandor de miles de diminutos cristales de copos de nieve. Sus movimientos te recordaban a la danza de tus congéneres en los ritos de paso del invierno al verano y de nuevo al invierno, ese baile a través de los años.

Por primera vez fuiste consciente del círculo. Aunque no podías expresarlo con palabras, entendiste el ciclo de las estaciones, el tipi, la tienda que se agita, el *wigwam*[17], el círculo de fuego, el *matatosowin*. Viste el ciclo de la vida en el círculo y entendiste que siempre volverías, de alguna forma u otra, al lugar de donde procedías.

Sobrino está más tranquilo y respira mejor. Contempla el fuego y las rocas que se calientan en el centro. Vuelve al río en el que empezó su viaje, pero esta vez está conmigo.

Me quedo callada durante un rato, vacía de palabras. Le obligo a que coma un poco más, le alimento con mi propia boca. Queda poca comida, y también poca historia. No sé cuántas de mis palabras habrá oído; aunque creo que algunas se han deslizado en su cabeza. Reanudo la historia por tercera vez, la última.

Sobrino, fuiste testigo de esas aves danzando en círculo y comprendiste cuánto tenemos en común. Te olvidaste de tu miedo mientras las observabas y todo terminó tan repentinamente como había empezado. El gran urogallo y unos pocos rezagados se quedaron todavía unos instantes, pero pronto el gran urogallo batió las alas y salió volando. Debiste de sentirte solo y hambriento; no habías comido nada desde aquella mañana.

Una de las aves rezagadas, que debía de ser hembra a juzgar por sus colores, estaba sola, posada sobre un pino. Tensaste el arco con la misma flecha destinada a un *windigo* y calculaste la distancia. Tenías los músculos fríos y te dolían por haber estado tanto rato inmóvil. Apuntaste un poquito por encima del ave y dejaste ir la flecha, con el brazo derecho recto y los dedos de la mano izquierda al lado de la oreja, tal como te había enseñado. La flecha silbó y voló a toda velocidad hasta atravesar el pecho del urogallo, que cayó de la rama, muerto antes de tocar el suelo. Te pusiste de pie y fuiste a buscarlo.

Apilaste ramas secas para encender una hoguera lo bastante grande para cocinar y calentarte. Pusiste el ave frente a ti, le desplegaste las alas y pusiste los pies encima, cerca del cuerpo. Cogiste las patas y tiraste de ellas hacia arriba, hasta que la pechuga se separó de las plumas. Luego la pinchaste en un palo y la pusiste al fuego. Mientras se asaba, desplumaste las alas y las colocaste sobre la hoguera. Tenías hambre. Para entretener la espera, rebuscaste en las entrañas y rompiste el buche para ver qué había comido. Sólo unas agujas de pino.

Entonces fue cuando me acerqué a ti.

—Huele bien —dije, y te asusté tanto que casi te caes en el fuego—. ¿Vas a compartirlo conmigo?

Nos comimos el ave sin decir nada. Estabas contento de volver a verme. Te dije que te habías desenvuelto muy bien solo, aunque hubieras ahuyentado al alce, y que muy poca gente tenía la suerte de ver la danza del apareamiento del urogallo. Entonces te percataste de que todo el tiempo estuve cerca de ti. En vez de enfadarte, parecías estar orgulloso. En ese momento supe que serías un gran hombre de bosque, Sobrino.

Hago una pausa y escucho su respiración. Su cuerpo tiembla ligeramente cada pocos minutos.

A la mañana siguiente, reemprendimos el rastreo del alce. Tardamos dos días en dar con él. ¿Te acuerdas? Te di mi viejo rifle, que era más alto que tú, y te dije que le apuntaras un poco más abajo y más atrás de la espalda. Apuntaste y disparaste perfectamente y cuando seguíamos su rastro de sangre noté que la bala le había entrado en los pulmones. Cuando lo encontramos, le dimos muerte y comimos hasta hartarnos. Luego llenamos nuestros

fardos cuanto pudimos y enterramos el resto.

Cuando volvimos a casa con nuestro premio, invitamos a un banquete a todos los *awawatuk* que quisiesen venir. Fue una ocasión especial para ti. ¿Recuerdas cuando vinieron todos esos indios del bosque y te trajeron regalos, plumas de águila, collares, amuletos y balas? ¿Te acuerdas de lo bien que comimos? Carne, pan con tocino, bayas secas…

Después de comer, nos quedamos sentados, hablando y riendo. Éramos más de diez. Los hombres alababan tus habilidades de cazador, mientras el fuego esbozaba sombras sobre la corteza de árbol de nuestra casa. Estábamos sentados sobre ramas de pino recién cortadas. ¿Recuerdas su aroma?

Ahora puedo oír la desesperación en mi voz. Sobrino está tan caliente que el sudor de su cuerpo se evapora al instante. Ahora es cuando tendrá que decidir. Puedo sentir la lucha en su interior.

Te pedí que contaras la primera vez que cazaste. Te ruborizaste, pero era por orgullo. Entonces contaste cómo había ido aquel día: que me perdiste pero seguiste avanzando, que el resoplido del alce parecía una risa en aquel lago helado, que te preocupaste por que los *windigos* pudieran capturarte y de cómo te topaste con los urogallos y viste su danza. Tus manos bailaban al compás de la historia, Sobrino, y los niños te escuchaban con la boca abierta.

—¡Enséñanos cómo bailaban los urogallos! —dijo el viejo Francis.

Te pusiste de pie, eufórico por ser el centro de atención, e hiciste que todos se pusieran alrededor del fuego. Empezaste a imitar al gran urogallo y los demás elevaron los brazos y se movieron en círculo alrededor de la hoguera. ¿Recuerdas? Gritabas y nosotros dábamos vueltas en círculo hasta que levantabas los brazos y volvías a gritar, que era la señal para que juntásemos los dedos por encima de las cabezas y nos moviésemos en dirección contraria. Agitabas los brazos como si fueran alas y todos nos reíamos. Entonces fue cuando dije:

—Desde ahora te llamaremos Pajarito Bailarín.

Todos se rieron y estuvieron de acuerdo en que era un buen nombre para ti.

Sobrino se ha quedado quieto. Contengo la respiración para ver si aún sigue allí. Mis ojos se llenan de lágrimas. Le noto los latidos

del corazón a través de las costillas.

Relajo el cuerpo para dormirme y unirme a él en sueños, para intentar soñar lo mismo que él: noches bañadas de rojos y verdes, caras de soldados que ha conocido. El aire se convierte en veneno, los hombres llevan máscaras monstruosas. Sobrino está huyendo de algo. Todos huyen de algo. Terror. Se vuelven para mirar. Es Elijah.

Nipiwin
Morir

Al despertar, estoy con Tía junto al fuego. Tenía tanto dolor que subí a la canoa para escapar de él. Ahora estoy aquí y ella ha estado contándome la historia de mi infancia. Antes de Elijah.

Ya no puedo escapar de él. No tengo fuerzas para eso. Recuerdo nuestro último día juntos.

Nos ordenan avanzar por un campo flanqueado por dos setos. El problema es que el enemigo dispone de una ametralladora y de proyectiles en algún lugar cercano a la linde del pueblo que nuestra compañía tiene que tomar. Cada vez que un soldado intenta cruzar es disparado o bombardeado antes de llegar a la mitad. Los proyectiles levantan violentamente la tierra del campo que separa a los canadienses de Fritz.

El oficial al mando, a salvo en su búnker, decide que si no podemos pasar separadamente, iremos en grupo. Me dan ganas de gritar cuando oigo esa orden. Quisiera encontrar al oficial al mando para obligarle, a punta de pistola, a ir el primero. Empiezo a decir palabrotas, primero susurrando y después en voz alta. Los demás no están acostumbrados a oírme hablar y se quedan mirándome, pero estoy tan enfadado que me da igual. Profiero todos los tacos que sé, en cree y en inglés.

—¡Ése era bueno! —dice el Gordo riéndose.

Me arranco la identificación que llevo colgada al cuello.

—¡No formo parte de un ejército tan estúpido! —grito, y la arrojo al suelo.

En el cuello me cuelga ahora la bolsita de las medicinas. Ahora sólo soy eso.

—¿Qué es este alboroto? —dice el teniente acercándose por

detrás.

Nos agrupamos y miramos fijamente hacia el campo. Quiero protestar, pero las palabras en inglés se confunden en mi mente antes de llegar a los labios.

—¿Vamos, caballeros? —dice el teniente poniéndose de pie de un salto y trotando hacia el campo.

Tan pronto como los demás nos levantamos y lo seguimos, oigo el tunc de una granada de mortero y veo que el teniente sale volando mientras agita los brazos como si hubiera descubierto de pronto el secreto de volar. Antes incluso de que caiga, observo que sus piernas aún están en el suelo, como si alguien las hubiera cortado limpiamente y colocado allí. Tropiezo con ellas, lo que es una suerte, porque ya se oye el tableteo de la ametralladora y el silbido de las balas sobre mi cabeza.

Nunca me había arrastrado tan rápidamente por el suelo. Algunos compañeros caen muertos encima de mí, otros mueren incluso antes de caer. Elijah brinca delante de mí, dispara hacia la ametralladora con su revólver y se protege detrás del seto. Yo también me pongo de pie y corro con todas mis fuerzas. Las balas levantan la tierra a mis pies, y eso me hace correr aún más rápido. Consigo llegar hasta el otro seto y, al volverme, veo a mis compañeros corriendo o cayéndose.

Un proyectil va a parar justo en medio del pecho de un soldado, que se desintegra en un chorro de pedazos rojos. El Gordo, que está detrás de él, se tapa los ojos y chilla.

—¡Corre, Gordo, corre! —gritan algunos desde detrás del seto.

Parece que consigue orientarse por las voces y se acerca torpemente hacia nosotros, mientras los disparos de ametralladora le rodean como abejas irritadas. Increíblemente, consigue llegar hasta el seto y cae como un fardo sudoroso a nuestros pies. Entre tres, lo arrastramos a un sitio más seguro.

Ahora Elijah está al mando. Echa un vistazo a través de su seto; el nuestro está siendo destrozado a balazos.

—No podemos quedarnos aquí, chicos.

En ese momento, vuelven a silbar los proyectiles, primero desde el bando alemán y después desde el nuestro. Los proyectiles alemanes caen cada vez más cerca de nuestro escondite.

Elijah señala un gran cráter en el campo cuyo borde nos puede

ser útil, pero está a una distancia mortal de veinte metros.

—X, ven conmigo —grita Elijah con una sonrisa en los labios—. Los demás disparad sin parar, alguien tiene que acabar con ese fuego de ametralladora. Cuando X y yo lleguemos al cráter, retroceded e informad al oficial al mando de que necesitamos refuerzos.

Me doy cuenta inmediatamente del error de juicio de Elijah. Lo peor que podríamos hacer sería quedarnos los dos solos en el cráter, sin nadie que nos cubra. ¿Por qué querrá Elijah que nos quedemos allí?

Se pone de pie y me espera.

Mi cuerpo se incorpora contra mi voluntad, Elijah ejerce demasiada influencia en mí. El río por el que hemos navegado en estos últimos años, desde que dejamos Mushkegowuk, se ha convertido en un torrente. Ya no puedo achicar el agua y llegar a la orilla. Me levanto y me uno a él.

—*Ashtum* —dice Elijah—, ven.

Agachados, atravesamos el seto y corremos hacia el cráter con todas nuestras fuerzas. La ametralladora reanuda su martilleo. Las balas pasan silbando por encima de mi cabeza, una de ellas me rasga la manga de la camisa. Me escuece el brazo. Elijah va delante de mí y se mueve en zigzag, como si supiera exactamente qué camino tomar. Intento seguirle, aunque espero que una bala me derribe, pero eso no sucede. Nos tiramos dentro del cráter y nos arrastramos hacia el fondo.

No siento el brazo, no me responde cuando intento moverlo para mirar la herida. Veo que me ha entrado una bala en el bíceps, por donde sale sangre a cada latido del corazón.

Saco un torniquete de la mochila y, agarrando uno de los extremos con los dientes, cubro con el otro extremo el orificio del brazo y lo aprieto con fuerza. No siento dolor. Ahora sale un poco menos de sangre. Me zumban los oídos. Miro a Elijah, que está echado de espaldas mirando al cielo, sonriendo. Le brota sangre de una mejilla, tal vez debido a un trozo de metralla, pero no parece notarlo.

—¿No es hermoso? —grita—. Vamos.

Se vuelve y se arrastra hacia el borde del cráter para mirar afuera. El fuego de ametralladora acribilla la tierra alrededor de su

cabeza. Su pelo sucio está más largo que nunca y algunos mechones despuntan por encima de los otros. La sangre de la mejilla le corre por el cuello hasta la casaca. Retrocede gateando.

—Dame tu Máuser —dice—. Yo lo llevo.

—*Mo-na* —le digo, y desvío el fusil—. Los dos podemos llevarlo.

Ahora no quiero quedarme sin arma.

—Muy bien —dice, apartando igualmente el suyo—. Pongámonos uno a cada lado del cráter. Cuando yo diga, empecemos a disparar —añade con una amplia sonrisa.

Me arrastro hacia el otro lado y subo con cuidado hasta el borde. Descubro el visor, compruebo el mecanismo y pongo una bala en la recámara. Luego miro a Elijah.

—Está en las doce en punto —grita—. No puedes fallar.

Sacamos a la vez los fusiles por el borde del cráter. A través del visor busco frenéticamente al que sirve la ametralladora. Lo hemos desconcertado. Me dispara a mí primero y falla por más de un metro, luego se vuelve hacia Elijah. Veo la ráfaga que sale del cañón de la ametralladora, en un búnker de tierra delante de mí, y apunto hacia ella mientras dispara a Elijah.

Tengo un buen tiro, pero decido esperar.

Elijah dispara y falla, vuelve a cargar y dispara de nuevo, mientras grita y se ríe.

—¡Dispara! —me parece oír que grita.

Apunto un poco por encima de la ráfaga de ametralladora.

—Niska, Tía —susurro, justo antes de apretar el gatillo.

Los zumbidos inundan de nuevo todo mi mundo. Me arrastro hacia Elijah. Cuando estoy a su lado, me tumbo y me quedo mirando el cielo. Elijah está boca abajo, sin moverse, atisbando por el visor. Sin alzar la vista, busca algo en su abrigo. Me estiro. Saca un paquete de cigarrillos y me alcanza dos, sin apartar la mirada del visor. Ya no tengo el brazo tan insensible, pero me escuece mucho.

—Enciéndelos y dame uno —dice—. Siempre fuiste mejor tirador.

Lo miro para asegurarme de que ha dicho lo que me ha parecido oír.

La tapa de metal de mi mechero tintinea al abrirse. En ese momento, un gran destello ilumina la tierra delante de nosotros.

Oigo el ruido estridente de un proyectil, que pasa como un rayo por encima de nuestras cabezas y explota cerca. El mundo estalla de nuevo a nuestro alrededor. Elijah sigue apuntando con el visor.

—Tenemos que salir de aquí —grito—. Este bombardeo es demasiado intenso.

Finalmente, Elijah aparta el visor y me mira, con una sonrisa triste dibujada en la cara ensangrentada. Me dice algo que no puedo oír con todo este ruido.

—Ambos no podemos… —murmura.

Otro proyectil cae muy cerca de nosotros y la ardiente onda expansiva succiona todo el aire a nuestro alrededor.

—¿Qué? —grito, con los ojos fijos en sus labios.

—Vete —me dice entre dientes.

Aún sonríe, sus dientes brillan. Se sienta y se acerca para abrazarme. Cuando sus manos me tocan, un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Lo aparto, el brazo herido me pesa mucho. Elijah no se rinde y vuelve a rodearme con los brazos. Ya no sonríe, en la boca se le dibuja una mueca de enfado.

Ya no puedo pensar. Forcejeo con Elijah hasta quedarme encima de él. Su semblante está tranquilo y la boca es apenas un débil trazo. Intenta meter la mano en el abrigo, mientras me empuja en el pecho con la otra. Le aprieto la garganta con ambas manos. No sé qué hacer. Monto a horcajadas sobre la cintura de Elijah y le aprieto el cuello con todas mis fuerzas. Las manos me resbalan con su sangre. Los ojos de Elijah se abren de par en par por un instante, pero luego se cierran. Empieza a golpearme en la cabeza, la nariz, las costillas, en el brazo herido. Grito y aprieto aún más fuerte. La lengua le asoma por la boca. La cara se le ensombrece.

—*Mo-na* —jadea Elijah—. *Mo-na.*

Se oye un silbido, al principio débil y lejano. Un proyectil cae cerca de nuestro cráter y me separa de Elijah. Me he quedado jadeando de espaldas, con la boca y los ojos llenos de tierra. Me froto los ojos. Cuando recupero la visión veo a Elijah de rodillas a mi lado, mirándome fijamente.

—¿Por qué? —susurra.

Siento como si la cabeza se me hubiera partido en dos por la explosión. No puedo moverme, sólo mirarle, mirar sus labios.

—¿No somos amigos, Xavier? Somos buenos cazadores y los

mejores amigos, ¿no es así?

Vuelve a ser mi viejo amigo. Puedo ver el niño herido que hay dentro de él. Asiento.

—Siempre fuiste el mejor cazador —dice mientras se me acerca.

Me rodea el cuello con las manos, o eso creo.

—Esto ha ido demasiado lejos, ¿no es así? —dice—. He ido demasiado lejos, ¿eh?

Sus palabras despiertan mi cuerpo entumecido. Me aprieta la garganta con fuerza y entonces me vienen a la mente las palabras de esa carta, Niska: *Haz lo que tengas que hacer*. No puedo respirar. Elijah me está matando. Con el brazo sano palpo la tierra que tengo al lado. Mis dedos agarran un rifle. Golpeo a Elijah con la culata en un ángulo extraño y la dura madera le da en un lado de la cabeza. Cae al suelo.

Con las pocas fuerzas que me quedan, me incorporo sobre las rodillas y sujeto el fusil con ambas manos. Es el Máuser, mi excelente fusil alemán. Elijah está de espaldas, mareado y mirando al cielo, con una ligera sonrisa dibujada en la cara. Vuelvo a sentarme a horcajadas encima de él, le pongo el fusil en la garganta y le miro a los ojos. Le caen gotas de agua en las mejillas. Parece lluvia, pero luego advierto que son mis lágrimas. Le aprieto el fusil contra el cuello. Él lucha y patea en el suelo.

—Elijah, Elijah —susurro, mientras las lágrimas me nublan los ojos.

Elijah ha dejado de luchar, sólo me mira fijamente.

—Te has vuelto loco. No hay vuelta atrás desde donde estás.

De nuevo le aprieto el fusil contra el cuello. Los ojos se le llenan de lágrimas y su rostro enrojece. Intenta susurrarme algo, pero no puedo permitir que lo haga. Debo acabar con esto. Me he convertido en lo que tú eres, Niska.

Apoyo todo el peso del cuerpo en el fusil. Elijah me suplica con la mirada. Quiero detener lo que he empezado, pero algo fuera de mí ha tomado el control. Mis lágrimas caen abundantemente sobre su cara. La boca busca una bocanada de aire y le sobresalen venas en la frente.

Justo cuando empiezo a pensar que Elijah está hecho de algún material irrompible, el fusil se le hunde en el cuello y noto el gaznate debajo. Se ha quedado inmóvil, mirándome fijamente con

los ojos abiertos.

¿Cuánto rato llevo aquí, encima de mi amigo, mirándole mientras mis lágrimas dejan surcos en la suciedad y la sangre de su rostro? Al cabo de un rato, me siento, me abrazo las rodillas y empiezo a mecerme suavemente, mientras los proyectiles silban y explotan a mi alrededor. Mi amigo yace tranquilo con los brazos abiertos, dándole la bienvenida al cielo. Finalmente, me acerco a él una vez más.

Le palpo el cuello, cojo su bolsa de medicina y tiro de ella. No quiere romperse. Estiro fuerte y la cuerda de piel cede. Cuando se la quito del cuello, veo que lleva la identificación enrollada. La guardo en el bolsillo interior de mi abrigo. Rebusco en los bolsillos y cojo sus pocas posesiones: el peine, unas pocas balas, la bonita caja con la medalla y una foto de nosotros dos tomada en Toronto hace mucho tiempo. Elijah sonríe a la cámara y yo miro para otro lado, nervioso. Somos unos chicos con el pelo recién cortado, abrazados como hermanos. Me la guardo también en el bolsillo.

Justo en el momento en que le estoy cerrando los párpados, empiezan a bombardear otra vez. Le echo puñados de tierra encima, ya que no puedo encontrarle un lugar apropiado en los árboles. De todas maneras, su *ahcahk* es fuerte, encontrará el camino. Cuando lo he cubierto lo mejor posible, pongo mi fusil encima, el que ha estado deseando durante tanto tiempo.

Me pongo de pie en el cráter y, más que oír, siento los proyectiles que continúan explotando a mi alrededor. Salgo caminando del cráter y me dirijo hacia el lugar del que vine, tropezando con la tierra removida. Tengo el brazo muerto. Estoy pensando que ya nada importa, cuando siento un ruido sordo, una gran ráfaga me envuelve y salgo volando, a más altura de la que nunca he estado. Cuando miro hacia abajo me parece ver a Elijah mirándome fijamente, con una sonrisa y los brazos abiertos.

Varias caras me observan. Floto a través de la oscuridad, de vuelta hacia la luz. Alguien con bigote me mira fijamente, me toca la frente y dice:

—No lo conseguirá.

Mientras floto, oigo el silbido de proyectiles a mi alrededor. Los veo pasar por encima, como rayos surcando el cielo. Ya no floto, estoy en el barro, rodeado de hombres muertos o malheridos. Se

ponen de pie, me cogen y vuelvo a flotar de nuevo.

Esto debe de ser el camino de tres días.

Aún estoy viajando. Otro hombre me mira.

—Éste está fatal —susurra, antes de volverse.

No siento dolor, floto en un cálido río bajo el sol.

—¿Aún vive? —dice otro—; éste es famoso, es un héroe.

—¡Elijah! —grito, aunque no tengo voz.

Estoy atrapado en mi cuerpo. Pienso que Elijah puede ayudarme a entender qué me ocurre, pero entonces me acuerdo y me altero, hasta que viene alguien y me pincha en el brazo. Me deslizo de nuevo por el río soleado.

Me balanceo violentamente. Estoy en un lugar oscuro, a mi alrededor hay almas que se lamentan y gritan. Éste es el lugar del que hablan los cristianos. Soy un hombre malo. Algo golpea el muro que tengo al lado, una y otra vez, rítmicamente. ¿Es Elijah, que llama para que le dejen entrar? Quiero tener a mi amigo a mi lado, necesito pedirle perdón. La habitación en la que estoy da vueltas hasta hacerme caer de la cama. Unas punzadas sordas me recorren el brazo y las piernas. ¿Es dolor? Sí, lo es. Se ha apoderado súbitamente de mí, como si hubiera pisado un nido de avispas. Quiero levantarme y correr, pero no puedo. Alguien me sujeta. Un hombre gigantesco. *Es una gran tormenta. Esa última ola casi nos hace zozobrar. No las tenemos tan grandes en el canal*. Luego todo vuelve a la calma.

Estoy en una habitación, en una cama, mirando a través de un gran ventanal. Una rama de árbol negra y sin hojas se recorta contra el cielo gris. Con gran esfuerzo, consigo volver la cabeza lentamente. Sólo soy uno más en una larga fila de camas. Todas están ocupadas. Me veo desde arriba, cubierto por una sábana blanca. Algo está mal. ¿Qué es lo que falta?

Se puede oír el eco de una canción que resuena en el pasillo. Luego suena más cerca y, de pronto, la canción me envuelve como si se hubiera abierto una puerta. A mi alrededor hay mujeres de blanco, sonriendo y cantando. Puedo oír sus voces débilmente y de lejos, como el fonógrafo que escuché una vez, pero con el volumen al mínimo. Una de ellas se me acerca y me sonríe con dulzura.

—La guerra ha terminado —susurra—. La guerra ha terminado.

—Elijah —digo, agarrándola.

—Sí, Elijah —murmura—. La guerra ha terminado, eres un héroe.

Cuando despierto en plena oscuridad, un gran dolor me recorre la pierna izquierda. Asciende por el cuerpo y me quema el brazo. Ahora recuerdo que me dispararon en el brazo. Pero ¿qué ocurrió luego? Al tocarme el brazo, palpo el vendaje que lo envuelve. El dolor en la pierna aumenta y palpita tan intensamente que me hace gritar, aunque lo único que me sale de la boca es un patético graznido. Y entonces recuerdo. No es un sueño. Hice lo que hice. Intento sentarme, ponerme de pie, correr, huir. El cuerpo no me responde. Grito.

Una mujer de blanco se me acerca. Es una enfermera. Me acuesta dulcemente y me ruega silencio con un susurro. Tiene una boca bonita.

—Échate —dice—. Dime qué te duele.

Busco las palabras correctas en inglés. Me duele en tantos sitios…

—La pierna, esta pierna —susurro finalmente, acercando la mano para tocármela—. Me duele mucho.

La enfermera tiene la mirada triste.

—Se llama dolor fantasma —dice.

Le sigo el movimiento de los labios. No conozco esas palabras.

—Estaba muy dañada —añade—. Los doctores tuvieron que amputarla.

Abro los ojos como platos. No entiendo, no quiero creerlo. Palpo la cama y no encuentro la pierna. Cuando noto el muñón que sobresale de la cadera, una sombra se cierne bajo mis párpados.

—Todo irá bien, cabo Whiskeyjack —murmura.

La miro.

—Vivirás. Eres un héroe.

—*Mo-na* —susurro—. Xavier Bird.

—Tu amigo Xavier ha muerto.

Me mira con simpatía. Intento librarme de ella, debo incorporarme y arreglar todo esto. No soy Elijah, soy Xavier Bird. La enfermera grita. Otra enfermera llega con una jeringuilla y me pincha en el brazo antes de que pueda impedírselo. Siento el cálido río que se aproxima y, lentamente, lentamente, me dejo llevar por él.

Ahora emerjo más a menudo de la oscuridad y la calidez hacia el doloroso gris del mundo. Cuando siento el cuerpo, desearía volver a zambullirme. Mi amigo se me acerca; aunque quiero pedirle perdón, intento desesperadamente arrastrarme de vuelta hacia la oscuridad. La única cosa que me proporciona algún consuelo es la aguja, la medicina. Me descubro pidiéndola cuando estoy mínimamente consciente para hacerlo. Normalmente, las enfermeras se apiadan de mí, me acarician la frente y me susurran que soy un héroe y que he servido al rey y a la patria más allá del deber, mientras me introducen la aguja en el brazo.

¿Por qué me llaman Elijah? ¿Es una broma que él me gasta desde el otro mundo? Soy Xavier. ¿O no? Hay algo tranquilizador en el hecho de ser Elijah, algo atrayente en ser el héroe, el que siempre hace lo correcto y dice el comentario gracioso. Ahora entiendo su pasión por la medicina, que se lleva todo lo malo. La medicina convierte el mundo en un sitio cálido e íntimo.

La luz gris que penetra en la habitación no varía. La intensa lluvia repiquetea en los cristales de las ventanas. La guerra ha terminado. No siento nada. Los ocupantes de las camas que me rodean se van marchando paulatinamente. Se van caminando con ayuda de las enfermeras o simplemente desaparecen una mañana. Sé adónde van. Yo no intento ir a ninguna parte. Estoy encallado entre estos dos sitios. Todo lo que deseo es el consuelo del río. A veces oigo voces cerca de mí, como si hablaran desde el otro extremo de un largo tubo, pero generalmente reina el silencio, y ese silencio me ayuda un poco.

Una mañana, el doctor se sienta en mi cama y habla lo bastante alto para que pueda oírle bien.

—Tengo muletas para ti, cabo Whiskeyjack. Es hora de que empieces a intentar caminar de nuevo.

Le veo como si estuviera muy lejos de mí y observo el movimiento de los labios. Luego vuelvo la cabeza.

La enfermera de la boca bonita trata de congraciarse conmigo. Quiere que intente ponerme de pie. Se sienta en el borde de la cama y me habla, consciente de mis problemas de audición. Una mañana, cuando me despierto, ella aguanta un cartel con palabras en inglés delante de mí. Mirándola a los ojos, niego con la cabeza. Tiene los ojos grises, pero no como el gris del cielo en este lugar, sino el gris

que sigue a la tormenta, antes de que el cielo se vuelva azul de nuevo.

—No puedo —susurro.

—Tienes que mejorar, cabo Whiskeyjack —dice, moviendo lentamente los labios para que pueda entenderla—. Eres un buen hombre. Eres tan valiente que quieren concederte otra medalla.

Entonces, con expresión triste, añade:

—Tu amigo Xavier ha muerto.

Miro sus labios fijamente.

—Intentaste salvarlo. Para rescatarle, unos soldados te vieron salir caminando de un refugio hacia un lugar que estaba siendo bombardeado. Dicen que estabas buscándolo. Eso es lo más grande que un hombre puede hacer por un amigo.

Una noche, no puedo dormir y sudo copiosamente. Llevo todo un día sin pedir la medicina. Mi cuerpo irradia dolor. Necesito mantener la cabeza clara, entender esta horrible broma que se me está gastando. Trato de incorporarme. El dolor me recorre todo el cuerpo. Lo intento una y otra vez. Me palpo la pierna y todo lo que encuentro es un muñón. El brazo no me responde cuando quiero moverlo. Me vuelvo y veo la mesita de noche. Está vacía. Acerco el brazo útil y palpo un cajón. Lo abro y rebusco dentro. Hay una suave bolsita, mi bolsa de medicinas. La saco y busco en el interior. Hay una identificación. Me la acerco a los ojos y, con la débil luz de la luna que entra por la ventana, veo las palabras inglesas. No son las de mi nombre, aunque reconozco las formas y el orden. Elijah. Es entonces cuando los recuerdos se apoderan de mí como un fuego arrasando el bosque. Veo a Elijah muerto en el cráter, veo mis manos cogiendo su bolsa de medicinas y su identificación del cuello y guardándolo todo en mi bolsillo. Me deshice de las mías. Un lamento, que nace en lo más profundo de mi pecho, crece hasta convertirse en un grito y luego en un aullido.

Ha pasado mucho tiempo, muchos días, aunque no sé cuántos. He tomado la decisión de vivir. Todas las mañanas salgo de la cama a rastras y cojo las muletas. Ahora cojeo por el pasillo. No llamo mucho la atención.

No sé como hacerles entender quién soy. Para ellos, soy Elijah Whiskeyjack, francotirador y explorador. Un héroe. Cuando quiero medicina, le digo a la enfermera de la boca bonita que siento

mucho dolor y que necesito un poco. Entonces se va un momento y vuelve con una jeringuilla. Me paso horas mirando por la ventana, palpándome el muñón a través del pijama doblado con alfileres, sintiendo el cálido río que corre dentro de mí. Es más fácil no decirles nada, no explicarles nada, dejar que piensen que soy Elijah. Así, Elijah aún vive.

Una mañana, mientras camino por el mismo pasillo de siempre, arrastrando las muletas primero y la pierna después, veo que la puerta que da a la calle está llena de gente. Estoy tentado de salir fuera y perderme entre la muchedumbre, pero sé que me arrepentiría de ello. Por primera vez en mucho tiempo pienso en mi hogar. No tengo a nadie allí, no puedo vivir solo en el bosque tal como estoy y me atormenta la idea de tener que vivir en la ciudad. Tal vez me dejen quedarme aquí. Quizá la enfermera de la boca bonita y los ojos grises me cuide.

Una tarde, no mucho tiempo después, dos oficiales llegan, se acercan a mi cama y me saludan. Yo miro hacia otro lado. El pasado me persigue. Uno abre un sobre y lee la carta que contiene. Observo sus labios cuidadosamente. El oficial me dice que puedo volver a casa tan pronto como me sea posible, que soy un soldado condecorado y se me asignará una plaza cómoda en un barco de vapor.

También llueve la mañana en la que me visten con un uniforme nuevo, que me pica mucho. La enfermera de la boca bonita me ayuda a sentarme en una silla con ruedas grandes y a hacerme el petate. Cuando lo coloca a mi lado empieza a llorar. Se me acerca.

—¿Cómo va el dolor? —murmura.

La miro, también con lágrimas en los ojos. Debo decirle que quiero quedarme con ella. Desliza un sobre en mis rodillas y me toma la cara entre las manos.

—Úsalas con moderación. Toma sólo un poco cuando lo necesites, cuando el dolor sea insoportable.

Necesito decirle que quiero estar con ella, pero no encuentro las palabras en inglés. Cuando me alejan de ella, me parece oír el tintineo de las agujas dentro del sobre.

El barco es tan grande como el que me trajo aquí hace años. Esta vez, en lugar de llevarme abajo con los caballos, me instalan por encima del agua en una habitación para mí solo, con una ventana

por la que puedo ver el mar. Algunos oficiales vienen a verme: tenientes, coroneles, incluso un general. Quieren conocer al extraordinario francotirador indio cuya reputación es comparable a la de uno llamado Peggy. Como saben que casi no oigo, me hablan con sus estentóreas voces de barítono y me traen cigarros y botellas de ron. El océano en invierno es encrespado y ellos intentan mantenerse firmes mientras hablan conmigo. Les miro e intento sonreír mientras espero al que descubrirá mi secreto, mi mentira.

Por las noches, que se eternizan hasta la llegada del alba, cuando la lluvia tamborilea en mi pequeña ventana y las olas mecen y golpean el casco del barco, Elijah se me aparece para atormentarme. Temblando, cojo mi petate y busco el sobre, para sentir el cálido y soleado río que viene hacia mí y me eleva.

Ntashiihkewin
Hogar

Ya ha anochecido y las piedras están calientes. Las saco del fuego con dos palos y las llevo una por una al *matatosowin*. Parece como si latieran en la oscuridad. Despierto a Sobrino y le dejo remolonear un poco. Cuando vamos hacia el río, Sobrino se lleva las manos al vientre y se apoya en mí. Le ayudo a quitarse la ropa *wemistikoshiw* que ha llevado durante tanto tiempo y lo lavo con agua fría. Después, yo también me quito la ropa y conduzco a Sobrino al interior de la tienda.

En el *matatosowin* hace un calor agradable. Cuando estamos listos, cierro el faldón y lo ajusto bien. La oscuridad es total.

—Estoy contenta de que estés aquí conmigo —digo en voz alta, para que me oiga, mientras vierto agua sobre las piedras, que silban como si estuvieran vivas y nos bañan en una nube de vapor—. Dime si hace demasiado calor o si no te sientes bien.

Doy las gracias a los cuatro puntos cardinales, a la tierra, al sol, al cielo y a la luna, mientras rocío las piedras con un poco de salvia. Doy las gracias a Gitchi Manitú por el retorno de Sobrino. Me quedo sentada, inhalando el vapor y abriéndome a los manitús.

Sé que, aunque hable alto, Sobrino no podrá oírme. El calor es agradable y relajante en esta primera parte. Las rocas se apagan un poco, por eso las rocío con agua. Mientras las miro, me viene la imagen de aquella mañana, hace tanto tiempo, cuando Sobrino y Elijah se fueron. Les colgué en el cuello una bolsita con medicinas para cada uno y les besé en la frente. Mientras se alejaban, les saludaba con la mano desde la orilla. Ellos se volvían y me sonreían mientras remaban. Ahora soy yo quien sonríe al recordarlo.

Cuando llega el momento, abro el faldón de la tienda y nos

tumbamos fuera sobre la tierra fría, mientras respiramos profundamente. Al cabo de un rato, vuelvo a abrir el faldón y entramos de nuevo. Sobrino me sigue.

Vuelvo a dar la bienvenida a los manitús y vierto otro poco de agua sobre las rocas para calentar más el interior de la tienda. Sigo rociando las rocas con salvia, que salta y chisporrotea al caer en la superficie. Sé que Sobrino también está mirando fijamente el resplandor. Mientras canto mis plegarias, veo destellos en la oscuridad, gritos de furia y de muerte. Veo el caos y percibo la rabia, pero sobre todo siento el miedo. Mi cuerpo tiembla con la explosión de sus bombas. Observo cómo se desploman los hombres, con agujeros de bala en la frente o destrozados por enormes explosiones. Veo un gas verde que se arrastra por el suelo y busca animales que lo respiren para poder matarlos. Veo dolor, mucho dolor. Pero es su terror lo que me debilita, el miedo a tener que arrastrarse sobre sacos de arena y salir corriendo en dirección al enemigo. Entonces hablo en voz alta, pido que los hombres sean perdonados por sus errores. Rocío de nuevo las piedras con un poco de agua para que el vapor se lo lleve todo. Cuando llega el momento, volvemos a salir e inhalamos el aire frío del exterior.

La tercera vez, estoy exhausta a causa del dolor de Sobrino. Siento que su dolor me presiona el pecho, como si alguien se hubiera sentado encima de mí. Echo más agua sobre las rocas y el vapor entra en mis pulmones como un gas venenoso. Me resulta difícil respirar. Empiezo a sentir pánico, algo que no experimentaba en este lugar desde que era niña. Quisiera salir del *matatosowin* y respirar aire fresco. El calor me abrasa los pulmones, por lo que intento agacharme y respirar el aire más fresco que corre a ras de tierra, mientras susurro oraciones a Gitchi Manitú. Algo horrible persigue a Sobrino, incluso aquí dentro, que también amenaza con llevarme. La oscuridad, el sofocante calor y la humedad provocan que esté desesperada por salir, como cuando era niña y entré por primera vez en el *matatosowin*.

Recuerdo las palabras de mi padre. Me concentro en mi corazón desbocado y le pido que se calme. Respiro un poco de aire muy cerca del suelo mientras el calor me quema la espalda. Susurro peticiones una y otra vez. El dolor que Sobrino ha llevado tanto tiempo en su interior está empezando a salirle del cuerpo y a

arremolinarse en este lugar. Su dolor pasa a mi lado zumbando y gritándome, arañándome hasta hacerme sangrar. Primero intenta entrar dentro de mí por la boca, pero aprieto los labios y le escupo un rezo. Luego se me desliza por los pechos, el vientre, las caderas, como una lengua de fuego que estuviese buscando algo. Intenta entrarme por entre las piernas, pero me tapo con las manos. Entonces, me muerde los dedos con sus dientes afilados. Quiero que se queme en este calor.

Vierto más agua sobre las piedras, y luego un poco más aún. Sobrino también se agacha buscando el suelo, quejándose, llorando y susurrando. Estoy preocupada por él y por que su cuerpo no sea lo bastante fuerte, ya que la enfermedad acabará con él si sigue en su interior.

Con el chasquido de la piedra quebrándose a causa del calor, la presencia desaparece. Siento una ráfaga de aire fresco, como si el faldón de la tienda se hubiera abierto por un instante. También percibo algo dentro de la tienda, sentado a nuestro lado.

Sobrino empieza a mascullar algo con la cara junto al suelo, pero es difícil entender lo que dice. La otra presencia en el *matatosowin* no es amenazadora, ni desafía ni tranquiliza. Es una presencia pura, que llena el ambiente. Es la presencia de alguien conocido, joven, hablador. Sobrino le dice algo y enseguida se calla como si estuviera escuchando.

—*Ponenimin* —dice Sobrino—. Perdóname. No tenía otra opción.

Sigue hablando y diciéndole *ponenimin* a su amigo, por haberlo matado en aquel lugar. Me entristece oírlo, pero no me sorprende. Sobrino nunca fue de los que guardan secretos. Después de un buen rato en silencio en medio del calor húmedo, oigo que Sobrino acepta disculpas.

—Pero no puedo perdonarte lo que hiciste allí —dice—. No soy quién para hacerlo.

Vuelve a decir algo en voz baja. No puedo entender qué dice, y tampoco quiero. Sobrino llora, y siento su miedo a la soledad. El *matatosowin* se calma. Me acerco al suelo y, como si fuera un niño entre mis brazos, abrazo a Elijah hasta que tengo que dejarlo ir. Por encima del rumor de las piedras calientes, Sobrino se despide de su amigo entre susurros, hasta que volvemos a ser sólo dos en la

tienda.

Me arrastro hasta el faldón, lo abro, saco fuera a Sobrino y nos desplomamos en el suelo. Sobre nosotros, la oscuridad de la noche ha cubierto totalmente el cielo. Será una mañana muy clara. Siento un hormigueo por todo el cuerpo y la piel enrojecida por el vapor. Miro a Sobrino, que también tiene la piel irritada. Está tan delgado que se le marcan las costillas. Le veo la pierna amputada. El corte es limpio, pero toda la piel de la zona está morada e irritada. Las cicatrices son feas y gruesas, se extienden hasta la cadera como rayos.

Me acerco a él y le susurro al oído.

—Sólo una vez más, Sobrino. No será tan sofocante ni tan doloroso.

Entro yo primero y luego lo ayudo a entrar a él. Vierto más agua en las piedras y, una vez más, el calor me envuelve. Es agradable, después del frío de la tarde. Casi inmediatamente, el calor me ocasiona visiones. Niños. Veo niños contentos, que juegan en la orilla de la Gran Bahía de la Sal. Veo las espaldas bronceadas de dos chicos desnudos que tiran piedrecitas en el agua. Llevan el pelo largo como se llevaba antes, con trenzas de tela roja. Pero esto no es el pasado, sino el futuro. Parecen hermanos. Alguien más los mira junto a mí. Les vigila para mantenerlos fuera de peligro. Yo ya no estoy junto a ellos, los miro desde arriba, contemplando toda la escena. No alcanzo ver a quién los vigila, y no me importa. Sé quién es, y también sé quiénes son esos niños.

El *matatosowin* se llena de esta bella visión y me abandono a ella, entre el perfume del incienso y el susurro de las viejas piedras. Al poco rato, una luminosidad que no había percibido desde que era joven es la señal de que hemos terminado. Nos arrastramos al exterior.

Está a punto de amanecer, me sorprende lo rápido que pasa el tiempo. Estamos tumbados uno junto al otro, con la piel sensible cual recién nacidos y despidiendo vapor como si hubiera fuego en nuestro interior.

Veo en el horizonte la niebla blanca de la *wawahtew*, que empieza a titilar. En esta época del año aún no brillan sus colores. Por primera vez en mucho tiempo, pienso en mi padre. Hay algo de él en esas luces, en esos latidos lentos y regulares, como un robusto

corazón. Ha estado conmigo toda mi vida, nunca me ha abandonado. He necesitado la mayor parte de mi vida para comprenderlo. Está en el cielo nocturno, andando a mi lado en silencio cuando rastreo algún alce. Me ha estado siguiendo, incluso cuando fui a esa ciudad *wemistikoshiw* que él odiaba tanto, a ese lugar al que le llevaron y donde murió.

Al cabo de un rato, me levanto y me visto. Ayudo a Sobrino a vestirse y enciendo una hoguera. Nos sentamos cerca del fuego y contemplamos el cielo tachonado de estrellas. La *wawahtew* brilla más que anoche. El cielo empieza a clarear por el este. Ha sido una larga jornada.

Esta noche no me preocupo por acampar; sólo saco nuestras mantas de la canoa, nos hacemos un ovillo en ellas y nos quedamos mirando el fuego. Pronto tendré que echar más leña para mantenernos calientes. Sobrino respira tranquilo. Oigo ruidos de animales cerca de nosotros, oigo al zorro, a la marta cazando ratones y el aletear de la lechuza ártica. También oigo las pisadas casi silenciosas de un animal más grande, tal vez un lince vigilando con sus ojos amarillos. Me quedo tumbada mirando al cielo y luego a la negra franja del río, que se dirige hacia el norte. Mañana llegaremos a casa.

JOSEPH BOYDEN (Willowdale, Canadá, 1966). Escritor conocido tanto por sus relatos cortos como por sus novelas. Canadiense con antepasados irlandeses, escoceses y «supuestamente» ojibway, ha consagrado su obra a la recuperación de la herencia indígena de su país y al conflicto entre culturas derivado de la adaptación al mundo moderno de las formas de vida tradicionales de los indígenas canadienses.

Su segunda novela, *Trough Black Spruce* (2008), que continúa la saga iniciada con *Tres días de camino*, ganó el Scotiabank Giller Prize en 2008. La tercera novela de la trilogía de la familia Bird se publicó en 2013 con el título *The Orenda*.

En 2013 fue galardonado con la Medalla del Jubileo de Diamante de la Reina Isabel II.

Notas

[1] *Fritz* era uno de los epítetos que designaban a los alemanes en la primera guerra mundial, utilizado sobre todo por los soldados ingleses. (*Nota del traductor*) < <

[2] Tierra de nadie es el territorio no ocupado que separa las líneas de los ejércitos en el frente de combate. (*Nota del traductor*) < <

[3] El apellido del protagonista, Bird, significa «pájaro» en inglés. (*Nota del traductor*) <<

[4] *Tommy* era el nombre con el que solía designarse a los soldados británicos en la primera guerra mundial. (*Nota del traductor*) < <

[5] *Boche* era el término favorito de los soldados franceses para denominar a los alemanes. (*Nota del traductor*) < <

[6] Tienda ceremonial que los indios del Quebec utilizaban para conjurar espíritus, tanto de animales como de personas. (*Nota del traductor*) < <

[7] Ave que se caracteriza por la facilidad con la que imita el canto de otras aves. (*Nota del traductor*) < <

[8] *Whiskeyjack* es también un tipo de urraca de Canadá. (*Nota del traductor*) < <

[9] *Kookum* significa «abuela» en la lengua de los cree. (*Nota del traductor*) <<

[10] Se llama *howitzer* a cualquier cañón corto que dispare proyectiles con una trayectoria elevada. El término proviene de la antigua palabra alemana para designar a una catapulta. (*Nota del traductor*) <<

[11] Bombardeo de artillería concentrado en un área pequeña. (*Nota del traductor*) < <

[12] Organismo adscrito a una zona de reclutamiento, en el cual quedan concentrados los reclutas que por diversas causas no pueden ir inmediatamente al servicio activo. (*Nota del traductor*) < <

[13] Un torpedo Bangalore era un tubo lleno de explosivos usado para allanar una zona en la que hubiera una alambrada. (*Nota del traductor*) < <

[14] Los ojibwa son uno de los grupos indígenas más importantes de América del Norte. Forman parte, junto a algonquinos, nipissings y otawas, entre otras tribus, del llamado pueblo *anishnabe* (*Nota del traductor*) < <

[15] Los métis son un grupo aborigen de Canadá. (*Nota del traductor*) < <

[16] Los *mukluks* son botas suaves y ligeras de piel de reno o de foca, que permiten a los cazadores moverse sigilosamente. (*Nota del traductor*) <<

[17] El *wigwam* es una tienda india que hacía las veces de vivienda, de forma ovalada y con una abertura en la parte superior que tenía la función de chimenea. (*Nota del traductor*) < <